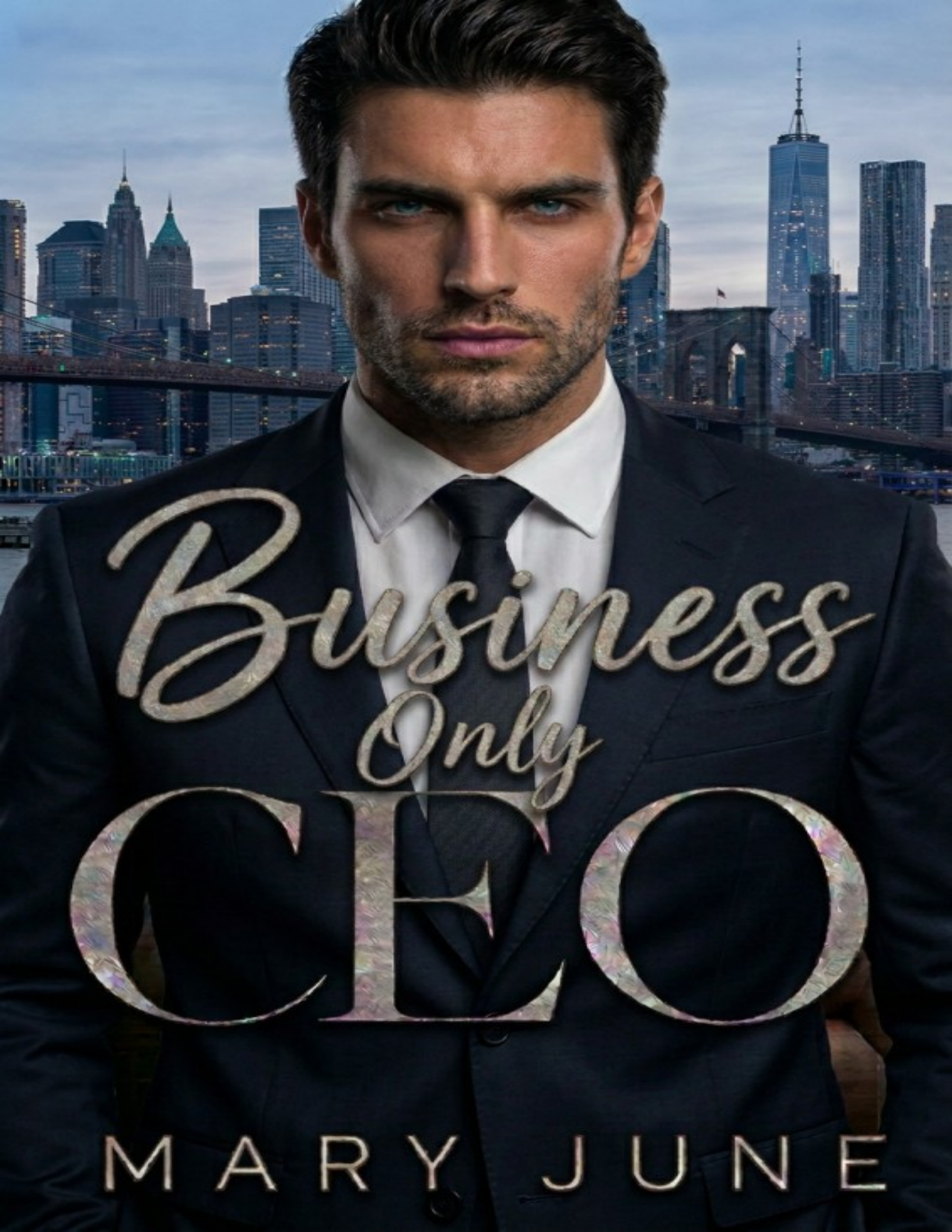

Business
Only
CEO
MARY JUNE

Índice

1. Clarissa
2. Clarissa
3. Jonathan
4. Jonathan
5. Clarissa
6. Clarissa
7. Jonathan
8. Clarissa
9. Jonathan
10. Clarissa
11. Jonathan
12. Clarissa
13. Clarissa
14. Jonathan
15. Clarissa

16. Clarissa

17. Jonathan

18. Clarissa

19. Jonathan

20. Clarissa

21. Clarissa

22. Jonathan

23. Clarissa

24. Jonathan

25. Clarissa

26. Jonathan

27. Clarissa

28. Jonathan

29. Clarissa

30. Jonathan

31. Clarissa

32. Jonathan

33. Clarissa

1. Clarissa



El olor a salsa de caramelo quemada flota en el aire, y sé que debería haber apagado el fuego hace una eternidad. Pero la caja registradora se ha atascado, la palanca izquierda no baja y mi trastienda parece la oficina de una asesoría de insolvencias después de un terremoto. Facturas. Facturas por todas partes. Y una maceta de albahaca que se ha rendido.

Golpeo el lateral de la caja con la palma de la mano. —Ábrete, pedazo de mierda.

Obedece. Como siempre, solo después de recurrir a la violencia. Debería preocuparme lo que eso dice de mi relación con los objetos.

La tienda está vacía. Desde hace una hora. El sol está bajo y proyecta una luz dorada sobre la pintura desconchada del marco de la ventana y sobre la grieta de la baldosa del suelo. El retrato enmarcado de la abuela cuelga de la pared. Anotó sus sabores con aquella letra suya garabateada, algunos con manchas de sus dedos. Me los dejó a mí, y me sé de memoria todos y cada uno de ellos. Incluso los que nunca consigo hacer bien porque no apuntó uno de los ingredientes. Muy propio de la abuela. Llevarse secretos a la tumba y reírse desde allí.

Con sus recetas creó una buena base. Ya entonces tenía sabores especiales y experimentaba. Pero las posibilidades con las que trabajo hoy... Apenas habría podido imaginarse esos sabores. Claro que los

clásicos son los que mejor se venden, y para eso no hay nada mejor que sus recetas.

Me apoyo en el mostrador y me aparto un mechón de la cara soplando. Mi delantal es un campo de batalla. Chocolate a la izquierda, fresa a la derecha, una salpicadura de pistacho en la barriga. Podría cambiarme, pero ¿para qué? El día está perdido. Limpiaré el mostrador, tiraré la salsa de caramelo, cerraré y cenaré en la trastienda las sobras de la nevera.

Suena a un sueño, ¿verdad? Tener tu propia heladería. La herencia de tu abuela. Lo que la gente no ve: las deudas, amontonadas como tortitas sin plato, y la fachada, que se desmorona. Y yo, Clarissa, que me levanto cada mañana y me digo: hoy irá mejor. Hoy vendrá más gente.

Hoy han venido siete.

Suena la campanilla de la puerta.

Ocho.

Alzo la vista y mi cuerpo olvida lo que estaba a punto de hacer. Probablemente algo relacionado con respirar.

Hay un hombre en mi heladería. Eso, por sí solo, no sería ningún problema. Pero este hombre parece como si alguien lo hubiera entregado en la dirección equivocada. Como si el universo hubiera enviado a mi fachada desconchada un paquete con la etiqueta Vestíbulo de ático.

Traje a medida. Azul oscuro, casi negro, ni una sola arruga. Hombros hechos para la tela, o tela hecha para los hombros. Zapatos que seguramente cuestan más que mi facturación trimestral. Y un rostro que solo puedo calificar de injusto. Mandíbula marcada, labios demasiado carnosos para esa frialdad en los ojos. Grises como un lago en invierno.

Su mirada recorre el mostrador, las paredes, las baldosas. Lo cataloga todo. Lo veo. Le pone una nota a cada cosa, y estoy segura de que ninguna supera el tres.

Entonces sus ojos se posan en mí.

En mi delantal manchado. En mi pelo recogido, del que se escapan mechones por al menos dos sitios. En mi barbilla. ¿Por qué mira mi barbilla? Miro de reojo el espejo y veo una mancha de caramelo cuya existencia desconocía hasta este instante.

Mierda.

—Hola —digo, mientras me limpio la barbilla disimuladamente. Seguramente lo empeoro—. ¿Qué te puedo ofrecer?

Se acerca. Su loción de afeitado me alcanza antes que él el mostrador. Algo amaderado, cálido, demasiado caro para este lugar. Se mezcla con mi extracto de vainilla y el caramelo quemado, y de pronto mi tienda huele a un error que me muero por cometer.

Clarissa. Concéntrate.

—¿Qué me recomiendas? —pregunta. Su voz es grave y serena, como la de alguien acostumbrado a que la gente deje de hablar cuando él empieza.

—Depende. —Me apoyo en el mostrador porque mis rodillas acaban de decidir que estar de pie está sobrevalorado—. ¿Te gusta dulce? ¿Afrutado? ¿O necesitas algo amargo que vaya con esa aura que tienes?

Le tiembla una comisura de los labios. Apenas perceptible. —¿Que vaya con mi aura?

—No pareces alguien que pida helado de fresa en tarrina.

—¿Y qué aspecto tengo?

—Espresso. Negro. Solo. O chocolate negro con un toque de nada.

Cruza los brazos sobre el pecho y me examina como si acabara de decir algo que le irrita y le divierte al mismo tiempo. Esa mezcla le sienta bien. Maldita sea.

—Dame lo mejor que tengas —dice—. Dos bolas.

—Lo mejor que tengo. —Cojo el sacabolas y me giro hacia la vitrina. No me tiemblan las manos. No me tiemblan—. Vainilla con grano de café y frambuesa con albahaca fresca. Receta familiar. No la hay en ningún otro lugar del mundo.

—Grandes palabras.

—Gran calidad. —Formo las bolas en una tarrina. Perfectamente redondas, cremosas, los colores resplandecen. Al menos mi helado nunca me falla. Le deslizo la tarrina por el mostrador y nuestros dedos se acercan tanto que el aire entre ellos se calienta. Retiro la mano. Demasiado deprisa. Él se da cuenta. Su mirada se intensifica.

Coge la cucharilla, prueba la vainilla con grano de café y algo cambia en su rostro. No hay una gran reacción. No gime, no abre los ojos de par en par. Pero sus hombros descienden un milímetro. Esa mirada clínica se resquebraja. Y su lengua recorre el labio inferior, como si no quisiera desperdiciar ni una pizca.

Me entra calor. Por todas partes.

—Es excepcional —dice.

—Lo sé.

—No eres precisamente modesta.

—¿Para qué? El helado habla por sí solo.

Prueba la frambuesa. Esta vez alza una ceja y juraría que, durante medio segundo, casi sonríe. —Albahaca.

—Fresca. De la maceta de mi alféizar. —Señalo detrás de mí—. Bueno, de la maceta muerta de mi alféizar. Tengo repuesto en la trastienda.

—¿Matas tus ingredientes?

—Solo a los que no se comportan.

Esta vez sonríe. Brevemente, apenas una sonrisa, pero ahí está. Y le transforma toda la cara. La frialdad de sus ojos se vuelve más cálida durante un instante, y mi estómago da una voltereta que no le he permitido.

Deja la tarrina y se inclina hacia delante. Su mirada me fija, como un animal que evalúa a su presa. Normalmente me enfadaría. Normalmente.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—¿Helado? Desde que tengo uso de razón. ¿La tienda? Cuatro años. ¿Por qué?

—¿Sola?

—Si quieres trabajar aquí a media jornada, ya te digo que el sueldo es penoso.

—Eso me lo creo sin dudarlo. —Se ajusta el puño de la camisa. Un gesto casual, perfectamente ensayado—. ¿Tienes una oferta que vaya más allá de este mostrador? ¿Variantes de temporada? ¿Capacidad para grandes cantidades?

Entrecierro los ojos. —¿Esto es una conversación de cliente o una entrevista de trabajo?

—Ninguna de las dos cosas. —Saca algo del bolsillo interior de la chaqueta y lo deja entre los dos, sobre el mostrador. Una tarjeta. Sencilla, negra, letras doradas. Jonathan Baltimore—. Me interesa tu helado.

—Eso acabas de comprarlo con dinero. El precio está en la pizarra.

Sus ojos centellean. —No dos bolas en una tarrina. Tus recetas. Tu calidad. En otro contexto.

Jonathan Baltimore. El Grupo Baltimore tiene centros comerciales en todas las ciudades importantes. Carteles publicitarios en las paradas de autobús. Miles de millones. Trago saliva, pero no dejo que se note. Al menos lo intento.

—¿Y qué entiendes exactamente por otro contexto?

—Heladerías premium en mis centros. Artesanales, auténticas, con ingredientes de verdad. —Se inclina aún más hacia mí, su loción de

afeitado se vuelve más intensa y mi cerebro, más pastoso—. Ningún producto industrial. Algo con historia. Algo como esto.

Mi corazón late más deprisa. Heladerías premium. Su dinero, mi receta. Suena a todo lo que necesito. Y, al mismo tiempo, a todo lo que me da miedo.

—Me conoces desde hace cinco minutos —digo—. Te has comido dos bolas de helado.

—Las dos mejores bolas de helado de cinco países.

—Encantador. Pero no soy una franquicia que puedas abrir sin más.

Inclina la cabeza. Apenas. Sus ojos recorren mi cara. Despacio, como si registrara cada peca por separado. Se me calienta el cuello. Cruzo los brazos para crear alguna clase de barrera entre nosotros.

—Quiero hablar contigo de ello —dice—. En detalle. Esta noche, durante la cena.

Me río. Suena más nervioso de lo que querría. —¿Has entrado aquí, has probado mi helado y ahora me invitas a cenar? ¿Así, sin más?

—Así, sin más.

—No.

—¿No?

—Hoy no puedo.

Eso no es verdad. Hoy puedo perfectamente; podría cualquier noche. No me espera nadie salvo las facturas de la trastienda. Pero todo en mí dice que no debo cederle ni un centímetro a este hombre. No con esa mirada. No con esa loción de afeitado. No con la manera en que llena mi tienda como si ya le perteneciera.

Inclina la cabeza a un lado y me observa como si hiciera mucho que no escuchaba un no y le resultara entretenido.

—Entonces mañana.

No es una pregunta. Es una afirmación.

—¿Siempre lo tienes todo planeado antes de que la otra persona diga que sí?

—Normalmente dicen que sí.

—Yo no soy normalmente.

—Eso lo veo. —Lo dice en voz baja y su mirada se desliza hacia mis labios. Solo un segundo. Luego vuelve a mis ojos. Pero todo mi cuerpo lo ha registrado—. Mañana. A las ocho. Quiero hablar de tu helado, de la calidad que hay detrás.

—De mi helado —repito.

—Por negocios.

—¿Y por eso me invitas personalmente? ¿En vez de mandar un correo? ¿O a alguien que trabaje para ti?

Algo le cruza el rostro. Breve, casi invisible. Como una grieta en un muro que vuelven a enlucir de inmediato. —Quería probar el helado yo mismo.

—¿Y?

—Y conocerte. —Lo dice con tal franqueza que se me corta la respiración. Luego añade—: Por negocios.

Nos quedamos mirándonos. El aire entre nosotros crepita como antes de una tormenta, como una carga electrostática entre un traje a medida y manchas de helado. Quiero echarlo y, al mismo tiempo, quiero que se quede, y eso me enfurece. Con él. Conmigo. Con mi corazón, que late como un loco.

—Mi chófer pasará a recogerte a las ocho —dice.

—¿Tu chófer?

—¿Es un problema?

—No es un problema, es un cliché. —Lo señalo a él, al traje, a los zapatos, a todo su porte—. El hombre rico entra en la pequeña tienda de una chica sencilla y la invita a cenar. Es una mala película.

Sonríe. De verdad esta vez. Despacio, con una calidez que socava sus ojos fríos y me desconcierta por completo.

—Entonces escribamos un guion mejor. —Deja un billete de cincuenta sobre el mostrador—. Por el helado.

—Es demasiado.

—El resto es para una maceta de albahaca nueva.

Se gira y se dirige hacia la puerta. Me quedo mirando su espalda, la forma en que la tela se tensa sobre sus hombros, y me odio por ello. En la puerta se vuelve, y sus ojos se encuentran con los míos con una intensidad que me clava al mostrador.

—El helado es mejor que cualquier cosa que haya probado jamás —dice—. Y he probado muchas cosas.

No se refiere solo al helado. O eso me imagino. Con esa mirada, seguramente me imagino muchas cosas.

—Mañana, a las ocho —dice—. Mi chófer sabe adónde ir.

Entonces sale. La campanilla de la puerta suena y se apaga, y el aire de mi tienda se siente de pronto vacío. Como si alguien hubiera desenchufado algo.

Me quedo detrás del mostrador. Delantal manchado, caramelo en la barbilla, el corazón en la garganta. El billete de cincuenta está junto a la caja. La tarjeta, al lado. Negra, pesada, dorada. Jonathan Baltimore. Un número. Nada más.

Mis dedos la cogen antes de que mi cabeza pueda impedírselo. Es más gruesa que una tarjeta de visita normal y se siente como una advertencia. Como algo que es mejor no tocar, porque luego ya no puedes soltarlo.

La giro entre mis manos. Una y otra vez. Mi tienda sigue oliendo a él. A ese aroma amaderado y al peligro. La salsa de caramelo quemada sigue en el fuego. Probablemente la caja registradora ya se ha vuelto a atascar. Y mañana, a las ocho, un hombre que huele a otra galaxia quiere hablar conmigo de mi helado.

De mi calidad, ha dicho.

Por negocios, ha dicho.

Y me ha mirado como si quisiera extenderme sobre este mostrador.

Miro fijamente la sencilla tarjeta de visita negra que sostengo en la mano.

2. Clarissa



Suena de nuevo el timbre de la puerta y mi corazón da un vuelco del que se arrepiente al instante.

—¿Acaba de salir de tu tienda un tipo con un traje que cuesta tres mil euros?

Gina. No Jonathan. Claro que no Jonathan. ¿Por qué iba a volver? Ha conseguido lo que quería. Mi sí para mañana. Mi estúpido y traicionero sí.

—No tengo ni idea de qué hablas. —Me giro hacia el fregadero y empiezo a lavar la cuchara de helado. Muy concentrada. Muy ocupada. Muy discreta.

—Clarissa. —Gina deja el bolso sobre el mostrador y cruza los brazos. No la veo, pero lo oigo en su voz. Ese tono que dice: No puedes tomarme el pelo, te conozco desde que gateábamos juntas de bebés —. Ese tipo parecía recortado de una revista. Y no de cualquier revista, sino de una de esas que solo te atreves a abrir en la sala de espera del dentista.

—Un cliente —digo.

—Un cliente.

—Así se llama a la gente que entra en una tienda y compra algo.

—¿Con un traje que cuesta más que tu facturación anual?

—Ha sido un buen mes.

Gina se ríe. Es esa risa que significa: Ni lo intentes. Se coloca detrás del mostrador, coge un paño de cocina y empieza a limpiar la vitrina de cristal. Llevamos años con esta rutina. Se pasa por aquí cuando cierra la tienda, me ayuda a recoger, y yo le doy helado gratis a cambio. Es un acuerdo justo. Sobre todo porque Gina es la única que sabe apreciar mi helado de pistacho y cardamomo.

—Bueno —dice, mientras pule el cristal con una intensidad que me deja claro que no va a rendirse—. ¿Quién era?

Dejo la cuchara de helado en el escurridor y me seco las manos en el delantal. —Un hombre de negocios. Jonathan Baltimore. Algún tipo de los centros comerciales.

—Baltimore. —Gina deja de pulir—. ¿Como el Grupo Baltimore? ¿Los enormes centros que hay por todas partes?

—¿Y tú cómo sabes esas cosas?

—Es imposible no verlos, Clarissa. No me digas que no tienes ni idea de quién es. —Me mira fijamente—. Ese hombre es multimillonario, Clarissa. ¿Qué quería aquí?

—Helado. —Desenchufo el rótulo luminoso. El zumbido se apaga y la tienda se oscurece. Más acogedora. Más normal—. Quería probar el helado.

—Los multimillonarios no prueban helado en tiendecitas con la pintura desconchada. Mandan a sus asistentes o compran directamente toda la manzana.

—Entonces quizá ni siquiera lo sea. Quizá solo llevaba un traje caro y tenía un ego enorme.

—Estás roja.

—No estoy roja.

—Estás roja como mi yogur de fresa.

Mi mano se va a la mejilla. Caliente. Joder.

Gina sonríe como un gato que ya tiene al pájaro entre las patas. Se apoya en el mostrador y me observa con esa mirada que ya en el instituto lograba que lo confesara todo. Cada flechazo secreto, cada metedura de pata vergonzosa, cada drama.

—Era arrogante —digo, y suena a una defensa que llega demasiado tarde—. Frío. Demasiado perfecto. Todo en él está demasiado controlado y es demasiado pulido.

—¿Pero?

—No hay ningún pero.

—Tu cara dice otra cosa.

Cojo la escoba y empiezo a barrer. —Ha probado mi helado y luego me ha preguntado si quería ir a cenar con él. Mañana. Y antes de que te vuelvas loca, no es una cita. Quiere hablar de mi helado. Por negocios.

Gina emite un sonido a medio camino entre un resoplido y una risa. —Por negocios. Un hombre que parece la portada de Forbes entra personalmente en tu tienda a última hora de la tarde y te invita a cenar. Para una reunión de negocios.

—Sí.

—¿Y te lo crees?

—Sí.

—Y yo soy la reina de Inglaterra.

Barro debajo del mostrador y golpeo el cubo de basura con la escoba. Casi se vuelca. Claro. Todo en esta tienda está a punto de venirse abajo. Yo incluida. —Me da igual lo que quiera, Gina. No voy a ir.

—¿Qué?

—Me has oído.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Me enderezo y apoyo la escoba contra la pared—. ¿Qué va a querer alguien así de mí? Mira a tu alrededor. Mira esta tienda. La caja se atasca, la fachada se cae a pedazos y todo se está desmoronando. Es un colapso lento que crece cada semana. Gano lo justo para pagar el alquiler, y a veces ni siquiera eso. Y entonces entra un tipo que huele a otro mundo, ¿y se supone que debo creer que le gusta tanto mi helado?

—Ha entrado en la tienda y ha probado tu helado. Quizá de verdad le guste mucho.

—Mi helado es estupendo. Pero esa no es la cuestión.

—¿Cuál es la cuestión?

Cruzo los brazos. Mi delantal sigue sucio y estoy descalza detrás del mostrador porque mis zapatos han acabado debajo del frigorífico. En algún momento de esta mañana. No lo recuerdo con exactitud. —La cuestión es que hombres como él no entran en tiendas como la mía para comer helado. Vienen porque quieren algo. Y cuando un multimillonario quiere algo, se lo toma.

Gina guarda silencio. Eso es raro. Inquietantemente raro.

—¿Qué? —digo.

—Nada. —Dobla el paño de cocina y lo deja sobre el mostrador—. Solo creo que estás interpretando demasiadas cosas en lo que es una cena.

—Nunca es solo una cena.

—A veces es exactamente eso. Y a veces es algo más. Ninguna de las dos cosas es el fin del mundo.

Niego con la cabeza y voy al cuarto de atrás. Es diminuto, está atestado de estanterías, cajas y una mesa pequeña llena de facturas sin pagar. Sobre la mesa está el tablón de corcho con las recetas de la abuela. Gina me sigue. Se sienta en el único borde libre y observa cómo aparto el montón de facturas, como si así pudiera volverlas invisibles.

—Clarissa.

—Tengo facturas sobre esta mesa que cuestan más de lo que voy a ingresar este mes. El casero quiere aplicar la subida del alquiler a partir del mes que viene. Habría que sustituir la caja. Habría que pintar la fachada. En realidad tendría que... todo tendría que...

—¿Y por eso no vas a cenar?

—No puedo permitirme un restaurante al que alguien como él me invitaría.

—Él invita. No tú.

—Eso lo empeora.

Gina suspira. Me conoce. Sabe que mi orgullo es más grande que mi cuenta bancaria y que ambos son un problema.

—Escucha —dice, y su voz se suaviza—. Llevas cuatro años casada con esta tienda. Te levantas todos los días a las cinco, haces el helado, limpias el mostrador, luchas contra las facturas y las cajas registradoras y todo lo que esta ciudad te pone delante. Y eso es admirable. De verdad. —Se inclina hacia delante y atrapa mi mirada—. Pero ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo que no tuviera que ver con el helado?

Abro la boca. Vuelvo a cerrarla.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste por la noche? ¿Cuándo fue la última vez que alguien te invitó a cenar?

—No necesito eso.

—Necesitas una vida fuera de estas cuatro paredes. Y si un hombre guapo te ofrece una cena, dices que sí, te pones un vestido bonito, comes algo caro y bebes vino.

—¿Y luego qué?

—Y luego ves qué pasa. Hay cosas en la vida que no se pueden calcular; simplemente hay que confiar.

La miro fijamente. Esas palabras se quedan suspendidas en el aire como el regusto de algo dulce que has tragado demasiado deprisa.

—Confiar —repito—. En un hombre al que conozco desde hace una hora.

—No en él. En ti. En tu intuición. En tu capacidad de valorar una situación.

—Mi capacidad de valorar situaciones me ha llevado a esta montaña de deudas.

—Aquello fue una decisión empresarial. Esto es una cena.

Me froto la sien. Me duele la cabeza. O quizá sea mi orgullo. Es difícil distinguirlos cuando ambos viven en la misma zona.

—Huele a dinero —digo en voz baja—. A poder. A problemas.

—Entonces huele a una noche interesante.

—Gina.

—Clarissa. —Se levanta y me pone las manos sobre los hombros—. Mañana vas a esa cena. Hablas con él. Si es un capullo, te vas después del plato principal. Si no es un capullo, te quedas para el postre. En ambos casos habrás comido bien y tendrás una historia que contar.

Me río. Es una risa cansada, pero auténtica. Gina tiene esa capacidad de hacer que las cosas parezcan sencillas. Como si la vida fuera un bufé del que solo hay que servirse. Para mí se parece más a una caja registradora que se atasca.

—No tengo nada que ponerme —digo. Es mi último intento de defensa y suena patético.

Gina sonríe. —Mañana por la tarde te traeré el vestido negro. El de la espalda descubierta.

—Es demasiado. Ha dicho que es por negocios.

—Entonces es un vestido de negocios. Con espalda descubierta de negocios.

—Eso no existe.

—A partir de mañana sí.

Niego con la cabeza, pero ya no protesto. Gina ha ganado y las dos lo sabemos. Gana casi siempre. Sobre todo cuando en realidad quiero lo que propone, pero soy demasiado testaruda para admitirlo.

Volvemos a la tienda. Limpio el mostrador aunque ya lo he hecho antes. Gina se apoya en él y navega por el móvil.

—He buscado su nombre en Google —dice.

—Claro que lo has hecho.

—Poco más de treinta años. Hecho a sí mismo, si hemos de creer a la prensa. Centros comerciales en doce países. Soltero, según los últimos artículos.

—Fantástico. Entonces seguro que es una cena benéfica y yo soy el proyecto solidario.

Gina pone los ojos en blanco. —O ha probado tu helado y se ha quedado impresionado. Como todo el mundo que lo prueba.

—Siete clientes hoy, Gina. Siete.

—La calidad no tiene nada que ver con la cantidad. Tu helado es el mejor de la ciudad.

—Mi helado no paga facturas.

—Todavía no. —Guarda el móvil y coge el bolso—. Quizá eso cambie. Quizá mañana sea el comienzo de algo.

—O el final de mis nervios.

Gina se ríe, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla. —Mañana vengo a las cuatro con el vestido. Y antes te duchas. Hueles a caramelo.

—Siempre huelo a caramelo.

—Normalmente tiene su encanto. Mañana vas a fingir que eres una mujer adulta con perfume.

—Soy una mujer adulta.

—Con una mancha de helado en la barbilla. —Me da un toque en la mejilla y sonríe.

Mi mano sube de golpe. Sigue ahí. Claro que sigue ahí. Ha estado ahí todo el tiempo. Mientras Jonathan estaba delante de mí. Mientras me observaba. Mientras sus ojos recorrían mi cara.

Gimo.

Gina se ríe todo el camino hasta la puerta. —Hasta mañana. Y no le des demasiadas vueltas.

—¿Cuándo le he dado yo demasiadas vueltas a algo?

—Siempre. Siempre le das demasiadas vueltas a todo. Salvo cuando hablas con tu caja registradora. Entonces piensas demasiado poco.

Suena el timbre de la puerta y se ha ido.

Silencio.

Mi tienda yace bajo la luz del atardecer. La vitrina está vacía, los restos del día guardados en la cámara frigorífica. Las recetas de la abuela cuelgan del tablón de corcho como una promesa que no puedo romper. Debajo de su foto, el papel pintado se está desconchando. Desde hace meses. Lo he pegado con un trozo de cinta adhesiva. Queda como el culo, pero aguanta.

Como todo aquí.

Escurro el paño y vuelvo a pasarle por encima al mostrador. Movimientos circulares, distraídos. Mi mirada se desvía.

Hacia la caja registradora. A su lado. Ahí está.

La tarjeta de visita negra. Pesada, lisa, con letras doradas. Jonathan Baltimore. Un número. Nada más.

Mi mano se detiene.

Miro hacia otro lado. Sigo limpiando. Concéntrate, Clarissa. Mostrador. Paño. Círculos.

Mi mirada vuelve a deslizarse hacia ella.

Está ahí como un cuerpo extraño. Como algo que no pertenece a mi tienda. Demasiado nueva, demasiado perfecta, demasiado brillante para este mostrador arañado, esta caja que se atasca y este papel pintado desconchado.

Exactamente como él.

Dejo el paño. Me apoyo en el mostrador y clavo la vista en la tarjeta. Su aftershave se ha desvanecido hace tiempo, pero me imagino que aún puedo olerlo. Amaderado y cálido. Entre las facturas, el caramelo quemado y toda mi existencia desmoronándose.

Hay cosas que no se pueden calcular.

Esas han sido las palabras de Gina. Yo lo calculo todo. Tengo que hacerlo. Porque nadie más cuenta las facturas, repara la caja registradora y mantiene la tienda en marcha.

Confiar.

¿En quién?

Limpio el mostrador por tercera vez, aunque hace mucho que está limpio. Mis ojos vuelven a la tarjeta de visita junto a la caja y esta vez me descubro haciéndolo.

3. Jonathan



El cuero del asiento trasero huele a producto de limpieza y a garantía de coche nuevo. Todo estéril. Todo perfecto. Como debe ser.

Mi móvil descansa sobre el muslo. Trece correos sin leer. Una nota del consejo de administración. Dos llamadas de Ralph. Debería abrir los correos. Revisar las cifras del proyecto de la costa este. Devolver la llamada.

En lugar de eso, miro fijamente por la ventanilla y pienso en una mancha de helado.

En su barbilla. Caramelo, si no me equivoco. No se ha dado cuenta. O le daba igual. Ambas cosas resultan igual de irritantes. ¿Quién se planta delante de un socio comercial con helado en la cara? ¿Quién se ríe como si fuera lo más normal del mundo?

Concéntrate.

Abro los correos. Leo la primera línea de la nota del consejo. Cifras trimestrales. Expansión en el sur de Europa. Algo sobre el precio por metro cuadrado en Milán. Importante. Relevante. Urgente.

Su delantal estaba manchado. No una mancha, ni dos. Parecía haber perdido una batalla contra una máquina de helados. Y, aun así, permanecía detrás de aquel mostrador como si el mundo le

perteneciera. No mi mundo. El suyo propio. Pequeño, desvencijado y completamente indiferente ante mi traje.

Maldita sea.

Cierro los correos y guardo el móvil en el bolsillo interior. El coche gira hacia la entrada del club. Granito, latón, iluminación discreta. Mi territorio. Aquí soy Jonathan Baltimore. Aquí rigen mis reglas.

No las reglas de una mujer con helado de caramelo en la barbilla.

El chófer se detiene. Bajo del coche, le hago un gesto al portero y subo las escaleras hacia la zona deportiva. David ya me espera en la pista. Lo veo a través del cristal. Golpea pelotas contra la pared, relajado, rítmico, sin pensar. David puede hacerlo todo sin pensar. Es su cualidad más irritante.

—Llegas tarde —dice cuando entro en la pista.

Raqueta en mano, sonrisa en la cara.

—Tráfico.

—¿Desde cuándo te quedas atrapado en el tráfico? Tu chófer conoce todos los atajos de esta ciudad.

—Entonces ha sido un atajo muy largo.

Cojo mi raqueta del gancho y me remango. La camisa tendrá que bastar. Debería haberme cambiado, pero no tenía paciencia para el vestuario. Demasiado en mi cabeza. Demasiadas imágenes que no deberían estar ahí. Estoy inquieto, como un principiante incapaz de esperar.

David saca. Devuelvo el golpe. La pelota choca contra la pared, vuelve baja y apenas consigo alcanzarla. Bien. Movimiento. Ritmo. Control.

—Entonces —dice David entre dos golpes—. ¿Qué tal la reunión?

—¿Qué reunión?

—La heladería. Ibas a echarle un vistazo hoy a esa pequeña heladería para el concepto de lujo.

La pelota llega más rápida de lo esperado. Aun así, la alcanzo.

—Ha sido productiva.

—Productiva.

David sonríe y lanza un golpe cruzado.

—Suenas entusiasmado.

—No se trata de entusiasmo. Se trata de calidad.

Lanzo la pelota a la esquina izquierda. Fuerte, preciso. Como hago todo.

—El helado es excepcional. Una receta familiar. Artesanal. Exactamente lo que necesitamos para la línea premium.

—¿Y la propietaria?

Fallo la pelota.

Rueda hasta la esquina. David arquea una ceja. No dice nada. Recoge la pelota. Vuelve a sacar.

—La propietaria forma parte del paquete —digo.

Mantén las distancias. Sé profesional.

—Conoce las recetas, la técnica, la tradición. Sin ella, el concepto no vale nada.

—¿Cómo es?

—Irrelevante.

—Eso significa que está buena.

—Eso significa irrelevante.

Golpeo la pelota con más fuerza de la necesaria. Choca contra la pared y David tiene que retroceder.

—Vale.

Detiene la pelota con la palma de la mano y se vuelve hacia mí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Llegas tarde, fallas pelotas y golpeas como si estuvieras intentando castigar a la pared.

Se apoya en la raqueta.

—O me cuentas qué ha pasado o empezaré a hacerte preguntas que te van a gustar todavía menos.

Giro la raqueta entre las manos. Mantén la calma. Sé calculador.

—Es el proyecto. La expansión. Necesitamos una marca de helados que funcione. No cualquier bazofia industrial, sino algo auténtico. Algo que convenza a los clientes.

—Y esa mujer lo tiene.

—Su helado lo tiene.

David resopla.

—Claro. Su helado.

Vuelve a sacar y seguimos jugando. Durante varios intercambios se queda callado. Es el método de David. Callar hasta que el otro habla. Funciona con socios comerciales, con mujeres, con cualquiera. Solo que no conmigo.

Normalmente no conmigo.

—Me ha rechazado —digo, y en el mismo instante me arrepiento.

David atrapa la pelota.

—¿Qué?

—Esta noche. La he invitado a cenar para hablar del proyecto. Ha dicho que no.

—La has invitado a cenar.

David se ríe. Esa risa que significa: te tengo calado.

—¿Desde cuándo invitas personalmente a cenar a posibles socios comerciales? Para eso tienes a Ralph.

—Es un proyecto delicado. Esa mujer está unida a su local como si fuera un miembro de su familia. No mandas a un asistente en un caso así.

—Sino al CEO en persona. Con un traje a medida. A una pequeña heladería.

—Era una primera toma de contacto.

—En una heladería.

—David.

Golpeo la pelota con tanta fuerza que rebota dos veces contra la pared.

—Si tienes algo que decir, dilo.

—Lo que digo es que ahora mismo piensas más en esa mujer que en el proyecto.

Devuelve mi golpe sin esfuerzo.

—Y que la última vez que tenías ese aspecto fue, aproximadamente, nunca.

—Tengo el mismo aspecto de siempre.

—Tienes aspecto de alguien que intenta no recordar algo y fracasa miserablemente.

No digo nada. Golpeo la pelota. Punto de impacto perfecto, ángulo limpio. Control. Eso es lo que importa. No la imagen de una mujer con el pelo recogido y una voz que al mismo tiempo se ríe y ataca.

—Ha dicho que no para hoy —digo—. Mañana vendrá.

David silba.

—Persistente.

—Centrado.

—Persistente —repite—. Y todo por una cena de negocios.

—Es una cena de negocios.

—Con una mujer a la que conoces desde hace una hora y por la que fallas pelotas.

—Yo no fallo pelotas.

David lanza un globo fácil. Lo fallo por completo. La pelota bota tres veces en el suelo antes de quedarse quieta en la esquina.

—Ninguna pelota —dice David con sequedad.

Dejo caer la raqueta. La camisa se me pega a la espalda. Llevo diez minutos en la pista y juego como un principiante. Es ridículo. Está por debajo de mi nivel. Soy Jonathan Baltimore. No pierdo la concentración por una mujer con un delantal manchado.

Su risa. Ese desafío en sus ojos cuando adopté el tono de negocios. La forma en que me ha examinado como si yo fuera el intruso en su universo. Y no al revés.

Mierda.

—Vamos al bar —digo, y vuelvo a colgar la raqueta.

—¿Rendirte a los diez minutos? Eso sí que es nuevo.

—No me rindo. Repriorizo.

David se ríe y me sigue por el pasillo hasta el bar. Luz tenue, madera oscura, jazz suave. Ocupamos nuestro sitio habitual al final de la barra. Pedimos whisky.

—Entonces —dice, recostándose—. Háblame del proyecto. Sin la mujer.

—El proyecto es la mujer.

Bebo. El whisky está demasiado frío.

—Su receta es única. He buscado una calidad comparable en ocho países. Nada se le acerca. Si queremos llevar heladerías premium a

los centros comerciales, la necesitamos.

—Y ella ha dicho que no.

—A cenar. Hoy. No al proyecto.

—¿Ya sabe algo del proyecto?

—Aún no en detalle.

David hace girar su vaso.

—Entonces la invitación a cenar tenía una motivación puramente profesional.

—Por supuesto.

—Y has ido personalmente a su local porque Ralph te ha dicho que tenías que probarlo.

—Porque es una cuestión de consideración. Claro que antes hice que probaran las demás. Pero en su caso Ralph dijo: es tan bueno que tienes que probarlo tú mismo.

—Entonces, ¿era tan bueno?

—Me ha convencido.

—Y la has invitado a cenar en vez de llevarla a tu despacho porque eso es más profesional.

—Porque un ambiente relajado da mejores resultados en las negociaciones. Lo sabes.

David da un sorbo y me mira. Conozco esa mirada. Desde la universidad, desde los primeros acuerdos, desde siempre. Es la mirada que dice: te estás mintiendo a ti mismo y yo soy demasiado educado para decirlo en voz alta.

No. No demasiado educado.

—Deberías salir alguna noche sin pensar en el trabajo —dice—. Hacer algo que no tenga nada que ver con expansiones y cálculos.

—La cena de mañana no es trabajo.

—¿Ah, no?

—Es una conversación. Informal. Sobre calidad y visión.

—Durante una cena que pagas tú, en un restaurante que has escogido tú, con una mujer que te tiene ocupado.

—No me tiene ocupado.

David deja el vaso y me mira con esa media sonrisa que dice más que cualquier frase.

—Bien. Entonces todo está claro.

Me da una palmada en el hombro mientras se levanta.

—Llámame cuando estés dispuesto a escucharte a ti mismo.

—Siempre me escucho.

—No. Te das órdenes y las obedeces. No es lo mismo.

Deja unos cuantos billetes sobre la barra para pagar su whisky.

—Que disfrutes de tu cena de negocios. Tengo curiosidad por saber cuánto tardarás en llamarla de otra manera.

—Buenas noches, David.

—Buenas noches, Jonathan.

Da tres pasos y se gira.

—¿Qué restaurante?

—¿Por qué?

—Curiosidad.

No le digo el nombre. David sonríe como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba. Luego desaparece por la puerta batiente y me quedo solo en la barra.

Jazz suave. El tintineo del hielo en mi vaso de whisky.

Su local es un desastre. Económicamente, estructuralmente, visualmente. La fachada se cae a pedazos. Ya lo había oído y lo he visto. El mobiliario es viejo, la vitrina refrigerada zumba demasiado alto. Ningún plan de negocio sobrevive a ese local. Ningún inversor sensato metería allí un céntimo.

Pero el helado.

Cierro los ojos y todavía lo saboreo. Frambuesa con albahaca y ese ligero toque de café en la vainilla. Era como si alguien hubiera encerrado un recuerdo en una bola. De algo que jamás he vivido y que, aun así, echo de menos.

Una estupidez poética. Me termino el whisky y me levanto.

En el coche, de camino al ático, saco el móvil. Correos. Cifras trimestrales. Ese es mi mundo. Cristal, cromo, números. No fachadas que se desmoronan ni mujeres de pelo rojizo y una risa demasiado alta para su pequeño local.

Mi pulgar abre la aplicación de reservas. Por costumbre. Por profesionalidad. Porque un buen hombre de negocios va preparado.

Deslizo el dedo por las mesas disponibles. Mañana por la noche. La mesa junto a la terraza está libre. El mejor sitio del local. Tranquilo, discreto, con vistas a las luces de la ciudad. Perfecto para negociar.

Reservo.

Para una cena de negocios, me digo. Por el proyecto. Por la expansión. Por las cifras que tienen que cuadrar.

El móvil descansa en mi mano y la pantalla muestra la confirmación. Mesa para dos. Mañana por la noche. A las ocho.

Para una cena de negocios.

4. Jonathan

♥ ♥ ♥

El café está demasiado caliente. Aun así me lo bebo, porque esperar no es una opción. Nunca lo ha sido. La taza deja un cerco sobre el cristal de mi escritorio y lo limpio enseguida. Orden. Control. Así empiezan los buenos días.

Fuera, la ciudad se extiende bajo mis pies. Ochenta y tres plantas más abajo, un mar de tejados, calles y personas que no tienen ni idea de que existo. De que soy propietario de la mitad de los locales donde hacen sus compras. No es ego. Son hechos.

Mi pantalla muestra la agenda de hoy. Siete reuniones. Tres llamadas. Una actualización para el consejo a las once. Entre medias, Ralph con la sesión informativa sobre la expansión. Recorro la lista y todo está en orden. Todo bajo control.

Salvo el hecho de que llevo media hora pensando en caramelo.

Joder.

Dejo la taza y abro los resultados trimestrales. Facturación del norte de Europa. Ocupación de los locales. Estructura de arrendatarios. Cifras que no transmiten nada. Que no huelen a nada ni le sonríen a nadie. Leo. Analizo. Funciono.

Ralph llama a las ocho y media. Puntual. Siempre puntual. Entra con la tableta bajo el brazo y una impresión en la mano. Traje azul oscuro,

corbata discreta, la postura de un soldado destinado al servicio diplomático.

—Buenos días. Tengo las cifras para el concepto prémium.

—Siéntate.

Ocupa la silla frente a mi escritorio. Nada de charla intrascendente. Nunca charla intrascendente. No le pago para eso.

—Los locales —digo.

Ralph desliza el dedo por su tableta.

—Empezaremos por los centros comerciales de aquí, en Manhattan. Después, en algunos centros seleccionados del resto de Nueva York. Arrancaremos con los dos establecimientos y, si funcionan, lo ampliaremos a otras ciudades.

—¿Metros cuadrados?

—Entre ochenta y ciento veinte por unidad. Suficiente para el mostrador, la cocina o el almacén, una zona reducida y unas mesas.

Deja la impresión sobre mi mesa. Tablas, gráficos, un mapa con las ubicaciones señaladas. Preparado con pulcritud.

—He calculado los costes de obra. Por establecimiento hablamos de una inversión de una cifra media de un solo dígito, sin contar el equipamiento.

Echo un vistazo a las cifras. Sólidas. Viables.

—¿Y el equipamiento?

—Depende del concepto. Si elaboramos algo en los establecimientos, necesitaremos maquinaria profesional en cada uno. Si optamos por la producción centralizada y la distribución, los costes se reducen a la mitad.

—La producción centralizada es mercancía producida en masa.

Me reclino en la silla.

—No quiero un producto masificado, Ralph. La gente tiene que entrar y recibir algo que no pueda conseguir en ningún otro sitio.

Ralph asiente. Me conoce. Sabe que no escatimo cuando se trata de calidad. Ahorrar es para la gente sin visión.

—Lo cual me lleva al siguiente punto.

Vuelve a deslizar el dedo por la pantalla.

—La heladería del Bronx. He recopilado todo lo que es de acceso público.

Mi estómago hace algo extraño. Lo ignoro.

—La propietaria es Clarissa Weston. Veinticuatro años. Se hizo cargo del local de su abuela hace tres años. Registro mercantil, número de identificación fiscal, todo en regla. Sin embargo, tiene problemas financieros.

Mira su tableta.

—Tres préstamos pendientes, uno de ellos en mora. La fachada está protegida como patrimonio, lo que complica las reformas. No tiene empleados; lleva el local ella sola. Sin presencia en internet, sin presencia en redes sociales, sin publicidad.

—Pero el helado está bueno. Lo que no tiene ni idea es de cómo comercializarlo.

Eso dice mucho a su favor. La forma en que está detrás de aquel mostrador y mira a cada cliente como si fuera la persona más importante en ese momento. Cómo sirve el helado como si fuera arte y no comida. Cómo se ríe y toda la maldita tienda se ilumina.

Concéntrate.

—¿Qué sabemos de la receta? —pregunto.

—Nada concreto. Una receta familiar de varias generaciones. No hay patentes ni publicaciones. Todo está en su cabeza o en papeles que posee ella.

Ralph teclea algo en su tableta.

—Algunos blogueros gastronómicos la han mencionado. Las valoraciones son sin excepción extraordinarias. Algunos lo llaman el mejor helado de la ciudad.

El mejor helado de la ciudad. En un local que parece que vaya a venirse abajo con la próxima tormenta. Una receta que no está documentada en ninguna parte. Una mujer que se niega a cenar conmigo.

Esta noche sí puede. No he cedido. Porque soy un hombre de negocios y porque esa receta es la clave de toda la expansión. Solo por eso.

—La estrategia es sencilla —digo, levantándome—. La necesitamos a ella y a su receta. Sin comprometer la calidad. Eso es lo que nos diferencia de cualquier otro helado del mercado. Nada de mierda sintética, nada de leche industrial, nada que se mezcle en una fábrica.

—¿Y cómo conseguimos que se sume?

Buena pregunta. Camino hasta la ventana. La ciudad permanece silenciosa y gris bajo el cielo de la mañana.

—Necesita dinero —digo—. El local es una catástrofe. La vitrina refrigerada es vieja, la fachada se cae a pedazos. No podrá permitírselo eternamente.

—Entonces, una oferta que no pueda rechazar.

Me vuelvo hacia él.

—No es una amenaza. Es una oferta. Ella conserva la receta, conserva el control sobre la calidad. Nosotros ponemos la infraestructura, los locales, el equipamiento. Ella aporta el producto.

Ralph asiente.

—Suena justo. ¿Cuándo hablaremos con ella?

Ahí está de nuevo. Ese instante en el que mi pulso hace algo que no debería hacer. Una breve sacudida, apenas perceptible, pero está ahí.

—Esta noche —digo—. He quedado con ella para cenar.

Ralph levanta la mirada. Solo un momento. Su rostro permanece impasible, pero conozco esa expresión. Esa mínima elevación de la ceja que significa: interesante.

—Por negocios —añado.

—Por supuesto.

Ralph teclea en su tableta.

—¿Quiere que prepare la presentación para ella? ¿Cifras, concepto, borrador de contrato?

—No.

Demasiado rápido. Lo oigo yo mismo.

—Todavía no. Esta noche se trata de sentar una base. De generar confianza. No es el tipo de persona a la que le pones unos papeles sobre la mesa y esperas que firme.

Ralph no dice nada. Sigue tecleando. Pero sus dedos van una pizca más despacio de lo habitual. Está pensando. Catalogando. Ralph no olvida nada y dice poco. Eso lo hace insustituible y, de vez en cuando, insoportable.

Ralph se levanta.

—Entendido. ¿Algo más?

Sí. Dime por qué he estado dos horas despierto esta noche pensando en una risa demasiado alta para aquel local pequeño. Dime por qué he reservado la mejor mesa en vez de una sala de reuniones. Dime por qué he ido personalmente a esa maldita tienda cuando podría haberte enviado a ti.

—No. Eso es todo.

Ralph se dirige hacia la puerta, se detiene y se gira a medias.

—Jonathan.

—¿Sí?

—¿Ya ha contactado con la propietaria? ¿Por lo de esta noche?

Lo miro. Mi rostro no expresa nada. Eso lo domino a la perfección.

—Está avisada.

—Bien.

Una pausa. La pausa de Ralph. La clase de pausa que dice: veo más de lo que muestras.

—Entonces prepararé el concepto. Por si después de la cena quieren hablar de los siguientes pasos.

—Hazlo.

Se va. La puerta se cierra sin hacer ruido.

Me reclino y exhalo. A través de la pared de cristal de mi despacho veo la planta diáfana, a los empleados sentados frente a sus pantallas. Eficientes. Controlados. Mi máquina, que sigue funcionando porque yo la he construido.

Mi mirada se posa en la carpeta que Ralph ha dejado sobre la mesa. Clarissa Weston. Kastanienstraße 14. Tres préstamos en mora. Sin presencia en internet. Sin socio. Sin red de seguridad.

Y un helado que no me deja en paz desde ayer.

Abro la carpeta. Una foto del local desde fuera. La fachada se ve aún peor a la luz del día que en mi recuerdo. El revestimiento se desprende, el letrero sobre la puerta está torcido, las ventanas necesitan una mano de pintura. Al lado hay una imagen del mostrador. Su mostrador. La vitrina donde descansa el helado, colorido y fresco, en total contradicción con todo lo que lo rodea.

Como ella. Me pregunto por qué no he enviado simplemente a Ralph.

Conozco la respuesta. Solo me niego a pensarla en voz alta.

5. Clarissa



La caja vuelve a atascarse. Pulso el botón del cambio y no pasa nada. Aprieto más fuerte. Nada. Le doy un golpe con la palma de la mano y el cajón salta como un niño testarudo que sabe perfectamente cuándo ha ido demasiado lejos.

—Ya está —le digo al trasto—. No era tan difícil.

La caja no responde. Nunca lo hace. Pero a veces me da la impresión de que se ríe de mí. Ese leve traqueteo cuando el cajón sale a medias y luego se queda atascado. Como si dijera: No puedes permitirte una nueva y las dos lo sabemos.

Ordeno el cambio e intento no pensar en todo lo que vence esta semana. La factura de la luz. El seguro. El tipo que tiene que revisar la vitrina frigorífica y al que llevo tres meses dando largas. La fachada, que parece un cuadro que ha estado demasiado tiempo al sol. Tendrá que seguir esperando.

Suena la campanilla de la puerta y la señora Bertram entra. Como todos los martes a las diez y media. Abrigo beige, collar de perlas, una cara de bulldog amable. Es mi clienta más fiel y mi conciencia más implacable.

—Buenos días, hija.

—Buenos días, señora Bertram. ¿Lo de siempre?

Se planta ante la vitrina y examina el helado. Como si alguna vez fuese a escoger algo distinto de los mismos sabores que ya le pedía a mi abuela. Entonces alza la mirada y la pasea por las paredes. Por el punto donde se descascarilla el yeso. Por la grieta junto a la ventana. Por la lámpara del techo, que lleva una semana parpadeando.

—Hija.

—¿Sí?

—El local necesita una mano de pintura.

Sonrío. Siempre lo hago cuando la señora Bertram comenta el estado de mi vida. Sonreír y seguir respirando.

—Está en la lista, señora Bertram.

—La lista no deja de crecer. Te hace falta un hombre que haga algo. —Da unos golpecitos con el dedo en el cristal de la vitrina—. Una bola de vainilla y otra de pistacho. En tarrina.

Pienso en ayer y seguro que se me pone la cara roja como un tomate. Cojo la cuchara de helado y formo dos bolas perfectas. Eso sí sé hacerlo. Es mi refugio seguro. Por mucho que todo lo demás se desmorone, el helado siempre está bueno. La textura es la adecuada. El sabor es el adecuado. La abuela habría asentido.

—Aquí tiene.

La señora Bertram coge la tarrina y mete la cucharilla. Prueba el helado. Cierra los ojos. Y ahí está, ese momento por el que hago todo esto. Por el que soporto la caja atascada, las facturas y el yeso que se desmorona.

—Celestial —dice—. Como siempre.

—Gracias.

Deja las monedas sobre el mostrador y vuelve a dirigir la mirada a la pared que hay detrás de mí. —Tu abuela ya habría pintado esto hace tiempo.

—Mi abuela tenía un hombre que sabía pintar.

—Pues búscate uno.

Seguramente vuelvo a sonrojarme al imaginar a Jonathan delante de mí, pintando la pared. Con su traje de diseñador. Me río. La señora Bertram me guiña un ojo y se arrastra con su tarrina hasta la mesa junto a la ventana. La mesa cuyo barniz se está descascarillando. La mesa que quizá la semana que viene pierda una pata.

Búscate uno. Claro. Como si esa fuera la solución. Un hombre con un rodillo y una caja de herramientas. O un hombre con un traje a medida que ve mi local como una inversión. No puedo necesitar a ese hombre en mi vida, aunque no deje de colarse en mis pensamientos.

Limpio el mostrador y mi mirada cae sobre la tarjeta de visita. Negra. Sencilla. Letras en relieve. Está justo donde la dejé ayer por la noche. Junto a la caja. No la he tirado. Tampoco me la he guardado. Simplemente está ahí. En suspenso. Como yo.

La campanilla vuelve a sonar y Gina irrumpe como un torbellino con chaqueta vaquera.

—Traigo noticias y un café con leche.

Deja un vaso delante de mí, sobre el mostrador, y se apoya en él con ambos codos. Le brillan los ojos. Eso significa problemas.

—¿Qué noticias? —pregunto.

—No son noticias. Una pregunta. —Sonríe de oreja a oreja—. ¿Estás preparada para esta noche?

Mi estómago da una voltereta. —No es una cita.

—¿He dicho que sea una cita?

—Eso es lo que piensas.

—No pienso nada. —Gina bebe de su propio café y sus ojos lo delatan todo—. Solo pregunto, con toda neutralidad, si estás preparada para una cena de negocios con un hombre atractivo en un restaurante caro.

—Es por negocios.

—Claro.

—Quiere hablar de mi helado.

—De tu helado. —Gina asiente con teatralidad—. Por supuesto. Por eso seguramente vais al restaurante más elegante de la ciudad.

—No sé adónde vamos. Manda un coche.

—¿Un coche? ¿Que te recoge y te lleva? —Gina muerde un terrón de azúcar que ha sacado de algún sitio de su bolso—. Yo también habría dicho que sí.

—No he dicho que sí. Y es por negocios.

—Ya, tenías que hacerlo. Menos mal, así sales un poco. Alguien tenía que hacerlo.

Tiene razón. Odio cuando tiene razón. Lo cual ocurre constantemente.

La señora Bertram se vuelve desde la ventana. —¿Quién te recoge?

—Nadie —digo.

—Un hombre —dice Gina.

La señora Bertram sonríe con aire de quien lo sabe todo y vuelve a concentrarse en su helado. Estupendo. Ahora media vecindad está al corriente antes de que siquiera haya puesto un pie en ese restaurante.

—Gina. No es una cita.

—Ya lo has dicho tres veces.

—Pues lo diré una cuarta. No es una cita. Quiere mi receta. O mi helado. Algo de negocios. Y no es asunto suyo.

Gina se inclina sobre el mostrador y baja la voz. —Clarissa. Ese hombre ha entrado en tu local, ha probado tu helado y te ha invitado a cenar. Él en persona. Con un traje que cuesta más que tu facturación anual.

—Gracias por recordármelo.

—Y te ha mirado.

Me quedo inmóvil. —¿Qué quieres decir?

—Lo he visto cuando se iba. A través del cristal. Se ha parado en la acera. Se ha dado la vuelta y ha vuelto a mirar dentro. Eso no lo hacen los hombres de negocios.

Mi corazón hace algo estúpido. Lo ignoro.

—Estás fantaseando.

—Lo he visto. —Gina se endereza—. Y ahora, el momento más importante del día. El vestido.

Ahí está. El tema que me persigue desde ayer por la noche. Por el que, por si acaso, he vuelto a revisar mi armario y no he encontrado nada que diga: Soy una mujer de negocios independiente y, a la vez: No he comprobado tres veces el saldo de mi cuenta antes de abrir hoy el local. El vestido que Gina me tiende parece propio de una cita, y no es una cita.

—No tengo otra opción, ¿verdad?

—Vas a estar estupenda con ese vestido. Mi vestido te queda mejor a ti que a mí. Tienes cintura para él. —Desliza el dedo por sus fotos y me enseña una imagen. Un vestido que parece hecho para que lo lleven mujeres en restaurantes exactamente como esos. Mujeres que saben qué tenedor se usa para la ensalada.

—Es demasiado —lo intento una vez más.

—Es justo lo que necesitas.

—Pareceré alguien que no soy.

Gina deja el móvil y me mira. Directa. Seria. —O alguien que también eres. Solo que sin delantal ni manchas de helado.

Trago saliva. Ha dado en el clavo y lo sabe.

La señora Bertram se levanta de su mesa y lleva la tarrina vacía al mostrador. —Gracias, hija. La semana que viene, otra vez. —Me

examina—. Y ponte el vestido negro. Te sienta bien.

La puerta se cierra tras ella y miro fijamente a Gina. —¿Ha estado escuchando?

—Lo oye todo. Como un sonar.

Niego con la cabeza y recojo la tarrina. Mis manos están ocupadas, pero mi cabeza no deja de dar vueltas. Un coche que viene a recogerme. Él, al otro lado de la mesa. Su mirada, que ayer me atravesó. Su voz, fría y firme y, sin embargo, de algún modo cálida bajo esa capa. Como caramelo cubierto de hielo.

—¿Y si solo quiere mi receta? —pregunto en voz baja.

Gina se encoge de hombros. —Entonces escuchas su oferta y dices que no.

—¿Y si no? —pregunto.

Gina arquea una ceja. —¿Y si no qué?

—¿Y si no se trata solo de la receta?

Una sonrisa. Lenta y conocedora. —Entonces te bebes el vino. Y ves qué pasa.

Suelto el aire. —No soy como las mujeres que van a esos restaurantes, Gina. Soy la mujer que está detrás y hace el helado.

—Tonterías.

—Lo digo en serio. Él es... —Busco la palabra adecuada—. De otro mundo. Solo su traje seguramente cuesta más que todo lo que hay aquí dentro junto.

—¿Y?

—¿Y qué podría querer alguien como él de alguien como yo? ¿Aparte de lo evidente?

Gina alarga la mano por encima del mostrador y coge la mía. Con fuerza. Decidida. —Clarissa. Haces el mejor helado de esta ciudad. Tu local no va demasiado bien, pero no es culpa tuya. Eres buena. Tu

helado es bueno. Muy bueno. Así que deja de comportarte como si no tuvieras nada que ofrecer.

Me escuecen los ojos. Parpadeo para apartarlo.

—Vamos. Probémonos el vestido. —Gina suelta mi mano y coge su bolso—. Y cierra la heladería para que podamos arreglarte el pelo.

—Mi pelo está bien.

—Llevas un moño que aguanta desde las seis de la mañana. A ese pelo le hace falta un poco de cariño.

Quiero protestar, pero ella ya está detrás del mostrador. —Gina.

Me mira.

—Gracias.

—Para eso estoy. —Sonríe de oreja a oreja—. Y mañana me lo cuentas todo. Hasta el último detalle.

Vamos al cuarto de atrás, que lo es todo en medio de su caos. Salón, oficina y, sobre todo, lugar donde se amontonan las facturas. Al lado está mi diminuto dormitorio, donde solo caben mi cama y un armario. Y luego está mi pequeño baño con ducha. Todo necesitaría una mano de pintura y apenas hay espacio para mí, pero es mi hogar.

Miro el espejo. Delantal manchado. Pelo recogido, flojo, medio deshecho. Mejillas calientes de estar de pie tras la vitrina. Ojeras oscuras porque he estado hasta las tres de la madrugada devanándome los sesos con los balances.

Esta soy yo.

Y esta noche tengo que ser otra persona. Alguien que encaje en un restaurante y se siente frente a un hombre que llena las habitaciones sin decir una palabra.

Gina me sonríe y saca una botella de cava de su bolso.

—Para calmarte —dice.

Me quito el delantal. Lo sostengo entre las manos. Observo las manchas. Chocolate, fresa, una salpicadura de pistacho. Mi campo de batalla. La prueba de que hoy he vuelto a luchar.

Gina cuelga el vestido sobre el espejo. Cae como el agua. Negro, suave, sin adornos. Un escote profundo en la espalda. Sencillo y, aun así, distinto de todo lo que hay en mi armario.

—Póntelo —dice Gina, y sirve cava en dos tazas. No tengo copas. Solo tazas con grietas y desconchones en el borde.

Me quito la camiseta. Me bajo los vaqueros. Estoy en ropa interior frente al espejo y veo a una mujer demasiado delgada para la comida que prepara para los demás. Demasiado pálida para el verano. Demasiado cansada para una cena en un restaurante cuya carta probablemente no tiene precios.

El vestido negro se desliza sobre mi cuerpo. La tela se ciñe a mi cintura y luego cae suelta hasta las rodillas. Tengo los hombros al descubierto. Las clavículas expuestas. Y en la espalda casi no noto la tela. Parezco un boceto de mí misma, dibujado por alguien que me encuentra más bella de lo que yo me veo.

—¿Y? —pregunta Gina.

Miro fijamente el espejo. La mujer que me devuelve la mirada tiene mi cara. Mis ojos. Mi pelo rojizo, que Gina acaba de soltar y extiende sobre mis hombros. Pero todo lo demás me resulta extraño.

—No la conozco —digo.

Gina se coloca detrás de mí. Me pone las manos sobre los hombros. Me mira en el espejo.

—Sí que la conoces —dice—. Solo que hace mucho que no la dejas salir.

Trago saliva. Mis dedos acarician la tela. Suave. Extraña. Emocionante y aterradora a la vez.

Dentro de dos horas vendrá un coche. Dentro de dos horas estaré sentada frente a Jonathan Baltimore, fingiendo que pertenezco a ese

lugar. Que soy la mujer del vestido negro y no la mujer de la caja atascada.

Estoy frente al espejo, aferrada a la tela, y apenas me reconozco. Y no sé si esta es la mejor o la más estúpida decisión de mi vida.

6. Clarissa



El coche huele a cuero y a algo que no sé identificar. Algo caro. Algo que dice: tú no perteneces a este lugar. El conductor me ha abierto la puerta y me ha saludado con una inclinación de cabeza, como si esto fuera lo más normal del mundo. Como si todas las noches llevara por Manhattan a mujeres de negro que se atragantan con los latidos de su propio corazón.

Acaricio la tela sobre mi rodilla. Las palabras de Gina aún me rondan la cabeza. Solo que hacía mucho que no la dejabas salir. La mujer del espejo. La mujer sin delantal ni manchas de helado ni una caja registradora que se atasca. La mujer cuya clavícula queda al descubierto y cuya espalda está casi desnuda bajo la suave tela.

Aún no la conozco.

El coche se detiene y el conductor me abre la puerta. Frente a mí, el restaurante se alza como un escenario para el que nadie me ha preparado. Luz tenue tras los altos ventanales. Un portero que mantiene abierta la puerta. Música que viene de algún lugar y no va a ninguna parte.

Bajo y mis tacones repiquetean sobre el pavimento. Los zapatos de Gina. Por supuesto, también son suyos. Los míos apenas habrían dicho: hola, paso diez horas al día detrás de un mostrador. Estos

también me resultan extraños, pero, por suerte, no tengo que caminar mucho.

Dentro todo es oro, cristal y voces apagadas. Un hombre de traje me pregunta mi nombre, se lo digo, él sonríe y me conduce a través del local. Pasamos junto a mesas donde hay sentadas personas que parecen no haber visto nunca el saldo de su cuenta bajar de las cinco cifras.

Entonces lo veo.

Está sentado junto a la ventana. Naturalmente, junto a la ventana. Las luces de la ciudad tras él, como un decorado que alguien hubiera montado expresamente para él. Lleva un traje oscuro, pero distinto al de anteayer. No es de negocios. El corte tiene algo más suave. ¿O me lo estoy imaginando?

Me ve y se pone de pie. No con prisas. Despacio. Controlado. Y entonces algo cambia en su rostro. Su mirada recorre mi cuerpo y se detiene. En mis hombros. En mi cuello. En la tela que se ciñe a mi cintura. Sus ojos se oscurecen y su mandíbula se tensa.

Siento que el calor me sube por el cuello. Clarissa. Concéntrate.

—Has llegado puntual —dice.

—Tu conductor conduce rápido.

Una media sonrisa. Me aparta la silla. Sus dedos rozan mi espalda, allí donde termina la tela, y siento el contacto como una descarga eléctrica. Breve. Ardiente. Desaparece.

Me siento y respiro.

Él se sienta frente a mí. La vela entre los dos proyecta sombras sobre su rostro. Sus ojos son grises bajo la luz cálida y su loción para después del afeitado me llega por encima de la mesa. Amaderada. Cálida. Se mezcla con el recuerdo de la vainilla en mi pelo y, durante un segundo, pienso en caramelo quemado y yeso desconchado y me pregunto qué hago aquí.

—¿Vino? —pregunta.

—Por favor.

Pide sin abrir la carta. El camarero asiente como si se tratara de una instrucción sagrada. Miro mi cubierto. Tres tenedores. Dos cuchillos. Más copas de las que tengo tazas en mi piso.

—Pareces estar estudiando la disposición de los cubiertos —dice.

—Estoy pensando cuál será el tenedor de la ensalada.

—De fuera hacia dentro.

—Gracias. Me has salvado la noche.

Se ríe. Brevemente. Casi sorprendido. Le transforma todo el rostro. El frío de sus ojos se derrite por un instante y, debajo, hay algo que no esperaba. Calidez. De verdad.

Llega el vino. Tinto, intenso, aterciopelado sobre la lengua. Bebo demasiado rápido y me obligo a dejar la copa.

—Bueno —digo—. Querías hablar de mi helado.

—¿Quería?

—Lo dijiste. Anteayer. En mi tienda. Antes de irte.

Se recuesta en la silla. Su mirada descansa sobre mí como si me estuviera catalogando. Hombros. Clavícula. Labios. De vuelta a los ojos.

—Háblame de tu abuela.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Dijiste que las recetas eran suyas. Háblame de ella.

No es la pregunta que esperaba. Me había preparado para cifras. Para cantidades de suministro y precios. Para negocios.

—¿Por qué?

—Porque me interesa saber de dónde sale esa calidad.

Bebo otro sorbo de vino.

—Abrió la tienda hace cuarenta años. Pequeña. Al principio solo tenía seis sabores. Nada de publicidad. Solo el helado y los vecinos.

—Y funcionó.

—Funcionó más que bien. Era la mejor tienda del barrio. La gente cruzaba todo el Bronx para comerse una bola. —Noto que mi voz se suaviza—. Lo hacía todo a mano. Se levantaba cada mañana a las cuatro. Iba ella misma a buscar la leche al granjero.

—¿Tú también lo haces?

—Yo me levanto a las cinco. Ahora el granjero la trae.

—Progreso.

—Una hora más de sueño. Una revolución.

De nuevo esa media sonrisa. Me pone nerviosa y me tranquiliza al mismo tiempo, lo cual no tiene ningún sentido.

El camarero trae unos entrantes que parecen pequeñas obras de arte. Cojo el tenedor de fuera. De fuera hacia dentro. No es tan difícil.

—¿Y las recetas? —pregunta él.

—La base y los sabores clásicos son de ella. Están escritas a mano, con manchas. Pero me las sé todas de memoria. Y he creado sabores propios. Has probado dos de ellos. —Sonrío—. Su retrato cuelga enmarcado en la pared. Encima de donde se está despegando el papel pintado.

—Lo he visto.

—Entonces también has visto que el papel aguanta con cinta adhesiva.

—Sí. —Alza su copa—. Y aun así, el helado sabe mejor que cualquier cosa que haya probado en ocho países.

Me quedo inmóvil.

—¿Ocho países?

—He buscado. Por todas partes. Francia, Italia, Japón, Argentina. —Bebe—. Nada se le acercaba.

Mi corazón da un salto que no quiero que note. Lo oculto tras un bocado del entrante, que sabe a algo que no sé pronunciar.

—Es halagador —digo.

—Es un hecho.

—Los hechos también pueden ser halagadores.

Se inclina hacia delante. Su antebrazo reposa sobre la mesa, cerca de mi copa.

—¿Qué lo hace distinto? Tu helado. Hay un ingrediente que no consigo identificar.

Sonrío de oreja a oreja.

—Secreto de empresa.

—Todo tiene un precio.

—No todo.

Sus ojos se entrecierran. No enfadado. Interesado. Como si acabara de decir algo que no esperaba. Una palabra que no encaja en sus cálculos. Que no existe.

—De verdad crees que hay cosas que no se pueden comprar —dice.

—Lo sé.

—Eso lo dicen las personas que aún no han recibido la oferta adecuada.

Ahora soy yo quien se inclina hacia delante.

—Eso lo dicen las personas que trabajan con las manos. Las que saben que la diferencia entre un helado bueno y uno perfecto no está en el precio de los ingredientes. Sino en cómo los tratas.

Silencio. Sus ojos no se apartan de los míos. Entonces:

—¿Cómo los tratas?

—Con respeto. Con tiempo. Sin atajos.

—Suena poco rentable.

—Suena honesto.

Alza una ceja.

—Me consideras deshonesto.

—Te considero alguien que solo piensa en cifras.

—Las cifras no mienten.

—No. Pero tampoco cuentan toda la historia. No puedes meter mi helado en una hoja de cálculo. —Mis ojos centellean. Lo noto yo misma—. No puedes medir por qué la señora Bertram viene todos los martes desde hace treinta años. Eso no figura en ningún balance.

Me observa. Largo rato. Intensamente. Después se recuesta en la silla y una sonrisa le curva la comisura de los labios.

—Tienes pasión.

—Y tú eres frío.

—¿Eso te parece?

Bebo mi vino.

—A veces. Y otras... —Vacilo—. A veces no.

Llega el plato principal e interrumpe el momento. Pero el aire entre nosotros ha cambiado. Es más denso. Más cálido. Como una habitación donde alguien ha subido la calefacción sin que se note enseguida.

Comemos y hablamos. De su infancia, que despacha en dos frases. De la mía, que cuento en diez. De la cocina de la abuela y del olor a leche caliente y azúcar. Del momento en que me hice cargo de la tienda y no sabía si reír o llorar.

Él escucha. De verdad. No como alguien que espera a poder volver a hablar. Sino como alguien que recoge cada palabra y la guarda en algún sitio.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Qué te impulsa?

—La expansión.

—Eso no es un impulso. Es una palabra en una diapositiva.

Hace girar la copa entre sus manos.

—Quiero que sea perfecto. Cada detalle. Cada superficie. Cuando alguien entre en uno de mis centros, debe olvidar que fuera existe un mundo.

—Control.

—Calidad.

—El mismo objetivo con un envoltorio mejor.

Me mira y, durante un instante, veo algo vulnerable tras la fachada. Después desaparece.

—Puede ser —dice en voz baja.

El vino sigue fluyendo. Mi segunda copa se convierte en la tercera y el mundo adquiere bordes más suaves. Me río de algo que dice y su mirada se queda prendida de mi boca. Brevemente. Pero me doy cuenta.

—Tienes una mancha —dice.

—¿Qué? —Mi mano va directa a mi rostro.

—En la barbilla. Salsa.

—Dios mío. —Cojo la servilleta, pero él es más rápido. Su mano se eleva por encima de la mesa. Su pulgar roza mi barbilla. Suave. Cálido. Demasiado cerca.

Me quedo paralizada. Sus dedos permanecen un segundo más de lo necesario. Luego retira la mano y se limpia el pulgar en la servilleta,

como si no hubiera pasado nada.

Pero mi pulso se dispara.

—Gracias —digo, y mi voz suena ronca.

—De nada.

El camarero retira los platos. Pregunta por el postre. Jonathan me mira.

—¿Postre?

—Si es helado, lo criticaré.

—Eso me lo creo enseguida.

El camarero trae la carta y la estudio para dirigir la mirada a cualquier sitio que no sean sus labios. Esos que me atraen desde el principio de la noche.

—Tartufo de chocolate —digo.

—Dos —le dice al camarero sin mirar la carta.

—Ni siquiera sabes qué es eso.

—Confío en tu gusto.

Algo aletea en mi estómago. Lo ignoro. O lo intento.

El postre está bueno, pero no mejor que el mío. Se lo digo y vuelve a reírse, y esta vez es una risa de verdad que llena la sala, y pienso: así que así suena cuando pierde el control.

—No eres nada modesta —dice.

—Soy sincera. Mi helado de chocolate es mejor.

—Entonces tendrás que demostrármelo.

—Cuando quieras. —Las palabras han salido antes de que pueda pensarlo. Suenan como una invitación y siento que se me calientan las mejillas.

Se inclina hacia delante. Cerca. Su loción para después del afeitado me envuelve y su mirada es oscura y directa, y durante un instante olvido dónde estoy.

—¿Hoy?

—¿Qué?

—Hoy. Me lo demuestras. —Su voz es más grave ahora. Más suave en los bordes—. Tengo una cocina. Mejor equipada que la tuya.

—Eso no es poner el listón muy alto.

—Aun así.

Debería decir que no. Debería levantarme, preguntar por el coche y volver a casa, a mi trastienda con las facturas y las tazas agrietadas. Debería ser sensata.

Pero sus ojos me retienen. Grises como un lago en invierno al que no deberías saltar porque el agua está demasiado fría. Porque no sabes qué profundidad tiene.

—No hay cocina en el mundo tan buena como para que me ponga a hacer helado a estas horas —digo.

—Entonces, nada de helado.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Pesadas. Claras. Quiere decir exactamente lo que oigo, y los dos lo sabemos.

Mi corazón late en mi garganta. Todo mi cuerpo dice que sí y mi cabeza grita algo que se pierde en el rumor de mi sangre.

—Vale —digo.

Hace una seña al camarero. La cuenta llega y desaparece sin que yo vea una sola cifra. Naturalmente.

Se pone de pie y me ofrece la mano. La tomo y sus dedos se cierran alrededor de los míos, firmes, cálidos y seguros. Me ayuda a levantarme y, por un momento, estamos demasiado cerca. Su aliento roza mi frente. Su pulgar traza un círculo sobre el dorso de mi mano.

Después posa la mano en mi espalda. En la parte desnuda donde termina la tela. La palma sobre mi piel. Cálida. Decidida. Posesiva de una forma que debería asustarme, pero que, en cambio, hace que algo se derrita en mi vientre.

Cruzamos el restaurante y siento las miradas, pero están lejos. Todo está lejos salvo su mano en mi espalda, su olor y el repiqueteo de mis tacones junto a sus pasos.

Fuera no nos espera ningún coche. Solo hay dos calles. Me guía a través del aire nocturno y el viento refresca mi piel acalorada, pero su mano sigue cálida en mi espalda.

Un edificio. Cristal y acero y un portero que asiente como si Jonathan fuera el único que vive allí. Puede que incluso sea cierto.

El ascensor se abre. Entramos. Las puertas se cierran.

Y entonces estamos frente a frente.

El espacio es pequeño, sus ojos están oscuros y respiro demasiado deprisa. Está junto a la pared opuesta, con las manos en los bolsillos, y me mira. Solo eso. Me mira. Como si se estuviera conteniendo. Como si esperara. Como si me dejara a mí la decisión.

Tengo los hombros desnudos. La espalda aún me arde por su contacto. El aire entre nosotros es tan denso que casi podría agarrarlo.

Él no dice nada. Yo no digo nada. El ascensor sube y la ciudad queda atrás bajo nosotros, y el aire entre los dos vibra.

7. Jonathan

♥ ♥ ♥

Las puertas del ascensor se abren y ella sale a mi ático. Descalza. Sus zapatos cuelgan de su mano. El vestido negro le cae suelto hasta las rodillas y su espalda reluce bajo la luz tenue.

Concéntrate.

—¿Vives aquí? —pregunta, dándose la vuelta. Sus ojos recorren el techo, los ventanales, el espacio diáfano—. ¿Solo?

—Sí.

—Es triste.

Cualquier otra persona habría dicho: impresionante. O: de buen gusto. O: cuántos metros cuadrados. Ella dice: triste. Y da en algo que no quiero examinar.

—¿Quieres beber algo?

Deja los zapatos junto al sofá y se acerca a los ventanales. Manhattan se extiende bajo ella. Un mar de luces. Apoya la mano contra el cristal y su aliento deja una fina capa de vaho.

—Toda la ciudad —dice en voz baja—. Como un juguete.

Voy hacia el bar. Cojo el whisky. Mis dedos están tranquilos. Todo bajo control. Sirvo dos vasos, aunque normalmente bebo agua. Pero

normalmente tampoco hay una mujer de espalda desnuda junto a mi ventana llamando triste a mi hogar.

Le llevo los vasos. Ella se vuelve y acepta el suyo. Nuestros dedos se rozan sobre el vaso. Sus ojos se elevan hasta los míos. Marrón oscuro en la penumbra, casi negros.

Huele a caramelo. Todavía. Bajo el vino, la comida y el perfume que debe de haberse echado. Debajo de todo eso está el caramelo. Como una firma que no se puede borrar.

Maldita sea.

—Gracias —dice, y bebe. Hace una ligera mueca—. Fuerte.

—No tienes por qué beberlo.

—Quiero. —Da otro sorbo y deja el vaso en el suelo, junto a sus pies. Me mira—. ¿Por qué estoy aquí, Jonathan?

Buena pregunta. La respuesta empresarial sería: porque quiero tu receta. Porque eres la mejor maestra heladera que he encontrado en ocho países. Porque eres un activo.

Pero la respuesta empresarial no explica por qué mi pulso se acelera más que en la pista con David. Por qué me he pasado toda la noche observando su boca en lugar de analizar sus argumentos. Por qué no me he limitado a enviar a Ralph.

—Porque querías —digo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la más sincera que tengo.

Me estudia. Inclina ligeramente la cabeza hacia un lado y el pelo le cae sobre el hombro. Rojizo bajo la luz de la ciudad. Un mechón se ha soltado del peinado y descansa sobre su cuello.

—No estás acostumbrado a ser sincero, ¿verdad?

—No estoy acostumbrado a no saber lo que quiero.

Sus labios se entreabren. Una inspiración. Luego alza la barbilla.

—¿Y qué quieres?

Dejo mi vaso en el alféizar. Despacio. Con control. Después doy un paso hacia ella. Mi mano se alza y mis dedos se posan en su cuello. Con suavidad. Su pulso se desboca bajo las yemas de mis dedos. Rápido y fuerte, y no puede ocultarlo.

—Esto —digo.

Sus ojos se agrandan. Su respiración se acelera. Pero no retrocede.

Así que la beso.

No con suavidad. Como he querido hacerlo toda la noche. Mi mano se desliza hasta su nuca y la atrae hacia mí. Sabe a whisky, al postre y a algo suyo que no sé nombrar. Dulce. Cálido. Peligroso.

Suspira contra mi boca y sus manos se aferran a mi camisa. Sacan la tela de la cintura del pantalón. Sus dedos están fríos sobre mi piel y noto cada uno de ellos.

Mantén el control.

Me aparto de su boca. La miro. Tiene los labios hinchados y húmedos. Los ojos oscuros y vidriosos. El pecho se le eleva y desciende bajo la tela negra.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Deja de hablar —dice.

Y entonces sonríe. Esa sonrisa torcida y desafiante que me deja sin suelo bajo los pies.

Mierda.

Mis manos bajan desde su cuello hasta sus hombros. Le deslizo los tirantes del vestido. La tela resbala por sus hombros y cae. Sin más. Como agua. Y debajo no lleva casi nada.

Encaje negro. Apenas un susurro. Su piel, clara bajo la luz de la ciudad. Sus pechos, perfectamente formados; los pezones se marcan

bajo la fina tela. Tiene la cintura estrecha y las caderas se balancean ligeramente al salir del vestido.

Me quedo mirándola. Lo registro todo. Cada línea, cada curva, cada sombra. Está ante mí como algo que no pertenece a este ático. Demasiado viva. Demasiado cálida. Demasiado real para esta estancia fría.

—Me estás mirando —dice. Tiene la voz débil.

—Sí. —No hay razón para negarlo—. Eres preciosa.

Me quito la camisa por la cabeza y veo cómo sus ojos recorren mi torso. Se muerde el labio. Luego extiende la mano y la apoya plana sobre mi pecho. Sobre mi corazón. Que late demasiado deprisa. Que me delata.

La levanto.

Ella jadea, sorprendida, y sus piernas se cierran alrededor de mis caderas. Sus brazos, alrededor de mi cuello. La llevo por el pasillo, conozco el camino a ciegas, y empujo con la espalda la puerta del dormitorio para abrirla.

Entonces la dejo sobre la cama. Su pelo se extiende sobre la tela oscura como llamas. Sus ojos me siguen mientras me desabrocho el cinturón. Mientras me quito el resto. Y su mirada recorre mi cuerpo con una mezcla de curiosidad y hambre que casi me hace perder la razón.

Me inclino sobre ella. Le beso el cuello. Succiono suavemente la zona bajo su oreja y ella gime quedamente, agarrándome del pelo. Mi boca baja. Por su clavícula. Entre sus pechos. Aparto la tela a un lado y tomo su pezón entre los labios. Ella se arquea hacia mí y de su boca sale un sonido más profundo de lo que esperaba. Más áspero. Más urgente.

Concéntrate. Despacio. Metódicamente.

Pero con cada reacción de su cuerpo resulta más difícil. Cada gemido, cada espasmo bajo mis manos deshace algo dentro de mí que no sé

nombrar. El control se resquebraja. Pedazo a pedazo.

Mi mano se desliza por su vientre. Bajo la cintura del encaje. Sus caderas se elevan hacia mí y, cuando mis dedos la encuentran, está caliente, húmeda y preparada, y el sonido que emite me recorre el cuerpo entero.

—Jonathan. —Mi nombre en su boca. Sin aliento.

Le bajo el encaje por las caderas. Beso la cara interna de sus muslos. Le tiemblan bajo mis labios y se aferra a las sábanas, arquea la espalda, y yo lo veo todo. Cada reacción. Cada oleada que recorre su cuerpo.

Mi boca encuentra su punto más sensible y ella grita. Breve. Sorprendida. Luego gime y sus dedos se enredan en mi pelo y tiran. El dolor es bueno. Real. Me mantiene con los pies en la tierra.

Trabajo con la lengua y los dedos, y observo cómo se deshace. Cómo el control desaparece de su rostro. Cómo se arquea, se tensa y empuja, y pronuncia mi nombre una y otra vez, hasta que deja de ser una palabra y se convierte solo en aliento.

Llega al orgasmo con un sonido que casi me arrastra con ella, sin haberme tocado siquiera.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea.

Me incorporo. Me palpita la polla y estoy tan duro que duele. Ella yace bajo mí, respirando con dificultad, los ojos medio cerrados y una sonrisa tirando de sus labios. Esa sonrisa torcida y desafiante.

—Ven aquí —susurra.

Sus manos se posan sobre mis hombros. Sus piernas se abren más.

Penetro en ella. Despacio. Siento cómo se cierra a mi alrededor. Estrecha. Caliente. Se me escapa un gemido que no suena a mí. Sin control. Sin cálculo. Crudo.

Ella inspira bruscamente y sus uñas se clavan en mis hombros. Tiene la boca abierta y sus ojos sostienen los míos, y en ese momento no

existe nada más.

Ni cifras. Ni metros cuadrados. Ni expansión. Solo ella.

Empiezo a moverme. Despacio al principio. Profundo. Veo cada sombra en su rostro, cada espasmo, cada temblor. Sus piernas se enroscan a mi alrededor y me atraen más hondo, y pierdo el ritmo y encuentro otro. Más rápido. Más duro.

Gime con cada embestida y sus manos se deslizan por mi espalda, arañan y se aferran, y siento cada marca que deja sobre mi piel.

—Más. —Tiene la voz ronca. Quebrada—. Por favor.

Mantén el control. Concéntrate.

No puedo.

Le elevo las caderas, cambio el ángulo y doy con el punto que la hace gritar. Ella hunde la cabeza en las almohadas y su cuerpo se tensa como un arco, y lo veo en su rostro antes de que ocurra.

Llega al orgasmo y me arrastra con ella. Sus músculos se contraen a mi alrededor y me pierdo en ella. Embisto profundamente y me dejo ir, y todo es blanco, caliente, vacío y pleno al mismo tiempo.

Silencio.

Solo nuestra respiración. Pesada. Irregular. Estoy medio tendido sobre ella, con la cara contra su cuello. Sus dedos trazan lentos círculos sobre mi espalda. El latido de su corazón bajo mi pecho, rápido y fuerte.

Debería decir algo. Algo ingenioso. Algo controlado.

En lugar de eso, me giro hacia un lado y la atraigo hacia mí. Ella se acurruca en la curva de mi cuerpo como una pieza que siempre hubiera faltado. Su respiración se calma. Sus dedos dejan de trazar círculos.

En cuestión de minutos se queda dormida.

Yo permanezco despierto.

Su pelo me hace cosquillas en la barbilla. Su espalda, cálida y desnuda contra mi pecho. El olor a caramelo, mezclado con sudor y sexo. Mi brazo descansa sobre su cintura y mi mano sobre su vientre, y algo en mi pecho hace algo que no puedo catalogar.

No es dolor. Ni malestar. Es otra cosa. Algo demasiado cálido y demasiado grande para el espacio entre mis costillas.

Una gilipollez poética.

Me aparto con cuidado. Ella murmura dormida, se gira, busca en el vacío. Dejo la almohada a su lado y ella la atrae hacia sí. Como una niña.

El despacho está tres puertas más allá. Luz fría cuando llego al escritorio. Portátil. Correos. Doce mensajes sin leer de Ralph. Tres del consejo de administración. Una cadena de cifras que normalmente me tranquilizaría.

Me siento. Abro el portátil.

Mi mirada cae sobre los documentos junto al teclado. La carpeta de Ralph. Correctamente etiquetada. Los datos sobre su local. Ingresos de los últimos tres años, en descenso. Contrato de alquiler, vencimientos, tres créditos pendientes, uno en mora. Fachada protegida por su valor histórico, ninguna reforma sin autorización. Reseñas de blogueros gastronómicos, siempre excelentes. Sin empleados. Sin plan de negocio.

Y debajo: un borrador de contrato. Su nombre. Clarissa Weston. Impreso junto al logotipo de mi empresa. Una oferta que Ralph ha redactado previamente. Asociación, licencia, control de calidad. Todo impecable. Todo calculado.

Me quedo mirando su nombre.

Hace unos minutos yacía bajo mí, gritando mi nombre. Y ahora su nombre figura en un documento sobre mi escritorio, enmarcado entre artículos y cláusulas.

Miro la carpeta, aquello que en realidad quería hacer. El motivo por el que he quedado con ella. Ahora me parece otro mundo. Cifras y hechos que no me tranquilizan.

Me reclino en la silla, miro al techo y me pregunto en qué momento exacto esto ha dejado de ser un negocio. Si alguna vez lo fue. Si no me lo he estado repitiendo desde el principio porque la alternativa es demasiado complicada.

¿Por qué en persona? ¿Por qué la mejor mesa? ¿Por qué no Ralph?

Las respuestas están en el dormitorio, tres puertas más allá, y huelen a caramelo.

Cierro el portátil. Me pongo de pie. Los correos pueden esperar.

Regreso. En silencio. Ella yace atravesada en la cama, todavía abrazada a la almohada. Tiene la cara medio enterrada en la tela. Su pelo se extiende por todas partes. En la penumbra parece alguien que pertenece a este lugar. A esta cama, demasiado grande para una sola persona.

Me tumbo a su lado. Le quito la almohada de los brazos y la sustituyo por mí. Murmura algo incomprensible y se pega a mí. Su nariz contra mi clavícula. Su mano sobre mi pecho.

Mañana todo volverá a su cauce normal. Mañana volveré a ser el CEO de la planta más alta. Mañana ella volverá a ser la mujer de la pequeña heladería de paredes desconchadas. Mañana hablaré con ella del negocio. De forma profesional. Distante. Clara.

Mañana.

La atraigo más hacia mí, cierro los ojos y me digo que es verdad.

8. Clarissa



Seda. Es lo primero que noto. Seda bajo mis dedos y una almohada que huele a algo que no me pertenece. Amaderado. Cálido. Demasiado caro para cualquier lugar que no sea este.

Abro los ojos y no veo nada que conozca.

El techo es alto. Blanco. Perfecto. Ni una mancha de humedad, ni una grieta, ni pintura desconchada. A mi derecha, un ventanal más ancho que todo el escaparate de mi heladería. Detrás, Manhattan bajo la luz de la mañana. Me vuelvo hacia la derecha y miro la ciudad.

Entonces vuelvo la vista hacia él. A mi izquierda, Jonathan Baltimore. Dormido. Boca abajo, con un brazo bajo la almohada y el otro extendido sobre el lugar donde yo estaba tumbada hace un momento. Tiene la espalda desnuda, los músculos relajados, la respiración regular. La mandíbula más suave mientras duerme. Más joven.

El estómago me da una voltereta. De las buenas. De las peligrosas.

Lo recuerdo todo. Sus manos. Su boca. La forma en que ha dicho mi nombre. Cómo me ha mirado, como si fuera algo que ve por primera vez y no sabe cómo clasificar. Y recuerdo cómo me he sentido.

Viva. Por primera vez en mucho tiempo. Tan viva como nunca antes.

Clarissa.

Tengo que ir al baño. Urgentemente. Me sabe la boca a whisky, el pelo se me pega al cuello y necesito agua y un espejo y quizá un poco de dignidad antes de que se despierte y me vea así.

Me deslizo fuera de la cama. En silencio. Sus dedos se contraen mientras duerme, agarran el vacío; luego se gira medio de lado y sigue respirando. Bien. Cojo su camisa del suelo, porque mi vestido está en alguna parte del salón y no voy a recorrer desnuda este ático. La camisa me llega hasta los muslos y huele a él, y eso no ayuda nada a mi concentración.

Una puerta. La abro. Un vestidor. Camisas ordenadas por colores, zapatos alineados, trajes que parecen sacados de una tienda de diseño. Cierro la puerta y sigo adelante.

Segunda puerta. Vacía. Una habitación sin nada salvo una estantería y un sillón. ¿Quién tiene habitaciones vacías?

Tercera puerta.

Bajo el pomo y entro en un despacho. Escritorio, portátil, estanterías con archivadores. Una ventana orientada hacia la ciudad. Luz fría que se derrama sobre la superficie.

Y entonces veo mi nombre.

Sobre el escritorio. Una carpeta abierta. Clarissa Weston, propietaria. Heladería, Bronx. Junto a ello, cifras. Facturación. Tres años, en descenso. Mis créditos. Los tres. El que está en mora, marcado con rotulador rojo. Fachada protegida por su valor histórico, pone. Sin empleados. Sin plan de negocio. Sin presencia online.

El estómago se me hunde. No es la voltereta buena. Es la otra.

Sigo pasando páginas. Me tiemblan las manos. Un estudio de mercado. Heladerías premium en centros comerciales. Público objetivo, rango de precios, análisis de ubicación. Y luego un borrador de contrato. Mi nombre junto al logotipo de su empresa. Asociación, licencia, control de calidad. Artículo tres, apartado dos: derechos exclusivos sobre las recetas originales.

Derechos exclusivos.

Sobre las recetas de la abuela.

Estoy en medio de su despacho, llevo puesta su camisa, huelo a él y a la noche y a todo lo que me he contado a mí misma. Y frente a mí está la prueba de que nada de eso era real.

Nunca me ha querido a mí. Quiere mi helado.

El restaurante. La mejor mesa. El vino. Su mano sobre la mía. Sus preguntas sobre mi abuela, sobre la receta, sobre los ingredientes. Y yo, idiota, se lo he contado todo. Todo. Porque sus ojos se han vuelto dulces y su risa ha sonado sincera y porque he pensado que había algo.

Algo. Menuda broma.

Soy un negocio. Una partida en una hoja de cálculo. Una receta con piernas.

Las náuseas me suben por la garganta y me tapo la boca con la mano. Aquí no. No en su despacho perfecto, junto a su borrador de contrato perfecto. Me lo trago. Respiro. Una vez. Dos.

Entonces me muevo.

El dormitorio. Sigue dormido. Todavía. Su respiración es regular, tiene medio rostro hundido en la almohada. Me quito su camisa y la dejo caer al suelo. Cojo mi ropa interior, que está junto a la cama.

Me la pongo y corro al salón. Mi vestido sigue allí. Me lo paso por la cabeza y se desliza por mi cuerpo. Tan suave como no está yendo todo esto. Zapatos. Zapatos. Ahí, junto al sofá.

—¿Clarissa?

Su voz. Somnolienta. Lejana. Desde el dormitorio.

Cojo los zapatos y corro hacia el ascensor. Pulso el botón. Vamos. Vamos.

—¿Clarissa?

Más alto ahora. Más despierto. Le oigo moverse. No quiero seguir aquí cuando se levante de la cama.

El ascensor se abre. Entro y pulso planta baja, y mi reflejo me mira fijamente desde la pared de espejos. El pelo suelto y revuelto, el rímel corrido, el vestido torcido, descalza y con los zapatos en la mano. Como una mujer que huye de una mala película.

Porque eso es exactamente lo que hago. Porque eso es exactamente lo que es.

Las puertas se cierran y apoyo la espalda contra la pared, aprieto la frente contra el metal frío y pienso: Lo sabías. Hombres como él no entran en tiendas como la tuya para comer helado. Entran porque quieren algo.

Y tú se lo has dado. Todo. Tu cuerpo. Tu estúpida confianza.

Me muerdo el labio hasta que me duele. No llores. Ahora no. No por él.

El aire de fuera me golpea como una bofetada. Mañana en Manhattan, gases de escape, café y hormigón. Paro un taxi y le doy al conductor la dirección de mi heladería; él me mira por el retrovisor, pero no dice nada. Listo por su parte.

El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco. Jonathan. Rechazo la llamada.

Vuelve a vibrar. Jonathan. Otra vez. Y otra.

Aprieto el botón lateral y la pantalla se queda negra.

El trayecto dura lo suficiente para que consiga recomponerme. O al menos para fingir que lo he hecho. Pago al conductor y me planto frente a mi heladería; el letrero cuelga torcido, la pintura se desconcha, la baldosa del suelo frente a la puerta tiene una grieta nueva, y pienso: Esto soy yo. No el ático. No la seda. No su mundo.

Abro la puerta y el olor de mis helados me golpea de lleno. Y todavía queda un poco del caramelo quemado. La foto de la abuela cuelga de la pared y me mira con esa sonrisa cómplice. El papel pintado de

debajo se está despegando y la cinta adhesiva está cediendo poco a poco.

Dejo caer los zapatos y paso detrás del mostrador. La caja registradora está ahí. La tarjeta de visita, al lado. Negra, gruesa, pesada, con letras doradas. La cojo entre los dedos y la miro fijamente.

Luego la dejo de nuevo en su sitio. Porque no puedo romperla. Todavía no.

La campanilla de la puerta tintinea y Gina entra en la tienda.

Lleva su chaqueta vaquera y dos cafés con leche en la mano; su mirada va de mi cara a mi vestido, a mis pies descalzos y vuelve a subir.

—Vale —dice despacio—. Esto es o muy bueno o muy malo.

—Muy malo.

Deja los vasos sobre el mostrador y cruza los brazos.

—Habla.

—Tiene documentos sobre mí. —Mi voz suena más débil de lo que quiero—. En su escritorio. Mi facturación, mis créditos, un estudio de mercado. Un borrador de contrato con mi nombre. Derechos exclusivos sobre las recetas.

Gina parpadea.

—¿Eso qué significa?

—Significa que me ha investigado. Que me ha escudriñado. Antes siquiera de entrar en mi tienda, ya lo sabía todo. Las deudas, la fachada, que no tengo elección. Sabía que estaba lo bastante desesperada.

—¿Y la noche?

Me río. Suena horrible.

—La noche era estrategia. Una medida de seguridad. Se ha acostado conmigo y luego se va a su despacho a dejar preparado mi borrador de contrato.

Gina coge uno de los vasos de cartón y bebe. Se queda callada, lo que nunca es buena señal en Gina.

—Di algo —digo.

—¿Se lo has preguntado?

—¿Qué?

—Si puede explicarlo. Si tiene el sentido que tú crees.

—No necesitaba una explicación. Mi nombre en un contrato por derechos exclusivos sobre las recetas de la abuela es bastante claro.

Gina deja su vaso.

—Clarissa. Es un hombre de negocios. Que tenga documentos sobre ti no es ninguna sorpresa. Tú tienes su tarjeta de visita. Él tiene tus cifras.

—Primero me invita a cenar y luego se acuesta conmigo antes de enseñarme el contrato. Eso no es un negocio. Es manipulación.

—O es un hombre que no conoce el orden de las cosas. —Gina arquea las cejas—. No sería el primero.

—¿Lo estás defendiendo?

—Estoy preguntando.

Cojo el trapo y limpio el mostrador. Está limpio, pero mis manos necesitan hacer algo. De un lado a otro. De un lado a otro.

—Nunca me lo ha preguntado —digo más bajo—. Nunca directamente. Ni durante la cena, ni antes, ni después. Solo hacía preguntas que sonaban a interés. Y yo he picado.

Gina rodea el mostrador y se coloca a mi lado.

—¿Te ha dicho que no era un negocio?

Lo pienso. Ha dicho que no era una cita. Ha dicho que quería hablar de la calidad de mi helado. Y luego no ha hablado de ello. Y me he preguntado qué significaba. Y después he dejado de preguntármelo.

—Ha dicho que no era una cita. Y luego la ha tratado como si lo fuera.

—Puede que no lo fuera. Al principio. —Gina se encoge de hombros—. Puede que cambiara.

—Gina. —Me giro hacia ella—. Hay un contrato con mi nombre. Junto a un cálculo de mis deudas. Junto a un análisis de cuánto podría dar mi helado por bola en un centro comercial. Todo planeado. Todo calculado.

—Y entre medias hubo una noche en la que no habló de negocios.

El móvil vibra en mi bolsillo. Me sobresalto. Lo saco. En la pantalla: Jonathan. Rechazo la llamada.

Gina mira mi móvil.

—¿Tercer intento?

—Quinto.

—Es persistente.

—Es un obseso del control que quiere asegurar su inversión.

Gina se sienta en el taburete detrás del mostrador, el taburete que en realidad es solo mío. Pero Gina respeta los límites tan bien como los desastres naturales.

—Vale —dice—. Escenario uno: es un frío hombre de negocios que se acuesta contigo para conseguir tu receta. Entonces, ¿por qué el restaurante? ¿Por qué no venir directamente con el contrato?

—Porque la gente se ablanda después de un buen vino y sexo.

—Escenario dos: quería hablar contigo de negocios, pero se ha encaprichado de ti y ya no ha sabido separar una cosa de la otra.

—Eso no es un escenario. Es una fantasía.

Gina se inclina hacia delante.

—Clarissa. Tú estabas allí. ¿La noche se ha sentido como una estrategia?

Cierro los ojos. Y ahí está de nuevo. Su mano en mi cuello. Su mirada cuando me ha preguntado si estaba segura. La forma en que ha contenido la respiración cuando le he desabrochado la camisa. Eso no era calculado. Eso no era controlado.

O sencillamente es un actor de puta madre.

—No importa cómo se haya sentido —digo, y abro los ojos—. Lo que importa es lo que hay sobre su escritorio.

El móvil vibra. Jonathan. Lo dejo sobre el mostrador, con la pantalla hacia abajo.

—No vas a cogerlo —dice Gina. No es una pregunta.

—No.

—¿Y si viene aquí?

—Entonces le diré lo que pienso.

Gina asiente despacio. Coge su café con leche y da otro sorbo. Luego me coge la mano y la aprieta brevemente.

—Por lo que pueda valer, creo que no has hecho todo mal. Pero también creo que no estás viendo todo con claridad.

—Gina.

—Está bien. —Levanta las manos—. Tu tienda, tu corazón, tu decisión. Estoy aquí si me necesitas.

Vuelve a sentarse en el taburete y se bebe tranquilamente su café con leche, como hace siempre. Me observa mientras preparo el helado y disfruta de su café hasta que tiene que irse a trabajar.

Estoy detrás de mi mostrador; la caja registradora me mira fijamente, la tarjeta de visita está a su lado y mi móvil vibra en silencio contra la madera.

Cojo el trapo y vuelvo a limpiar el mostrador. Y otra vez. Y otra.

La foto de la abuela en la pared. Su sonrisa. Su letra temblorosa en las recetas sujetas al tablón de corcho. Pistacho con cardamomo, su invención, mi favorito. Vainilla con grano de café, su clásico. Frambuesa con albahaca, mi idea, su bendición.

—Quiere derechos exclusivos —le digo a la habitación.

—Quizá era una buena oferta —opina Gina.

—Como si eso fuera algo que se puede comprar. Como si la vida de la abuela, sus manos, su risa en la cocina a las cinco de la mañana fueran algo que cabe en un contrato. Entre artículos, cláusulas y una firma.

Gina se limita a encogerse de hombros.

Le he contado que siempre olía a vainilla. Que me enseñó a formar las bolas perfectamente redondas. Que se olvidó de anotar un ingrediente y se llevó el secreto a la tumba.

Y él ha escuchado y ha asentido y me ha tocado la mano, y probablemente por dentro calculaba cuánto rendiría eso al día.

El móvil vibra. Lo cojo, quiero apagarlo, veo la pantalla. Dos llamadas perdidas más. Un mensaje. No lo leo.

En lugar de eso, enciendo la vitrina refrigerada. Zumba, demasiado alto como siempre. Me quito el vestido y me pongo los vaqueros y la camiseta vieja del cuarto trasero, y me ato el delantal. La tela huele a mí. A caramelo y a hogar y a nadie más.

Mejor así.

Empiezo a preparar la base de helado para hoy. Leche, nata, azúcar. Gestos mecánicos que mi cabeza no necesita. Mis manos trabajan y mi cerebro da vueltas.

¿Ha sido todo mentira? ¿Cada caricia, cada mirada, cada palabra? ¿O algo ha sido real y el resto eran negocios? ¿Y eso es mejor o peor?

Peor. Sin duda peor. Si todo era estrategia, puedo odiarlo. Si algo era real, tengo que vivir con el hecho de que, aun así, me ha utilizado.

La caja registradora traquetea suavemente, aunque nadie la ha tocado. Un comentario mudo. Como siempre.

—Cállate —digo.

No me escucha.

Gina levanta la vista y sonríe para sí.

Remuevo la base y pienso en el momento en que me ha preguntado si estaba segura. Y pienso en la carpeta sobre su escritorio. E intento encajar ambas cosas en la misma imagen.

No encajan.

Mi móvil vibra sobre el mostrador. Lo ignoro. Sigo removiendo. Lo siguiente es el caramelo. Azúcar en el cazo, calentar lentamente, no remover, paciencia. El único aspecto de mi vida en el que tengo paciencia.

El azúcar empieza a fundirse. Dorado en los bordes. Inclino ligeramente el cazo, distribuyo el calor. El olor asciende. Dulce, cálido, casi quemado. Mi olor. Mi mundo.

No el suyo.

Añado la nata y chisporrotea y sale vapor, y remuevo deprisa y no pienso en nada, y eso está bien.

Entonces oigo el motor. Suave, grave, caro. No reconozco el sonido de forma consciente, pero mi cuerpo reacciona de todos modos. Se me tensa la espalda, mi mano se detiene a mitad del movimiento.

Levanto la vista y, a través del cristal de mi heladería, veo la limusina negra que se detiene junto al bordillo.

9. Jonathan



La pintura de la puerta de su tienda se está desconchando. Tres zonas, quizá cuatro. Blanco bajo el verde, como huesos expuestos bajo la piel. El letrero cuelga torcido. Su nombre, en letras desvaídas sobre el cristal.

Estoy en la acera, mirando fijamente esa maldita puerta, y me odio por estar aquí.

Seis llamadas. Ninguna respuesta. Ningún mensaje. Nada. Y ahora estoy como un idiota delante de una heladería del Bronx, con traje, a las ocho y media de la mañana, mientras en mi despacho hay tres contratos esperando mi firma y Ralph me escribe cada veinte minutos.

Los documentos. Joder. Los documentos sobre el escritorio, abiertos, su nombre en negrita, el análisis de crédito, el borrador del contrato. Todo lo que debería haber guardado antes de volverme a la cama. Antes de atraerla hacia mí y pensar que mañana todo volvería a su curso normal.

Normal. Menudo chiste.

La he oído respirar durante la noche. He sentido su espalda contra mi pecho. He olido el caramelo en mis sábanas. Y luego me he despertado, la cama estaba vacía y ella se había ido. La puerta del despacho estaba abierta.

Mierda.

Me arreglo el puño de la camisa. Respiro. Empujo la puerta.

Suena la campanilla. Fina, metálica. La tienda huele a caramelo y a otros aromas. Es pequeña. Angosta. Y todo en ella pide una mano de pintura nueva. El mostrador está en el centro; a la izquierda hay tres mesas con la pintura desconchada. La foto de la abuela en la pared. El papel pintado de debajo se está viniendo abajo.

Y ella está detrás del mostrador.

Lleva puesto el delantal. El pelo recogido. Ni rastro de la noche pasada, del vestido negro de la velada ni de la lencería que llevaba debajo. Tiene el rostro cerrado como una puerta cortafuegos. Sus ojos se encuentran con los míos y no hay nada cálido en ellos. Ni una sonrisa. Ni un rubor. Nada.

Junto a ella hay una mujer sentada en un taburete detrás del mostrador. Chaqueta vaquera, brazos cruzados y un vaso de cartón entre las manos. Su mirada me disecciona como un bisturí.

—Fuera.

La voz de Clarissa. Plana. Fría. No es lo que esperaba. Habría entendido la rabia. Los gritos. Que me tirara algo. Pero esta frialdad es peor.

—Clarissa.

—He dicho que fuera.

Doy un paso al frente.

—Déjame explicártelo.

—¿Explicármelo? —Se ríe. Suena como si se rompiera un cristal—. ¿Qué exactamente quieres explicarme? ¿Que conoces mis deudas? ¿Que sabes que estoy en mora con el crédito? ¿Que tienes un contrato con mi nombre antes incluso de haber entrado en mi tienda?

Cada palabra da en el blanco. Precisa. Lo catalogo todo: tiene los hombros tensos, los dedos aferrados al trapo sobre el mostrador, los

nudillos blancos.

—Sí —digo—. He investigado sobre ti. Es mi trabajo.

—Tu trabajo. —Asiente—. ¿Y también era tu trabajo invitarme al restaurante? ¿Era tu trabajo reservar la mejor mesa y pedir vino, cogerme la mano y seducirme?

La mujer a su lado no se mueve. Observa. Siento su mirada como una segunda cámara en la habitación.

—La cena no estaba planeada —digo—. No así.

—No así, ¿lo oyes, Gina? No lo había planeado así. —Clarissa tira el trapo sobre el mostrador—. ¿Y la noche? ¿Tampoco estaba planeada así? ¿O formaba parte del cálculo? ¿Primero ablandarme y luego el contrato?

Se me tensa la mandíbula. Quiero decir algo que sea acertado. Algo que ella entienda. Pero las palabras en mi cabeza suenan mal antes de llegarme a la boca.

—La noche no tuvo nada que ver con el negocio.

—Mientes.

—No miento.

Su amiga se limita a mirarme. No dice nada. Pero sus ojos van de una a otro como si estuviera viendo un partido de tenis.

Clarissa sale de detrás del mostrador. Da tres pasos hacia mí. Huele a caramelo y a falta de sueño, y tiene los ojos enrojecidos, aunque jamás lo admitiría.

—Me investigaste a fondo —dice—. Lo sabías todo. Las deudas, la fachada, que no tengo empleados. Sabías que estoy desesperada. Y luego entras aquí con tu traje a medida y tu tarjeta de visita, fingiendo que has llegado por casualidad.

—No he llegado por casualidad —digo. No es mentira—. He venido por el helado. Por su calidad. Te dije que quería hablar contigo de ello.

—Qué romántico.

—No era romántico. Era profesional.

—Exacto. —Su voz baja, y eso es peor que si gritara—. Era profesional. Todo. Desde el principio. Y yo he sido demasiado estúpida para darme cuenta de la diferencia.

Algo se contrae en mi pecho. Un músculo que no conozco. Lo ignoro.

—No has sido estúpida. Y no todo era profesional.

Vuelve a reírse. Esa risa rota.

—¿Sabes qué había sobre tu escritorio? Junto al contrato. Un estudio de mercado sobre heladerías premium en centros comerciales. Y la pregunta de cómo conseguir mi receta para ampliar tus centros comerciales de lujo. Eso es lo único que quieres. Conseguir mi receta a cualquier precio.

Cierro los ojos un instante. La receta. No he preparado yo los documentos. Claro que quiero la receta.

—Ralph lo redactó para mí —digo—. Porque aún quedaba una cuestión por resolver.

Gina resopla suavemente desde su taburete. Una vez. Breve.

Clarissa cruza los brazos.

—¿Una cuestión por resolver? Así es como lo llamas. No parece una cuestión. Parece que quieres limitarte a quedártelo todo. Tú, que lo controlas todo.

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Ralph lo ha redactado tal como estaba previsto. Naturalmente, el plan es que yo consiga la receta. Que entremos en el negocio. Ya estaba pensado así desde hacía semanas. Sin su nombre. Antes incluso de conocerla.

—Los pedí antes de la cena —digo—. Antes de saber quién eras.

—Antes de saber quién era. —Lo repite despacio. Sus ojos castaño oscuro buscan los míos—. ¿Y después de la cena? ¿Después de la

noche? ¿Por qué seguían ahí? ¿Por qué no me dijiste simplemente qué querías?

Porque ya no sabía qué quería. Porque todo se había desplazado en algún momento entre el primer bocado de su helado y el instante en que yacía debajo de mí diciendo mi nombre.

Pero no digo eso. No puedo. Así que digo lo equivocado.

—Quería esperar al momento adecuado.

Silencio. Clarissa me mira fijamente. Gina, en el taburete, niega con la cabeza de forma apenas perceptible.

—El momento adecuado —repite Clarissa—. ¿Primero a la cama y luego el acuerdo? ¿Ese era tu calendario?

—No.

—¿Entonces qué?

Estoy en su tienda, el yeso se desmorona, la lámpara del techo parpadea y ella me mira como si fuera un depredador tras un cristal. Y no tengo ninguna respuesta que no suene a excusa.

Así que cambio de estrategia. Porque ese es mi patrón. Porque el control es lo único que funciona cuando todo lo demás fracasa.

—Escucha —digo. Con voz tranquila. Profesional—. Entiendo que estés enfadada. No debería haber dejado los documentos a la vista. Fue una negligencia.

—Una negligencia. —Su voz rezuma sarcasmo.

—Pero la oferta sigue en pie —continúo—. Tienes tres créditos pendientes. Uno en mora. La fachada de tu local está protegida, y la reforma cuesta más que tu facturación anual. Yo puedo ofrecerte una solución.

Clarissa retrocede un paso. Como si la hubiera empujado.

—Me estás enumerando mis deudas —dice en voz baja—. En mi propia tienda.

Mal. Enfoque equivocado. Lo siento en el mismo instante en que las palabras salen de mi boca. Pero no puedo retirarlas.

—Estoy enumerando hechos —digo—. Porque los hechos son la base de las decisiones.

—Vete —dice Gina. Por primera vez. Su voz es tranquila, pero debajo hay algo duro—. Vete ahora.

La ignoro. Mantengo la mirada fija en Clarissa.

—Te ofrezco una colaboración. Tu helado, tus recetas, tu control de calidad. Yo pongo la infraestructura, los locales, el equipamiento. Tú conservas el control creativo. Ninguna concesión en los ingredientes. Te pagarán por ello y tu tienda seguirá abierta.

Clarissa me mira. Largo rato. Y durante un momento lo veo en sus ojos: los cálculos. La desesperación tras el orgullo. El miedo a perderlo todo. Su mirada parpadea hacia la foto enmarcada de la pared. Su abuela.

Luego su rostro vuelve a endurecerse.

—Quieres derechos exclusivos sobre las recetas.

—Para utilizarlas en mis centros. Seguirán siendo tuyas.

—He leído lo que ponía.

Joder. Claro que lo ha leído.

—El borrador del contrato es una primera propuesta —digo—. Negociable. Todo es negociable.

—¿Lo es? —Da otro paso hacia mí. Lo bastante cerca para que pueda oler el caramelo. Lo bastante cerca para que mi cuerpo recuerde cómo se sentía. Concéntrate—. ¿También es negociable si me llevas a la cama antes o después? ¿O eso forma parte del paquete de negociación?

El golpe acierta. Hondo. Siento cómo se me tensa la mandíbula.

—La noche no tuvo nada que ver con eso.

—Demuéstralo.

Silencio.

No puedo demostrarlo. No con palabras. No aquí, no ahora, no con su amiga en el taburete, la rabia en sus ojos y la forma en que me mira como si todo lo que ha ocurrido entre nosotros hubiera sido una transacción.

—Ayúdame a levantar el negocio —digo en su lugar. Porque es lo único que puedo ofrecer—. Puedes salvar la tradición de tu familia. Te pagarán bien. Y tu tienda sobrevivirá.

—No vendo las recetas de la abuela.

—No vendes nada. Concedes una licencia.

—Llámalo como quieras. —Se da la vuelta, regresa detrás del mostrador y se coloca junto a Gina. Como una fortaleza. Como un muro de delantal manchado y ojos ardientes—. La respuesta es no.

Estoy en su tienda y la caja registradora junto a ella traquetea suavemente. Mi tarjeta de visita sigue allí, a su lado. No la ha tirado. Lo registro, aunque no debería significar nada.

—Clarissa.

—No.

—No es una decisión emocional.

—Es una decisión absolutamente emocional. —Su voz se quiebra por primera vez. Solo un poco. Luego vuelve a recomponerse—. ¿Y sabes qué? Tengo derecho a tomar decisiones emocionales. Porque esto es mi vida. No tu proyecto. No tus cálculos. Mi vida.

Gina le pone una mano en el brazo. Brevemente. Una señal que no sé interpretar.

Debería irme. Sé que debería irme. Cada frase que pronuncio lo empeora. Pero mis pies no se mueven y mi boca dice cosas que mi cabeza no ha autorizado.

—Vas a perder la tienda —digo—. En seis meses, quizá antes. Las cifras no mienten.

Sus ojos se humedecen. Durante el tiempo de un parpadeo. Luego lo aparta parpadeando.

—Fuera —dice.

Esta vez me voy. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Decirle la verdad, que su risa se me ha quedado atrapada en la cabeza como una canción pegadiza de la que no consigo librarme? ¿Que he estado dos horas despierto antes de dormirme porque no podía dejar de observarla?

No. Definitivamente no.

Camino hacia la puerta. Mi mano sobre el picaporte.

Entonces vuelvo a girarme. Porque, al parecer, no puedo evitarlo.

Está detrás de su mostrador, vuelve a agarrar el trapo y tiene los nudillos blancos; veo la tensión que la atenaza. Está ahí, envuelta en su desafío, y no puede evitarlo. Demasiado sola.

—He buscado en ocho países —digo—. Durante tres años. Todos los fabricantes, cada obrador, cada receta. Nada se acercaba. —Sostengo su mirada—. A tu helado. No a ti. Pero el helado me trajo hasta aquí, y tú estabas detrás.

Los labios de Clarissa se entreabren. Un milímetro. No sale ni una palabra.

Gina, en el taburete, se echa apenas hacia atrás.

—Piénsalo —digo—. No hoy. No mañana. Pero antes de que llegue la próxima factura.

Bajo el picaporte, suena la campanilla y el aire de fuera me golpea como agua fría. Voy hacia el coche. Los tres pasos que separan la tienda de la limusina son los más largos que he dado en años.

Entro. La puerta se cierra. Cuero, frescor, silencio.

No mires atrás. Ahora no.

Mi chófer levanta la vista, esperando una indicación. No digo nada. Arranca porque me conoce desde hace suficiente tiempo. Me llevará al despacho.

Mi móvil vibra. Ralph. Tres mensajes, una llamada. Los contratos. La reunión de las diez. La visita a la ubicación por la tarde.

No abro ninguno.

En lugar de eso, miro a través de la ventanilla tintada el Bronx que pasa ante mis ojos. Fachadas decrépitas, hidrantes abiertos, niños en la acera.

Ha dicho que no. Claro y rotundo. Y me he merecido cada palabra.

Pero no ha tirado la tarjeta de visita.

Y ha llorado. Solo un instante. Apenas una insinuación. Pero lo he visto.

La pregunta es si eso significa algo o si estoy imaginando patrones porque quiero que estén ahí.

¿Por qué he ido personalmente? ¿Por qué no Ralph? ¿Por qué no un abogado con la oferta? ¿Por qué estoy en su tienda diciendo cosas como —el helado me trajo hasta aquí, y tú estabas detrás—?

Una estupidez poética.

Apoyo la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos.

Su rostro. Cerrado. Herido. La manera en que ha dicho «mi vida». No mi tienda ni mi receta. Mi vida.

Y yo le he enumerado sus deudas.

Joder.

Mi móvil vuelve a vibrar. Abro los ojos y lo cojo. Ralph. Respondo: Diez minutos. Después escribo un segundo mensaje. Sin destinatario concreto. Lo borro de nuevo. Dejo el móvil sobre el asiento.

El coche toma la autopista. Manhattan crece en el horizonte. Cristal y acero y mi mundo. Todo calculable. Todo controlable. Todo excepto la

mujer del delantal manchado y la risa rota.

Mi mano descansa sobre el muslo.

Está cerrada en un puño. No sé desde cuándo.

10. Clarissa



La campanilla de la puerta sigue resonando aunque él se ha ido hace rato. Un tenue zumbido en el aire que se niega a desaparecer. Como su loción de afeitado. Amaderada, cálida, completamente fuera de lugar entre el caramelo y el yeso desconchado.

Cojo el trapo y limpio el mostrador. El mostrador está limpio. Ya lo estaba antes. Me da igual. Mis manos necesitan algo que hacer, o acabarán echándosele al cuello, y él ya no está.

—Clarissa.

Gina sigue sentada en el taburete. Ya no tiene los brazos cruzados, sino apoyados sobre el mostrador, las manos entrelazadas y esa mirada de quien está a punto de decir algo que no quiero oír.

—No lo digas —digo.

—¿Qué no debo decir?

—Lo que sea que estés pensando ahora mismo. —Limpio en círculos. Con más fuerza—. Se te nota en la cara.

—No ves nada porque estás clavando la vista en el mostrador.

Levanto la mirada. El rostro de Gina está impasible. Demasiado impasible. Eso es peor que cualquier expresión.

—Es un capullo —digo.

—Vale.

—Un capullo calculador, controlador y manipulador con traje a medida.

—Mmm.

—Me investigó a fondo. Antes de hablarme. Antes de poner un pie en esta tienda. Lo sabía todo, Gina. Todo. Las deudas, el préstamo, la fachada. Sabía que estoy desesperada, y luego entra aquí, pide su helado y finge que pasaba por casualidad.

—¿Ha dicho que pasaba por casualidad?

—¿Qué?

Gina alza un hombro.

—¿Ha dicho que estaba aquí por casualidad?

Aprieto el trapo. Demasiado. Me duelen los nudillos.

—No. Ha dicho que venía por el helado. Por la calidad.

—Entonces no ha mentido.

—No es esa la cuestión, Gina.

—¿Y cuál es la cuestión?

Arrojo el trapo sobre el mostrador. Cae con un golpe húmedo y pesado, y el sonido retumba en la tienda vacía.

—La cuestión es que me llevó a la cama antes de poner el contrato sobre la mesa. La cuestión es que estaba desnuda en su ático mientras en su despacho había un borrador de contrato con mi nombre. La cuestión es que soy una completa idiota.

Gina no dice nada. Espera. Siempre lo hace cuando sabe que aún no he terminado.

Y no he terminado.

—Creí que era de verdad. —Mi voz se vuelve más baja, y me odio por ello—. Creí que me había mirado y que le había gustado, y la cena y el vino y su mano sobre la mía, y luego el ascensor y después..., después todo, creí que era..., creí que...

Exhalo el aire. Demasiado deprisa. Me escuecen los ojos, parpadeo y miro al techo, porque ni de coña voy a echarme a llorar aquí y ahora.

—¿Qué había exactamente sobre el escritorio? —Gina. Tranquila. Objetiva.

—Todo. —Voy contando con los dedos—. Un estudio de mercado sobre heladerías en centros comerciales. Un borrador de contrato con mi nombre. Una lista de mis deudas.

Gina asiente despacio.

—Y el helado que probó aquí. Ya sabía que era bueno. Pero ¿quería probarlo otra vez?

—Lo probó aquí. En la tienda. Como una persona normal. O como alguien que finge ser una persona normal.

—¿Y durante la cena —dice Gina— habló del acuerdo?

—No. —La palabra sale demasiado rápido—. Habló de la infancia. De la pasión. Del helado de mi abuela.

Gina arquea ambas cejas.

—Deja de hacer eso —digo.

—¿El qué?

—Poner esa cara que dice: tengo una teoría que no te va a gustar.

Gina baja del taburete. Se acerca a mí, me coge por los hombros y me gira hacia ella.

—Clarissa. Escúchame. ¿Y si ambas cosas son verdad?

—¿Qué quieres decir, ambas cosas?

—¿Y si de verdad estaba aquí por negocios y, al mismo tiempo, siente algo por ti? ¿Y si una cosa la planeó y la otra simplemente sucedió?

Niego con la cabeza.

—Eso no..., no. Hombres como él lo planifican todo. Seguro que escogió el vino una semana antes.

—Seguro. —Gina sonríe de lado—. Y aun así no te preguntó por la receta. Durante la cena. Podría haberlo hecho. Pero no lo hizo.

Abro la boca. Vuelvo a cerrarla. Es verdad. No preguntó. Ni durante la cena, ni en el ático, ni antes de pasar la noche juntos. Solo hoy, cuando estaba aquí, llevando a cabo la negociación de su vida.

Pero eso no cambia nada.

—Gina, tenía un contrato con mi nombre. Impreso y listo. Antes siquiera de conocerme.

—Claro. Porque es un hombre de negocios. Esa gente tiene contratos antes de decir hola.

Me libero de su agarre y me vuelvo hacia la vitrina. Los helados brillan con sus colores. Pistacho y cardamomo, el favorito de Gina. Vainilla con grano de café. Frambuesa con albahaca. Bolas perfectas, cremosas, frescas; lo único de esta tienda que no se está cayendo a pedazos.

—¿Sabes lo que ha dicho? —Hablo contra el cristal de la vitrina—. Quiere mi helado en sus centros comerciales. Heladerías premium. Probablemente cientos de locales. Mi receta, reproducida por gente a la que no conozco, en tiendas que nunca veré.

—¿Ha dicho cientos?

—No ha dicho ninguna cifra. Pero tiene muchos centros.

—Entonces serán unos cuantos locales.

Me giro.

—Hoy dos. Mañana veinte. Pasado mañana, doscientos. Así funciona la gente como él. Empiezan poco a poco y luego lo arrasan todo.

Gina se acerca. Se apoya junto a mí en la vitrina; su chaqueta vaquera roza el cristal.

—¿Y no te parece emocionante?

—Es un pacto con el diablo. —Cruzo los brazos—. Mi abuela no me dejó el trabajo de toda su vida para que alguien lo encierre en vitrinas elegantes y se lo venda a gente que paga veinte dólares por una bola mientras se apoya en el mostrador con sus bolsos de Prada.

—Tu abuela te dejó el trabajo de toda su vida para que lo conservaras —dice Gina en voz baja—. Y ahora mismo lo estás perdiendo.

Silencio.

Odio cuando tiene razón. Y suele tenerla, y ahora la tiene tanto que duele.

—Encontraré otra solución —digo.

—¿Cuál?

—Un nuevo préstamo.

—Nadie va a concederte un nuevo préstamo. El último está en mora.

—Entonces ahorraré.

—¿Con qué? —La voz de Gina no es cruel. Es triste. Y eso es peor—. Clarissa, te quiero, pero apenas ganas lo suficiente para el alquiler y los ingredientes. Estás pagando tres préstamos y la mitad de los pagos llegan tarde. Cenas tu propio helado porque no quieres gastar dinero en comida, y luego me dices que no tienes hambre.

Mi estómago gruñe como si hubiera estado escuchando. Traidor.

—Esto no tiene nada que ver con él —digo.

Gina no responde. En lugar de eso, se dirige a la trastienda. Mi salón. Mi oficina. Mi archivo. La habitación que lo es todo a la vez y no hace bien ninguna de esas cosas.

—Gina, ¿qué haces?

—Voy a coger algo que vi ayer.

La sigo. La puerta de la trastienda está abierta y Gina está frente al escritorio. Si es que se le puede llamar escritorio. Una mesa tambaleante bajo una montaña de papeles. Facturas, avisos de impago, extractos bancarios, una postal de mi tía que nunca respondí.

Gina coge un sobre de la pila. Marrón, oficial, con un sello que me da miedo.

—¿Cuándo ha llegado? —pregunta.

Se me encoge el estómago. Ese no. Por favor, ahora no.

—Anteayer.

—¿Y no lo has abierto?

—Tuve un día de mucho trabajo.

Gina se vuelve hacia mí. El sobre en su mano parece un arma.

—Clarissa.

—Vale, sí, tenía miedo. —Me froto la frente—. La administración nunca me manda nada bueno. Nunca. Cada vez que llega un sobre marrón, mi vida se encarece.

Gina lo abre de un tirón. Sin preguntar. Porque es Gina, y Gina no pregunta, Gina actúa. Lee. Su expresión cambia. Los hombros se le hunden.

—¿Qué? —Doy un paso hacia ella—. ¿Qué pone?

Me tiende la carta. Seguro que son palabras que nadie entiende. Autoridad de control. Leo las palabras y cada línea me golpea como un puñetazo.

Nuevas normas de higiene para establecimientos de restauración. Aseos para clientes. Obligatorios. En un plazo de noventa días. En caso de incumplimiento: retirada de la licencia de funcionamiento. Cierre inmediato.

Lo leo otra vez. Y otra. Como si las palabras fueran a cambiar si las miro suficientes veces.

—Aseos para clientes —digo—. Quieren que instale aseos para clientes.

—En noventa días.

—No tengo sitio para aseos para clientes. Apenas tengo sitio para mí.

—Ahí atrás. —Gina señala la esquina junto al dormitorio—. Si se desplaza la pared.

—Desplazar la pared. En un edificio protegido. —Me río. Suena estridente—. ¿Sabes cuánto cuesta eso? Permisos, condiciones de protección del patrimonio, obras, fontanero, azulejos. ¿De dónde se supone que voy a sacar el dinero, Gina? ¿Voy a hacerlo aparecer por arte de magia?

Gina permanece inmóvil. La carta cuelga entre las dos.

—¿Cuánto costará? —pregunta.

No quiero ni pensarlo. No tengo ni idea de todo lo que se me viene encima. Solo el permiso de Patrimonio. El fontanero. Las tuberías. Los azulejos. La reforma. Me apoyo en el marco de la puerta porque de pronto las piernas me pesan.

—Diez mil como mínimo —digo la primera cifra que se me pasa por la cabeza—. Probablemente más. Quince. Veinte, tratándose de un edificio protegido.

—¿Y tú tienes?

—Tres mil en la cuenta. Deudas. —Me sé la cifra de memoria. No cambia, por mucho que la consulte—. Más el préstamo que está en mora. Más la fachada, por la que la administración ya me avisó el año pasado. Más la vitrina refrigerada, que zumba como si fuera a morir en cualquier momento.

Gina dobla la carta. Despacio, con cuidado. La vuelve a meter en el sobre.

—Entonces solo tienes una opción —dice.

—No.

—La única que está sobre la mesa.

—Gina.

—Ha dicho que quiere tu receta. Tu calidad. Quiere algo especial. Salva tu legado y tu vida.

Me escurro a su lado y regreso a la tienda. La luz del techo parpadea. La grieta junto a la ventana parece haberse hecho más grande desde ayer. El retrato de mi abuela cuelga de la pared, con los ojos como caramelos de tofe y la sonrisa de una mujer que sabía lo que quería. El papel pintado debajo se está rindiendo; yo sola ya no puedo salvarlo.

Gina me sigue. Claro que lo hace.

—No puedo trabajar con él —digo.

—¿Por qué no?

—Porque me llevó a la cama para conseguir mi receta.

—¿Lo hizo? —Gina se apoya en el mostrador—. ¿Habló de recetas en la cama?

—No, pero...

—¿Te obligó a ir con él?

—No.

—¿Te prometió algo?

Guardo silencio. Porque la respuesta es no y las dos lo sabemos.

—No prometió nada —digo al fin—. Nunca me mintió. Pero lo siento así.

—¿Y eso te basta para perderlo todo? —Gina hace un gesto con la mano, abarcando la tienda. Mi vida—. ¿La heladería de tu abuela? ¿Su

receta? ¿Todo por lo que te levantas cada día desde hace cuatro años?

Mi mirada se desliza hacia el retrato de la pared. Mi abuela. Sus manos sobre el mostrador. La sonrisa que me decía: todo saldrá bien, cariño, mientras el helado esté bueno. Pero el helado está bueno y, aun así, nada va bien, y ella ya no está para decirme qué debo hacer.

—No quiero depender de él —digo en voz baja.

—Entonces no dependas. Acepta el acuerdo, gana tu dinero, paga tus deudas. Entonces serás libre.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

Porque huele a madera y a calidez. Porque su mano estuvo sobre la mía y pensé: esto es, esto es lo que estaba esperando. Porque estuve tumbada en su cama y, por primera vez, no pensé en la factura de la luz. Porque soy una maldita idiota que se ha encaprichado de un traje a medida con ojos grises que la considera una partida de negocio.

Pero no digo eso. En lugar de eso, digo:

—Porque no confío en él.

Gina ladea la cabeza. Su mirada es suave, no exigente.

—¿Tienes que hacerlo? ¿Para llegar a un acuerdo comercial? ¿Confías en tu fontanero? ¿En tu proveedor de electricidad?

—Mi fontanero no se ha acostado conmigo.

Gina sonríe. Es el momento en que sé que va a decir algo que me dejará sin suelo bajo los pies.

—Tu fontanero tampoco parece un dios griego con traje a medida.

—Gina.

—¿Qué? Solo digo lo que he visto. Y él te ha visto. Anteayer estaba ahí, mirando hacia atrás. A tu tienda. A ti.

Mi corazón hace algo que no debería. Algo cálido, estúpido, esperanzador.

No.

Clarissa.

—Eso no cambia nada —digo.

—Entonces olvídate de él —dice Gina—. Olvida su cara, su traje y su loción de afeitar. Olvida la noche. Míralo como un asunto puramente comercial. Él tiene dinero. Tú necesitas dinero. Él quiere tu helado. Tú haces buen helado. Es una transacción.

La miro fijamente.

—¿Me estás diciendo en serio que haga un trato con el hombre que se aprovechó de mí?

—Te estoy diciendo que dentro de noventa días no tendrás tienda si no lo haces.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Pesadas. Definitivas. Como el sobre marrón. Como la cifra de mi cuenta bancaria. Como la grieta de la pared que se hace más grande cada invierno.

Miro a mi alrededor. La vitrina zumba. La baldosa del suelo junto a la entrada tiene la grieta con la que ya han tropezado tres personas. La caja registradora a mi lado traquetea suavemente. Toda mi vida, en unos pocos metros cuadrados que se están cayendo a pedazos.

—Odio esto —digo.

Gina se acerca a mí. Me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia ella. Huele a detergente y al latte que siempre trae consigo.

—Lo sé —dice—. Pero no tienes que decidirlo hoy. Piénsalo. Duérmelo. Haz cuentas. Y luego decide con la cabeza, no con el estómago.

—Mi estómago no es especialmente fiable ahora mismo.

Gina me aprieta.

—¿Quieres que me quede?

Niego con la cabeza.

—No. Vete. Ya llegas demasiado tarde al trabajo. Me distraeré con mi helado y quizá hoy venga suficiente gente como para no tener que seguir pensando en ello.

Coge su bolso, que cuelga del taburete. Chaqueta vaquera, bolso, una última mirada por encima del hombro.

—Llámame si quieres hablar. Da igual cuándo.

—¿Gina?

Se gira en la puerta.

—Gracias. Por haber estado aquí.

Sonríe. A medias. Triste. Luego sale, la campanilla suena y me quedo sola.

Permanezco detrás de mi mostrador, en mi tienda, que quizá dentro de noventa días deje de ser mi tienda. La luz del techo parpadea. El retrato de mi abuela sonríe. A mí, en cambio, ahora mismo no me apetece sonreír. El último día ha sido una montaña rusa, y tengo la sensación de que aún no ha terminado.

Mis ojos se dirigen a la caja registradora.

La tarjeta de visita negra está junto a ella. Gruesa. Pesada. Letras doradas. Jonathan Baltimore. Un número debajo. Nada más.

Se siente como una advertencia. Como una invitación. Como la última opción en un juego que estoy perdiendo.

No la cojo. No la tiro.

Limpio el mostrador y me digo que mañana pensaré con más claridad. Que noventa días es mucho tiempo. Que hay otra solución, en algún lugar, de alguna manera.

La caja registradora traquetea suavemente. No hace comentarios. Pero tampoco da su aprobación.

11. Jonathan

♥ ♥ ♥

La pelota golpea la pared con un estruendo que retumba en mi cráneo. Ángulo perfecto. Velocidad perfecta. Justo el tipo de golpe que David odia porque no llega.

Llega.

Su raqueta intercepta la pelota en el último momento y la devuelve rasa, pegada al suelo. Llego tarde. Mis piernas se mueven, pero mi cabeza está en otra parte. En algún lugar entre un delantal manchado y una tienda que huele a caramelo.

—Uno a cero —dice David.

No digo nada. Recojo la pelota. Concéntrate.

El siguiente saque es duro, agresivo, demasiada fuerza para tan poca precisión. La pelota pasa de largo junto a la pared y sale fuera.

—Dos a cero. —David se apoya en la raqueta—. Juegas como un becario.

—Cállate de una puta vez.

Sonríe. Claro que sonríe. David disfruta cuando pierdo, porque sucede pocas veces. Normalmente. Hoy no es un día normal.

Me coloco en posición. Exhalo. La camiseta se me pega al cuerpo. Mi juego está mejor que la última vez, me digo. Solo tengo que

concentrarme un poco.

Concéntrate.

El saque entra. El peloteo es rápido: tres golpes, cuatro, cinco. Gano el punto y exhalo.

—Ya está —digo.

—Dos a uno. Enhorabuena.

Seguimos jugando. Gano tres puntos seguidos, luego pierdo dos porque la mirada se me va hacia el cristal y me pregunto si mi teléfono se ilumina en el vestuario. Si aparece en la pantalla un número que estoy esperando.

No estoy acostumbrado a esperar. Esperar es cosa de gente que no tiene opciones. Yo tengo opciones. Podría enviar a Ralph. Podría encontrar otro proveedor. Podría tachar de la lista a Clarissa Weston y su tienda en ruinas y pasar al siguiente punto.

La pelota me golpea en el hombro.

—Tres a cinco —dice David—. Si sigues hablando con la pared en vez de jugar, dentro de cinco minutos habré terminado.

Me froto la zona. No duele, pero lo noto. Saco. Demasiado fuerte. Fuera.

David baja la raqueta.

—Vale. Al bar. Ya.

Quiero protestar. Pero ya ha dejado la raqueta en un rincón y se dirige a la puerta. David no discute. Dictamina. Normalmente, ese es mi método.

El bar nos recibe con luz tenue y el suave tintineo de vasos en algún lugar tras la barra. Jazz procedente de altavoces invisibles, lo bastante bajo para conversar y lo bastante alto para guardar silencio. Madera oscura, latón pulido, olor a buen cuero.

Nuestro sitio habitual al final de la barra está libre. Siempre lo está. Pago lo suficiente por ello.

David pide whisky. Yo pido agua.

—Agua —repite David—. A estas horas.

—Luego todavía tengo que trabajar.

—Tú siempre tienes que trabajar. Si no, de todos modos beberías algo. —Acepta su whisky y hace girar el vaso entre los dedos—. Entonces, ¿qué pasa?

—¿Qué va a pasar?

—Esto. —Me señala con el vaso—. Ese partido de antes. Has jugado como alguien que tiene la cabeza en otra zona horaria. ¿Sigues con la heladería?

Bebo el agua. Demasiado deprisa. Helada. Casi me adormece la garganta.

—Mal día.

—El proyecto que llevas tres meses planeando te ha sacado de quicio desde la semana pasada. ¿Por qué no compras su helado?

—Es más complicado.

David me mira.

—¿Más complicado que un contrato y una firma? ¿No fue bien la cena con ella?

—No.

—¿Y eso te preocupa tanto que ya ni siquiera aciertas una pelota?

—He acertado cinco pelotas.

—Normalmente las aciertas todas. —David bebe—. ¿Qué tiene de especial esa maestra heladera?

Se me tensa la mandíbula.

—La calidad. Es una receta familiar. La necesito personalmente para el proyecto.

—La necesitas personalmente.

—Para el proyecto.

David hace girar el vaso. Los cubitos de hielo tintinean suavemente.

—Podrías conseguir helado bueno de una forma más sencilla. Cualquier fabricante de Europa te vendería una receta premium. La calidad no es tan única como para que el director ejecutivo se presente en persona en el Bronx.

—Sí lo es.

Demasiado rápido. Demasiado tajante. Yo mismo lo oigo.

David también. Su sonrisa se ensancha.

—¿Qué? —digo.

—Nada. —Bebe—. Háblame de su calidad.

Me echo hacia atrás. El respaldo del taburete presiona contra mis omóplatos.

—Vainilla con grano de café. Cremoso, denso, el café sabe como recién tostado. Y el de frambuesa con albahaca fresca. Suena absurdo, pero funciona. La textura es perfecta.

—Lo describes como un crítico gastronómico colocado hasta las cejas.

—Describo hechos.

—Hechos. —David asiente. Ese asentimiento que significa que no se cree ni una palabra—. Los hechos no son lo que te preocupa. Ya los revisamos la última vez. ¿Qué pasa con ella?

—¿Qué va a pasar con ella? Se trata del acuerdo, David.

Deja el vaso. Se gira hacia mí en el taburete, con una pierna flexionada y el codo apoyado en la barra. Ahora va en serio. Los cambios de David del humor a la seriedad llegan sin aviso.

—¿Es por negocios —dice despacio— o te has encaprichado de ella?

—No.

Silencio.

—No —repito. Esta vez más tranquilo—. Se trata de un modelo de negocio. Helado premium, hecho a mano, producido in situ. Su receta familiar es la clave.

—La invitaste a cenar.

Mi mano se cierra con más fuerza alrededor del vaso.

—Cena de negocios.

—En el mejor restaurante de la ciudad. ¿Y después?

Bebo. El agua ya no está lo bastante fría. Necesito algo más fuerte, pero no pido nada porque sería una muestra de debilidad. Delante de David. Que me conoce desde la universidad y descifra cada una de mis maniobras evasivas antes de que las termine.

—Después me fui a casa.

No es mentira. Me fui a casa. Que ella viniera conmigo es un detalle, no un hecho relevante para esta conversación.

David guarda silencio. Espera. La música de jazz llena el vacío entre nosotros.

Joder.

—Fue una noche —digo—. Una sola vez. Sin planearlo. Y después todo se ha descontrolado.

David vuelve a mirarme, sorprendido.

—¿Rechazó el acuerdo después de que os acostarais juntos?

—Después de que encontrara documentos en mi despacho. —Me froto la nuca. Los músculos de allí son acero—. Un borrador del contrato. Un estudio de mercado. Todo preparado.

—Tenías el contrato listo antes de meterte en la cama con ella.

—Por supuesto. Preparo las negociaciones. Es mi trabajo.

—Y ella pensó que el sexo formaba parte de la negociación.

No digo nada. Porque eso es exactamente lo que ha pasado y no puedo cambiarlo, por muchas veces que le dé vueltas en mi cabeza. Sus ojos en la heladería, cuando me gritó. Fríos. Heridos. Furiosa de una forma que no tenía nada que ver con los negocios.

David se termina el whisky y pide otro.

—Podrías haber guardado los documentos.

—Lo sé.

—O podrías haber dejado que Ralph cerrara el acuerdo.

—Lo sé.

—O podrías haberte ido a casa después de cenar. Solo.

Hago girar el vaso. Una vez. Dos.

—Lo sé.

—Pero no has hecho nada de eso. —David acepta su nuevo whisky—. Porque no solo te importa el helado.

—Me importa el helado.

—Jonathan.

Levanto la mirada. El rostro de David no tiene burla. Ni su sonrisa habitual. Me mira como me mira cuando sabe que me estoy engañando a mí mismo.

—Me importa el proyecto —digo—. Me importa la expansión. Una calidad que ninguno de mis competidores puede ofrecer. Es un hecho, no una emoción.

—¿Y la mujer que hace el helado?

—Forma parte del proyecto.

—Y tú esperas.

—No espero. Le doy tiempo para tomar una decisión racional. Su tienda tiene tres créditos pendientes, uno de ellos en mora. Se avecinan nuevos requisitos sanitarios. Ella necesita mi acuerdo más de lo que yo necesito su helado.

Mentira. No una mentira directa, pero se acerca. Necesito su helado. No cualquier helado. El suyo. El sabor que no he encontrado en ocho países. Esa calidad que me ha sorprendido, en una tienda que parece una ruina con encanto.

Y quizá necesite algo más.

Pero no llevo ese pensamiento hasta el final.

—Esperas —repite David.

No es una pregunta.

No respondo.

Él bebe. Yo bebo. El jazz cambia a algo más lento. Un saxofón que suena como una conversación que nadie quiere mantener.

—¿Qué te dijo cuando te fuiste? —pregunta David.

—Que el acuerdo se había acabado.

—¿Y tú qué hiciste?

—Dije algo y me fui.

—¿Qué dijiste?

Recuerdo el momento ante la puerta de su tienda. Su rostro cerrado. Gina detrás de ella, con los brazos cruzados. La tienda, que olía a caramelo y a pérdida. Y mi boca formando palabras antes de que mi cabeza les diera permiso.

—Piénsatelo. No hoy. No mañana. Pero antes de que llegue la próxima factura.

David silba por lo bajo.

—Encantador. Casi parece una amenaza.

—Era la verdad.

—La verdad y el encanto no son incompatibles. Aunque en tu caso, casi siempre lo son. —Deja el vaso—. Escucha. Podrías contratar a cualquier fabricante de helado del mundo. Podrías encargar a un laboratorio que reprodujera su receta. Podrías poner en marcha otros diez conceptos que funcionarían.

—Su helado no se puede reproducir.

—Quizá no. Pero la cuestión no es si su helado puede reproducirse. —David se gira hacia mí—. La cuestión es por qué ni siquiera lo intentas. Por qué tiene que ser solo su helado. Por qué vas tú en persona, reservas la mejor mesa, la llevas a casa y luego esperas un mensaje que quizá nunca llegue.

Se me tensa la mandíbula. Siento la presión en los dientes.

—Es por negocios.

David no dice nada. Bebe. Espera. Conozco ese silencio. Significa: sigue hablando, idiota.

Pero no sigo hablando. Porque las palabras que vendrían después son palabras que no pronuncio. Ni delante de David. Ni delante de mí mismo.

Su risa. La forma en que me miró durante la cena, cuando hablaba de su abuela. La rabia en sus ojos, que me ha golpeado con más fuerza que cualquier acuerdo perdido en toda mi vida. Su mano entre las mías, durante la cena, cálida y ligera y completamente natural.

Una estupidez poética.

—Ten cuidado —dice David, y su voz adopta el tono que solo le oigo cada pocos meses. El serio. El verdadero—. Ten cuidado de no estropearlo todo antes de que haya empezado.

—No ha empezado.

—¿Eso es lo que dice tu razón? —Se levanta y deja un billete sobre la barra—. Si llama, coge el teléfono. Y habla como una persona, no

como un director ejecutivo.

—Soy director ejecutivo.

David me da una palmada en el hombro. Una vez, firme, no un gesto ligero.

—Ese es exactamente tu problema.

Se va. Como siempre. David se va el primero y me deja a solas con mis pensamientos. Su método. Su última jugada.

Me quedo sentado en la barra. El hielo del agua se ha derretido. La música es demasiado suave para mi cabeza. El barman abrillanta vasos y finge que no ha oído nada. Profesional. Como Ralph. Como todos en mi vida.

Cojo el teléfono. Ningún mensaje. Ninguna llamada.

Debería levantarme. Ir al ático. Revisar las cifras trimestrales. Preparar la reunión con el arquitecto para los locales del Upper East Side. Mi proyecto está en marcha. Mi plan. Pero me falta algo. Y ese algo, con sus ojos radiantes, me ocupa más que cualquier otra cosa.

Mantén el control.

Guardo el teléfono. Me levanto. Voy al vestuario. Ducha, traje, gemelos. Todo en su sitio. Todo bajo control.

En el coche, de camino al ático, mi teléfono vibra. Lo cojo demasiado despacio. Demasiado rápido. Ambas cosas a la vez.

La pantalla se ilumina.

Una llamada perdida. Su número.

Me quedo mirándolo. El pulgar flota sobre la opción de devolver la llamada. La ciudad pasa al otro lado, luces y sombras y gente que no tiene ni idea de que Jonathan Baltimore está sentado en el asiento trasero de su limusina sin saber si debe devolver una llamada.

Joder.

12. Clarissa



La cafetera gorgotea como un animal agonizante. Estoy descalza en la trastienda y miro fijamente la taza, que se va llenando despacio, y el montón de facturas a su lado, que no disminuye. Mi cuenta, mis nervios, mis opciones. En realidad, solo una opción.

No he dormido. O sí, en algún momento entre las tres y las cuatro y media, un sueño inquieto en el que las facturas se mezclaban con unos ojos grises y una voz que decía: Bésame antes de que llegue la próxima factura.

Capullo.

Capullo que tiene razón.

Cojo la taza, me quemo la lengua y maldigo en voz baja. El retrato de mi abuela cuelga de la pared. Sonríe. Siempre. Pase lo que pase. Normalmente me da fuerzas. Pero hoy hasta eso es un consuelo pobre. Solo espero estar haciendo lo correcto y no vendiendo esa sonrisa.

—¿Qué harías tú? —le pregunto.

Ella sonríe.

No me sirve de ayuda.

El timbre de la puerta me arranca de mi conversación conmigo misma y con una muerta. Dejo la taza y levanto la vista.

Gina. Claro que Gina. Chaqueta vaquera, dos vasos de café con leche en las manos, expresión de alguien que lleva esperando este momento desde anoche.

—Tienes el aspecto de algo que ha arrastrado el gato —dice, dejando uno de los cafés con leche sobre el mostrador.

—Gracias. Yo también me siento así.

Me examina. Las ojeras, el pelo revuelto, la camiseta de ayer. Entonces su mirada se desliza hacia la caja registradora y el rectángulo negro que hay a su lado. La tarjeta de visita. Gruesa, pesada, letras doradas. Está ahí como una granada dormida.

—Lo has llamado —dice Gina.

No es una pregunta. Es una afirmación. Odio que haga eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tienes el aspecto de haber estado peleándote contigo misma toda la noche. —Coge su café con leche y se apoya en el mostrador—. Y porque estás ahí plantada como alguien que ha tomado una decisión que detesta.

Cojo mi café con leche. El calor me sienta bien. Mejor que el café de mi cafetera moribunda. —No ha cogido el teléfono.

—¿Y?

—Y nada. He colgado.

Gina asiente. Espera. Bebe.

Yo también bebo. El silencio se estira, se llena con el zumbido de la vitrina refrigerada y el lejano rumor del tráfico de fuera. La tienda huele a ayer, a caramelo y al resto de una tanda de pistacho y cardamomo que preparé a las dos de la madrugada porque no podía dormir.

—Sí, lo haré —digo.

Gina deja su vaso. Despacio. —El trato.

—El trato.

—¿Estás segura?

—No. —Me río, pero suena como una tos—. No estoy segura de absolutamente nada. Pero la carta del ayuntamiento está sobre mi escritorio. El plazo vence dentro de seis semanas. No tengo ni siquiera dinero para un fontanero, y mucho menos para unos aseos para clientes en un edificio protegido.

Gina rodea el mostrador. Se coloca a mi lado. Nuestros hombros se rozan.

—Estás salvando la tienda —dice.

—Estoy vendiendo mi alma.

—Reina del drama. —Me da un codazo—. Estás vendiendo una receta. Bajo tus condiciones.

—Bajo sus condiciones, en su despacho, con su contrato.

—Entonces cambia las condiciones. —Gina se vuelve hacia mí y cruza los brazos—. Entras ahí y le dices lo que quieres. Nada de concesiones con la calidad. Punto.

Miro mi café con leche. La espuma ha formado un dibujo que parece un signo de interrogación. Muy apropiado.

—¿Y si dice que no?

—Pues te vas y buscas otra solución.

—No hay otra solución, Gina.

Se queda callada. Porque las dos sabemos que es verdad. Incluso sin las exigencias sanitarias, hay suficientes facturas y problemas que tengo que resolver. No puedo salvarme de otra manera y solo tengo esta tienda, este helado y una tarjeta de visita negra con letras doradas.

—Vale. —Dejo el vaso—. Vale. Voy a cambiarme.

—Menos mal. —Gina sonríe—. Con esa camiseta no puedes ir a su palacio.

Desaparezco en la trastienda y me planto ante mi armario, que en realidad es una barra con una cortina. No hay nada ahí que pegue con una oficina en las nubes. Vaqueros, camisetas, una blusa con una mancha de caramelo en la manga que nunca he conseguido quitar. Me decido por la blusa sin mancha y unos pantalones negros que llevé al funeral de mi abuela. Apropiados para la ocasión.

Cuando regreso, Gina tiene la tarjeta de visita en la mano.

—Jonathan Baltimore —lee en voz alta. Hace girar la tarjeta entre los dedos—. Pesa. Como una amenaza.

—Así es exactamente como la siento.

Gina la deja de nuevo junto a la caja registradora. —Voy contigo.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la puerta. El resto tienes que hacerlo tú sola.

El estómago se me revuelve. Pero asiento.

El trayecto del Bronx a Midtown se siente como viajar entre planetas. El metro huele a metal y a demasiada gente, y mi corazón late más fuerte que el traqueteo de las vías. Gina habla. De estrategias, de tácticas de negociación, de la cara de póker que debo poner. Solo oigo la mitad. La otra mitad de mi cerebro reproduce nuestro último encuentro en bucle. Su cara en mi heladería, fría y controlada, y luego su última frase junto a la puerta. La frase que dolió porque era cierta.

Entonces estamos delante.

El edificio se alza hacia el cielo como una aguja de cristal y acero. El sol se refleja en las ventanas y me deslumbra. Personas de traje atraviesan la puerta giratoria, todas y cada una de ellas como si pertenecieran a este lugar. Como si aquello fuera normal.

—Menuda mierda gigantesca —digo.

—Sí —dice Gina.

Estamos en la acera. La gente nos esquiva. Yo, con mis pantalones de funeral y mi única blusa limpia; Gina, con su chaqueta vaquera. Dos cuerpos extraños ante un mundo que no ha sido construido para nosotras.

—Puedes hacerlo. —Gina me gira hacia ella sujetándome por los hombros—. Entras ahí, le expones tus condiciones, no firmas nada que no entiendas. Y si es un capullo, me llamas y voy con cava y palabrotas.

Exhalo. —¿Y si no es un capullo?

Gina sonríe. Esa sonrisa que sabe demasiado. —Entonces también me llamas.

La abrazo brevemente, demasiado fuerte, y luego me voy. Cruzo la puerta giratoria y entro en un vestíbulo más grande que toda mi tienda. Suelo de mármol, tan pulido que veo mis propios zapatos reflejados. Techos tan altos que las voces resuenan. Un mostrador de recepción de madera oscura y, detrás, una mujer con el pelo perfecto y una sonrisa que probablemente luce idéntica cien veces al día.

—Clarissa Weston —digo—. Tengo una cita con Jonathan Baltimore.

No la tengo. Pero él dijo que estaba localizable. Escribió su número en aquella maldita tarjeta. Así que es casi como tener cita. Casi.

La mujer teclea algo y asiente. —Planta ochenta y tres. El ascensor de la derecha.

El ascensor es de cristal. Claro que es de cristal. Veo cómo la ciudad se empequeñece bajo mis pies, cómo las personas se encogen hasta convertirse en puntos, las calles en líneas. Mi estómago se queda atrás, en algún lugar de la planta veinte.

Clarissa. Concéntrate.

Las puertas se abren y estoy en una planta diáfana con más espacio que toda mi vida. Cristal, cromo, luz tenue. Personas en escritorios que parecen atrezo de una película sobre el éxito. Y, al final del

pasillo, una pared de cristal y detrás un despacho que ya puedo ver desde aquí.

Un hombre se acerca a mí. Traje azul marino, corbata discreta, porte de soldado.

—Hola, Clarissa. Soy Ralph, el asistente personal de Jonathan. —Asiente escuetamente—. Ya te espera en su despacho.

Me espera. Aunque no tengo cita. Aunque anoche solo lo llamé una vez y colgué enseguida. Por supuesto que me espera. Porque hombres como él siempre van tres pasos por delante.

Ralph me guía por la planta. Cada paso resuena sobre el suelo pulido. Siento miradas, o me las imagino. La mujer de la blusa sencilla, que parece una candidata a un empleo que se ha equivocado de planta.

Y entonces, la puerta. Ralph la abre. Y ahí está él.

Jonathan está junto a la ventana, de espaldas a la sala, una silueta recortada contra la luz de la ciudad. Hombros rectos, traje azul marino tan oscuro que casi parece negro. Cuando se da la vuelta, sus ojos me golpean como un puñetazo. Grises, fríos, y al mismo tiempo algo más. Algo que centellea y desaparece de inmediato.

—Clarissa.

Mi nombre en su boca. Las sílabas suenan a afirmación y a pregunta al mismo tiempo.

—Jonathan. —Me quedo junto a la puerta. Mantengo las distancias. Mis manos quieren alisar la blusa y no se lo permito—. Estoy aquí porque he tomado una decisión.

Señala la silla frente a su escritorio. De cristal, por supuesto. Aquí todo es de cristal. Transparente y, aun así, impenetrable.

No me siento. Todavía no.

—Tengo una condición —digo.

Una de sus cejas se alza un milímetro. —Estás aquí para ponerme una condición.

—Estoy aquí porque mi tienda cerrará dentro de seis semanas si no hago nada. Y tú eres la única opción que tengo. —Las palabras saben amargas, pero me obligo a pronunciarlas—. Así que sí, mi condición.

Se apoya en el escritorio. Cruza los brazos. Su mirada recorre mi cara, mi blusa, mi postura. Cataloga. Registra.

—Te escucho.

—No habrá concesiones con la calidad. —Mi voz es más firme de lo que me siento—. Ni una sola. Nada de ingredientes baratos, ni sucedáneos de leche, ni aromas artificiales. La receta de mi abuela permanece intacta. Si quieres abaratarla, me voy.

Silencio. Sus ojos fijos en los míos. La sala es demasiado grande y, al mismo tiempo, demasiado pequeña.

—Clarissa, si esa es tu condición, serás feliz —dice—. He ido a buscarte porque eso es exactamente lo que quiero. Podría comprar cualquier helado que exista en el mundo. Pero no quiero ningún otro. Quiero el tuyo, tal y como es.

Se separa del escritorio. Lo rodea, abre un cajón y deja un documento ante mí, sobre la superficie de cristal. —Lee.

Me siento. Ahora. Porque las rodillas se me ablandan y no tiene nada que ver con el contrato, sino con su loción de afeitar, que llena la estancia. Amaderada, cálida y demasiado cercana.

Leo. Cada línea. Cada palabra. Algunas no las entiendo al instante, formulaciones jurídicas que parecen un idioma extranjero. Pero los puntos esenciales están ahí. Control de calidad a mi cargo. Yo soy la propietaria de la receta. Él se ocupa de la producción y la comercialización. Recibo un pago que me deja sin aliento.

—Ya has incluido mi condición en el contrato —digo, levantando la vista.

Está junto a la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón. Su mirada se cruza con la mía y ahí está otra vez. Ese centelleo.

—Sabía que vendrías.

—Arrogante.

—Realista. —La sombra de una sonrisa. No hay calidez en ella, pero tampoco frialdad. Algo intermedio—. Tu tienda me necesita. Y mi proyecto te necesita a ti.

Trago saliva. Mi mirada vuelve a caer sobre el documento. Su firma ya está debajo. Negra, clara, decidida. A su lado, una línea vacía. Mi nombre en letras de imprenta. Esperando.

—Si mientes —digo en voz baja—. Si cambias algo de esta receta o intentas abaratarla o la destruyes, me iré. Sin previo aviso.

—Entendido.

—Y lo que haya entre nosotros. —Levanto la mirada. Me obligo a mirarlo. Sus ojos grises, sus labios, su mandíbula—. Esto es profesional. Solo profesional.

Algo se contrae en su rostro. Apenas visible. Luego asiente. —Profesional.

¿Estamos mintiendo los dos ahora? ¿O solo yo?

Cojo el bolígrafo que ha dejado junto al documento. Pesado, de metal, caro. Me tiembla la mano. Solo un poco. Pero yo lo veo y él también.

Me dispongo a firmar. La punta toca el papel.

La cara de mi abuela en la pared. Su sonrisa. Su letra temblorosa en tarjetas de recetas amarillentas. El tablón de corcho de mi cocina, los sabores que ella inventó, los que yo añadí. El helado que nunca me ha fallado.

Firmo.

El bolígrafo raspa el papel y el sonido parece definitivo. Como una puerta que se cierra de golpe.

Dejo el bolígrafo y me levanto. Mis piernas se sienten extrañas. Jonathan da un paso hacia mí. No mucho. Lo suficiente para que su loción de afeitar se intensifique y se mezcle con el último rastro de caramelo en mi pelo.

—El lunes —dice—. Ralph te enviará los detalles. Empezamos de inmediato.

—El lunes.

Nuestras miradas se aferran la una a la otra. Sobre el contrato, sobre el cristal, sobre todo lo que se interpone entre nosotros y cuya existencia ambos fingimos ignorar. Su mirada desciende un instante demasiado abajo. Hasta mis labios. Vuelve a subir. Inhalo y es un error, porque todo huele a él.

—Profesional —repito.

—Profesional —confirma. Pero su voz tiene un tono más grave que antes.

Me doy la vuelta. Voy hacia la puerta. Mi mano agarra el pomo y siento su mirada en la espalda como algo físico.

No te des la vuelta. No te des la vuelta.

No me doy la vuelta. La puerta se cierra a mi espalda y Ralph ya espera en el pasillo con su tableta. Asiente hacia mí, profesional, neutral, como si no acabara de escuchar cómo toda mi vida cambia de rumbo.

El ascensor me lleva abajo. Ochenta y tres plantas. La ciudad vuelve a crecer, las personas se convierten en figuras con rostro, las calles recuperan sus nombres. Me apoyo contra la pared de cristal y respiro.

Mi teléfono vibra. Gina.

—¿Y?

—He firmado.

Ella inspira hondo y pregunta: —¿Cómo te sientes?

Atravieso la puerta giratoria y salgo a la acera. El sol me deslumbra. La ciudad ruge a mi alrededor, ruidosa, indiferente e inmensa. A mi espalda, el edificio de cristal donde mi nombre figura en un contrato junto al nombre de un hombre que me mira como si yo fuera algo más que un negocio.

—No lo sé —digo—. Distinta.

Gina espera en algún lugar frente a una cafetería de la esquina. Veo su chaqueta vaquera entre los trajes. Levanta la mano. Camino hacia ella y, con cada paso, siento cómo el viejo mundo se cierra detrás de mí. Mi pequeña tienda en el Bronx, mi trastienda y mi mañana solitaria a las cinco. Todo sigue ahí. Pero ante mí se abre algo nuevo. Brillante, peligroso y tan vasto como el cielo sobre Midtown.

No sé si voy a volar o a caer.

Pero tengo la cabeza como si estuviera hecha de algodón de azúcar.

13. Clarissa

♥♥♥

El café de esta máquina sabe a ambición líquida. Amargo, agresivo y demasiado caliente para un lunes por la mañana a las nueve.

Estoy en una cocina que no es una cocina, sino una sala de descanso con cafetera y vasos. Tengo la sensación de que nadie utiliza jamás esta cocina. Todo reluce. El suelo, la encimera, el grifo, mi reflejo en él. Hasta el aire reluce, o quizá sean las partículas atrapadas en la luz que entra por las paredes de cristal como si estuviéramos en un maldito acuario.

Hace unos días firmé el contrato. Me temblaba la mano y Jonathan lo vio, pero no dijo nada. Y ahora estoy aquí, en su edificio, en su planta, con su café en la mano, y me siento como una mancha de color sobre un lienzo blanco. Accidental. Molesta. Imposible de borrar.

—Clarissa.

Ralph se materializa a mi lado. Juro que ese hombre no lleva zapatos con suela, sino que flota tres milímetros por encima del suelo. Traje oscuro, corbata discreta, tableta bajo el brazo. Tiene la postura de alguien que duerme de pie y, aun así, se entera de todo.

—Ralph. —Doy un sorbo al café y me quemo la lengua por segunda vez hoy—. Por favor, dime que han cancelado la reunión.

—La reunión empieza dentro de doce minutos. —Sus dedos se deslizan sobre la tableta—. Sala de conferencias B, octava puerta a la izquierda. La acompañaré hasta allí.

—Claro que lo harás. —Dejo la taza—. Se me revuelve el estómago—. ¿Y quién estará?

—Jonathan, alguien del consejo de administración, Adam Park, del departamento de desarrollo, y Bea Kowalski, de planificación de ubicaciones.

Cuatro personas importantes. Cuatro personas de traje que me mirarán como si fuera un experimento. La mujer de la receta de helado. El proyecto benéfico del Bronx.

Clarissa. Concéntrate.

Ralph me guía por el pasillo. Cristal a la izquierda, cristal a la derecha. Personas sentadas ante escritorios que no levantan la vista y, aun así, se dan cuenta de todo. Siento sus miradas periféricas como diminutos pinchazos de aguja. Llevo la blusa que me puse para ir a firmar el contrato, la única sin manchas, y la planché anoche. Por primera vez desde que la tengo. La plancha emitía unos sonidos que recordaban a los estertores de la muerte. Ya no queda nada en mi heladería que no haya mirado a la muerte a los ojos.

—Por aquí. —Ralph abre una puerta de cristal. Por supuesto, de cristal.

La sala de conferencias consiste en una mesa de madera pulida rodeada de sillas que parecen tronos de diseño. En la cabecera hay una pantalla; al lado, una botella de agua y un vaso. La ciudad se extiende tras el ventanal como un espectador silencioso.

Ya hay tres personas sentadas. Un hombre de gris, de unos cincuenta y tantos, con cara de declaración de la renta. Una mujer de negro, el pelo recogido con severidad, gafas de montura fina. Y un hombre más joven, con barba y una expresión que dice: tengo cosas más importantes que hacer.

Ninguno se levanta.

—Clarissa. —El Gris asiente. El del consejo de administración, supongo.

—Buenos días. —Mi voz suena más pequeña de lo que debería en esta sala. Me siento en la silla que Ralph me indica. En medio de todos. Como si estuviera en un escenario.

—¿Empezamos? —pregunta Adam Park, el de la barba, mirando su reloj.

—Jonathan llegará enseguida —dice Ralph antes de desaparecer.

Silencio. Estoy sentada entre tres personas que me examinan como si fuera una presentación que todavía no ha empezado. La mujer de negro teclea algo en su tableta. El Gris hojea una carpeta. El Hombre Barba vuelve a mirar su reloj.

Huelo mi propio aroma a caramelo. Mi pelo, mi piel, cuatro años de heladería impregnados en cada poro. Entre la loción de afeitado, el perfume de oficina y la neutralidad del aire acondicionado, soy la única que huele a algo auténtico. No sé si eso es bueno o malo.

Entonces se abre la puerta y la sala cambia.

Jonathan entra y el aire se vuelve más denso. Traje oscuro, como siempre, ni una sola arruga. Asiente ante los tres, se sienta en la cabecera y su mirada me roza durante medio segundo. Fría. Profesional. Como si nunca hubiera estado en su cama. Como si jamás hubiera dicho mi nombre en la oscuridad.

Profesional. Eso es lo que acordamos.

—Clarissa presentará el concepto de la línea de productos. —Su voz corta el aire de la sala. Sin introducciones, sin cortesías—. Estándares de calidad, sabores, requisitos de producción. Las preguntas, después.

Todos los ojos se clavan en mí.

Tengo la boca seca. El corazón me late en algún punto entre la garganta y los oídos. Anoche tomé notas en el reverso de una factura de la luz porque no encontré papel normal. Las notas están en mi bolso. Dobladas, con una mancha de caramelo en una esquina.

Las dejo en el bolso.

—Bien. —Me aclaro la garganta—. Cuatro sabores principales para empezar.

El Gris alza una ceja.

—¿Solo cuatro?

—La calidad no necesita cantidad. Cuatro sabores elaborados a la perfección superan a veinte mediocres. —Mi voz gana firmeza—. Mousse de chocolate y vainilla con grano de café como base. Pistacho y cardamomo. Y un sabor de temporada que irá rotando. Para empezar, frambuesa y albahaca fresca.

—Frambuesa y albahaca. —Park lo dice como si le hubiera contado que la Tierra es plana—. Suena a una tienda hipster de Brooklyn.

—Suena a un sabor especial. Y combina con una copa de champán. —Siento cómo levanto la barbilla—. La albahaca corta el dulzor y realza la acidez de la frambuesa. Crea algo que no se olvida. Ni después de una cucharada. Ni después de una semana.

Silencio. El hombre de la barba teclea algo delante de él.

—Requisitos de producción —dice el Gris—. ¿Por unidad?

—Ingredientes frescos, sin excepciones. Leche de granjas ecológicas, vainas de vainilla en lugar de extracto, pistachos de verdad, no pasta de lata. —Me inclino hacia delante—. La producción se hará en el propio local. Cada establecimiento necesita una cocina con maquinaria, cámara frigorífica y alguien que sepa lo que hace.

—Eso eleva el coste por unidad —dice Kowalski.

—Eso eleva la calidad.

—La calidad es relativa.

—No en el helado. —Ahora estoy despierta. Despierta de verdad—. La calidad de un helado se puede medir. Por la textura, por la cremosidad, por cuánto tiempo permanece el sabor después de tragar.

El helado industrial sabe durante cinco segundos. El mío sabe hasta que das la siguiente cucharada.

Kowalski abre la boca, pero el hombre de gris levanta la mano.

—La producción centralizada sería más eficiente —dice. Su voz es tranquila, calculada—. Escalable.

—La producción centralizada es producción en masa. —Las palabras salen antes de que pueda contenerlas—. Y la producción en masa sabe a producción en masa. Si eso es lo que quieren, entonces no me necesitan. Basta con conseguir una licencia de cualquier fabricante y llenar las vitrinas con la misma cosa que hay en todas partes.

Me examina. Kowalski se recuesta en su silla. Adam Park deja de teclear y me mira, por primera vez de verdad.

Y Jonathan. Jonathan está sentado en la cabecera, con los brazos sobre los reposabrazos y el rostro inescrutable. Pero hay algo en su boca. No es una sonrisa. Menos que eso. Una insinuación, una sombra que solo puede ver alguien que ha mirado fijamente sus labios durante demasiado tiempo.

Cosa que yo no he hecho. Evidentemente.

—Los clientes de nuestros centros esperan una experiencia determinada —dice Adam Park. Su voz es sorprendentemente cálida —. ¿Qué diferencia tu helado del de otros proveedores prémium?

—Todo. —Inspiro. La sala no huele a nada. Estéril, neutra, climatizada. Ni caramelo, ni vainilla, ni vida—. Prémium suele significar marketing caro alrededor de un producto mediocre. Un envase bonito, papel dorado, un nombre italiano en el cartel. Pero ¿el helado en sí? —Niego con la cabeza—. Grasas de laboratorio en lugar de nata de verdad. Aroma en vez de fruta. Estabilizantes para que permanezca cuatro semanas en la vitrina sin cambiar.

Me levanto. No sé por qué. Mi cuerpo lo decide antes que mi cabeza. Pero se siente bien. Más grande. Menos como un experimento y más como yo misma.

—Mi helado está vivo. Tiene una vida útil más corta que los demás productos de estos centros. Se hace el mismo día y sabe mejor ese mismo día. Cada bola tiene una textura que se deshace en la lengua, no que se derrite como un trapo mojado. —Siento el corazón en mi voz—. Mi abuela hizo helado durante treinta y cinco años, todos los días, con las mismas manos y las mismas recetas. Y la gente no iba por el cartel ni por el precio. Iban porque se nota al probarlo. La diferencia. El amor, si se quiere llamar así.

Silencio.

El Gris me mira fijamente. Kowalski ha dejado caer el brazo. Adam Park sonríe.

Y Jonathan. Jonathan está ahí sentado, con los ojos clavados en mí, grises y quietos como un lago invernal, y en este momento no es el CEO sentado en la cabecera de la mesa. En este momento es el hombre que estaba en mi heladería y pareció sorprendido al probar la primera cucharada. El hombre que no esperaba que algo pudiera afectarle.

Vuelvo a sentarme. Me arden las mejillas. El corazón me martillea. ¿Qué acabo de hacer? ¿Dar un discurso? ¿Ante el consejo de administración? ¿Sobre el amor en bolas de helado?

Clarissa. Estás loca.

El hombre de gris se aclara la garganta.

—Tendremos que hacer los cálculos.

—Háganlos —dice Jonathan. Su voz es tranquila, pero contiene algo definitivo—. Las especificaciones de calidad figuran en el contrato. Los estándares son la base. No son negociables.

Kowalski abre la boca y vuelve a cerrarla.

—¿Alguna otra pregunta? —Jonathan se pone de pie. La reunión ha terminado. Sin discusión. Un gesto que dice: ya he decidido.

Bea Kowalski es la primera en levantarse y se acerca a mí. Me estrecha la mano.

—Impresionante. Estoy deseando probarlo.

—Gracias. —Sonrío y espero que no me esté sudando la mano. Me suda. Por supuesto que me suda.

El hombre de gris me asiente. Adam Park sale el primero; su barba me dice que no está convencido, pero tampoco va a llevar la contraria. No aquí. No delante de Jonathan.

La sala se vacía. Ralph aparece, recoge los documentos y desaparece. Y entonces solo quedamos dos. Jonathan en la cabecera, yo en el centro, la mesa vacía entre nosotros como un océano de madera pulida.

Se ajusta el gemelo. Con indiferencia. A la perfección.

—Amor en bolas de helado —dice.

Se me calienta la cara.

—Cállate.

—No era una crítica. —Rodea la mesa. Despacio, como alguien que sabe que la sala le pertenece—. Los demás se pasarán tres noches haciendo cálculos y llegarán a la misma conclusión.

—¿Y cuál es?

—Que tienes razón.

Me levanto. Demasiado deprisa. Mi silla rueda hacia atrás y choca contra la pared de cristal. El ruido resuena. Me sobresalto y él se detiene a dos pasos de distancia; en sus labios se dibuja el esbozo de una sonrisa.

—Acabas de dejar muda a media planta —dice.

—¿Eso es bueno o malo?

—¿De verdad me preguntas eso?

Agarro el bolso. Necesito tener algo entre las manos. Algo que no sea su loción de afeitado, que llena la sala y convierte mi cerebro en pudin.

—Park no estaba convencido —digo.

—Park no tiene por qué estar convencido. —Jonathan se apoya en la mesa. Cruza los brazos. Su mirada recorre mi cara y ahí vuelve a estar, esa catalogación, esa atención a los detalles, como si me estuviera introduciendo en una base de datos interna—. Yo estoy convencido.

—¿Porque he dado un discurso sobre mi abuela?

—Porque te has levantado en una sala llena de personas que te doblan la edad y triplican tu sueldo, y has dicho lo que piensas. —Inclina la cabeza—. La mayoría no es capaz de hacerlo.

Mi corazón hace algo inapropiado. Algo que no tiene nada que ver con el contrato y sí todo que ver con la forma en que me mira. Como si fuera algo que no esperaba. Algo que le sorprende, aunque a él nunca le sorprende nada.

—Profesional —digo. La palabra se ha convertido en un escudo. En un mantra. En una mentira que cada vez parece más endeble.

—Profesional. —Asiente. Pero no se mueve. Está ahí, con los brazos cruzados, a dos pasos de mí, y el aire entre nosotros es de todo menos profesional.

—Tengo que irme. —No me voy.

—Ralph ha preparado los documentos para la cocina de pruebas. —Se separa de la mesa y vuelve a ser el CEO. La transformación dura un parpadeo. Espalda recta, hombros anchos, rostro de granito—. Jueves. Diez de la mañana.

—¿Qué es la cocina de pruebas?

—El lugar donde demostrarás que lo de antes no ha sido solo un discurso. —Se le alza una comisura de la boca—. No te preocupes. El equipamiento es mejor que cualquier cosa que tengas en tu trastienda.

—El listón no está muy alto.

—Exacto.

Resoplo. Él no sonríe, pero sus ojos sí. En algún lugar tras el gris, tras el hielo, hay algo que no puede controlar. Y yo lo veo. Y él sabe que lo veo.

Maldita sea.

—El jueves —digo—. A las diez.

—Ralph pasará a recogerte.

—Puedo ir en metro.

—Ralph pasará a recogerte.

No es una pregunta. Es una afirmación. Como todo en él.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta. Mis piernas funcionan, lo cual ya es un pequeño milagro, y mantengo la espalda recta, lo cual es uno grande. Alargo la mano hacia el picaporte y siento su mirada como una mano entre mis omóplatos.

No te gires. No otra vez.

Me giro. Solo a medias. Lo suficiente para ver su cara.

—Jonathan.

—¿Sí?

—Gracias. Por el contrato. —Las palabras me cuestan algo. No estoy segura de qué—. Lo de que no eran negociables. No era necesario.

Su mirada cambia. Solo un instante. Un destello, cálido y rápido, antes de que el frío lo cubra.

—Sí —dice—. Lo era.

Me voy. Recorro el pasillo, paso junto a las paredes de cristal y las miradas periféricas y el olor a ambición y aire acondicionado. Ralph espera junto al ascensor. Asiente hacia mí. Pulsa el botón.

—¿Todo bien, Clarissa?

—Sí. —No. En absoluto—. Todo estupendamente.

Las puertas del ascensor se abren. Entro. Veo la ciudad a través del cristal. Como en un acuario en el que yo soy el pez equivocado. Colorida, caótica, con olor a caramelo en un mundo de cromo.

Mi reflejo me mira desde la pared de cristal. La blusa sencilla. El pelo, recogido dos veces esta mañana porque la primera versión quedó torcida. Las mejillas, que aún siguen calientes.

Acabo de hablar ante un consejo de administración sobre el amor en bolas de helado. Y Jonathan Baltimore ha dicho que mis estándares no son negociables. Y su mirada ha hecho algo que no quiero nombrar, porque nombrarlo lo hace real, y lo real lo vuelve peligroso.

La ciudad crece bajo mis pies. Los pisos cuentan hacia atrás. Del ochenta y tres al cero, de mi nueva realidad a la antigua.

Apoyo la frente contra el cristal frío y exhalo. Mi aliento empaña el vidrio y, durante un instante, no veo nada. Solo blanco. Solo niebla. Solo la sensación de que acabo de meterme en algo mucho más grande que un contrato y mucho más profundo que una sala de conferencias en la planta ochenta y tres.

No tengo ni idea de en qué me he metido.

14. Jonathan

♥♥♥

C aramelo. Todo lo que huelo es caramelo.

Estoy de pie junto al escritorio de cristal, con vistas a la ciudad. Mi bandeja de entrada rebosa de correos sin leer, y la maldita sala huele a ella. O eso creo. No a café, ni a loción de afeitado, ni al producto de limpieza que el equipo de limpieza mete por cada rendija por las mañanas. A caramelo. Cálido, dulce y tan fuera de lugar en esta planta.

Concéntrate.

Abro el primer correo. Informe trimestral, ocupación de superficie tres por ciento por debajo del objetivo, las negociaciones de arrendamiento están estancadas. Normalmente, después del segundo párrafo ya habría tomado una decisión. Hoy leo la frase tres veces y pienso en la forma en que se ha levantado.

Simplemente se ha levantado. En mitad de todo. Como si alguien hubiera accionado un interruptor. Y luego aquel discurso. Sobre el amor en las bolas de helado. Sobre la textura, la nata, las abuelas y treinta y cinco años manteniendo la misma calidad.

El consejo de administración se ha quedado boquiabierto. Kowalski ha mirado su reloj y se le ha olvidado. Y yo estaba de pie en la cabecera

y, durante tres respiraciones, no he tenido ni un solo pensamiento empresarial en la cabeza.

Maldita sea.

La puerta se abre. Ralph. Tableta bajo el brazo, la corbata desplazada un milímetro hacia la izquierda, lo que significa que ha estado trabajando toda la tarde sin parar.

—La reunión de seguimiento con el consejo de administración está fijada para mañana por la mañana —dice—. Quiere volver a revisar el cálculo por unidad.

—Que lo haga.

Cierro el correo sin responder. Abro el siguiente. Vuelvo a cerrarlo.

Ralph se queda quieto. Espera.

—¿Qué?

No me giro.

—Adam Park ha enviado una nota.

Sus dedos se deslizan por la tableta.

—Escribe que la presentación de hoy ha sido la exposición de producto más convincente de los últimos dos años.

No digo nada. Se me tensa ligeramente la mandíbula.

—Y el consejo de administración ya ha solicitado el análisis de costes. Se prevé que haya una aprobación antes de que termine la semana, si las cifras cuadran.

—Las cifras cuadran.

Claro que cuadran. Las he calculado tres veces antes de que ella entrara en la sala.

Ralph teclea. Su dedo se ralentiza. La señal de que está pensando. De que viene algo que no quiero oír.

—Clarissa ha dejado una impresión duradera.

Agarro mi café. Frío. ¿Desde cuándo está aquí? Aun así, bebo. Amargo, rancio, justo lo que merezco por la falta de concentración de la última hora.

—Ha hecho su trabajo —digo.

Demasiado seco. Lo oigo yo mismo.

—Desde luego.

Ralph deja una pausa que ninguna persona normal notaría. Pero Ralph no es una persona normal.

—La cocina de pruebas está preparada para el jueves. ¿Confirmo el horario?

Jueves. Tres días. Tres días en los que ella estará en su heladería destartalada removiendo caramelo, mientras yo intento concentrarme aquí arriba, entre cifras trimestrales y paredes de cristal, en cualquier cosa que no sea ella.

Profesional. La palabra tiene ya un regusto extraño.

—Confírmalo.

Dejo el café frío. Borro el círculo que ha dejado el vaso.

—Y el helicóptero.

El dedo de Ralph se detiene.

—¿El helicóptero?

—Para la granja ecológica. Mañana por la tarde.

Silencio.

—Mañana no hay ninguna cita prevista con Clarissa.

—Entonces programa una.

Me vuelvo hacia él. Su rostro permanece impasible, pero sus ojos tienen esa expresión. Esa concreta. La que dice: sé perfectamente lo que está pasando aquí y no voy a decir nada, pero los dos lo sabemos.

—La granja ecológica.

Ralph no lo formula como una pregunta. Aun así, lleva un signo de interrogación colgado.

—Tiene que conocer la cadena de suministro antes de que empecemos en la cocina de pruebas. De lo contrario, trabajará a ciegas.

Las palabras salen demasiado deprisa. Demasiado preparadas. Como si las hubiera ensayado de camino aquí. Lo que no he hecho.

No lo he hecho.

—Por supuesto.

Ralph teclea.

—¿Salida?

—A las trece horas. El helipuerto está aquí, en la azotea.

Me siento. La ciudad centellea bajo mí a última hora de la tarde, un mar de cristal, acero y ambición. Mi ciudad. Mi imperio. Doce países, ciento diecinueve centros comerciales, dieciséis mil empleados. Y yo estoy aquí sentado pensando en el momento en que ha dicho: Mi abuela hizo helado durante treinta y cinco años.

Su voz al decirlo. Firme y suave a la vez. Como algo que uno debería proteger y temer al mismo tiempo.

—¿Informarás tú mismo a Clarissa?

La voz de Ralph tiene ese trasfondo diplomático. Neutro. Profesional. Con un matiz de algo más debajo.

—Le escribiré.

¿Por qué digo eso? Ralph podría hacerlo. Debería hacerlo. Es mi asistente, para eso le pago.

—Tengo que explicarle yo mismo el contexto.

—El contexto.

Ralph asiente. No sonríe. Pero las comisuras de sus labios se mueven quizá un milímetro.

—Por supuesto.

—¿Hay algo más?

—Los planos de ubicación para la segunda sucursal están terminados. Y David ha llamado, pregunta por el jueves. Squash, a la hora de siempre.

—Confírmalo.

Ralph asiente, se gira y camina hacia la puerta. Su mano ya está en el picaporte cuando vuelve a girarse una vez más.

—La granja es una buena idea. Profesionalmente.

Se va antes de que pueda responder. La puerta se cierra de golpe.

Me reclino. La silla es ergonómica, de cuero italiano, tres mil dólares, y resulta casi tan cómoda como un bloque de hormigón. Mi mirada cae sobre la pantalla. Correos sin leer. Análisis de ubicaciones. Una invitación a una gala benéfica la semana que viene.

Pero en lugar de eso la veo a ella. Cómo se ha levantado. Cómo ha alzado la barbilla, cómo le han brillado los ojos. Marrón oscuro y llenos de algo que ninguna hoja de cálculo puede captar. Cómo ha dicho: Si eso es lo que se quiere, entonces no me necesitan.

Exacto. No la necesito.

Necesito su receta. Su experiencia. Sus estándares de calidad. Eso figura en el contrato. Negro sobre blanco. Artículos, cláusulas, firmas. Todo calculado, todo controlado.

Lo que no figura en el contrato: el momento en que ha salido de la sala y el aire se ha vuelto más tenue. Cuando se ha detenido en el pasillo, me ha mirado y ha dicho: Gracias. Esa única palabra que casi no ha conseguido pronunciar. Como si tuviera peso.

Mierda.

Me levanto. Voy hasta la ventana. La ciudad se extiende bajo mí. Es una cuadrícula de calles y destinos. En algún lugar ahí abajo, en el Bronx, hay una heladería destartalada con una mujer que hoy ha pronunciado un discurso sobre el amor ante un consejo de administración. Habría creído imposible meter el amor y un consejo de administración en la misma sala.

Mantén las distancias.

Mi mano coge el teléfono. No para trabajar. Para buscar su número. El que Ralph tiene en el expediente. El que no me he aprendido de memoria.

El que, por supuesto, me he aprendido de memoria.

Vuelvo a dejar el teléfono. Lo cojo otra vez. Lo dejo.

Soy Jonathan Baltimore, tengo centros comerciales en doce países. Tomo decisiones que implican millones. Pero no soy capaz de decidir si enviarle un mensaje profesional a una propietaria de una heladería del Bronx. Una estupidez poética.

Voy a la cafetera. Café nuevo. Caliente, negro, sin leche. Esperar no es una opción, así que me lo bebo enseguida y me quemo la lengua. Siento el dolor y me alegro de ello, porque es claro. Inequívoco. No como todo lo demás ahora mismo.

La granja. Ese es el siguiente paso correcto. Profesionalmente. Tiene que entender de dónde vienen los ingredientes. Tiene que ver que me tomo en serio sus exigencias. Que la calidad no es para mí una moneda de cambio. Que quiero su helado porque he buscado y no he encontrado nada que se acerque a su helado.

Vuelvo a sentarme. Abro los planos de ubicación. Intento leer. Ciento diez metros cuadrados de superficie, cocina abierta a la zona de venta, sistema de ventilación conforme a la normativa, unidad de refrigeración con el doble de capacidad. Las cifras flotan. Entre ellas, su rostro. El rubor de sus mejillas después de sentarse. La forma en que ha agarrado su bolso, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

Cómo le ha temblado la mano al firmar el contrato la semana pasada. El mismo temblor estaba ahí cuando hoy ha recogido sus cosas.

Cierro los planos de ubicación.

¿Por qué el helicóptero? ¿Por qué no un coche normal? Dos horas de trayecto, un marco profesional, distancia. Profesionalidad. En cambio, el helicóptero. Treinta y cinco minutos, el mundo bajo nosotros, la granja a la luz del atardecer.

Porque es más eficiente. Ahorro de tiempo. Sin atascos. Lógica empresarial.

Porque quiero ver cómo reacciona.

Concéntrate.

Cojo el teléfono. Esta vez no lo dejo. Abro los mensajes. Marco su número. El cursor parpadea.

¿Qué se le escribe a una mujer que hace tres horas ha dejado en silencio al consejo de administración y cuyo olor a caramelo sigue rondándome la cabeza?

Algo profesional. Breve, preciso, objetivo.

Escribo.

—Tienes que volver a la oficina mañana.

Bien, muy directo. Una afirmación. Sin explicación. Exactamente como debe ser.

Enviar.

Mi pulgar no vacila. Esta vez no.

Dejo el teléfono sobre el escritorio y lo miro fijamente. Los segundos se alargan y me obligo a abrir de nuevo los planos de ubicación en la pantalla. Ciento diez metros cuadrados. Cocina abierta. Ventilación.

El teléfono vibra.

Espero una respiración. Después lo cojo.

—¿Creía que la cocina de pruebas era el jueves?

Su voz, incluso en forma de texto. Inquisitiva, ligeramente confundida, seguramente de nuevo detrás de su mostrador, con una mancha de caramelo en el delantal. La veo ante mí, aunque no pueda verla.

Le respondo. —Lo es. Pero antes hay algo importante que ver.

Punto. Ninguna explicación más. Puede preguntar. Que sienta curiosidad. Mañana estará aquí a las trece horas, en la azotea, y verá el helicóptero. Y tendrá esa expresión que pone cuando algo la sorprende. Esa expresión en la que sus ojos se agrandan, abre la boca y, durante medio segundo, se olvida de desconfiar.

El teléfono vibra.

—Algo importante. Eso suena a una de tus jugadas.

Me reclino. Se me levanta una comisura de la boca. No tiene ni idea de cuánta razón tiene.

—A las trece horas aquí. Ralph pasará a recogerte con tiempo.

Enviar.

Un minuto. Luego:

—Puedo ir en metro.

No respondo. No tengo que hacerlo. Estará aquí a las trece horas, Ralph irá a recogerla y mañana a esta hora estará en una granja. Olerá la leche fresca, me mirará con esos ojos marrones y resplandecerá. Y me digo que esta situación es puramente profesional.

Dejo el teléfono. Cojo el café. Sigue demasiado caliente. Bien.

Veo cómo el sol se hunde detrás del perfil de la ciudad en el horizonte. La ciudad se vuelve naranja, luego roja, luego oscura. Sigo sentado en mi despacho, mirando fijamente los planos de ubicación. No es que los esté leyendo. Pienso en una mujer que hoy ha hablado del amor en las bolas de helado como si fuera lo más normal del mundo.

La granja es profesional. El helicóptero es eficiente. El mensaje ha sido profesional.

Y el olor a caramelo es un problema de ventilación.

Doy un sorbo al café y bebo. Rápido, caliente, eficiente. Porque una cosa está clara.

Solo se trata de negocios.

15. Clarissa



El viento en la azotea del edificio huele a queroseno y a cielo. El pelo se me suelta del moño y me azota la cara, y ahí estoy, como si me hubieran dejado plantada, junto a un helicóptero. Un helicóptero de verdad. Negro, reluciente, con las aspas ya girando.

Jonathan está a su lado. Con las manos en los bolsillos del pantalón, como si esto fuera una bicicleta aparcada.

—No —digo.

—Sí.

—Has dicho que había algo importante que ver. No has dicho que tuviéramos que volar para ello.

Se encoge de hombros. La más leve insinuación de una sonrisa en las comisuras de los labios.

—Sorpresa.

Miro el helicóptero. Luego a él. Después, otra vez al helicóptero. Mi estómago hace algo a medio camino entre la emoción y el pánico absoluto, y no sé qué sensación ganará.

—Nunca he volado.

—¿Ni siquiera en avión?

—Sí. Una vez. A Florida, con mi abuela, cuando tenía once años. Pero esto no es un avión, Jonathan. Es una cáscara de nuez voladora con hélices.

Él da un paso hacia mí. Su aftershave llega hasta mí, amaderado y cálido, mezclándose con el olor a queroseno en algo que no tiene ningún sentido y, aun así, funciona.

—Confía en mí.

—Famosas últimas palabras. —Pero mis pies ya se están moviendo. Porque, al parecer, soy el tipo de persona que se sube a un helicóptero cuando un hombre con traje a medida se lo dice. Genial, Clarissa. De verdad que genial.

Me ayuda a subir. Su mano en mi codo, breve y firme, y entonces estoy sentada sobre cuero. El piloto me saluda con la cabeza, como si yo fuera alguien que se sienta habitualmente en helicópteros. No lo soy. Soy alguien que remueve caramelo a las cinco de la mañana y pelea con una caja registradora que se atasca.

Jonathan se sienta a mi lado. Cierra la puerta. Me tiende unos auriculares.

—¿Adónde vamos?

—Al norte del estado. A una granja.

—Una granja. —Me pongo los auriculares—. ¿Por qué una granja?

—Porque deberías saber de dónde van a salir tus ingredientes.

Su voz crepita a través de los auriculares, cercana y extrañamente íntima. El helicóptero despega, mi estómago se desploma y agarro el primer objeto sólido que encuentro. Es su rodilla. La suelto enseguida.

—Perdona.

—No pasa nada. —Su mirada roza mi mano. Luego mira al frente.

La ciudad se inclina y queda atrás bajo nosotros. Primero las fachadas de cristal, luego los edificios más bajos, después el verde entre el gris. Pego la cara a la ventanilla como una niña en el autobús escolar.

Manhattan se hace más pequeño, las calles se convierten en líneas, y entonces ya solo hay cielo, paisaje y una inmensidad que me deja sin aliento.

—Oh —digo.

No me sale nada más. Oh. Elocuentísima. Pero, bajo mí, el mundo se extiende como una manta de campos, bosques y casitas diminutas, y durante un instante me olvido de todo. Las facturas, la caja, el contrato, la reunión de ayer. Todo.

Siento su mirada sobre mí. Me vuelvo. Me observa con una expresión que no sé interpretar. No es profesional. No es fría. Es algo distinto.

—¿Qué? —Me aparto un mechón de la cara.

—Nada. —Aparta la vista. Mira por su ventanilla.

El vuelo no dura mucho. Bajo nosotros aparecen prados verdes, puntos blancos y negros que tienen que ser vacas, y un conjunto de edificios con tejados rojos. El helicóptero aterriza en una pradera, suave y preciso. Mi estómago se calma. Mis manos no.

Jonathan baja primero y me tiende la mano. La cojo. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, secos y cálidos, y la suelto en cuanto mis pies pisan la hierba.

Hierba. Hierba de verdad, suave y verde. El aire huele a heno, a tierra y a algo dulce. Ni gases de escape, ni asfalto, ni basura. Solo naturaleza.

—Guau —digo.

Él sonríe de oreja a oreja. Una sonrisa de verdad. Jonathan Baltimore, el hombre del escritorio de cristal y los ojos fríos, está en medio de una pradera sonriendo como alguien que acaba de gastar una broma especialmente buena.

Un hombre se acerca hacia nosotros. Camisa de cuadros, botas de goma, manos como palas. Tiene el rostro curtido por el sol y lleno de arrugas de expresión.

—Jonathan. —Le estrecha la mano—. Me alegro de verte.

—Thomas. Esta es Clarissa Weston.

Thomas se vuelve hacia mí, toma mi mano entre las suyas y la estrecha con una calidez que no es fingida.

—La del helado.

Miro a Jonathan. Él se encoge de hombros. Un poco. Apenas perceptible.

—La del helado —confirmo.

Thomas nos guía por la finca. Establos, praderas, un huerto con cerezos y arbustos de frambuesas. Todo está limpio, organizado, pero no es estéril. Está vivo. Nos explica la producción, el procesamiento de la leche, el pastoreo. Lo escucho y me da vueltas la cabeza, porque la calidad aquí es distinta de todo cuanto he visto en los catálogos de mis proveedores.

—La leche pasa directamente al procesamiento por la mañana —dice Thomas—. Sin almacenamiento intermedio. Más fresca, imposible.

Deslizo la mano por la valla de un prado. Detrás hay tres vacas rumiando con calma. Una se acerca y me da un golpecito en la mano con el hocico húmedo.

—Hola —le digo a la vaca.

Jonathan está apoyado en la valla a mi lado. Se ha quitado la chaqueta y se la ha echado sobre el brazo. Lleva las mangas de la camisa remangadas. La corbata ha desaparecido. No tengo ni idea de cuándo se la ha quitado. Pero sin ella parece otra persona. Menos armadura. Más hombros.

Clarissa. Concéntrate.

—Esta podría ser tu leche —dice. Tiene la mirada puesta en los pastos, no en mí.

—Mi leche.

—Para las tiendas. Entrega directa, sin intermediarios. Sin leche industrial.

No digo nada. Porque mi boca está demasiado ocupada intentando no quedarse abierta. Esta granja. Esta leche. Para mi helado. No es simplemente un proveedor de catálogo. Es una decisión que cuesta dinero. Mucho dinero.

Thomas nos lleva después al huerto. Frambuesas de un rojo oscuro y carnosas cuelgan de los arbustos. Cojo una sin preguntar.

—¿Puedo?

Thomas se ríe.

—Claro, sírvete.

La frambuesa explota en mi lengua. Dulce, un poco ácida, intensa. Mejor que cualquiera del mercado mayorista. A años luz.

—Dios mío. —Cojo otra—. Están increíbles.

Jonathan también coge una. La observa como si fuera un documento empresarial que tuviera que analizar. Después se la mete en la boca.

—Está bien —dice.

—¿Está bien? ¿Eso es todo? Son fantásticas. —Cojo otra y se la tiendo —. Pruébala otra vez. Esta vez de verdad. No como alguien que contabiliza frambuesas en el balance trimestral.

La coge. Nuestros dedos se rozan. El aire se vuelve más cálido, o quizá solo me lo estoy imaginando.

—Fantásticas —rectifica. Le tiembla la comisura de los labios.

Thomas nos enseña el procesamiento de la leche. Tanques de refrigeración, líneas de embotellado, un pequeño laboratorio para los controles de calidad. Todo reluce, todo huele a leche fresca y a limpio. Al final de la visita, nos tiende dos vasos.

—Directa de esta mañana. —Sonríe de oreja a oreja—. No puede ser mejor.

Cojo mi vaso y bebo. La leche está fresca, es cremosa y sabe a pradera. A verano. A todo lo que la leche debería ser y nunca es en la ciudad.

Jonathan coge su vaso. Se lo lleva a los labios. Bebe.

Su cara.

No puedo evitarlo. La risa brota de mí como un corcho que sale disparado de una botella. Porque Jonathan Baltimore, el hombre del imperio de centros comerciales, acaba de probar leche fresca y tiene la expresión de alguien a quien le hubieran echado vinagre en el vaso.

—¿Qué? —Se pasa una mano por la boca.

—¡Tu cara! —Me doblo de risa—. Pareces como si hubieras bebido lavavajillas.

—Sabe distinto de lo que esperaba. —Tiene la voz tensa, pero sus ojos no están fríos. Ni remotamente fríos.

—Sabe a leche, Jonathan. Leche de verdad. No a esa cosa aguada de cartón del supermercado.

—No bebo leche.

—Salta a la vista.

Thomas se ríe y le quita el vaso.

—Uno se acostumbra.

—Lo dudo —dice Jonathan.

Me seco las lágrimas de risa de las comisuras de los ojos y lo miro. De verdad. Está aquí, con las mangas de la camisa remangadas, en una granja, con una mancha de hierba en los pantalones que todavía no ha visto. Y no parece el hombre que estaba ayer en la sala de reuniones. Parece alguien a quien quizá me gustaría conocer.

No. Profesionalmente, Clarissa.

Thomas se despide. Tiene que volver con las vacas. Y entonces nos quedamos solos. Jonathan y yo, entre árboles frutales, el zumbido de

los insectos y un silencio distinto del de la ciudad. Más lleno.

Caminamos por un sendero de campo. La gravilla cruje bajo mis zapatos, que son totalmente inadecuados para este terreno. Zapatillas deportivas, gastadas, pero al menos sin tacones. Jonathan camina a mi lado, otra vez con las manos en los bolsillos.

—Mi abuela tenía un jardín —digo. No tengo ni idea de por qué. Las palabras simplemente salen—. No tan grande como esto. Un patio trasero en el Bronx. Pero cultivaba hierbas. Albahaca, menta, romero. Siempre decía que se notaba la diferencia.

—¿Tenía razón?

—Claro que tenía razón. Las abuelas siempre tienen razón.

Guarda silencio un momento. Sus hombros son diferentes. No están encogidos ni tensos. Son más anchos, de algún modo. Más relajados.

—La mía hacía tarta de manzana —dice.

Me vuelvo hacia él.

—¿Tu abuela?

—Todos los domingos. Toda la casa olía a ella.

—Suena bonito.

—Lo era. —Mira al frente—. Hace mucho tiempo.

Es lo más personal que me ha dicho jamás. Unas pocas palabras sobre tarta de manzana y su abuela. Y se siente como una puerta que se abre un resquicio. Solo un resquicio. Pero suficiente para que entre la luz.

—Mi abuela me enseñó a hacer helado —digo—. No con un libro de recetas y una taza medidora. Sino con las manos y el instinto. Decía que el helado necesita amor, porque si no se nota el vacío. Las recetas están colgadas y todo está escrito, sí, pero al final lo que importa es cómo se hace.

Jonathan se detiene. Se vuelve hacia mí. Tiene los ojos fijos en mi cara y, por un momento, no hay nada profesional en ellos. Nada calculado. Solo atención.

—He buscado por todas partes una calidad comparable —dice—. Nada se acercaba a tu helado.

Mi corazón tropieza. Porque lo dice como si fuera un hecho. No un halago. No una táctica de negociación. Un dato que ha registrado como la ocupación de la superficie de sus centros.

—Quizá porque no es una receta —digo—. Sino una persona.

Sus ojos se entrecierran. No con desconfianza. Pensativo. Como si hubiera dicho algo que aún no ha incluido en sus cálculos.

—Quizá —dice.

Seguimos caminando. El camino pasa junto a un granero. Detrás se abre una vista de colinas y prados hasta el horizonte. Aquí todo es verde, todo está en calma. Solo el viento y el mugido lejano de una vaca.

—Es bonito aquí —digo.

—Sí. —Está a mi lado, contemplando el paisaje. Veo su perfil a la luz de la tarde: la mandíbula marcada, los labios y un poco del gris de sus ojos. Y ahora mismo sus ojos no son fríos. Siguen siendo grises, pero más suaves. Como un lago en invierno cuando el hielo empieza a derretirse.

Pienso en su beso y me doy cuenta de que algo no va bien. Profesionalmente.

Aparto la mirada. Miro mis zapatillas. Tienen una mancha de tierra. Me pega. Tierra, caramelo, facturas y una caja registradora que se atasca.

—Deberíamos volver —dice él.

En el helicóptero hay menos espacio que a la ida. O eso parece. Quizá porque el aire entre nosotros ha cambiado. Es más denso. Más

pesado. Me siento en mi sitio, él en el suyo, y nuestras rodillas se tocan.

Ninguno se aparta.

Mi rodilla contra la suya. Tela contra tela. Un roce que, técnicamente, no significa nada. No tiene por qué significar nada. Pero todo mi cuerpo lo registra como una descarga eléctrica a cámara lenta.

Miro por la ventanilla. Él mira el móvil. Ninguno dice nada. El piloto dice algo por los auriculares, las aspas giran y la granja se hace más pequeña bajo nosotros. Las colinas, los prados, los tejados rojos.

Su rodilla no se mueve. La mía tampoco.

Treinta minutos. Treinta minutos durante los cuales nuestras rodillas se rozan y yo miro fijamente por la ventanilla intentando pensar en la calidad de la leche. En las cadenas de suministro. En los estándares de producción. Profesionalmente. Todo es profesional.

Pero su aftershave se mezcla con el olor a heno que aún se me ha quedado en el pelo, y mi mente piensa en tarta de manzana, en abuelas y en la forma en que se ha reído cuando Thomas le ha quitado el vaso de leche.

La ciudad aparece bajo nosotros. Gris, ruidosa y familiar. El helicóptero aterriza en la azotea y el mundo vuelve a ser normal. Cristal, acero, oficinas. En la medida en que se pueda llamar normal a esto desde aquí arriba, donde Manhattan sigue extendiéndose a nuestros pies como una alfombra de juguete.

Su rodilla se separa de la mía cuando se levanta. Baja primero. Me tiende la mano. La cojo, la suelto y piso hormigón en lugar de hierba.

—Ralph te llevará a casa. —Vuelve a ponerse la chaqueta. Se ajusta el puño de la camisa. La transformación de vuelta. Del hombre de la pradera al hombre del rascacielos de cristal.

—Gracias —digo—. Por la granja. Ha sido genial. Es realmente bonito allí.

—Ha sido por negocios. —Su mirada se encuentra con la mía. Gris, directa, y hay algo en ella que su boca no dice.

Esquivo sus ojos. Miro mis zapatillas con la mancha de tierra.

—Claro. Por negocios.

Silencio. El viento en la azotea es más frío que en la granja. Urbano. Cortante.

—Jueves. Cocina de pruebas —dice. No es una pregunta.

—Jueves —confirmo. Profesionalmente.

Asiente. Se da la vuelta. Va hacia la puerta que lleva al edificio. Me quedo en la azotea mirándolo alejarse y me digo que el día de hoy no ha cambiado nada. Absolutamente nada. Es mi socio de negocios. Me ha enseñado una cadena de suministro. Es su trabajo. Es el acuerdo.

La puerta se cierra tras él.

Mi corazón late con tanta fuerza que juraría que el piloto puede oírlo.

16. Clarissa

♥ ♥ ♥

La cocina de pruebas huele a acero inoxidable y a posibilidades. Todo reluce, todo está limpio, todo es tan impecable que me da miedo tocar nada. Hay tres máquinas de helado alineadas, cada una más grande que toda mi zona de trabajo en casa. Congeladores profesionales, una cocina con más fuegos de los que tengo dedos y una encimera tan ancha que se podría dormir sobre ella.

No es que esté pensando en dormir en ninguna parte. Y mucho menos cerca de él.

Jonathan está al fondo de la cocina. Camisa, sin corbata, mangas remangadas. Sus antebrazos están más bronceados de lo que recordaba. Lo registro y me odio al instante por ello.

—Bueno —digo, dejando el bolso sobre un taburete—. ¿Empezamos?

—¿Está todo lo que necesitas?

Miro a mi alrededor. Nata, leche, vainas de vainilla fresca, pistachos, frambuesas, albahaca. Cardamomo. Azúcar de distintas clases. Todo ecológico, todo de la granja. Todo en cantidades que superan toda mi compra semanal.

—Solo falta una caja registradora que se atasque y yeso desconchado en el techo —digo—. Para darle un toque auténtico.

Le tiembla una comisura de la boca.

—Ralph puede arreglarlo.

—Déjalo. —Me ato el delantal que hay sobre la encimera. Negro, impecable, con mi nombre bordado sobre el pecho. ¿Desde cuándo hay delantales con mi nombre? ¿Por qué este hombre encarga delantales con mi nombre?

Decido no preguntarlo.

—Vale. —Doy una palmada—. Pistacho y cardamomo. Te lo enseño primero porque es el más complicado.

Se apoya en la encimera. Brazos cruzados. Observador.

—Te escucho.

—No. No te limitas a escuchar. —Le deslizo un cuenco—. Participas.

—No soy cocinero.

—Eso salta a la vista. Pero quieres entender lo que vendes. Así que lávate las manos, remángate. Ya tienes las mangas remangadas. Bien. Pues vamos.

Mira el cuenco como si le hubiera planteado un problema de cálculo. Luego lo coge y se coloca a mi lado. A mi lado. Su loción de afeitar llega hasta mí, amaderada y cálida, mezclándose con el olor de los pistachos frescos sobre la tabla de cortar.

Clarissa. Concéntrate.

—Pica los pistachos —digo—. No demasiado finos. Los trocitos aún deben notarse.

Coge el cuchillo. Lo sostiene perfectamente alineado en la mano. Preciso, controlado, cada corte idéntico. Claro que lo hace así. Claro que Jonathan Baltimore corta pistachos como si estuviera firmando un contrato.

—Relájate.

—Estoy relajado.

—Eso es una intervención quirúrgica. —Me pongo a su lado y cubro con mi mano la suya sobre el cuchillo. Su agarre se tensa. Mi pulso se acelera, pero lo ignoro—. Así. Balancéalo, no aprietes. El cuchillo hace el trabajo.

Su mano bajo la mía está cálida y seca y es demasiado grande. La retiro. Pero todavía siento su calor.

—¿Así? —Balancea el cuchillo. Sigue estando demasiado controlado, pero mejor.

—Mejor. Mi abuela siempre decía que cocinar es como bailar. Hay que sentir el ritmo.

—Yo no bailo.

—No me sorprende lo más mínimo.

Sigue cortando. Yo preparo la base. Caliento la nata, incorporo el azúcar, añado el cardamomo. El aroma asciende, dulce y exótico y familiar. Mi aroma, mi receta, en una cocina que no es la mía. Una sensación extraña. Como una canción que otra persona interpreta en una sala de conciertos.

—¿Temperatura? —Mira la olla.

—Siente el calor. —Mantengo la mano sobre el vapor—. Cuando te hormigueen los dedos, estará bien.

—Trabajas sin termómetro.

—Mi abuela no tenía termómetro.

—Probablemente tu abuela tampoco tenía una cocina de medio millón.

—Y, aun así, su helado era mejor que cualquier cosa que estas máquinas vayan a escupir jamás. —Remuevo y lo miro de reojo.
Él se coloca a mi lado frente a los fogones. Mira dentro de la olla.

—Parece sopa.

—Es base de helado.

—Parece sopa.

—Jonathan. No es sopa.

—¿Cómo distingo la diferencia?

Sumerjo la cuchara y la levanto. La mezcla cae de nuevo en un hilo sedoso.

—Así. La sopa gotea. La base de helado fluye.

Se inclina para observar la cuchara. Su cara está cerca. Demasiado cerca. Huelo su loción de afeitar con más claridad que el cardamomo, y eso ya es decir mucho.

Me giro hacia la tabla de cortar.

—Los pistachos.

Me tiende el cuenco. Nuestros dedos se rozan en el borde. Ni él ni yo lo comentamos. Echo los pistachos en la base, remuevo, pruebo. Perfecto. Casi. Un poco más de cardamomo.

—Prueba. —Le tiendo la cuchara.

La coge. Prueba. Su expresión no cambia, pero entrecierra los ojos. Concentrado.

—¿Y?

—Está bueno.

—Jonathan. No está bueno. Está fantástico. Di fantástico.

—Está muy bueno.

—Eres imposible. —Le quito la cuchara de la mano y lamo lo que queda. Solo entonces caigo en que era su cuchara. Un beso indirecto. Como en el parvulario. Se me calienta la cara.

Lo ve. Claro que lo ve. Su mirada se desliza sobre mis mejillas, breve, consciente, y después aparta la vista.

—¿Qué viene ahora?

—Frambuesa y albahaca. —Agradezco el cambio de tema—. Mi creación. Albahaca fresca, nada de hierbas secas de bote.

Trabajamos. Uno al lado del otro, a veces cerca, a veces con la encimera entre nosotros. Yo explico, él escucha. Hace preguntas que demuestran que no solo escucha, sino que comprende. Calcula. Traduce mi oficio a su idioma.

—No rompas las hojas —digo—. Enróllalas y córtalas en tiras finas. Chiffonade.

—Sé lo que es la Chiffonade.

—Pues enséñamelo.

Corta. Perfectamente. Por supuesto, perfecto. Jonathan Baltimore no fracasa en cosas que requieren un cuchillo y precisión. Miro sus manos e intento no pensar en qué más pueden hacer esas manos.

—Demasiado anchas —digo. Solo por decir algo.

Alza una ceja.

—Miden exactamente tres milímetros.

—Tienen que medir dos.

—Tú lo mides a ojo.

—Mi ojo tiene muchos años de práctica.

Corta más fino. Me tiende una hoja.

—¿Contenta?

—Más o menos. —La cojo y la mezclo con la masa de frambuesa. Rosa, aromática, preciosa—. Esto será mi obra maestra.

—Modesta como siempre.

—La modestia es para la gente que no sabe hacer nada. Yo sé hacer helado. —Le sonrío. Él niega con la cabeza, pero su boca lo traiciona. Ese temblor. Esa fracción de segundo en la que Jonathan Baltimore casi sonríe.

La mañana transcurre. Preparamos tres sabores, los envasamos, los congelamos todos. Le explico la textura, la temperatura, los tiempos. Él hace preguntas sobre escalabilidad y tamaño de las porciones, yo pongo los ojos en blanco, él ignora que ponga los ojos en blanco y, en algún momento, deja de ser trabajo. Es algo distinto. Más ligero.

—La vainilla con grano de café tiene que infusionarse doce horas. Hay que prepararla la noche anterior —digo, metiendo el último cuenco en la nevera—. Así que hemos terminado por hoy.

—Aún no hemos probado nada.

—El de pistacho ya está listo. —Abro la máquina de helado y saco el recipiente. Cremoso, verde dorado, con trocitos dentro. Perfecto. Lo sé antes de probarlo. Pero lo pruebo de todos modos. Meto la cuchara, me la llevo a la boca y se me cierran los ojos.

Así es como debe saber. Exactamente así.

Vuelvo a llenar la cuchara y se la tiendo a Jonathan.

—Toma. Di fantástico. Una vez. Por mí.

Coge la cuchara. Prueba. Mastica. Traga. Su mirada se clava en mí con una intensidad que no tiene nada que ver con el pistacho.

—Impresionante —dice.

—Eso no es fantástico.

—Es lo mejor que he probado en mi vida.

Mi corazón hace algo estúpido. Algo entre saltar y tropezar. Me abrazo al recipiente y remuevo el helado para mantener las manos ocupadas.

—El sorbete de frambuesa también debería estar listo. —Me giro hacia la segunda máquina y levanto la tapa. Rosa, brillante, con la textura perfecta. Lleno la cuchara.

Y entonces ocurre.

Me giro, cuchara en mano, y él está justo detrás de mí. Más cerca de lo que pensaba. Mucho más cerca. Mi codo choca contra su pecho, la

cuchara se inclina y una cucharada de sorbete de frambuesa aterriza en su camisa.

Camisa blanca. Mancha rosa. Justo sobre el pecho.

Me quedo mirando la mancha. Luego su cara. Sus ojos bajan y contemplan el helado de su camisa como si fuera el resultado trimestral de una empresa que ha salido mal.

—Eso... —digo. Mi voz suena débil—. No ha sido a propósito.

Silencio.

Su mirada se alza. Encuentra la mía.

Y entonces Jonathan Baltimore mete la mano en el recipiente de pistacho, coge un puñado de helado y me lo unta por toda la cara.

Frío. Verde. Pistacho en mi mejilla, en mi nariz, en mi barbilla.

Me quedo ahí. Con la boca abierta. El pistacho gotea de mi barbilla sobre el delantal. Jonathan está delante de mí con los dedos manchados de helado y una expresión tan parecida a una sonrisa como nunca le había visto.

—Ahora estamos en paz —dice.

—Tú... —Miro el recipiente de sorbete de frambuesa. Lo miro a él—. No lo has hecho.

—Sí que lo he hecho.

—Me has untado helado en la cara.

—Ojo por ojo.

Cojo helado. Él retrocede. No lo bastante rápido. Mi mano alcanza su hombro, helado rosa sobre su camisa blanca, y abre la boca, y yo me río. Me río con tanta fuerza que me quedo sin aire.

Lo que ocurre después es caos. Caos puro, precioso, hecho a mano.

Él agarra el recipiente del helado de pistacho. Yo cojo las frambuesas. Me atrapa el brazo, me agacho para esquivarlo, resbalo sobre las

baldosas, me sostengo en la encimera y contraataco. El helado vuela. La salsa gotea. Hojas de albahaca se quedan pegadas en superficies para las que no estaban destinadas.

La cocina de medio millón parece un campo de batalla de niños de tres años. Y no puedo dejar de reír. Él tampoco. Jonathan se ríe. Se ríe de verdad, a carcajadas. No esa sonrisa controlada, no ese temblor en la comisura de los labios. Una risa auténtica que le sacude todo el cuerpo y le transforma los ojos. No son grises como un lago invernal. Son cálidos.

Lanzo el último resto de helado. Él me atrapa la muñeca antes de que acierte. Me atrae hacia sí. Y entonces estamos el uno frente al otro, sin aliento, manchados y riendo, y su mano alrededor de mi muñeca es firme y cálida, y siento su pulso bajo mis dedos.

O el mío. Probablemente el mío.

La risa se apaga. No de golpe, sino en oleadas. Su respiración. Mi respiración. Su mirada sobre mi cara, donde el pistacho se está secando, y mi mirada sobre su camisa, que parece un cuadro impresionista.

No me suelta la muñeca.

—Tienes frambuesa en la barbilla —dice. Su voz es más grave que antes. Más áspera.

—Tú tienes pistacho en el pelo.

Su mirada baja de mis ojos a mi boca. Se detiene allí. El aire entre nosotros se vuelve denso, pesado y dulce, y siento su aliento sobre mi piel, y todo mi cuerpo se inclina hacia delante antes de que mi cabeza lo permita.

Su mano se afloja alrededor de mi muñeca. La otra sube hasta mi mejilla. El pulgar en mi barbilla, donde está la frambuesa, y sus ojos fijos en mi boca, y ya no pienso en nada. En absoluto.

Su teléfono suena.

Fuerte, estridente, como una bofetada en medio del silencio.

Nos separamos de un salto. Los dos a la vez, como adolescentes pillados in fraganti. Él mete la mano en el bolsillo del pantalón, con los dedos manchados de helado, saca el móvil. Mira la pantalla.

—Ralph —dice.

Doy un paso atrás. Luego otro. Mi espalda choca contra la encimera y me aferro a ella como a un salvavidas.

—Cógelo. —Mi voz suena casi normal. Casi.

Responde.

—Sí. —Breve, conciso. Escucha—. No. Ahora no. Más tarde. —Cuelga.

Silencio.

Estamos en una cocina devastada que huele a frambuesa, pistacho, cardamomo y su loción de afeitar, mirándonos, y ninguno dice lo que casi ha ocurrido.

—Debería... —digo, señalando vagamente hacia la puerta. O hacia mi cara. O hacia el universo—. Limpiar. O irme. O ambas cosas.

—Ralph enviará a alguien para la cocina. —Se pasa una mano por el pelo. Se extiende más pistacho de los dedos por el cabello. Ahora es rosa y verde—. No tienes que quedarte.

—Vale. —Me aparto de la encimera. Tengo las rodillas más débiles de lo que me gustaría—. Bueno, pues... Ha sido productivo.

—Sin duda. —Su mirada busca la mía. La retiene—. Los sabores están buenos.

—Fantásticos.

—Buenos —corrige. Pero le tiembla una comisura de la boca y hay algo en sus ojos que me deja sin aliento.

Cojo el bolso. Voy hacia la puerta. No me giro. Me giro de todos modos.

—Jonathan.

Está en su cocina devastada, con la camisa arruinada, el pelo revuelto y helado en las manos, mirándome.

—Siento lo de tu camisa.

—No te creo ni una palabra.

—Haces bien. —Sonrío—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Clarissa.

Mi nombre en su voz. Más grave de lo necesario. Más suave de lo permitido. Salgo por la puerta y la cierro tras de mí.

En el ascensor, acerco la cara a la pared de espejo. Pistacho en la mejilla derecha, frambuesa en la barbilla, una hoja de albahaca en el pelo. Parezco la pesadilla de un chef con estrella Michelin. Y sonrío como una idiota.

Me froto la cara con la manga. El pistacho se extiende en vez de desaparecer. Me tiemblan los dedos. No por el frío. No por el azúcar.

Sino porque siento cómo se desmoronan mis muros. Piedra a piedra. Y no tengo ni idea de cómo volver a levantarlos.

17. Jonathan

♥ ♥ ♥

El agua está demasiado caliente. Justo como debe estar.

Estoy bajo la ducha y dejo que me corra por la nuca. El vapor asciende y empaña el cristal. La piel se me enrojece. Bien. El calor es sincero. El calor puedo controlarlo.

Lo que no puedo controlar es la imagen en mi cabeza.

Clarissa. Pistacho en la mejilla, frambuesa en la barbilla, una hoja de albahaca en el pelo. La cabeza echada hacia atrás porque se ríe. Me froto los hombros y encuentro más restos verdes que he ido arrastrando conmigo. Una mancha de helado seco detrás de la oreja. Me la quito frotando.

La mancha desaparece. La imagen no.

Su muñeca en mi mano. Su pulso bajo mis dedos. Su respiración entrecortada cuando mi pulgar le rozó la barbilla. Y entonces, el teléfono.

Ralph. El maldito Ralph y su maldito y perfecto sentido de la oportunidad.

Cierro el grifo. Cojo la toalla. El espejo está empañado y despejo una franja con la palma de la mano. El rostro que aparece tiene el aspecto de siempre. Mandíbula, ojos, ni una sola línea que no deba estar ahí.

Solo los ojos están mal. Demasiado despiertos para un hombre que tiene el control.

Concéntrate.

Me seco el pelo con el secador, me pongo una camisa limpia, me ajusto los puños. Todo en su sitio. El ritual funciona. Casi siempre funciona. El nudo de la corbata, el ajuste del cuello, el traje que cae como una segunda piel. Armadura. Así lo llama David. Yo lo llamo eficiencia.

Mi móvil vibra sobre la cómoda. Ralph.

Dejo que vibre mientras me ajusto el segundo puño.

Entonces contesto.

Por la tarde, mi despacho es el único lugar donde todavía sé quién soy. Planta ochenta y tres, cristaleras hasta el suelo, la ciudad se extiende bajo mis pies como un plano que hubiera dibujado yo mismo. Aquí no hay batallas de helado. Aquí hay cifras, superficies y plazos. Aquí no soy nadie que lleve manchas verdes detrás de la oreja.

Ralph está de pie frente a mi escritorio. Traje azul marino, corbata discreta, la tableta en la mano como si fuera un camarero. Me mira como si tuviera tiempo. Ralph nunca tiene tiempo y siempre finge que sí.

—No estabas localizable —dice.

—Estaba ocupado.

—En la cocina de pruebas. —Teclea algo en la tableta—. Hasta poco después de las once.

—¿Cómo lo sabes?

—El servicio de limpieza ha presentado una factura adicional. —Ralph no levanta la mirada—. Por un esfuerzo considerable. Cita textual.

Mierda.

Me siento tras el escritorio y acerco hacia mí la pila de documentos que ha dejado allí. Análisis de ubicaciones. Leo tres veces la primera línea y no entiendo una palabra.

—La gala —digo—. ¿Cómo vamos?

—Grand Hotel, sábado, diecinueve horas. —Ralph cambia de documento en la tableta—. Cuatrocientos invitados. Prensa acreditada. El consejo de administración asistirá al completo. Los inversores de Singapur y Múnich han confirmado su asistencia. —Hace una pausa diminuta—. Y necesitas acompañante.

—No necesito acompañante.

—Necesitas acompañante. —Ralph lo dice exactamente igual que yo, solo que con más cortesía—. La última aparición pública sin acompañante dio que hablar. Las columnas especularon. Fue improductivo.

Me reclino en el asiento. La silla cede sin hacer ruido. Todo en este despacho es silencioso, caro y silencioso, y normalmente eso me tranquiliza.

—Entonces organízame una acompañante.

—¿A quién se supone que debo organizar?

—Ese es tu trabajo, Ralph. No el mío.

Ralph teclea. Sus dedos se vuelven un poco más lentos. Lo hacen cuando piensa, y cuando Ralph piensa, está a punto de salir con algo que no me va a gustar.

—Clarissa sería una elección lógica —dice.

Ahí está.

—No.

—Tendría sentido. —Lo dice como si leyera el parte meteorológico—. Ella es la imagen del concepto. La prensa ya pregunta por ella. Una aparición conjunta reforzaría el relato. La artesanía se encuentra con la visión. Algo por el estilo.

—¿La artesanía se encuentra con la visión?

—El departamento de marketing ha propuesto el eslogan. No yo.

—Es horrible.

—Es horrible y funciona. —Ralph deja la tableta a un lado—. ¿Quieres que la invite?

Miro por la ventana, más allá de él. La ciudad se extiende ahí abajo y, en algún punto de ella, muy lejos, en una tienda con el yeso desconchado, una mujer está haciendo helado. Y no tiene ni idea de que yo estoy aquí sentado hablando de ella como si fuera una medida de marketing.

La artesanía se encuentra con la visión. Una estupidez poética.

—La invitaré yo —digo.

Ralph alza una ceja. Solo una. Apenas un milímetro.

—¿Tú?

—¿Hay algún problema?

—Ninguno. —Vuelve a coger la tableta—. Solo es inusual. Tú delegas las invitaciones.

—Delego lo que se puede delegar.

—Y esto no se puede delegar.

No es una pregunta. Ralph rara vez hace preguntas. Deja frases en el aire y espera a ver si caigo en la trampa. No caigo. No soy un principiante.

—Necesita un vestido —digo en cambio—. Y un coche. Iremos a recogerla.

Ahí está de nuevo, esa grieta en mi concentración. La veo sentada en el cuartito trasero de su tienda, delante de una montaña de facturas, haciendo cuentas. Preferiría cancelar la gala antes que admitir que un vestido no entra en su presupuesto. Lo haría con una broma. Algo sobre Cenicienta y calabazas que revientan.

—Reserva la boutique de Madison —digo—. Mañana por la noche, después del cierre. En exclusiva. La boutique permanecerá abierta para ella el tiempo que necesite.

—¿Presupuesto?

—El mío privado.

Ralph teclea. Sus dedos vuelven a ir un poco más despacio.

—Ella todavía no ha aceptado —dice.

Lo miro. Ralph me devuelve la mirada, con el rostro tan liso como la pared de cristal a su espalda. La ha conocido una vez. Una sola vez, en la sala de juntas, y aun así la ha descrito con una frase con más precisión de la que yo podría lograr en un estudio de mercado.

—Lo hará —digo—. Es por negocios.

Repasamos las cifras. Dos locales en Manhattan, los espacios están asegurados, las obras van según lo previsto. En la cocina de pruebas hemos preparado los sabores que Ralph ha anotado como prometedores. Prometedores. Como si no hubiera visto la factura del servicio de limpieza. Firmo donde hay que firmar. Delego donde hay que delegar. Soy eficiente, controlado y por completo el hombre cuyo nombre figura en la placa de la puerta.

Y entonces, en mitad de un desglose de costes, mi despacho huele de pronto a caramelo.

No huele a caramelo. Aquí nada huele a caramelo. Aquí huele a cuero, a papel y al frío del aire acondicionado. Me lo estoy imaginando. Su aroma se ha quedado en mi camisa, en mi pelo, aunque me he duchado dos veces, y mi cabeza simplemente lo añade donde le da la gana.

—¿Jonathan? —pregunta Ralph—. La cifra de la página cuatro.

—¿Qué pasa con ella?

—La has tachado y has dibujado un signo de interrogación al lado.

Miro la hoja. Hay un signo de interrogación. Yo no he dibujado ningún signo de interrogación. Mi mano lo ha hecho mientras mi cabeza estaba en una cocina de pruebas.

—Que lo revisen —digo, apartando la hoja.

Ralph la coge. No dice nada. No dice tantas cosas que el silencio se vuelve estruendoso.

—¿Algo más, Ralph?

—No. —Alinea la pila, da unos golpecitos para cuadrar los bordes, un gesto que ha hecho mil veces. En la puerta, se vuelve—. Clarissa ha hecho un buen trabajo. Primero en la reunión y luego en la cocina de pruebas. Esto será un éxito.

—Lo sé.

—Solo lo digo.

—Tú nunca solo dices nada.

Algo fugaz cruza el rostro de Ralph. No una sonrisa. Ralph no sonríe. Pero sí el indicio de que podría sonreír si quisiera.

—Buenas tardes, Jonathan.

Se va. La puerta se cierra sin hacer ruido. Me quedo solo con la ciudad bajo mis pies y un signo de interrogación que no quiero haber dibujado.

Por la noche necesito la pista. Necesito una pared que devuelva los golpes y una pelota que haga lo que dicta la física, no lo que le da la gana. Necesito reglas. David me trae reglas desde que teníamos veinte años, y hoy, sobre todo, me trae una derrota.

—Cinco a dos —dice, atrapando la pelota contra la pared—. ¿Quieres seguir jugando o te transfiero ya el dinero por la victoria perdida?

—Saca.

Saco. Demasiado fuerte. La pelota se va fuera. Otra vez. Mis piernas están ahí, mi fuerza está ahí, pero la parte de mí que sabe adónde irá

la pelota antes de que salga disparada está en otro lugar. Está en una cocina, untándole helado de pistacho en la cara a una mujer porque no ha podido soportar cómo se reía.

—Seis a dos. —David baja la raqueta—. Vale. Basta. No quiero ver morir a mi amigo.

—Estoy jugando fatal. No me estoy muriendo.

—Juegas como si jamás hubieras visto una pelota. Eso es o una conmoción cerebral o una mujer. —Se seca la frente con el antebrazo —. Y no has tenido una conmoción cerebral.

No digo nada. Recojo la pelota y la hago girar en la mano. David ya se dirige hacia la puerta.

—Al bar —dice—. Ahora.

El bar está oscuro y tranquilo como siempre. Latón, madera pulida, un saxofón que suena desde altavoces ocultos. Nuestro sitio al final de la barra está libre porque siempre lo está. El camarero nos saluda con la cabeza.

—Whisky —dice David.

—Whisky —digo yo.

El camarero no necesita pensárselo mucho. Nos conoce, sabe lo que pedimos.

—Al menos has vuelto al whisky —observa David.

—Por supuesto. Lo del agua solo fue una vez.

El camarero deja dos vasos ante nosotros. Color ámbar, pesados, con un único cubito grande en cada uno. Cojo el mío y bebo; el whisky me abre camino hacia abajo, ahumado y cálido, y la sensación es maravillosa. Es como ceder el control sin llamarlo ceder el control.

David me observa. No bebe. Espera. Como siempre, espera a que diga algo. Pero hoy no digo nada. Bebo y lo disfruto.

—¿Qué tal la granja? —pregunta por fin.

Dejo el vaso. —¿Cómo sabes lo de la granja?

—Ralph.

—Ralph no habla.

—Ralph no habla con nadie salvo conmigo. He intentado localizarte, y Ralph me conoce lo bastante bien como para saber que no me ocultas secretos. —David hace girar su vaso—. Solo ha dicho que has cogido el helicóptero. Con ella.

—Una reunión de trabajo. Le he enseñado los proveedores. La calidad de la leche. La granja ecológica de la que queremos abastecernos.

—En helicóptero.

—En coche habríamos tardado tres horas.

—¿Y cuándo habéis vuelto? Ralph ha dicho que has cancelado la reunión de la tarde.

Bebo. El cubito tintinea contra el cristal. —El vuelo de vuelta se retrasó.

—Se retrasó.

—El tiempo.

—Ha sido el día más bonito de la semana, Jonathan. Un atardecer de postal. Yo estaba en la terraza de la azotea. —David sonríe, esa media sonrisa que dice más que cualquier reproche—. Helicóptero. Granja ecológica. Atardecer. Suena a una reunión de trabajo. Sin duda.

—Lo era.

—Le has enseñado una vaca mientras hablabas de aprovechamiento del espacio.

—Entre otras cosas.

David se ríe. Se ríe alto y sinceramente, y el camarero, al otro extremo de la barra, finge no oírlo. —Eres increíble. Lo sabes, ¿verdad? Llevas a una mujer en helicóptero hasta una granja para hacerla feliz y lo llamas reunión de trabajo.

—Solo le he enseñado la granja. Es importante. Quiere comprobar que la calidad será buena.

—Solo por la calidad. —Por fin bebe—. ¿Qué ha pasado hoy? Tienes el aspecto de alguien que ha visto un fantasma. O que ha besado a alguien.

Se me tensa la mandíbula. El whisky de mi vaso atrapa la luz y la devuelve.

—Hemos trabajado en la cocina de pruebas —digo—. En los sabores para la inauguración.

—¿Y?

—Y se nos ha ido de las manos.

David deja su vaso. Despacio. Se gira hacia mí en el taburete, con una pierna flexionada y el codo apoyado en la barra. Ahora está serio. Sus cambios llegan sin previo aviso, y este cae como un telón.

—Cuéntame.

—No hay nada que contar. Me ha manchado la camisa de helado. Yo se lo he devuelto. Al final, la cocina parecía la escena de un crimen y los dos nos hemos reído. —Me oigo decirlo y suena inofensivo. Suena a nada—. Y entonces nos hemos quedado allí de pie. Yo tenía su muñeca en la mano y mi cabeza estaba vacía. Completamente vacía. La última vez que me pasó fue cuando..., no lo recuerdo. No me había pasado nunca.

—Tu cabeza estaba vacía.

—Ni un solo pensamiento. Ni una cifra. Ni un plan. Nada. —Bebo—. Y entonces llamó Ralph y me hizo volver. Volví a poner los pies en el suelo. De no ser así, la habría besado, en mitad de una cocina llena de helado derretido, y no sé qué habría pasado después.

David guarda silencio. El saxofón cambia a algo más lento. Deja que el silencio permanezca, como hace siempre, y esta vez no lo lleno. Esta vez no puedo llenarlo.

—Sabes qué habría pasado después. Ya ha pasado una vez —dice al fin.

—La última vez fue un desliz. Es complicado.

—No. Es sencillo. Tú lo complicas porque lo sencillo te da miedo. —Levanta el vaso, bebe y lo vuelve a dejar—. Ella tiene un acuerdo contigo. Contratos, dinero, toda esa estructura. Y nunca le has dicho que la deseas. No el helado. A ella.

—Quiero el helado.

—Jonathan.

—El helado forma parte de ello.

—El helado es una excusa. —David se inclina hacia delante—. Escúchame. Te conozco desde la universidad. Llevo bastante tiempo viéndote. Nunca, ni una sola vez, te he oído hablar de una mujer como hablas de esta. Y hablas de ella como si fuera un balance trimestral. Eso no es distancia. Es cobardía con mejor vocabulario.

Cobardía. La palabra se instala en mi pecho como el whisky. Caliente e incómoda.

—No confía en mí —digo—. Ha encontrado los documentos. Cree que aquella noche formaba parte de un plan.

—¿Formaba parte de un plan?

—No.

—Entonces díselo.

—No es tan sencillo.

—Es exactamente así de sencillo. —David aparta de sí el vaso vacío—. Hablas con ella como un presidente del consejo de administración. Preciso, controlado, ni una palabra de más. Y luego te sorprende que ella te tome por un presidente del consejo de administración. —Se pone de pie. Se va el primero, como siempre—. Ella es diferente. Eso lo has dicho tú mismo. Así que no la trates como al resto.

Deja un billete sobre la barra. Sin calcular propinas, sin vacilar; un billete y listo. Siempre lo hace así, y hoy me atraviesa el pecho como una punzada, porque sé que dejé cincuenta dólares por dos bolas de helado y pensé que aquello era un gesto.

—David.

Se vuelve a medias en la puerta.

—Gracias.

—No me lo digas a mí. —Media sonrisa—. Díselo a ella.

Entonces se va, y yo me quedo solo al final de la barra, con el vaso todavía medio lleno, el cubito derretido hasta convertirse en un núcleo transparente.

Saco el móvil. Su número está ahí, guardado, aunque me dije que dejaría que Ralph se encargara de todo y al final lo hice yo mismo. Abro el campo vacío de mensaje. El cursor parpadea.

Podría escribir lo que David quiere decir. Podría escribir que mi cabeza estaba vacía y que eso me asusta, y que la quiero en la gala, no por la prensa ni por La artesanía se encuentra con la visión, sino porque ya no puedo imaginarme la velada sin ella.

Una estupidez poética.

Tecleo: Te necesito en la gala del sábado. Grand Hotel. Un coche pasará a recogerte a las diecinueve horas.

Lo leo. Es frío. Es profesional. Es exactamente el tipo de mensaje que David acaba de llamar cobardía con mejor vocabulario.

Añado: Por negocios.

Entonces me quedo mirando la palabra. Por negocios. Mi palabra de protección. La palabra tras la que me escondo desde que entré en su tienda. Desde que ella entró en mi cabeza.

Mi pulgar flota sobre la flecha.

El saxofón sigue sonando. El camarero pule un vaso y finge que no estoy allí. La ciudad brilla al otro lado de los cristales tintados, millones de personas que no tienen ni idea de que Jonathan Baltimore está sentado al final de una barra sin saber si debe pulsar una flecha.

No la pulses, dice la parte de mí que redacta contratos antes de decir hola.

Púlsala, dice la parte que se quedó vacía en una cocina llena de helado.

Me bebo el resto del whisky. Ya no quema.

Y entonces pulso.

18. Clarissa



La boutique ha cerrado a las siete. Son las ocho y cuarto, y aun así la puerta está abierta, solo para nosotras, y eso es más o menos lo más perturbador que me ha pasado esta semana. Y esta semana ha habido un helicóptero y una batalla de helado.

—Señorita Weston. La mujer que nos deja entrar lleva un vestido que parece más caro que todas mis existencias. Sonríe como si yo fuera importante. —La estábamos esperando. Tómese todo el tiempo que necesite. Esta noche, la casa es suya.

—Esta noche, la casa es mía —repito cuando Gina y yo nos quedamos solas entre los percheros—. ¿Lo has oído? Esta noche, la casa es mía.

—Lo he oído. —Gina desliza los dedos por la manga de algo vaporoso —. Y me parece fabuloso.

—A mí me parece inquietante. —Miro a mi alrededor. Suelo de mármol, lámparas de araña, espejos hasta el techo. Todo brilla, todo está en silencio, todo huele a dinero y a lirios—. Las tiendas cierran a las siete, Gina. Para todo el mundo. Incluso para la gente con bolsos de Prada. Pero no para Jonathan Baltimore. Él hace una llamada y, de repente, una boutique permanece abierta y una desconocida me dice que me tome mi tiempo.

—Suena terrible. —Gina coge una cosa plateada del perchero y se la

pone por delante—. Horrible de verdad. Horroroso.

—No me estás tomando en serio.

—Te tomo totalmente en serio. Tan en serio que ahora mismo voy a traerte una copa del champán que está allí al fondo, enfriándose en hielo, y luego te probarás vestidos hasta que encontremos uno con el que estés de infarto.

—Champán. —Miro la cubitera de plata sobre la mesita. Dos copas a su lado. Naturalmente, dos copas. Alguien ha pensado en todo. Alguien siempre piensa en todo cuando Jonathan está de por medio —. Él paga todo esto, ¿verdad? El champán. Que abran fuera de horario. El vestido.

Gina no responde enseguida. Va hasta la cubitera, saca la botella y afloja el alambre con la soltura de quien abre botellas de espumoso desde los dieciséis años. El corcho hace un plop suave, no un estallido; un plop discreto, apropiado para esta tienda.

—Bebe —dice, y me pone una copa en la mano.

—Gina.

—Sí, él lo paga. Y ahora bebe.

Bebo. El champán es seco, burbujea sobre mi lengua y sabe a algo que no podría permitirme, no con tres créditos pendientes y un sobre marrón en la trastienda. Dejo la copa después de dar un sorbo. No quiero beber su champán. Pero lo bebo de todos modos. Odio lo bueno que está.

—No pertenezco a este lugar —digo.

—Claro que sí.

—Gina, mírame. —Me señalo de arriba abajo. Vaqueros, un jersey con un agujerito en el bajo que normalmente ni veo porque normalmente no me pongo frente a un espejo que me devuelve la verdad triplicada —. Huelo a caramelo. Tengo restos de helado bajo las uñas. Esta mañana, a las cinco, me he dado un golpe en la cabeza contra la

vitrina frigorífica. Las mujeres que pertenecen a sitios como este no se golpean la cabeza contra vitrinas frigoríficas.

—¿Y tú cómo lo sabes? Igual se golpean la cabeza constantemente y solo tienen mejores correctores.

—Gina.

—Clarissa. —Se planta frente a mí, con las manos sobre mis hombros y esa mirada que no admite réplica—. Mañana por la noche vas a esa gala. Eso ya está decidido. Has firmado el acuerdo, eres la cara de todo ese helado de lujo y mañana estarás en una sala llena de gente que te mirará. La cuestión no es si vas a ir. La cuestión es si irás con algo que hayas elegido tú o con algo que te dé miedo.

Guardo silencio. Tiene razón. Otra vez tiene razón, y estoy harta de que todos los que me rodean tengan razón y yo solo sea la mujer que se golpea contra vitrinas frigoríficas.

—Así que... —Gina me suelta los hombros y se vuelve hacia los percheros—. Vamos a vestirte.

Lo que sigue es una hora de mi vida que no voy a olvidar tan fácilmente. Gina me pasa vestidos por encima de la puerta del probador, yo me los pongo, salgo, ella me examina, niega con la cabeza, vuelvo a meterme dentro. El primer vestido es rojo y hace que parezca un pimiento con piernas. El segundo es dorado y brilla tanto que parezco una discoteca en una confirmación. El tercero es verde y ajustado. La cremallera está en un sitio tan incómodo que no llego a ella, y Gina tiene que ayudarme; las dos nos reímos porque me comporto como una niña dentro de un mono de nieve.

—Esto es tortura —digo a través de la puerta—. ¿Lo sabes? Esto es tortura con champán.

—La mejor clase de tortura. —La voz de Gina llega amortiguada desde fuera—. Pruébate el azul.

El azul está mejor. El azul es realmente bonito. Pero cuando me planto frente al espejo triple, veo a una mujer que finge ser otra persona.

Una mujer disfrazada. Tiro de la tela como si pudiera encontrarme a mí misma dentro de ella con solo tirar lo bastante fuerte.

—¿Y? —grita Gina.

—Es bonito.

—¿Pero?

—Pero no soy yo.

Silencio. Luego, un roce de tela, y la mano de Gina aparece por encima de la puerta del probador. En ella cuelga un vestido que no había visto antes. Negro. Sencillo. Sin brillo, sin lazos, sin adornos.

—Me lo ha dado ella —dice Gina—. La dependienta. Ha dicho que era para ti.

Lo cojo. La tela es pesada y ligera a la vez, si es que eso es posible, y se desliza entre mis dedos como agua. Me lo pongo. Resbala sobre mi piel como si estuviera hecho para ella, y el escote cae bajo, más bajo que cualquier cosa que haya llevado jamás. Es pronunciado y, aun así, lo cubre todo. No hay nada barato ni llamativo en él. Es sencillo. Es sencillo y distinto de todo lo que hay en mi armario, donde cuelgan sobre todo delantales y jerséis con pequeños agujeros.

Salgo.

Gina no dice nada. Eso es nuevo. Gina siempre dice algo, de inmediato, sin pausa, y ahora está ahí de pie con la copa de champán en la mano y no dice nada. Entonces deja la copa y se lleva una mano a la boca.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Es horrible?

—Date la vuelta.

Me giro hacia el espejo grande.

Y ahí está. La mujer del vestido negro. El cabello pelirrojo, que por una vez no está recogido ni medio suelto, sino que cae sobre uno de mis hombros. Los ojos castaño oscuro, que parecen más grandes de lo habitual. Me miro ahora en el espejo grande y veo a una mujer a la

que nunca he considerado especial. Y ahora me veo con este vestido, que parece hecho para mí, y me da la impresión de que es intencionado. Como una declaración. La mujer que se ve ahora en el espejo no se golpea la cabeza contra vitrinas frigoríficas. Pero no es una desconocida. Soy yo.

Apenas me reconozco. Se siente como yo y, al mismo tiempo, no.

—Vale —dice Gina detrás de mí. Tiene la voz ronca—. Vale, este es. Este es el vestido.

—Me veo rara.

—Estás impresionante, idiota, y como vuelvas a decir que te ves rara, te tiro el champán por la cabeza.

Miro fijamente a la mujer del espejo. Ella me devuelve la mirada. Ninguna de las dos está segura de la otra.

—Gina. —Acaricio la tela sobre mi cadera—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Eligiendo un vestido.

—No. Quiero decir, ¿qué estoy haciendo aquí? En su mundo. Con su champán, su boutique vacía y su coche que me lleva de un lado a otro. —Me vuelvo hacia ella—. Hace dos semanas estaba discutiendo con una caja registradora atascada. Ahora estoy con un vestido que cuesta más que mi alquiler y mañana bailaré en un gran hotel. No tiene ningún sentido.

Gina se sienta en el pequeño sofá de terciopelo que siempre hay en tiendas como esta para que los hombres esperen mientras las mujeres sufren. Da unas palmaditas a su lado. Me siento con cuidado, porque tengo miedo de arrugar el vestido.

—Háblame de la cocina de pruebas —dice.

Mi corazón hace una tontería. Otra vez. Últimamente no deja de hacer tonterías.

—No hay nada que contar.

—Clarissa. Has llegado a casa con pistacho en el pelo y una expresión que no te veía desde hacía años. Así que háblame de la cocina de pruebas.

Miro mis manos. Los restos de helado bajo las uñas siguen ahí. Hurgo en ellos.

—Hicimos helado —digo—. Y entonces él me manchó la camisa; no, fui yo a él, y luego él a mí, y al final había helado por todas partes, y nosotras... nos reímos, Gina. Él se rio. Se rio de verdad. No esa cosa que hace normalmente con las comisuras de los labios. Una risa de verdad. Y por un momento no fue el tipo del escritorio de cristal. Fue solo un hombre al que le había embadurnado la cara de helado.

—¿Y luego?

—Y luego nos quedamos allí. Muy cerca. Él me sujetaba la muñeca y yo tenía su pulso bajo los dedos, y me dijo que tenía frambuesa en la barbilla, y su voz era distinta, más grave, y yo... yo...

—Os besasteis.

—No. —Niego con la cabeza—. Sonó su teléfono. Ralph. Siempre Ralph. —Me río, pero no suena a risa—. Y seguramente fue mejor así. Seguramente Ralph me salvó de cometer la mayor estupidez de mi vida.

Gina guarda silencio. Coge el champán, rellena las dos copas y me da una. Esta vez bebo sin protestar.

—¿Por qué habría sido una estupidez? —pregunta.

—Porque ya me ha utilizado una vez.

—¿Lo ha hecho?

—Gina, no otra vez con eso. —Dejo la copa sobre la mesa. Demasiado fuerte. El champán se derrama—. No otra vez con si te mintió, si te prometió algo. Sé lo que vas a decir. No me mintió. No me prometió nada. Lo sé todo. Pero también sé que me desperté en su ático y encontré un contrato con mi nombre, y esa sensación no la olvido. Por muchas veces que se ría. Por mucho que me siente bien el vestido.

—Vale. —Gina asiente. No insiste. Eso es lo bueno de Gina: sabe cuándo debe dejar algo estar sin seguir escarbando—. Entonces pregúntate esto. Si mañana te mira como te miró en la cocina de pruebas y tu corazón se pone a latir como un loco, ¿qué te dice eso?

Guardo silencio. Porque la respuesta está en mi pecho y no quiero decirla en voz alta, ni siquiera aquí, en una boutique vacía a las nueve de la noche, sin más testigos que Gina y un espejo triple.

—Me dice que estoy en problemas —digo al fin.

—Te dice que hay algo ahí.

—Que haya algo no significa que pueda confiar en él.

—No. —Gina apoya la cabeza en mi hombro. Su pelo huele fresco y me relaja—. Pero significa que merece la pena mirar más de cerca. Y mañana por la noche, con este vestido, mirarás. Y él también. El pobre no va a poder articular una sola palabra.

Tengo que reírme. Esta vez de verdad. —Eres imposible.

—Soy realista. Hay una diferencia.

Nos quedamos así un rato. Dos mujeres en un sofá de terciopelo, en una tienda que no nos pertenece, con champán que no hemos pagado. Fuera pasa un coche; los faros recorren los escaparates. La lámpara de araña sobre nuestras cabezas proyecta pequeñas luces en la pared. Es bonito aquí. Bonito de una manera que me asusta, porque podría acostumbrarme, y las cosas a las que me acostumbro acaban quitándomelas. Siempre es así.

—La echo de menos —digo en voz baja.

Gina levanta la cabeza. —¿A tu abuela?

—Ella habría sabido qué debía hacer. Siempre sabía qué debía hacer. Y ahora estoy aquí, con un vestido negro, y no sé nada. —Trago saliva —. Lo habría calado en dos segundos. Ella calaba a la gente como otros leen el periódico.

—¿Y qué crees que habría dicho de él?

Me lo pienso. Veo a mi abuela delante de mí, de pie tras el mostrador, con esa mirada que veía a una persona hasta el fondo. Habría mirado a Jonathan. El traje, los ojos fríos, esa presencia que llena una habitación. Y luego habría oído su risa. La de verdad. Habría ladeado la cabeza.

—Habría dicho: dale un helado y mira cómo se lo come —digo—. Siempre decía que se conoce a una persona por cómo come helado. Si tiene prisa o lo disfruta. Si comparte o se lo queda todo para sí.

—¿Y cómo come él el helado?

Pienso en la cocina de pruebas. En la cucharilla que le tendí. En su rostro, que no cambió, pero sí sus ojos, que se entrecerraron por la concentración. En lo mejor que había probado jamás.

—Despacio —digo—. Come despacio.

Gina sonríe. No añade nada. No necesita añadir nada.

La dependienta regresa, discreta, como todo en esta tienda es discreto. Pregunta si ya me he decidido o si todavía necesito ayuda. Gina me señala a mí, al vestido negro, y la mujer asiente como si lo hubiera sabido todo el tiempo. Quizá lo sabía. Quizá las mujeres que trabajan en tiendas así ven enseguida qué vestido corresponde a cada alma perdida.

—Una elección excelente —dice—. ¿Quiere que se lo envuelva o se lo lleva puesto?

—Envuélvalo —digo deprisa. La idea de volver a casa con este vestido puesto, pasar junto a mi fachada desconchada y entrar en mi trastienda con las facturas, es demasiado. El vestido y mi vida no caben en la misma habitación.

Mientras lo envuelve, vuelvo a ponerme los vaqueros. Mi jersey con el agujero. Vuelvo a oler a mí misma, a caramelo y un poco a champán. Me miro en el espejo y ahí vuelve a estar la otra Clarissa. La de los restos de helado bajo las uñas. La que conozco.

Y me pregunto cómo será la mujer del vestido que mañana por la noche irá sentada en ese coche.

Salimos a la calle. El aire es fresco y huele a asfalto mojado, y en algún lugar alguien está friendo cebollas. Nueva York, como la conozco: ruidosa, sucia y mía. Gina me coge del brazo y la bolsa con el vestido se balancea entre las dos.

—¿Nerviosa? —pregunta.

—Aterrorizada.

—Bien. Eso significa que te importa. —Me aprieta el brazo—. Mañana pasaré por tu casa y te arreglaré el pelo. Y ni se te ocurra intentar rechazarlo e ir con tu delantal.

—Yo nunca haría eso.

—Sí que lo harías. Te conozco desde que éramos bebés. Intentarías exactamente eso.

Tiene razón. Otra vez. Habría intentado exactamente eso.

En la esquina donde nuestros caminos se separan, Gina se detiene. Me mira durante largo rato, con una mirada que contiene todos los años: gatear de bebés, los patios del colegio, el primer cigarrillo, la primera decepción, el funeral de mi abuela, donde estuvo a mi lado sujetándome la mano.

—Confía en lo que sientes —dice—. Solo una vez. Solo mañana por la noche. Después puedes volver a calcularlo todo, si quieres. Pero mañana hazme el favor y confía en lo que sientes.

—¿Y si lo que siento me mete en problemas?

Gina sonríe. Da un paso atrás, levanta la mano para despedirse y se gira hacia el metro.

—Entonces, al menos estarás en unos problemas que merecen la pena.

Se va. Me quedo en la esquina con una bolsa en la mano, dentro de la cual hay un vestido negro que lleva una mujer a la que apenas

conozco. Sobre mí parpadea una farola, igual que la lámpara del techo de mi tienda, y pienso que quizá todo el universo parpadea y nadie quiere pagar la factura por ello.

Mañana por la noche. Gran hotel. Siete de la tarde. Un coche pasará a recogerme.

Aprieto la bolsa contra mí y emprendo el camino a casa, y mi corazón vuelve a hacer una tontería, y esta vez no intento detenerlo.

19. Jonathan



Estoy al pie de las escaleras que llevan a la entrada de la gala, esperando a mi cita como si fuera antes de un baile de graduación.

Cuatrocientos invitados. Lámparas de araña que parecen cientos de diamantes resplandecientes. Un cuarteto de cuerda tocando algo. Suave, de fondo, nada invasivo, pero audible. Ofrecen champán recién enfriado a cada uno de los presentes. Nada de eso me interesa, porque ella aún no ha llegado.

Concéntrate.

—El consejo de administración está al completo —dice Ralph por teléfono—. La prensa ha acudido en masa.

—En masa.

Me arreglo el gemelo, me doy cuenta y paro.

—Está de camino —dice Ralph, sin que yo se lo haya preguntado—. El coche ha ido a recogerla hace doce minutos.

—Bien. Por una velada de éxito. —Todo está bajo control. Estas galas siempre se desarrollan igual: estrechar manos, sonreír e intercambiar unas cuantas formalidades. Algunos bailan, la mayoría se queda por ahí de pie. Como un mecanismo de relojería al que han dado cuerda y sigue haciendo tictac.

Entonces llega mi coche. Clarissa baja y el mecanismo de relojería se detiene.

Negro. El vestido es negro y cae sobre ella como agua que alguien hubiera detenido en mitad de su curso. El escote es profundo y procuro no quedarme mirando. No muestra nada y, aun así, obligará a medio salón a mirar. Lleva el pelo suelto, rojizo, echado sobre un hombro. Está sencillamente impresionante. Me gusta con su delantal, con manchas. Simplemente tal como es. Pero en este instante, al verla con ese vestido, siento que estoy dentro de un cuento de hadas.

El aliento se me queda atrapado en algún lugar entre dos costillas.

Tonterías poéticas.

Voy hacia ella. Mi cuerpo reacciona sin más, antes de que yo lo decida. La deseo. Voy hacia la mujer de negro. Clarissa hará que seamos todavía más el centro de atención. Mañana saldremos en tres columnas y me da igual.

No me ve hasta que estoy casi a su lado. Y ahí está, ese instante en que su rostro olvida la fachada y no refleja más que alivio. Medio segundo. Después vuelve la obstinación.

—Jonathan. —Su mirada recorre mi esmoquin. Negro sobre negro—. Parecemos un cortejo fúnebre.

—Parecemos conjuntados.

—Un cortejo fúnebre.

—Elegantes.

—Un entierro con buen catering.

Le ofrezco el brazo. Lo contempla como si fuera otra tarjeta de visita negra, gruesa, pesada y con una advertencia escrita. Luego desliza su mano en él. Tiene los dedos fríos y se aferra a mí. Cubro su mano con la otra y miro a Clarissa.

—Que conste en acta —dice en voz baja—. Ya odio esto.

—Llevas aquí treinta segundos.

—Aprendo rápido.

Caramelo. Bajo el perfume caro que le han dado en la boutique hay caramelo, y mi mente se aferra a ello como a un hilo en una sala demasiado grande. Mantén las distancias. No las mantengo. Mi mano se desliza hasta su espalda mientras la conduzco al salón.

—Sonríe —digo—. La prensa está mirando.

—Estoy sonriendo.

—Estás enseñando los dientes. No es lo mismo.

—Para mí sí.

Aun así sonríe. De verdad, durante una fracción de segundo, y una cámara lo capta. Normalmente ella es siempre la relajada, la desenfadada. Pero este evento le está pasando factura. Yo estoy acostumbrado. Forma parte de los procedimientos habituales y, con el tiempo, seguro que a ella también le resultará más fácil.

La presento. Uno de los miembros del consejo de administración le estrecha la mano demasiado tiempo y yo la aparto con suavidad. La mujer de una revista cuyo nombre nunca recuerdo nos saluda con la mano. Clarissa estrecha manos, dice las cosas adecuadas. Habla de la magnífica calidad de sus ingredientes, que es lo que define el sabor del helado.

—La artesanía se encuentra con la visión —dice un miembro del consejo de administración, alzando su copa.

Al otro lado del salón está David. Hace rato que me ha visto, y ve a Clarissa, y hace lo único que jamás le perdonaré. Sonríe con suficiencia. Esa media sonrisa que dice más que cualquier frase; alza su copa un centímetro, solo para mí, y vuelve a darse la vuelta. Ni una palabra. No le hace falta. Ya lo sabe.

—¿Quién era ese? —pregunta Clarissa.

—Nadie.

—Te ha sonreído como alguien que conoce un secreto.

—No conoce ninguno.

—Eres mal mentiroso cuando respondes demasiado rápido. —Alza la vista hacia mí—. Y respondes demasiado rápido.

Mierda.

Antes de que pueda replicar, me distraigo al verlo acercarse hacia nosotros. Viktor se mueve entre la multitud como el aceite a través del agua, siempre demasiado suave, siempre demasiado cerca. Su traje pretende parecer caro y no es más que estridente. Ya está sonriendo antes de llegar hasta nosotros, porque la sonrisa es su arma y le gusta desenfundarla pronto.

—Baltimore. —Me hace un gesto con la cabeza. Luego se vuelve hacia Clarissa, y su mirada baja por su cuerpo y vuelve a subir despacio, una tasación que no tiene nada de admiración—. Así que usted es la famosa maestra heladera. La imaginaba más modesta. Más acorde con su establecimiento.

Mi mano en la espalda de Clarissa percibe cómo se tensa.

—Viktor. —Solo el nombre. Lo bastante frío como para congelar el agua.

—Por cierto, he estado allí —dice Viktor, ignorándome con la precisión de un hombre que sabe que eso duele más que cualquier ataque—. En su pequeña tienda. Encantadora. De verdad. Con tanto carácter. La fachada desconchada, el letrero torcido, la campanilla en la puerta. Casi un museo. —Su sonrisa se ensancha—. Uno solo se pregunta cómo encaja algo así con un concepto que vende lujo.

—La gente paga por el sabor —dice Clarissa. Su voz es serena. Demasiado serena—. Por algo que no se consigue si no te preocupas por ello.

La sonrisa de Viktor se congela durante un instante y, durante ese instante, estoy tan orgulloso de ella que me duele físicamente.

Luego se recompone, porque los hombres como Viktor siempre se recomponen. Tiene demasiada práctica perdiendo. Vuelve a dirigirse a

mí.

—Una cosita encantadora, Baltimore. Entiendo el atractivo. Solo me pregunto cuánto tiempo querrás permitirte esa nostalgia con grietas en el yeso antes de que arruine tu bonita imagen.

Ahí está. El cebo. Quiere que pique, que alce la voz, que las cámaras capten a un Baltimore que pierde el control. Una parte de mí, la que redacta contratos antes de decir hola, quiere exactamente eso.

Pero Clarissa está a mi lado, posa la mano sobre mi brazo, y tomo una decisión que no tiene nada que ver con los cálculos.

—Viktor. —Doy medio paso al frente. Lo justo para que tenga que retroceder o parezca maleducado. Retrocede—. Estás en la lista de invitados porque se redactó hace tres meses y nadie la actualizó. Fue un descuido. No volverá a ocurrir. —Sostengo su mirada sin alzar la voz—. Bebe el champán. Es mejor que lo que acostumbras a tomar.

Silencio entre nosotros. A nuestro alrededor, el salón sigue charlando, ajeno a todo.

Viktor sigue sonriendo, pero la sonrisa le cuelga torcida.

—Siempre es un placer. —Asiente hacia Clarissa—. Cuídese, señorita Weston. Hombres como él no conservan mucho tiempo aquello que pasa de moda.

Luego se marcha, y lo sigo con la mirada hasta que desaparece entre la multitud; mi mano está cerrada en un puño sin que me haya dado cuenta.

—Ha sido impresionante —dice Clarissa—. Y helado.

—Ambas cosas pueden ser verdad.

—Lo has destrozado sin levantar la voz. —Me mira de reojo—. Y, aun así, me pregunto si lo has destrozado porque me ha insultado o porque ha tocado tu imagen.

—Te ha llamado un objeto que pasa de moda.

Se me escapa antes de que pueda detenerlo. Demasiado sincero. Demasiado rápido.

Clarissa no dice nada. Me mira, y hay algo distinto en su rostro; la cautela se aparta por un instante y debajo hay algo que no quiero nombrar, porque nombrarlo lo hace real.

—Baila conmigo —digo, para escapar de ello.

—Eso no es una pregunta.

—No.

—Nunca haces preguntas.

—Me ha funcionado hasta ahora.

La conduzco hasta la pista de baile antes de que pueda negarse, y se deja llevar, lo cual dice más de esta noche que cualquier otra cosa. El cuarteto cambia a algo más lento. Le pongo una mano en la cintura, tomo la otra entre las mías, y la distancia entre nosotros es exactamente la que exige la etiqueta, y demasiado pequeña para que pueda concentrarme.

—No sé hacer esto —dice en voz baja—. Bailar. Piso a la gente. En la boda de mi prima hubo heridos.

—Entonces sígueme.

Nos movemos. Al principio está rígida, cuenta los pasos; lo veo en sus labios, que se mueven sin emitir sonido. Después mira nuestros pies, y le pongo dos dedos bajo la barbilla y se la alzo hasta que me mira a mí en vez de al suelo.

—No mires hacia abajo —digo—. Mírame a mí. El resto sucede solo.

—Suena a un mal consejo para la vida.

—Suena al mejor que tengo.

Se ríe bajito, y algo se relaja en sus hombros. Su cuerpo encuentra el mío, encuentra el ritmo, deja de calcular. Su mano fría dentro de la mía se calienta. El salón a nuestro alrededor se difumina en luz y

música, y sé que la gente nos observa, el consejo de administración, la prensa, David en algún lugar con su copa, y por primera vez en años me da absolutamente igual.

—Hueles a caramelo —digo.

—Huelo a un perfume más caro que mi frigorífico.

—Debajo. Siempre debajo. —Me inclino hacia ella, con los labios junto a su pelo—. No se va. Da igual lo que pongas encima.

Levanta la cabeza. Nuestros rostros están demasiado cerca. Veo el pulso de su cuello, latiendo demasiado rápido para una mujer a la que todo esto le da igual.

—¿Por qué haces esto? —pregunta. Su voz apenas es más alta que la música—. El coche. El vestido. La boutique después de cerrar. El champán. La gala. Has construido todo un mundo a mi alrededor para que no me sienta fuera de lugar. ¿Por qué?

Porque no soporto que te empequeñezcas. Porque he pasado dos horas despierto pensando en tu risa. Porque eres la única persona que me tira helado a la cara y me mira como si no fuera más que un hombre.

—Es bueno para el negocio —digo.

Y oigo lo hueco que suena en el mismo instante en que lo digo. Lo veo en ella. La palabra negocio cae entre nosotros y aplasta algo que acababa de abrirse. Su mirada se enfría un matiz. Asiente una vez, como si hubiera confirmado una factura que ya conocía de sobra.

—Claro —dice—. El negocio.

Mierda.

Debería corregirlo. David me retumba en la cabeza: díselo, no la trates como al resto. Abro la boca. La música nos sigue llevando, su cadera bajo mi mano, su aliento junto a mi cuello, y las palabras adecuadas no llegan. Nunca llegan. Tengo vocabulario para los acuerdos y ninguno para esto.

Así que hago lo único que sé hacer. La atraigo más cerca, más de lo que permite la etiqueta, y mi mano descansa plana sobre su espalda; noto cómo tiembla, aunque el salón está cálido.

—El consejo de administración está mirando —susurra. Un último intento. Un muro.

—Que miren.

—No es profesional.

—No.

Su resistencia está ahí y no aguanta. Apoya la cabeza, muy levemente, en mi hombro, solo durante un compás, y aspiro el olor de su pelo y cierro los ojos un instante. Yo, en mitad de un salón lleno de gente que exige etiqueta.

La música termina. Levanta la cabeza. Seguimos allí mientras las demás parejas se separan, aplauden y continúan con lo suyo. Nosotros no nos separamos.

—Debería beber algo —dice—. O respirar. Una de las dos cosas.

Me inclino hacia ella. Mis labios están junto a su oído y digo lo único que, en este momento, es total e indiscutiblemente cierto. Lo único para lo que sí encuentro vocabulario.

—Eres la mujer más hermosa de este salón —digo en voz baja—. Y no he pensado ni una sola vez en las cifras trimestrales desde que has llegado.

Se queda inmóvil. Después el rubor le sube por el rostro desde el cuello, baja la mirada y sus dedos se cierran alrededor de mi manga, como si necesitara sujetarse.

Me enderezo. Mi corazón late demasiado deprisa, igual que el suyo, y pienso algo que ya no puedo descartar como una tontería, por mucho que lo intente.

Esto ya no es un negocio.

20. Clarissa

♥ ♥ ♥

Su coche huele a cuero y a él, y yo voy sentada en el asiento trasero intentando olvidar lo que me ha susurrado al oído.

No funciona. Claro que no funciona. La mujer más hermosa de la sala, ha dicho, y ni una sola cifra trimestral desde que he llegado, y esas palabras se me han instalado en el pecho como café demasiado caliente que has tragado demasiado deprisa. Aún las siento donde ha estado su boca junto a mi oído. Aún huelo la sala, el champán y los lirios y una mezcla de millones de perfumes distintos, pero por debajo está él. Amaderado, cálido. Siempre él.

Clarissa. Deja de pensar en eso.

No sé en qué se supone que debo pensar. La ciudad desfila al otro lado de la ventanilla. Luces que se convierten en franjas. Me he quitado los zapatos porque mis pies, después de cuatro horas sobre los tacones de Gina, están a punto de presentar la dimisión. El vestido cae sobre mis rodillas. Sigo pareciendo una mujer que pertenece a este lugar, y eso es lo inquietante. Estoy empezando a creérmelo yo misma.

—Estás muy callada —dice Jonathan.

Está sentado a mi lado. No al otro extremo del asiento, donde habría espacio de sobra para una tercera persona. A mi lado. Su rodilla casi

roza la mía, su brazo descansa sobre el respaldo, detrás de mi espalda, sin tocarme.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En el tenedor de la ensalada. En si esta vez he cogido el correcto.

—No ha habido ensalada.

—Entonces seguro que no lo he usado bien.

Se ríe. Bajo, breve, pero de verdad. Ya distingo la diferencia. La sonrisa controlada que lleva en la sala como una corbata, y esta otra, que se le escapa antes de que pueda detenerla. Me gusta demasiado la segunda.

—Has estado muy bien en la gala —dice.

—No he hecho más que guiarme por ti.

—Por eso has estado bien —dice, y me guiña un ojo—. Me has observado y has puesto en práctica todo lo importante. Es necesario para sobrevivir en la arena entre los leones.

Giro la cabeza hacia él. En la penumbra del coche, su rostro es más suave, sus facciones se difuminan con la luz de las farolas que pasan. La mandíbula marcada. Los labios, demasiado carnosos para un hombre que pretende ser tan frío.

—Ese Viktor —digo—. ¿Quién es?

Su mandíbula se tensa. Apenas se nota, pero lo veo porque ya leo sus expresiones como las fichas de recetas de la abuela.

—Prensa. Una clase determinada de prensa.

—La clase que insulta a hombres ricos mientras sonríe.

—La clase que vende lo que mejor se vende. Y los escándalos venden más que la verdad. —Mira por la ventanilla—. Él y yo nos conocemos desde hace tiempo. Lleva años esperando a que cometa un error.

—¿Y yo te convierto en un error?

La pregunta sale antes de que pueda hacer nada. Así funciono yo. La boca va por delante, la cabeza se queda atrás cojeando y pidiendo disculpas.

Jonathan se vuelve hacia mí. Su mirada es directa, sin ese cálculo que suele haber en ella.

—No —dice—. Me conviertes en alguien que no trabaja durante una gala. Eso no es un error. Es algo especial.

No sé qué hacer con eso, así que hago lo que hago siempre. Esquivo el tema.

—¿Duele? —pregunto—. ¿Cuando escriben cosas sobre ti que no son verdad?

Guarda silencio. El tiempo suficiente para que piense que no va a responder. Afuera, un semáforo cambia de rojo a verde. El coche sigue avanzando y las luces dibujan patrones sobre su rostro.

—La primera vez sí —dice al fin—. Era joven. Mi primer gran acuerdo, y un periódico escribió que había estafado a un anciano para quedarme con su terreno. No era cierto. Había pagado el doble de su valor de mercado. —Hace girar los gemelos entre los dedos—. Pero la verdad era aburrida. La mentira era una historia. Mi madre lo leyó. Me llamó y me preguntó si era verdad.

Algo dentro de mí se encoge.

—¿Tu propia madre te lo preguntó?

—Debería haberlo sabido mejor que nadie. Y, aun así, preguntó. —Se encoge de hombros, con demasiada despreocupación para que sea despreocupación de verdad—. Después aprendí que no importa lo que escriban. Puede ser duro, pero seguir adelante es lo único que cuenta. Siempre habrá gente que crea lo que pone ahí. Siempre habrá gente que, a partir de eso, crea saber quién eres. Yo levanto un muro y sigo trabajando.

—Suena solitario.

—Es eficiente.

—No es lo mismo —lo digo en voz baja—. Aunque te guste fingir que sí.

Me mira y hay algo en su rostro que antes solo había visto en destellos. En la cocina de pruebas, durante un segundo. En la granja, cuando me habló de su abuela y de la tarta de manzana. Ahora permanece más tiempo. Se queda.

Y hago una tontería. Pongo mi mano sobre la suya.

No lo he planeado. No lo he calculado. Mi mano lo decide antes que mi cabeza, igual que mi boca hace un rato, y de pronto está ahí, sobre el dorso de la suya, cálida y demasiado natural. Sus dedos se quedan inmóviles bajo los míos. Su mirada baja hasta nuestras manos y luego vuelve a subir hacia mí.

—Clarissa.

—Lo sé —digo—. Profesionalmente.

—No iba a decir eso.

—¿Qué ibas a decir?

No responde con palabras. Gira la mano bajo la mía, de modo que su palma queda contra la mía, y entonces sus dedos se cierran alrededor de los míos. Firmes. Seguros. Como si hubiera decidido que no va a soltarlos de nuevo. Me quedo sentada sintiendo mi propio pulso en las yemas de los dedos y apenas me atrevo a respirar.

No decimos nada. El coche avanza, la ciudad se desliza ante nosotros, y su mano sostiene la mía, y es más íntimo que todo lo que ha pasado en su dormitorio. Aunque solo sean nuestras manos unidas. Porque no sirve a ningún propósito. Porque simplemente es.

Su pulgar traza un círculo lento sobre el dorso de mi mano. Justo en el lugar que tocó en el restaurante, aquella noche que no consigo olvidar por mucho que lo intente. Todo mi cuerpo lo recuerda. Traidor, ¿cómo puede mi cuerpo confiar tan fácilmente en él?

—No he dejado de pensar en ti —dice—. En la granja. En la cocina de pruebas. Durante ese maldito squash, en el que llevo dos semanas perdiendo. —Su voz es grave, ronca y baja, como si preferiría no decirlo y, aun así, no pudiera evitarlo.

Mi corazón hace algo que ningún corazón debería hacer. Golpea contra mis costillas como la caja registradora que solo responde a los golpes, y quiero oírlo y me asusta oírlo, y ambas cosas a la vez se sienten como caer.

—No digas eso —susurro.

—¿Por qué no?

—Porque entonces podría creerte. —Trago saliva—. Y tenemos un contrato para un negocio.

Levanta nuestras manos entrelazadas. Lleva el dorso de mi mano hasta sus labios. Un beso leve, apenas un beso, y aun así me recorre el cuerpo entero.

—Quizá no necesites un contrato —dice.

Y Dios me ayude, durante un instante le creo. Durante un instante, en este coche oscuro, con su mano en la mía y su loción de afeitar flotando en el aire y las luces de la ciudad recorriendo su rostro, creo que no necesito un contrato ni un muro. Que podría dejarme caer y él me atraparía. Que hombres como él sí entran en tiendas como la mía para comer helado.

Entonces el coche se detiene.

Miro por la ventanilla y reconozco el edificio. Cristal y acero, el portero que asiente como si Jonathan fuera el único que vive aquí. Su ático. Donde un vestido negro ya se deslizó una vez por mis hombros y donde encontré mi nombre en un contrato, en un despacho.

El recuerdo me golpea como agua fría. Un contrato. Profesionalmente.

—Tengo que irme a casa —digo.

Su mano alrededor de la mía se tensa un poco.

—Sube.

—No. —Saco mis dedos de entre los suyos. Me cuesta más de lo que quiero mostrar—. Tengo que irme a casa, Jonathan.

—¿Por qué?

Porque tengo miedo. Porque la última vez que me metí en tu cama, por la mañana salí de ella arrastrándome, rota. Porque tengo que protegerme y la mujer que hace eso no es la mujer de este vestido. No sé cuál de las dos quieres tú. Porque acabo de olvidarlo casi todo, y eso me asusta más que cualquier factura del cuarto de atrás.

—Porque mañana a las cinco de la mañana tengo que remover caramelo —digo. Sincera. Demasiado sincera—. Esta noche he ido demasiado lejos. Con el vestido, en la pista de baile, aquí. Y si ahora no vuelvo a casa, ya no habrá vuelta atrás, y aún no estoy preparada.

Me mira y, durante una fracción de segundo, lo veo. La decepción. Cruza su rostro, sincera y desprotegida. Algo dentro de mí recibe el golpe, porque yo la he causado. Porque por primera vez soy yo quien rechaza, y no se siente tan bien como había esperado.

Después desaparece. La fachada se cierra, pero no con frialdad. Solo con calma.

—Claro —dice—. Mi chófer te llevará a casa.

Sin discusión. Sin un segundo intento. Solo se inclina hacia delante, le dice al conductor adónde ir y luego abre su puerta.

—Jonathan.

Se detiene. Una pierna ya fuera.

—Gracias —digo—. Por esta noche. Por... —hago un gesto vago hacia todo. El vestido, la sala, Viktor, al que ha destrozado, su mano sosteniendo la mía—. Por todo.

Su mirada retiene la mía. Bajo la luz del vestíbulo a su espalda, su rostro queda medio oculto en sombras.

—No ha sido un negocio —dice—. Esta noche. Solo para que lo sepas.

Después baja del coche. La puerta se cierra, suave, cara, y a través de la ventanilla tintada lo veo caminar hacia la entrada. No se vuelve. Pero ante la puerta, durante un segundo, se detiene. Igual que aquella vez ante mi tienda, cuando Gina lo observaba. Se detiene, luego entra y desaparece.

El coche arranca.

Voy sola en el asiento trasero, demasiado ancho para una sola persona, y la ciudad se vuelve poco a poco más pobre mientras nos dirigimos hacia el Bronx. Las fachadas de cristal dan paso al ladrillo. Las boutiques, a los sencillos quioscos con las ventanas enrejadas. Mi mundo, que regresa calle a calle.

Mi mano descansa sobre mi regazo. El dorso que ha besado. Aún puedo sentir el lugar, cálido, como si hubiera dejado allí algo que no desaparece.

No ha sido un negocio. Solo para que lo sepas.

Debería haber subido. No debería haber subido. Las dos cosas son verdad y las dos duelen, y ya no sé qué Clarissa está sentada ahora mismo en el asiento trasero. La de la caja registradora atascada o la del vestido negro. Quizá ambas. Quizá ese ha sido todo el error: creer que eran dos.

Apoyo la frente contra la ventanilla. El cristal está frío, más frío que cualquier cosa de esta noche, y cierro los ojos y exhalo, y mi aliento empaña el cristal.

Estoy cayendo.

Ahora lo sé, clara y nítidamente, sin muro, sin excusa, sin la palabra profesionalmente tras la que esconderme. Estoy cayendo de cabeza por este hombre de ojos grises y la mano que ha sostenido la mía como si no fuera a soltarla jamás.

Y no puedo detenerlo.

21. Clarissa

♥ ♥ ♥

Abro los ojos y estoy en casa.

Está bien, creo. Ha sido la decisión correcta venir aquí. La elección acertada. Esto soy yo, esta es mi vida. Me levanto y voy al salón porque necesito un café y sentir un poco de suelo bajo los pies, pero me quedo parada en la puerta.
Hay un frigorífico.

¿De dónde ha salido de repente, de la noche a la mañana? No, anoche ya no me di cuenta de nada. Podría haber estado ya aquí.

No es un trasto viejo y zumbón como el mío. No suena como si fuera a rendirse en cualquier momento. Es nuevo. De acero inoxidable, un poco más grande, encaja a la perfección. Tiene una pantalla en la parte delantera que muestra la temperatura en cifras blancas. Mi viejo frigorífico no se ve por ninguna parte. No es que hubiera sitio para él. Abro la puerta; alguien ha reorganizado las cosas. Mis recipientes, mis moldes. Incluso los zapatos que llevo semanas buscando están dentro del frigorífico.

—No —digo en voz alta. A nadie—. No, no, no.

Me preparo el café, me dispongo para el día. ¿Qué sabores de helado tengo que preparar? ¿Está el cambio en la caja? Miro y pulso la caja registradora.

La caja se abre.

A la primera. Sin puñetazo, sin maldición, sin el golpe de cadera que llevo cuatro años perfeccionando. Pulso el botón, el cajón se desliza hacia fuera, limpio y silencioso, y me quedo allí mirándolo como si me hubiera insultado.

—Esto no tiene gracia —le digo.

La caja no responde. Nunca lo hace. Pero esta vez el silencio se siente diferente, casi autosuficiente, como si supiera algo que yo no sé.

Empujo el cajón para cerrarlo y vuelvo a abrirlo. Sin ruido. Perfecto. Alguien ha estado aquí. Alguien ha desmontado el trasto que, desde la muerte de mi abuela, solo responde a la violencia, y lo ha arreglado mientras yo bailaba en una gala con un vestido prestado. No hay factura. Ni una nota. Ningún técnico del mundo entra en una heladería del Bronx, repara una caja registradora y no deja ningún papel.

Solo uno.

No sé si estoy enfadada o si quiero echarme a llorar, y ese es exactamente el problema con ese hombre. Desdibuja la frontera entre ambas cosas hasta que ya no sé qué siento.

Suena la campanilla de la puerta.

Gina se acerca al mostrador con dos vasos en las manos, una cazadora vaquera y el pelo aún húmedo de la ducha. Me tiende un latte y examina mi cara como una médica que ya conoce el diagnóstico.

—Tienes cara de que alguien te ha robado el gato —dice—. Pero no tienes gato. Así que... ¿qué pasa?

—Abre la caja.

—¿Qué?

—Ábrela. El botón. Solo tienes que pulsarlo.

Gina deja los vasos, me lanza una mirada y pulsa. El cajón se desliza hacia fuera. Sin ruido. Lo vuelve a cerrar con un gesto casi reverente, y entonces mi mejor amiga se gira hacia mí con una expresión en la que empieza a extenderse algo que conozco. La sonrisa de quien lo sabe. La teatral.

—La caja —dice Gina— se abre.

—A la primera.

—La caja a la que le diste con un mazo de carne el martes pasado.

—Y hay un frigorífico en el cuarto de atrás que seguramente cuesta más que todo lo demás que poseo en esta tienda junto, incluida la tienda. —Me dejo caer en el taburete detrás del mostrador—. Ni una nota. Ni una llamada. Nada.

Gina va hacia atrás. La oigo soltar un «oh», ese «oh» largo y prolongado, y luego vuelve, se apoya a mi lado en el mostrador y da un sorbo a su café.

—Ha sido él —dice.

—Claro que ha sido él.

—Y estás enfadada.

—Estoy... —Busco la palabra y no encuentro ninguna que encaje—. No se lo he pedido, Gina. No le he pedido absolutamente nada. Vuelvo a casa, abro la puerta y, de repente, mi vida funciona, y ni siquiera me he enterado de cómo.

—La mayoría de las mujeres matarían por tener un problema así.

—Yo no soy la mayoría de las mujeres.

—No. —Gina sonríe a su vaso—. Eres la que quiere tirarle un frigorífico a los pies a un multimillonario porque ha sido demasiado amable.

Abro la boca para replicar y vuelvo a cerrarla porque tiene razón y porque lo odio.

—Podría haber preguntado —digo más bajo.

—¿Habrías dicho que sí?

—Jamás.

—Pues eso. —Gina se encoge de hombros—. Te conoce. Eso es lo inquietante. Ese hombre ya te conoce demasiado bien como para preguntar. —Deja su vaso y se vuelve hacia mí; el humor se le borra de la cara, como siempre le pasa, sin previo aviso—. Clarissa. Ese tipo no compra flores. Seguramente ni siquiera sabe cómo es una floristería por dentro. Pero ha averiguado qué caja registradora tienes, ha enviado a un técnico y te ha puesto un frigorífico silencioso para que puedas dormir por las noches. Eso no es presumir. Es su forma de decir lo que no sabe decir.

—¿Y qué se supone que es?

—Lo sabes perfectamente.

Lo sé. Ese es el problema. Está entre nosotras sobre el mostrador como un tercer café que nadie ha pedido, y miro fijamente la tarjeta de visita negra que sigue junto a la caja, gruesa y pesada, con letras doradas, y todo mi vientre hace esa cosa cálida y traicionera contra la que llevo semanas luchando.

—Después de la gala me ha cogido la mano —digo—. En el coche. Solo la ha sostenido. Y se ha sentido más real que... —Hago un gesto desdeñoso—. Que cualquier otra cosa.

Gina no dice nada. Espera, como siempre espera, hasta que me he acorralado yo sola.

—Tengo miedo —digo por fin.

—Lo sé, cariño.

—Tengo miedo de estar confundiendo esto. De que sea amable porque una chica de los helados feliz es mejor publicidad que una arruinada. —Trago saliva—. Y tengo miedo de equivocarme y de que lo diga de verdad, porque eso me da aún más miedo.

Gina me rodea con un brazo y me aprieta un momento. Huele a su perfume barato, el que lleva usando desde décimo curso, y eso resulta más reconfortante que todo lo amaderado y cálido de este mundo.

—Lo averiguarás —dice—. Pero no devolviéndole el frigorífico a la puerta de casa.

—Entonces se supone que debo darle las gracias.

—Solo digo que dar las gracias no rompe ningún contrato. —Coge su vaso y se dirige hacia la puerta, porque tiene que ir a trabajar, pero en la puerta se vuelve una vez más, un torbellino marcha atrás—. Mañana es el gran día. La inauguración. Vas a estar magnífica. —Me señala de arriba abajo—. Y ponte algo bonito. No el delantal con la mancha de caramelo que parece Florida.

La campanilla suena a su espalda y entonces me quedo sola con una caja que se abre, un frigorífico que calla y un corazón que ya no me obedece.

Por la tarde viene a recogerme su coche.

No al restaurante, no a la gala. Al ático. Me ha escrito que me necesita para la presentación. Mañana por la mañana, en la inauguración, y he aceptado antes de que mi cabeza pudiera opinar. Es por trabajo, me he repetido durante todo el trayecto en el ascensor, que sube más deprisa que mi corazón. Se trata de la inauguración. De cifras, del programa y de quién dice qué y cuándo.

Entonces se abre la puerta y él está allí. Lleva un jersey gris en vez de traje, con las mangas remangadas. Y toda mi determinación profesional se disuelve como azúcar en leche caliente.

—Eres puntual —dice.

—Suenas sorprendido, teniendo en cuenta que tu chófer ha venido a recogerme.

—El chófer es puntual si le dejan. Lo he comprobado en la aplicación.

—Claro que lo has hecho. —Paso junto a él para entrar en el piso, que sigue siendo demasiado grande, demasiado perfecto y demasiado frío. Pero hoy hay algo distinto. Sobre la larga mesa de cristal no hay un caos de cifras. Hay platos. Platos pequeños, blancos y cuadrados, y en cada uno hay una bola de helado colocada con precisión, junto a unas tarjetas con nombres escritos con una caligrafía demasiado ordenada para ser la suya.

—¿Esta es la presentación? —pregunto.

—Esta es la presentación. —Se coloca a mi lado—. Mañana a las once llegarán los primeros invitados. Prensa, algunos socios, gente que decidirá si esto funciona o no. Probarán los cuatro sabores que has escogido. Y tienen que entender por qué deberían pagar el doble por una bola de helado cuando lo hay en cada esquina.

Me inclino sobre los platos. Mousse de chocolate. Vainilla y grano de café. Pistacho y cardamomo. Frambuesa y albahaca. Mis sabores. Los sabores de mi abuela y los míos, en su ático de cristal, sobre platos cuadrados. Por eso ha mirado la aplicación. Al fin y al cabo, el helado no puede estar así mucho tiempo. Ese hombre lo controla todo.

—Y quieres que hable —digo.

—Quiero que hagas lo que hiciste en la reunión. Cuando te olvidaste de tener miedo y simplemente hablaste del helado. —Me mira—. Entonces toda la sala dejó de respirar. Eso es lo que necesito mañana.

—Tartamudeé.

—Al principio. Y luego ya no. —Me tiende una cuchara—. Prueba el pistacho. Dime qué dirías.

Cojo la cuchara. Nuestros dedos se rozan, apenas un instante, y ahí está otra vez, ese cosquilleo que no tiene nada que ver con el helado y todo que ver con él. Retiro la mano despacio, aunque mi cuerpo no quiere. Pruebo una cucharada de pistacho y cardamomo, y el sabor es exactamente el adecuado, terroso y cálido, con ese toque picante al final que no esperas. Su chef ha aprendido bien.

—Yo diría —empiezo, y cierro los ojos porque así lo saboreo mejor— que mi abuela inventó este sabor el día que nació mi madre. No tenía receta. Solo tenía pistachos de un hombre que le debía algo y cardamomo que, en realidad, quería guardar para las galletas. —Abro los ojos—. No se vende helado. Se vende el día en que nació alguien.

Me mira y, durante un instante, no dice absolutamente nada. Luego, en voz baja:

—Eso es exactamente.

—Eso no pone en la tarjeta.

—Por eso te necesito a ti y no a la tarjeta.

Vamos recorriendo los sabores. Él me ofrece cucharadas, yo hablo, él escucha y toma notas en un pequeño cuaderno negro, con una concentración más propia de una adquisición empresarial que de decidir si se puede usar la palabra verano para la frambuesa y albahaca o si resulta cursi. Discutimos el orden. Él quiere empezar con la mousse de chocolate porque es la que más impresiona a la vista. Yo quiero empezar con la vainilla.

—La vainilla es aburrida —dice.

—La vainilla es sincera. Y con la nota de café, especial. —Le señalo con la cuchara—. Si tu helado de vainilla no convence, nadie se creerá el resto. Todo el mundo cree conocer la vainilla. Y luego prueba la mía y se da cuenta de que nunca la había saboreado. Empiezas por ahí. Por lo que creen conocer.

Deja el bolígrafo.

—Quieres decir que debería empezar por lo discreto porque es lo que más les sorprenderá.

—Quiero decir que lo discreto suele ser lo que importa. —Solo mientras lo digo me doy cuenta de que quizá ya no estoy hablando de helado—. Todo el mundo se fija en las cosas ruidosas. Para apreciar las silenciosas, hay que querer saborearlas.

Me mira durante largo rato, y yo le devuelvo la mirada, y ninguno de los dos habla de helado.

—Hablas como yo —digo, para cortar el aire, que se ha vuelto demasiado denso.

—Yo no hablo.

—Sí que hablas. Justo ahora. Esa mirada que pones. —Lo imito. Frunzo el ceño, aprieto los labios y ladeo un poco la cabeza: esa mirada concentrada de multimillonario que parece que está a punto de comprar un país—. Así. Para ti significa: interesante, tomaré nota y lo usaré luego en tu contra.

Él se ríe. Una risa auténtica que se le escapa, y después me imita. Levanta las manos, abre mucho los ojos, habla deprisa y sin aliento con voz aguda.

—No se vende helado, se vende una puesta de sol, las lágrimas de una anciana, el primer beso y toda Italia en un cucurucho.

—Yo no sueno así.

—Suenas exactamente así.

—No sueno como un Muppet.

—Un Muppet muy convincente. —Aparta el cuaderno negro antes de que pueda estampárselo en la cabeza—. Un Muppet que ha convertido cuatro sabores de helado en algo por lo que la gente hará cola.

Alargo la mano por encima de la mesa para coger el cuaderno. Él lo aparta, yo me inclino más y entonces ya estoy medio cayendo hacia delante mientras él sostiene el trasto con el brazo extendido por encima de su cabeza, de modo que no tengo ninguna posibilidad. Estamos más cerca de lo que deberíamos. Huelo su aroma, amaderado y cálido bajo el helado de chocolate, y noto cómo la risa se me queda atascada en la garganta.

Me dejo caer hacia atrás. Él baja el brazo.

Durante un momento ninguno dice nada. La ciudad se extiende bajo nosotros, un mar de luces tras la pared de cristal, y los platos de helado se derriten poco a poco, pequeños charcos de color, pero a ninguno de los dos nos importan.

—Se está enfriando —digo, señalando el helado—. O sea, calentando. Se está calentando. Ya sabes lo que quiero decir.

—Déjalo. —Su voz es más grave que antes—. Mañana habrá helado recién hecho.

—Es un desperdicio.

—Clarissa. —Me mira—. Es un plato de helado. He sobrevivido a que la semana pasada me lanzaras medio kilo a la camisa.

—Tú empezaste.

—Yo no empecé. Me llamaste obseso del control y me untaste frambuesa en la camisa.

—Porque lo eres. Lo eras. Lo eres. —Recojo las piernas sobre el sofá —. A veces lo eres menos. Como ahora.

Él guarda silencio un momento. Después se desliza un poco más cerca, no del todo, solo lo bastante para que su brazo vuelva a quedar detrás de mí sobre el respaldo, como en el coche, esa cosa que hace, medio tocarme, medio no hacerlo.

—Tú haces eso —dice—. Lo de menos.

—Yo no hago nada.

—Lo haces todo. —Lo dice en voz baja y no me mira a mí, sino a la ciudad, como si fuera más fácil decírselo a una ventana—. Llevo doce años plantado aquí cada noche, mirando estas luces y trabajando. Todas las noches. Y ahora estoy aquí, calentando helado con una mujer que suena como un Muppet.

—Eh, obseso del control. Yo no sueno como un Muppet, fuiste tú quien lo hizo.

—¿Lo ves? —Gira la cabeza y ahí está otra vez, esa franqueza en su rostro que normalmente guarda tan bien bajo llave—. Exactamente eso.

Y entonces hago la tontería que siempre hago. Me apoyo en él. Apoyo la cabeza sobre su pecho, donde el jersey gris es suave y, debajo, su corazón late más deprisa de lo que su rostro admite. Lo oigo, ese latido rápido, y es lo más sincero que este hombre tan controlado ha dado de sí en toda la noche.

Se queda rígido. Solo un segundo. Entonces me rodea con el brazo, de verdad esta vez, y su mano encuentra mi pelo y lo acaricia. Despacio, casi torpemente, como si llevara mucho tiempo sin hacerlo o como si nunca lo hubiera hecho.

No decimos nada más. El helado se derrite. La ciudad brilla. Su corazón late contra mi mejilla, el mío le responde, y en algún lugar entre esos dos ritmos pierdo el resto de mi muro, piedra a piedra, en silencio, sin que duela.

Debería tener miedo. Mañana es la inauguración. Mañana estaré en su mundo reluciente, delante de la prensa, hablando de los pistachos de mi abuela. Después volveré al Bronx, a mi caja registradora, que ahora se abre, y a mi frigorífico, que calla. Dos mundos, y yo estoy en medio, sentada en un sofá demasiado caro, dejando que un hombre en quien no debería confiar me acaricie el pelo.

Pero no tengo miedo. Eso es lo loco. Por primera vez en semanas solo están este calor, el latido de su corazón y el olor a chocolate y madera, y mi cabeza está en silencio.

—Deberías dormir —dice al cabo de un rato, y su voz retumba en su pecho, junto a mi oído—. Mañana tienes que madrugar. A las cinco. A remover caramelo.

—Te has acordado de que remuevo caramelo a las cinco.

—Me acuerdo de todo sobre ti. —No suena amenazador. Suena casi asustado, como si acabara de darse cuenta él mismo.

Levanto la cabeza. Su rostro está cerca; sus ojos grises, en la penumbra, se parecen menos a un lago de invierno y más a algo en lo que una se adentra voluntariamente. Espero que me bese. Me doy cuenta de que lo quiero, y solo eso ya es el mayor paso de todo lo que ha pasado hoy.

No me besa en los labios.

Se inclina y aprieta sus labios contra mi frente, cálidos y firmes y mucho más tiernos de lo que habría creído posible en un hombre que posee tiendas en doce países y solo tiene cifras trimestrales en la cabeza.

—Mañana será tu día —dice contra mi frente—. No el mío. No el de la empresa. El tuyo. Te lo prometo.

Y, Dios me ayude, le creo.

22. Jonathan

♥ ♥ ♥

La tienda está llena, el helado sabe perfecto y no puedo apartar los ojos de una mujer con un vestido verde.

Concéntrate.

Estoy junto a la pared de nogal aceitado que impuse hace tres semanas contra la voluntad del arquitecto, con una copa de champán en la mano que no bebo, y dejo que la mirada recorra la sala. Mostrador de un único bloque de mármol de Carrara. Latón en vez de cromo, porque a Clarissa el cromo le parecía frío. Lo cambié el día que lo dijo, sin decirle que lo había cambiado. La vitrina resplandece. Cuatro sabores, dispuestos con precisión, coloridos y frescos, en absoluta contradicción con el caro gris que los rodea.

Funciona. Todo funciona.

La prensa se agrupa junto al mostrador. Dos columnistas, un hombre de un portal gastronómico que ya ha repetido tres veces, un fotógrafo que se arrastra alrededor de la vitrina como si fuera una joya. Hay un miembro del consejo de administración, traje gris, cara de declaración de la renta, y asiente. De verdad que asiente. Hace seis años que no veía asentir a ese hombre, salvo ante cifras con muchos ceros.

—La artesanía se encuentra con la visión —dice alguien, por cuarta vez esta mañana, y alguien alza una copa.

Debería estar satisfecho. Este es el momento que estaba esperando. Las cifras cuadrarán, las columnas serán elogiosas, la segunda tienda ya está en preparación. Mi mente repasa los cálculos a toda velocidad: aprovechamiento del espacio, márgenes de contribución, escalabilidad; y me doy cuenta de que no siento ni una palabra de todo eso.

Porque ella está al otro extremo de la sala, riendo.

Clarissa ha cogido una cucharilla y le está explicando el pistacho y cardamomo a una columnista, con las manos, con todo el cuerpo. Estoy demasiado lejos para oír las palabras, pero ya la conozco. Mi abuela inventó ese sabor el día que nació mi madre. La columnista, una mujer que lleva veinte años paseándose aburrida por inauguraciones y que ya lo ha visto todo dos veces, deja de teclear. Aparta el teléfono. Simplemente escucha.

Eso. Eso es exactamente lo que quería decir.

Creía que había construido esto. La sala, el concepto, el escenario. Lo he pagado, eso sí. Pero allí enfrente, ese cambio en el rostro de una periodista curtida, eso no lo he construido yo. Eso no se puede comprar. Sale de ella, y yo estoy junto a mi propia pared, mirando. Veo cómo transforma una sala llena de gente en algo que yo no habría conseguido ni con millones.

Una estupidez poética.

Solo que no lo es. Ese es el problema.

—Estás mirando fijamente.

David aparece de pronto a mi lado. Sostiene una copa medio vacía, mientras que la mía sigue llena. Lleva esa sonrisa que jamás le perdonaré.

—Llevas mirando fijamente desde que he entrado. Y estoy aquí desde hace veinte minutos.

—Estoy observando el evento.

—Estás observando a una mujer de verde.

Da un sorbo a su copa.

—El evento funciona solo. Te da igual.

—El evento es la razón por la que estamos todos aquí.

—¿Ah, sí?

David se apoya en la pared a mi lado, hombro con hombro, mirando en la misma dirección.

—Por cierto, bien hecho. En serio. Ha quedado bonito. El latón, la madera, todo. No parece uno de tus otros locales. Parece un sitio al que uno iría por voluntad propia.

Hace una pausa breve, calculada, porque David coloca sus pausas igual que yo mis contratos.

—El Rey del Helado ha encontrado un corazón. Quién lo iba a decir.

—No me llames así.

—Rey del Helado.

Lo repite, más despacio, porque sabe que me irrita.

—Seguro que mañana sale en tres columnas. El gélido Baltimore y su dulce imperio.

No respondo, porque en ese momento Clarissa levanta la cabeza y me mira desde el otro lado de la sala. Solo un segundo. Me guiña un ojo, apenas perceptible. No va dirigido a nadie más. Luego vuelve a dirigirse a una columnista, y algo en mi pecho se contrae y no vuelve a aflojarse.

David lo ve. Claro que lo ve. Ese hombre lo ve todo.

—Ah —dice sin más.

—¿Qué ah?

—Nada.

Se separa de la pared.

—Voy a por más mousse. Y, Jonathan...

Espera a que lo mire.

—Algún día tendrás que dejar de llamarlo negocio. Delante de ella. Delante de ti.

Luego se marcha antes de que pueda replicar. Como siempre, es el primero en irse. Me deja a solas con la frase, como con una factura que no quiero pagar.

Algún día tendrás que dejar de llamarlo negocio.

Lo hice en la gala. Es bueno para el negocio. Vi su cara cuando pronuncié esas palabras, cómo se cerraba algo que estaba abierto. Se lo dije en el coche. Pero no estoy seguro de lo que piensa Clarissa. Mi idioma es el dinero. No conozco otro. He puesto mi idioma al servicio de su pequeña heladería.

—Jonathan.

Ralph. Como siempre, aparece de la nada, traje azul marino, tableta en mano. Su porte es el de siempre: un soldado en el servicio diplomático.

—El señor del portal gastronómico quiere unas declaraciones. Y a los fotógrafos les gustaría que tú y Clarissa posarais juntos junto a la vitrina.

—Luego.

—Antes ya has dicho luego.

—Entonces ahora lo digo otra vez.

Los dedos de Ralph se quedan suspendidos sobre la tableta una fracción de segundo de más, lo que en él significa que está pensando algo que no dice. Lo dice de otra forma, con discreción. Tiene un tono reservado para las cosas que considera errores.

—La prensa está aquí por el concepto, señor. No solo por Clarissa.

—La prensa está aquí por Clarissa y todavía no lo sabe.

Le pongo mi copa llena en la mano.

—Dales diez minutos con ella junto a la vitrina. Será mejor que cualquier declaración que yo pudiera hacer. Y mantén contento al consejo de administración.

Ralph asiente y desaparece en dirección al traje gris. Miro hacia allí y aparto los pensamientos de trabajo, los envío al lugar donde guardo las cosas que aún no puedo resolver. Luego vuelvo a centrarme en lo único que mi cabeza quiere ver hoy.

Ahora se ha atado un delantal.

Un delantal blanco sobre el vestido verde. Debe de haberlo encontrado en algún sitio detrás del mostrador de mármol. Está de pie donde debería estar mi personal y sirve ella misma. Forma las bolas con ese giro de muñeca que las deja perfectas. En una heladería de lujo, durante una preinauguración, gente vestida de gala hace cola para que la jefa en persona les sirva una bola, y ella ríe y habla y se olvida por completo de quién es importante en la sala y quién no.

Trata al consejo de administración igual que al fotógrafo, igual que a la encargada del guardarropa. A todos por igual. Eso es, creo. Eso es lo que no tiene indicador. Es esa personalidad que lo cambia todo.

Me acerco porque no puedo evitarlo.

—No deberías estar trabajando —digo en voz baja, a su lado tras el mostrador—. Eres la estrella.

—La estrella ha visto cómo tu camarero maltrataba el pistacho.

Me pone una cucharilla en la mano sin levantar la vista.

—Rascaba. No se rasca. Se gira. Prueba.

—No he comido otra cosa que tu helado en los últimos tres días.

—Entonces un cuarto día no te hará daño.

—¿Y? —pregunta ella.

—Sinceramente —digo.

Levanta la mirada. Es la palabra con la que discutió en el sofá. Lo sabe y, durante un instante, estamos detrás de un mostrador de mármol en una sala llena de gente, pero es como si la sala estuviera vacía.

—¡Señorita Weston! Y señor Baltimore, si no les importa, juntos, por favor, junto a la vitrina.

El momento se rompe. Clarissa dirige la mirada al frente. La fachada de la mujer del helado vuelve a su sitio, y yo pongo la mano en la parte baja de su espalda. Siento el calor de su piel a través del fino vestido verde. Debería pensar en la foto que mañana saldrá en tres columnas, y no pienso en nada más.

Sonreímos. El fotógrafo dispara una y otra vez. Alguien grita que nos acerquemos más. No necesito que me lo pida dos veces. Clarissa queda ligeramente delante de mí y se apoya contra mí. Solo pienso en helado y siento cómo se me estrechan los pantalones. En la fracción de segundo antes de que tome la siguiente foto, ella gira levemente la cabeza y susurra sin perder la sonrisa.

—Tienes la corbata torcida.

—Mi corbata nunca está torcida.

—Hoy sí.

Su mano se alza, con total naturalidad, y endereza el nudo delante de cuarenta invitados y tres cámaras; un gesto tan casual y posesivo que por un momento me deja sin aire. Ni siquiera se da cuenta. Para ella no es nada. Para mí lo es todo.

El fotógrafo lo ha captado. Lo veo en su cara. Esa es la imagen, la que nos presenta. No la de las dos cucharillas y la sonrisa corporativa. La de su mano en mi cuello.

Me da igual. No. No me da igual. Quiero que salga.

La hora siguiente se descompone en fragmentos que apenas recuerdo después. Un miembro del consejo de administración que me felicita mientras mira a Clarissa. El hombre de la revista gastronómica, que

habla de un reportaje, de una portada, y yo asiento y no escucho porque miro los labios de Clarissa mientras habla.

Vuelvo a estar junto a mi pared de nogal, doy un sorbo y observo a Clarissa.

Y llega el pensamiento que llevo viendo venir desde la gala, despacio, como un coche que gira para entrar en un camino.

Esto no es el éxito. La tienda, la prensa, el consejo de administración asintiendo, la segunda tienda, nada de eso es el éxito. Todo es decorado. El éxito es la mujer con el delantal prestado sobre el vestido verde, que le sostiene la mano a una anciana, le devuelve la capacidad de asombro a una periodista cínica y me endereza la corbata como si fuera lo más normal del mundo.

He poseído cosas toda mi vida. Hay centros míos en doce países. Mi ático, demasiado grande para una sola persona. Nunca he poseído nada que no pudiera reemplazar. Por primera vez estoy en una sala y sé, con una claridad que me asusta, que hay una persona a la que no podría reemplazar.

Lo sé. Solo no sé cómo decírselo.

Espero a que la multitud se aclare, a que la prensa tenga sus fotos y David me dé una palmada en el hombro al pasar y murmure algo que suena a mucho éxito. Espero a que Ralph me indique con un asentimiento que ha terminado, y entonces voy hacia ella. Cojo la mano de Clarissa.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

Ya se deja arrastrar, lo que dice más que cualquier sí.

—Lejos de aquí. Solo un minuto.

La conduzco por la sala, más allá de la vitrina, por la estrecha puerta junto a la cocina que da a la pequeña terraza. La puerta se cierra a nuestra espalda y, de pronto, solo queda el aire fresco y la ciudad

extendida bajo nosotros, un mar de luces que no parece estar tan lejos como suele estarlo desde mi ático.

—El gran Jonathan Baltimore huyendo de su propia inauguración.

Se apoya en la barandilla, el vestido verde resplandece bajo las luces de la ciudad, y me mira con esos ojos castaños oscuros en los que siempre están peleándose el desafío y la calidez.

—¿Qué pasa?

Todo. Nada. No sé cómo se dice.

—Ha salido perfecto —dice cuando permanezco callado—. ¿Te has dado cuenta? A la gente le ha encantado el helado. La prensa estaba entusiasmada. No sé cómo demuestra entusiasmo el consejo de administración.

Se ríe, cansada y feliz al mismo tiempo.

—Lo has conseguido.

—Lo hemos conseguido.

—Lo hemos conseguido.

Prueba las palabras como si no estuviera segura de que encajen.

—Suena peligroso.

—Clarissa.

Doy un paso hacia ella. No retrocede.

—Tengo que decirte algo, y se me da mal, así que no me interrumpas o perderé el hilo.

Cierra la boca. Espera.

—Lo de ahí dentro —digo—. La tienda. La prensa. Construí todo esto porque creía que quería el mejor helado. Y hoy estoy ahí y me doy cuenta de que el negocio me da absolutamente igual. Una segunda tienda no es importante.

Trago saliva.

—Estaba junto a esa ostentosa pared de la heladería, viéndote contarle a una columnista lo de tu abuela. Era lo único de esa sala que me importaba. Tú. Solo tú.

Inspira. No dice nada. Sus ojos son grandes y oscuros, y buscan en mi cara la palabra negocio, la trampa, el contrato; y dejo que busque, porque no lo encontrará.

—No digas ahora que esto es bueno para el negocio —susurra.

—Es catastrófico para el negocio —digo—. Ya no puedo pensar con claridad. Mandé construir una pared de nogal. Hay latón porque el cromo te parece frío. Nada de eso tiene sentido desde el punto de vista empresarial.

Pongo la mano en su mejilla. Está cálida. Ella se inclina hacia ella, apenas perceptiblemente.

—No es un negocio, Clarissa. Hace mucho que dejó de serlo. Solo que no sabía cómo decirlo sin romperlo todo.

Y entonces la beso.

En los labios, despacio. Se queda rígida medio segundo y después se entrega. Sus manos agarran mis solapas y abre los labios. Sabe a vainilla y a champán. Nada más importa en este momento.

Se siente como una promesa.

Y como soy un hombre que normalmente solo hace promesas sobre el papel, con firma, fecha y testigos, precisamente eso me asusta más que cualquier cosa que haya firmado jamás.

23. Clarissa



Todo lo que me ha dicho en la terraza sigue en mi cabeza y aún siento el beso, los labios, ese anhelo de más. He dicho que sí esta noche. Sí, a su ático. Sí, a dejarme llevar por esto. Sí, quiero terminar este día con él. Así es como los dos hemos acabado en el ascensor. Es distinto de la primera vez y, aun así, vuelvo a no saber en qué me estoy metiendo.

Jonathan está frente a mí, con las manos en los bolsillos del pantalón. La corbata que le he colocado hace tres horas ya se ha aflojado. Me mira sin decir nada, con esa mirada que lo cataloga todo, que lee cada movimiento de mis hombros como si fuera un balance, y normalmente eso me pone nerviosa. Ahora me da calor. Por dentro. Como si alguien encendiera lentamente la calefacción.

—Me estás mirando fijamente —digo.

—Te estoy mirando. Es distinto.

—Contigo es lo mismo.

Él sonríe, con esa sonrisa de verdad. El ascensor se detiene y las puertas se deslizan, abriéndose a este piso, que sigue siendo demasiado grande y demasiado perfecto. Pero esta vez no quiero huir. La última vez que entramos aquí de noche, una parte de mí le deseaba y otra quería salir corriendo. La ciudad se extiende tras la

pared de cristal y es un mar de luces. Es la única luz. No necesitamos más.

Me coge de la mano. Me guía hacia dentro. La puerta de su despacho está cerrada, pero aun así recuerdo el momento. No es su dormitorio lo que tengo grabado en la mente, sino el despertar. Me conduce hasta la ventana, donde toda la ciudad nos pertenece, y entonces me gira hacia él y me coloca ambas manos en la cara.

—Aún puedes irte —dice en voz baja—. Mi chófer espera abajo. Una palabra y te lleva a casa. Sin contrato. Sin discusiones.

Y, Dios, eso es lo que me desarma. No el ático ni el champán que hubo. Que este hombre, que nunca pregunta, que hace afirmaciones en vez de preguntas, me mantenga una puerta abierta. La puerta por la que ya escapé una vez. Pero hoy estoy segura de que no quiero hacerlo. Quiero más de él. Quiero sentirle.

—No quiero irme —digo.

Y yo misma oigo lo firme que suena. No hay pregunta en mi voz, ningún quizá tembloroso, como los que suelo añadir al final de cada frase para dejarme una salida. Solo esas cuatro palabras, formadas como una bola de helado perfecta. Nunca las había dicho tan en serio.

—¿Segura?

—Jonathan. —Pongo las manos sobre las suyas, en mi cara—. Si vuelves a preguntarme si estoy segura, me iré otra vez. Por principio.

Él se ríe, con esa risa profunda y áspera, y entonces me besa. Esta vez ya no hay vacilación, ni medio segundo en el que me quede paralizada. He estado esperando esto durante todo el trayecto en ascensor. En realidad, llevo esperándolo más tiempo, quizá desde el coche después de la gala. Mis manos encuentran sus solapas y me aferro a él, atrayéndome más cerca.

Sus labios bajan de mi boca a mi mandíbula, al punto bajo mi oreja, y se me escapa un sonido que nunca había hecho. Es bajo e indefenso, y siento sobre la piel cómo los labios de Jonathan se curvan en una sonrisa.

—Ese me lo apunto a mi cuenta —murmura.

—Presumido.

—Siempre.

Encuentra la cremallera de mi vestido, en el costado, y la baja despacio, demasiado despacio para mi paciencia, y el vestido verde, que nunca ha sido mío, que venía de otro mundo, se desliza por mis hombros y cae al suelo. Estoy bajo la luz de la ciudad y debería avergonzarme. La primera vez me avergoncé, pero ahora veo su rostro, cómo cambia, cómo durante un instante el control se le escapa por completo, y no me siento pequeña. Me siento poderosa.

—Joder —dice en voz baja. No es una maldición. Es casi una plegaria.

—Ese me lo apunto a mi cuenta —susurro.

—Presumida.

—Siempre.

Me levanta, así sin más, con las manos bajo mis muslos. Le rodeo con las piernas y los brazos al cuello, y me lleva por el piso oscuro como si no pesara nada. Mis labios están en su cuello, donde late su pulso, demasiado rápido para un hombre al que todo le da igual.

Esta vez no me lleva al dormitorio. Me deja sobre el amplio sofá frente a la ventana, donde ayer discutíamos sobre vainilla, donde apoyé la cabeza en su pecho y escuché su corazón. Se inclina sobre mí, todavía vestido. Empiezo a desabrocharle la camisa, pero me tiemblan demasiado los dedos. Él me coge las manos y me besa las yemas, una por una.

—Tenemos tiempo —dice—. Toda la noche. —Sonríe—. Te concederé el día libre mañana.

—No puedes concederme nada. Soy mi propia jefa.

—Entonces hablaré con tu jefa. —Besa el interior de mi muñeca, donde late el pulso—. Seguro que es fácil de convencer.

—Mi jefa es un desastre. Nunca ha tomado una buena decisión.

—Yo creo que ahora mismo está tomando una excelente.

—Decisión de la junta directiva.

Me río y, en medio de la risa, vuelve a besarme, y la risa se convierte en algo distinto, en ese tirón profundo en mi vientre. Se intensifica cuanto más se acerca. Se quita la camisa por la cabeza y pongo las manos sobre su pecho. Su pecho es fuerte y cálido, y debajo su corazón late deprisa. Creo que a estas alturas reconocería ese latido entre otros mil.

Sus manos recorren mi cuerpo despacio, como si quisiera memorizar cada centímetro, y esa es la diferencia con la primera vez, cuando todo era hambre, prisa y una tormenta que ninguno de los dos podía controlar. Hoy no hay tormenta. Hoy hay tiempo. Sus labios encuentran mis pechos, mis pezones, y me arqueo hacia él y entierro los dedos en su pelo, y cada punto que toca sigue ardiendo mucho después de que haya seguido adelante.

—Jonathan —digo, y suena como una súplica, aunque ni siquiera sé qué estoy suplicando.

—Lo sé —dice contra mi piel—. Lo sé.

Y lo sabe. Eso es lo demente. Su mano se desliza por mi vientre, más abajo, encuentra mi centro, mi punto más sensible. Me toca como si me hubiera estudiado como uno de sus balances, como si conociera cada cifra. Respiro deprisa y de forma entrecortada, y mis caderas se mueven solas contra su mano, y él me observa. Sus ojos grises, oscuros y despiertos en la penumbra, y que me observe, algo que normalmente me pone nerviosa, ahora me eleva aún más.

—Mírame —dice cuando intento cerrar los ojos—. Quiero ver tus ojos.

Y le miro porque hoy se lo doy todo. Sigue tocándome, con el pulgar sobre mi clítoris y dos dedos en mi entrada, y la ola va creciendo, profunda, lenta e imparable. Le sostengo la mirada hasta que ya no puedo, hasta que todo mi cuerpo se tensa y se rompe y grito su nombre una y otra vez, mientras él me sostiene a través de todo.

Cuando vuelvo a poder respirar, está sobre mí y hay algo en su rostro que nunca he visto. No es triunfo. No es control. Es algo más suave, casi reverente, como si fuera él quien acaba de recibir un regalo.

—Te necesito —digo. Se me escapa antes de que pueda contenerlo. Así soy yo. Pero esta vez no quiero retirarlo.

Se quita los pantalones y le veo, su dureza, su hombría, y debería estar nerviosa. Pero no lo estoy; solo le quiero más cerca, muy cerca, sin un solo centímetro entre nosotros. Le agarro, le cojo ese culo firme y le atraigo hacia mí. No es que me quede fuerza, pero él viene de buen grado.

Entonces está sobre mí, contra mí, y entra en mí despacio, tan despacio que creo que voy a perder la razón, y nos oigo respirar a los dos, y se detiene, completamente dentro de mí, y apoya la frente contra la mía.

—Mira esto —susurra—. Mira lo que me haces.

Y lo siento, su temblor, el control al que se aferra con todas sus fuerzas, por mí. Eso es más íntimo que cualquier otra cosa que este hombre pueda darme. Un hombre que nunca pierde la compostura, temblando sobre mí porque soy yo.

Nos movemos juntos. Sin tormenta, sin prisa. Una ola que nos lleva a los dos, cada vez más alto, y me aferro a sus hombros, y me dice cosas al oído, en voz baja, áspera, medias frases que recordaré y que mañana no podría repetir en voz alta. Su mano encuentra la mía, entrelaza los dedos y la aprieta contra el sofá junto a mi cabeza, como sostuvo mi mano en el coche, como si no quisiera soltarla nunca más.

Y en algún punto de todo eso, en mitad de la ola, mientras su corazón late contra el mío y la ciudad centellea bajo nosotros y su cuerpo y el mío ya no se distinguen, lo pienso. Con absoluta claridad. Sin muros, sin la palabra profesional detrás de la que pueda esconderme.

Esto es real. Esto es amor.

No lo digo en voz alta. Me da demasiado miedo que se rompa si lo pronuncio. Pero lo pienso, me aferro a ello y me dejo caer, por

completo, por primera vez en mi vida, sin pensar en lo hondo que podría caer.

Alcanzamos el clímax casi a la vez. Él primero, con mi nombre en mi cuello, y yo justo después, con él aún muy dentro de mí. Durante un largo instante no existe nada: ni ático, ni contrato, ni dos mundos. Solo nosotros. Juntos.

Después nos quedamos allí, entrelazados, con su peso a medias sobre mí. Su corazón late junto a mi oído, se ralentiza, y lo escucho como hice ayer, mientras pongo la mano sobre su pecho para sentirlo también.

—Estás temblando —dice en voz baja, y extiende sobre nosotros una manta cuya existencia ni siquiera había advertido.

—No estoy temblando.

—Sí que lo estás. —Me besa la sien—. Pero aquí hace calor. No voy a dejar que pases frío.

Y ahí está otra vez, ese lenguaje suyo que no necesita palabras. La nevera en silencio para que pueda dormir. La pared de nogal. El latón, porque el cromo me parece frío. La manta antes de que me dé cuenta de que tengo frío. Dice te quiero en un idioma de actos, y yo apenas estoy empezando a entenderlo.

—No hablas mucho —digo en la oscuridad.

—Hablo lo suficiente.

—No hablas casi nada. Hablo por los dos.

—Hablas por cuatro. —Siento su sonrisa contra mi pelo—. Esa es una de las razones.

—¿Una de las razones de qué?

No responde enseguida. Su mano descansa pesada y cálida sobre mi espalda, y ya pienso que va a dejar la pregunta abandonada en la oscuridad, donde uno puede deshacerse sin más de las cosas difíciles.

—De que mi cabeza se quede en silencio cuando estás tú —dice al fin —. Por primera vez en años hay silencio. Y eres la persona más ruidosa que conozco. No tiene sentido.

—Pocas cosas entre nosotros tienen sentido.

—No. —Me estrecha más contra él—. Y, sin embargo, es lo único que se siente bien.

Apoyo la cabeza en su hombro y miro a través del cristal la ciudad que nunca duerme. En algún lugar ahí abajo está mi Bronx, mi pequeña tienda. En realidad, mi hogar está allí y, sin embargo, estoy aquí arriba. Estoy tumbada aquí, desnuda, saciada y feliz. Ambas cosas soy yo y, por primera vez, no se siente como una contradicción. Se siente como si los dos mundos por fin hubieran dejado de luchar el uno contra el otro.

—¿En qué piensas? —pregunta. Sus dedos dibujan lentos círculos sobre mi espalda.

—En que todo es perfecto —digo—. El negocio va bien y a la prensa le encantamos. —Me río en voz baja—. Y estoy aquí tumbada y no quiero estar en ningún otro sitio. Nunca me había pasado. No querer estar en ningún otro lugar.

No responde de inmediato. Sus dedos se detienen sobre mi espalda y levanto la cabeza para verle la cara. Hay algo en ella, durante medio instante, que no consigo interpretar. Una sombra. Un pensamiento que no pertenece a este momento.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada. —Me besa y la sombra desaparece, tan deprisa que no estoy segura de no haberla imaginado—. Solo que yo también quiero eso. Que no estés en ningún otro sitio.

Le creo. Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro y sus dedos reanudan los círculos. Se me cierran los ojos. Las luces de la ciudad se difuminan en franjas, como en el coche, pero esta vez no voy a ninguna parte. Esta vez he llegado.

Creo que por fin he llegado.

Y, aun así, muy bajito, en algún lugar bajo el calor, el latido lento de su corazón y el aroma a madera y a Jonathan, algo susurra. No alto. Apenas un soplo. Esa vieja voz que cuenta las facturas, que regaña a la caja registradora y no confía en nadie. La voz que durante muchos años ha tenido razón.

Nada tan perfecto dura.

La aparto. Cierro los ojos. Escucho su corazón hasta que es el único sonido del mundo. Me quedo dormida en brazos de un hombre que creo que me ama. El miedo espera pacientemente en la oscuridad, como siempre hace.

Pero ahora mismo, en este instante, es perfecto.

24. Jonathan

♥ ♥ ♥

Demasiada luz en la sala de conferencias de la última planta aquella mañana, demasiado cerca del sol. Ralph está de pie al extremo de la mesa de cristal y lee unas cifras mejores de lo que jamás habría esperado.

—Doscientos treinta por ciento de la afluencia prevista el día de la inauguración —dice Ralph, con la tableta en la mano y la voz tan seca como siempre, como si estuviera leyendo el parte meteorológico—. La cola llegaba hasta las escaleras mecánicas. Hasta esta mañana, tres columnas de alcance nacional, todas positivas. El portal gastronómico planea un reportaje. El hashtag se ha difundido durante la noche. —Da un toque a la pantalla—. Y la foto de usted y Clarissa junto a la vitrina es la imagen más compartida que ha producido jamás esta empresa.

La foto. Su mano en mi corbata, casual y posesiva, delante de los invitados y de las cámaras de prensa. Ya la he mirado esta noche en mi teléfono, antes de dormirme. Después he vuelto a dejar el teléfono, porque el original estaba tumbado a mi lado y ya dormía.

Concéntrate.

—El proyecto —digo—. ¿Cuándo es la reunión?

—Dentro de dos minutos —dice Ralph.

Dos minutos. Me recuesto, y mi cabeza hace lo que lleva haciendo horas. Lo que ha hecho en el ascensor, en el coche y bajo la ducha. Vuelve atrás. A ella. A nuestra noche juntos.

Veo mi sofá ante la ventana. Manhattan ilumina su vestido. Su vestido verde, que se desliza hasta el suelo. La forma en que su piel ha cambiado bajo la luz de la ciudad. Cálida y dorada, y ni un centímetro de ella predecible. Sus pechos, que reposan en mis manos como si estuvieran hechos para ello. Sus pezones, endureciéndose bajo mi lengua. Todo su cuerpo, arqueándose hacia mí mientras mi mano la toca. Los sonidos que ha emitido. Primero bajos e indefensos y luego, cuando ha olvidado siquiera que los emitía, fuertes y exigentes. Cómo ha dicho mi nombre una y otra vez mientras la sostenía.

He viajado por todo el mundo y jamás he encontrado nada comparable. Lo que tanto me hace perder la compostura lo he encontrado en una pequeña heladería del Bronx. La heladería en sí es discreta y necesita una reforma. Pero el tesoro que he encontrado dentro es lo más valioso que he descubierto jamás.

—Jonathan —dice Ralph, más bajo—. Estás sonriendo.

—No estoy sonriendo.

—Sí estás sonriendo. No es habitual.

Me lo borro de la cara como borro los cercos de café del cristal. Joder. No es un comportamiento propio de una sala de conferencias. Soy un hombre que redacta contratos antes de dar los buenos días. Pero hoy estoy sentado aquí, sonriendo como un idiota porque una mujer ha apoyado la cabeza contra mi pecho mientras dormía esta noche.

Entonces se abre la puerta, y la realidad entra enfundada en tres trajes, y la sonrisa desaparece de golpe.

Primero el presidente del consejo de administración, como siempre con su traje gris. Detrás de él, Adam Park, de Desarrollo, con la barba cuidadosamente recortada. Mira el reloj antes siquiera de sentarse. Y Bea Kowalski, de planificación de ubicaciones, con el pelo recogido,

también parece siempre como si estuviera contando guisantes. Dejan sus carpetas sobre la mesa, al unísono, como si lo hubieran ensayado.

—Nuestro lanzamiento ha sido un éxito. —Asiento—. Las cifras son concluyentes. El día de la inauguración ha superado todas las previsiones.

—Hemos visto las cifras —dice el presidente. Entrelaza las manos sobre la carpeta—. Reacciones impresionantes. Una prensa impresionante. De verdad, Jonathan, es un éxito.

Espero. Después de una frase así siempre llega un pero. Con este hombre, llega con especial puntualidad.

—Pero —dice el presidente— una cosa es la inauguración. Otra, el margen de contribución.

Bea Kowalski desliza una hoja sobre la mesa. No necesito mirarla. Conozco la cifra. Lleva días rondándome la cabeza, esa que he apartado a un lado. Ayer en la terraza, en el sofá y durante la noche. Ahora está en el centro de la mesa, sobre papel blanco, y ya no puedo apartarla.

—Los costes de materias primas —dice Bea. Su voz es precisa, sin calidez. Un bisturí que corta todo lo que sobra—. Por bola, estamos muy por encima de lo que costaría otro helado. La leche ecológica de la granja contratada cuesta el triple que la leche industrial. Los pistachos se recolectan a mano. La albahaca se entrega fresca cada día. Es una pesadilla logística. Con dos establecimientos podemos hacerlo. Con veinte, el margen es demasiado reducido.

—Con veinte —digo—, precisamente esta calidad es el motivo por el que la gente hace cola. Pagan el doble porque notan que es auténtico. Si quitamos eso, tendremos otra heladería más en un centro comercial, como las incontables que hay en esta ciudad.

—Nadie está hablando de quitarlo todo. —Adam Park se inclina hacia delante, y la barba se le mueve al hablar—. Hablamos de optimización. La leche industrial de un buen fabricante es indistinguible para la mayoría de los consumidores de la leche

ecológica. Las catas a ciegas lo demuestran. Un estabilizante garantiza una consistencia uniforme en todos los establecimientos. Un aroma idéntico al natural garantiza que la vainilla de Manhattan sepa igual que la vainilla de Chicago. No es un empeoramiento, Jonathan. Es escalabilidad.

Aroma idéntico al natural. Estabilizante. Leche industrial. Oigo esas palabras y, al mismo tiempo, oigo la voz de Clarissa ayer, junto al mostrador de mármol. No se raspa. Se gira. La oigo hablar del pistacho y cardamomo que inventó su abuela el día en que nació su madre. No se vende helado. Se vende el día en que nació alguien.

Y esos tres hombres grises solo quieren entender de cifras.

—No —digo.

Ha sido demasiado rápido y demasiado rotundo, y lo oigo yo mismo en el instante en que lo digo. El viejo error. La contradigo demasiado deprisa cuando se trata de ella, y sé que lo hago, y aun así no puedo evitarlo.

El presidente alza una ceja.

—¿No?

—El concepto se sostiene o se hunde con la calidad. Esa fue la base desde el principio. Nada de basura sintética, nada de leche industrial. Producción in situ. Ya lo presentamos aquí y fue aprobado así.

—Hemos aprobado un proyecto piloto. —Kowalski desliza otra hoja—. Con la condición expresa de que sea escalable. Un concepto que no puede trasladarse a veinte ubicaciones no es un concepto. Es un pasatiempo.

Un pasatiempo. Veo que Ralph, al borde de la sala, detiene por un instante los dedos sobre la tableta, lo que en él significa que esa palabra no le ha gustado. A mí tampoco.

—La mujer que ha desarrollado ese pasatiempo —digo, y ahora mi voz es tranquila y fría, la voz con la que despedacé a Viktor— nos ha conseguido ayer la mejor prensa de la historia de la empresa. Sin

presupuesto publicitario. Solo por ser auténtica. Eso no puede reflejarse en una tabla, pero es la razón por la que estamos sentados aquí.

—Encantador —dice Park, mirando de nuevo el reloj—. Pero el encanto no figura en el balance. Los inversores que financian la expansión leen balances. No columnas.

—La gente viene por el helado. Lo pagarán y les encantará. Cuando estén allí, también comprarán otras cosas. El margen del helado por sí solo no es lo decisivo. Hablaré con los inversores.

—Ya lo hemos hecho. —El presidente lo dice en voz baja, y eso es lo peor. No lo dice triunfalmente. Lo dice como un hecho decidido hace tiempo, mientras yo aún creía que estaba negociando—. Ayer por la tarde, durante el evento de inauguración. La posición es inequívoca, Jonathan. Esperan un cálculo revisado de los costes de materias primas. Menos un cuarenta por ciento. Antes de final de mes. De lo contrario, no se liberará la financiación para las demás ubicaciones.

Durante mi evento de inauguración. Mientras contemplaba a Clarissa junto a la vitrina. Cuando por primera vez en años creía tener algo auténtico entre las manos, tres hombres grises ya habían decidido arrebatármelo en otra sala. Me han dejado sonreír mientras afilaban el cuchillo.

Menos un cuarenta por ciento. Calculo, porque mi cabeza siempre calcula. En segundos sé que no se puede recortar un cuarenta por ciento de este cálculo sin cambiar la leche y sustituir los aromas y convertir la receta de Clarissa en un producto industrial. Eso no es optimización. Es exactamente lo contrario de todo lo que le prometí. De lo que se estipuló y garantizó por contrato.

Solo tendrás la receta si no hay concesiones en la calidad. Fue su condición más importante, y yo la acepté. La quise, porque he buscado durante mucho tiempo la calidad con la que quería hacer este proyecto.

—La granja tiene un contrato —digo—. Exclusivo. Dos años de vigencia. No podemos salir de ahí tan fácilmente.

—Los contratos pueden ajustarse —dice Kowalski—. O se puede dejar que venzan. Es mi especialidad, Jonathan.

—Este no.

—Jonathan. —El presidente se inclina hacia delante y, por un instante, hay en su rostro aburrido algo casi parecido a la benevolencia. La peor clase de benevolencia. La que viene desde arriba—. Nadie quiere destruir tu proyecto de éxito. Al contrario. Queremos que crezca. Pero el crecimiento tiene sus reglas. Conoces las reglas mejor que cualquiera de nosotros. Has construido tu imperio en doce países siguiendo esas reglas. —Se reclina—. Así que no finjamos que esto es algo personal. Son negocios.

Son negocios. La palabra que yo mismo utilicé en la gala, como un escudo. Hizo que el rostro de Clarissa se cerrara como una puerta. Ahora el presidente la utiliza contra mí, y se siente como si me arrancaran el cuchillo de la mano y lo volvieran contra mí.

—Revisaré las cifras —me oigo decir.

No sí. No no. La frase que digo cuando necesito tiempo y no lo tengo. El presidente asiente, satisfecho, porque lo interpreta como un sí a medias. Park mira el reloj por última vez y se levanta. Kowalski recoge sus hojas. Entonces salen y la puerta se cierra. Tres trajes que no entienden que en este mundo hay más cosas que las cifras.

Me quedo sentado en la sala de conferencias, demasiado luminosa, con un cálculo delante que no puedo resolver sin faltar a mi palabra.

Ralph sigue de pie al borde de la sala. No dice nada. Espera, como siempre espera, hasta que hablo.

—Dilo —le digo.

—¿Qué quieres que diga, Jonathan?

—Lo que piensas. Sujetás la tableta como si fuera un salvavidas. Así que suéltalo.

Ralph deja la tableta, de verdad, algo tan poco habitual que casi parece un gesto.

—Creo que tienes razón. La calidad es la razón del éxito. Menos un cuarenta por ciento destruirá precisamente aquello que queremos vender. —Hace una pausa—. Y creo que ellos también lo tienen claro y les da igual, porque los inversores piensan a corto plazo y el consejo de administración obedece a los inversores.

—Eso no es ninguna novedad.

—No. —Ralph me mira directamente, algo que rara vez hace—. La novedad es que esta vez no puedes resolverlo con cifras. Ya lo has calculado todo, se te nota. No hay manera de llegar al cuarenta por ciento respetando la receta. Así que te queda elegir entre el consejo de administración o Clarissa.

Clarissa. Su nombre en la boca seca de Ralph, en medio de este cálculo, y siento frío.

—No se enterará de nada —digo.

Ralph alza una ceja.

—Debería conocer la decisión.

—Ni una palabra, Ralph. Ni de ti ni de nadie de la empresa. Lo resolveré antes de que le llegue. Ayer tuvo el mejor día de su vida. Les ha hablado a todos de su abuela, que dio vida a esta receta. —Yo mismo oigo cuánto estoy hablando. Yo, que nunca digo demasiado, y no consigo detenerme—. No permitiré que tres hombres grises le arrebaten eso. Encontraré una salida.

—¿Y si no la encuentras?

—Siempre encuentro una.

—Jonathan. —Ralph vuelve a coger la tableta, y su voz es tan discreta como siempre, pero aun así acierta—. Con todos mis respetos. Clarissa ya te conoce lo bastante bien. —Se dirige hacia la puerta—. Un hombre que guarda un secreto se comporta de otro modo. Ella lo notará. Y no pensará que quieres protegerla. Pensará que le estás mintiendo. —Abre la puerta y sale.

La puerta se cierra, y me quedo solo.

Sé que tiene razón. Eso es lo insoportable de este momento. Ha dado en el clavo, y lo dice con una voz como si estuviera leyendo el parte meteorológico.

Atraigo hacia mí la hoja que Kowalski ha dejado. El cálculo. Columnas de cifras, alineadas y ordenadas, y al final está esa única cifra subrayada en rojo. Menos un cuarenta por ciento. La miro fijamente y vuelvo a calcular. Es siempre el mismo camino, y siempre llego al mismo resultado. Nada cambia.

A un lado está mi imperio. Todo lo que soy desde que era un joven a quien un periódico acusó de fraude. No me lo tomé a pecho, sino que seguí adelante. Todo lo que he construido para no tener que pedirle nada a nadie nunca más. Y luego está este consejo de administración, porque mi empresa es demasiado grande y necesita una regulación.

Al otro lado está mi palabra. Sin concesiones en la calidad. Mi palabra, dada a Clarissa, que ha confiado en mí. Aunque tenía todos los motivos para no hacerlo. Clarissa, que esta mañana se ha despertado en mi cama creyendo que todo era perfecto.

Estoy entre ambas cosas y, por primera vez en mucho tiempo, no sé cómo resolver esta ecuación.

Concéntrate, me digo.

Pero mis pensamientos no me obedecen.

25. Clarissa



Es otra vez martes por la tarde. La señora Bertram está sentada a su mesa con un vasito de vainilla y pistacho. Se come el helado a cucharadas y me mira.

—Tienes ojeras, niña. —Se toca la mejilla con la cuchara, como si yo no supiera dónde están los ojos—. Pareces un mapache. Un mapache bonito, pero mapache al fin y al cabo.

—Gracias, señora Bertram. Usted también está encantadora.

—Lo digo en serio. —Se lleva una cucharada de pistacho a la boca y la saborea pensativa—. Cuando tu abuela tenía las mismas ojeras, o tocaba pagar el alquiler o había un hombre de por medio. A veces las dos cosas. —Me señala con la cuchara—. En tu caso es un hombre.

—En mi caso es el alquiler.

—El alquiler no hace que mires así. —Vuelve a tocarse la mejilla—. El alquiler te deja cansada. Un hombre provoca eso de ahí. Ese hoyuelo entre las cejas. Tu abuela lo tenía justo ahí cuando pensaba en tu abuelo, que en paz descanse, el viejo sinvergüenza.

Limpio el mostrador, aunque está limpio. —No hay nadie de por medio.

—El alto y moreno del traje. El de los ojos fríos. —Asiente para sí misma—. Lo vi en la inauguración. Te miraba como me miraba mi

difunto. Y él me miró así durante cuarenta años.

No digo nada. Sigo limpiando. El mostrador no queda más limpio, pero mis manos tienen que hacer algo, porque, si no, agarran el teléfono, y el teléfono es la razón de las ojeras bajo mis ojos.

Cuatro días.

Cuatro días desde la noche en el ático, desde la primera vez en mi vida que no he querido estar en ningún otro sitio. Desde que me echó una manta sobre los hombros antes de que me diera cuenta de que tenía frío. Cuatro largos días desde que dijo que en su cabeza hay silencio cuando estoy con él. Por la mañana me he despertado sola, pero sobre la almohada de al lado había una nota escrita con su letra, demasiado ordenada. Reunión. No quería despertarte. El chófer te llevará a casa. Y debajo, más pequeño, como si hubiera vacilado: Ayer no fue un negocio.

He guardado la nota. Ahora está junto a la caja registradora, debajo de la tarjeta de visita negra, y me avergüenza un poco la cantidad de veces que la miro.

Pero desde entonces algo es distinto.

El primer día no me he dado cuenta. Aún estaba demasiado llena de todo, demasiado cálida, demasiado ligera. Me ha escrito: Buenas noches, caramelo, y le he sonreído al móvil como una idiota.

El segundo día, los mensajes eran muy escuetos. Estoy en una reunión. Te escribo luego. No me ha escrito luego.

El tercer día lo he llamado y no ha cogido el teléfono. Una hora después, solo ha respondido con una línea: Todo bien. Mucho trabajo.

¿De verdad cree que todo está bien? Nada está bien si solo me manda cosas así. Es capaz de escucharme y de cumplir mis deseos. Me hace regalos sin motivo. Pero me deja sola desde aquella noche.

Y hoy, el cuarto día, no he sabido absolutamente nada de él.

La señora Bertram me observa por encima del borde de su vasito, con esa cara de bulldog amistoso que se entera de todo.

—No da señales de vida —dice. No es una pregunta.

—Tiene mucho trabajo. —Yo misma oigo cómo suena. Sueno como él. Todo bien. Mucho trabajo.

—Mi difunto también tenía siempre mucho trabajo. —Deja el vasito—. Hasta que me di cuenta de que tener mucho trabajo no era más que otra forma de decir que no sabía cómo contarme algo. —Se levanta despacio. Coge el abrigo y el bolso—. Los hombres que lo tienen todo bajo control, niña, son los peores cuando hay algo que no controlan. Entonces se limitan a desaparecer. No por maldad. Por cobardía.

La campanilla de la puerta suena a su espalda, y yo me quedo con un mostrador limpio y una frase clavada en el pecho que duele.

Por cobardía.

Gina llega antes de que cierre la tienda. No ha dado ni dos pasos dentro del local cuando se detiene y examina mi cara.

—Vale —dice—. ¿Quién se ha muerto?

—No se ha muerto nadie.

—Tienes cara de estar de luto.

—La señora Bertram dice que parezco un mapache.

—Un mapache adorable que no sabe qué hacer. ¿Quieres que te ayude y le dé una patada en las pelotas a cierto señor de traje?

Tengo que reírme ante su propuesta. Me sale una risa breve y torcida, y casi duele. Ante mis ojos aparece un mapache que se acerca al hombre del traje y le da una patada en las pelotas.

—Bueno. —Gina arrastra un taburete y se sienta frente a mí—. Jonathan.

—Jonathan.

—¿Qué ha hecho?

—Ese es el problema. —Hago girar el vaso de café entre las manos—. No ha hecho nada. Nada en absoluto. Simplemente ha...

desaparecido. No desaparecido del todo. Pero ha desaparecido. —Busco las palabras y solo encuentro las equivocadas—. Hace cuatro días pasé la noche con él y, desde entonces, casi no he vuelto a saber nada de él. Solo escribe que todo va bien y que tiene mucho trabajo.

Gina da un sorbo al café. No dice nada; espera a que yo misma me acorrale.

—No es que aquello fuera solo sexo. La primera vez podría haberme salido con eso. Pero no después de todo lo que me ha dicho antes, Gina. No fue solo sexo. Después me echó una manta por encima.

Gina me mira, pero sigue esperando.

—Dilo —le digo—. Estás pensando algo. Lo veo.

—Pienso —dice Gina despacio— que a veces los hombres simplemente tienen mucho trabajo. El proyecto de la heladería acaba de empezar. Prensa, inversores, todo ese rollo. Puede que sea exactamente lo que dice. Que está pasando mucho.

—Tú misma no te lo crees.

—No. —Deja el vaso—. Pero intento ser la sensata para que no te vuelvas loca.

—Demasiado tarde.

Gina suspira y se inclina hacia delante, con los codos sobre el mostrador. —Cuéntame lo que sientes. No los hechos. Lo que sientes.

Y esa es la razón por la que es mi mejor amiga. Porque nos conocemos desde que tenemos uso de razón. En realidad, desde antes de tenerlo. Y no pregunta por los mensajes ni por los días ni por quién llamó a quién y cuándo. Pregunta por lo que hay debajo.

—Es como la primera vez —digo en voz baja—. Entonces, en el ático. Cuando me desperté por la mañana y encontré los documentos con mi nombre en su escritorio. Entonces también era cálido y, de repente, frío. Me convencí de que me lo estaba imaginando, hasta que ya no pude seguir haciéndolo. —Trago saliva—. Entonces estaba enfadada y estaba bien que todo fuera solo negocios. Pero ahora...

Primero vuelve a encender nuestra relación y luego, después de que he estado en su cama, vuelve a ser el tipo del traje. Frío. Controlado. Y yo vuelvo a estar al otro lado de una pared de cristal, sin que me dejen atravesarla.

—Clarissa. —Gina posa la mano sobre la mía—. Entonces te mintió. O, mejor dicho, te ocultó cosas. ¿Cómo sabes que esta vez es lo mismo?

—No lo sé. —No retiro la mano, pero miro a un lado, al retrato de la abuela en la pared. Veo el papel pintado de debajo, pegado con celo. Apañado de cualquier manera, como con Jonathan. No aguanta—. Eso es lo terrible. No lo sé. Nunca me ha mentido directamente a la cara, es verdad. Pero sabe cómo omitir algo de forma que no parezca una mentira. Noto que empiezo a hacer cálculos. Otra vez. Que levanto muros que acababa de derribar.

—Quizá eso sea precisamente lo equivocado.

—Quizá sea lo único que me mantuvo con vida la última vez.

Gina se lo piensa un momento. —Quizá te esté protegiendo.

—¿De qué? —Mi voz se eleva más de lo que quiero y vuelvo a contenerla—. ¿De qué se supone que tiene que protegerme? No me protege excluyéndome. ¿Y sabes cómo se siente que te excluyan? Como que te mientan. Exactamente igual.

Gina tampoco tiene respuesta para eso, y seguramente eso dice más que cualquier respuesta. Nos quedamos sentadas allí y ya no se me ocurre nada más. Fuera pasa un autobús. La ciudad simplemente sigue moviéndose; solo Jonathan permanece en silencio.

—Llámalo —dice Gina al final—. No le escribas. Llámalo. Y, si no coge el teléfono, al menos sabrás a qué atenerte. La incertidumbre es peor que cualquier respuesta.

—¿Y si la respuesta es horrible?

—Entonces estaré contigo. —Me aprieta la mano—. Con cruasanes. Y la oferta de la patada sigue en pie.

Gina se va y yo vuelvo a limpiar y a ocuparme del mostrador. En la puerta, se gira una vez más.

—Llámalo —dice—. No limpies. Llámalo.

Miro mi mano. El trapo está ahí porque siempre está ahí. Aunque los clientes acuden en masa a la heladería del centro comercial, aquí está tranquilo. Y aunque no haya nadie. Mi mostrador siempre está limpio.

Suena la campanilla y, entonces, me quedo a solas con mi teléfono, que está en silencio. Lo cojo y pesa más de lo que debería pesar un teléfono. Lo dejo otra vez a un lado, porque mirarlo fijamente no sirve de nada y llamar... aún no estoy preparada para eso.

Hago lo que hago siempre cuando todo lo demás se desmorona. Hago helado.

Saco la nata, el azúcar, las semillas de vainilla y los granos de café. El sabor que se deja infusionar durante la noche en la nevera antes de estar listo. Igual que yo también necesito primero un poco de tiempo. Y mis manos pueden hacer algo útil que no sea limpiar. El helado nunca me falla. Ese es todo el truco. Da igual cuánto se acumulen las facturas o se atasque la caja. El helado siempre funciona. Es la única cosa del mundo que puedo controlar.

Pienso en él mientras remuevo. En la cocina de pruebas, en el helado sobre su costosa camisa. Pienso en su expresión cuando comprendió por primera vez que el helado no se raspa, sino que se gira. Claro que pienso en él. Mi helado se deja controlar. Forma bolas perfectas. Pero mis pensamientos son otra cosa.

Intento concentrarme en el helado; pienso en el ático, en las cucharas que me tendía. Recuerdo su pequeño libro negro, en el que anotaba mis frases como si fueran importantes. Las sabidurías que hay que conservar. No se vende helado. Se vende el día en que nació alguien.

Era él quien había anotado aquello. Quien me había escuchado. Quien había creído en mí y en mis palabras. Quien sencillamente me dejaba hablar porque eso tenía efecto en los clientes.

Y ese mismo hombre ahora ya no se comunica conmigo.

Pruebo el helado. Está perfecto. Suave y un poco amargo al final, exactamente como lo hacía la abuela. Y, por primera vez en cuatro años, no me consuela. Solo sabe a lo que falta.

Guardo el cazo.

Espero hasta las seis. Hasta que la tienda cierra. Giro el cartel y guardo los restos de helado en la nevera nueva, que permanece en silencio. El regalo de un hombre que lleva cuatro días en silencio. Me siento en el taburete detrás del mostrador. Allí donde está su tarjeta de visita y la nota debajo. Respiro hondo y pulso su nombre.

Suena.

Una vez. Dos veces. No cuento, de verdad que no cuento, pero oigo cada tono y, con cada uno, se me encoge más el estómago. Tres veces. Cuatro veces.

Entonces salta el buzón de voz. Es su voz, pero fría y profesional. Una voz de otro mundo. Ha contactado con Jonathan Baltimore. Deje un mensaje.

Cuelgo sin dejar ninguno. ¿Qué voy a decir? Hola, soy la mujer en cuya cabeza hay ruido cuando no estás.

Me quedo sentada. Tengo el teléfono oscuro en la mano y miro a través del cristal hacia la calle, donde se encienden las farolas, una tras otra. Mi mundo es pequeño y, aun así, ahora mismo me siento perdida en él. Hace unos días estuve en su mundo y todo era como debía ser. En su mundo pensé que estaba cayendo y que no podía detenerlo. Ahora estoy sentada al fondo de esa caída y no sé si alguien me recogerá o si me quedaré hecha añicos por el suelo.

La vieja voz dentro de mí, la que cuenta las facturas y no confía en nadie. La voz que siempre me ha ayudado se hace más fuerte. Dice lo que siempre dice.

Ya te lo dije. Hombres como él no entran en tiendas como la tuya para quedarse. Vienen porque quieren algo. Y, cuando lo consiguen, se van.

Aparto el teléfono de mí, deslizándolo por el mostrador hasta que choca contra la caja registradora. Junto a la tarjeta de visita y su nota. La nota en la que pone: Ayer no fue un negocio.

Ayer. Escrito en pequeño. Ayer queda muy lejos.

Eso fue hace cuatro días. Y hoy solo suena y luego sale una voz de otro mundo. Estoy sentada sola en mi heladería y ya no sé si alguna vez algo de todo aquello fue real.

Fuera oscurece. No enciendo la luz. Me limito a quedarme sentada y a esperar a que suene el teléfono, y no suena, y el miedo se vuelve más fuerte que cualquier otra cosa.

26. Jonathan

♥ ♥ ♥

El café está demasiado caliente, pero me lo bebo de todos modos. Esperar nunca es una opción, y mucho menos hoy. No con la pila de cifras que tengo delante, que por fin empieza a inclinarse en la dirección correcta. He necesitado dos noches para calcular una alternativa para el consejo de administración. Una en la que la receta de Clarissa permanezca intacta y el margen se mantenga aun así. Estoy cerca. Casi puedo olerlo.

Entonces Ralph aparece ante mi escritorio de cristal. Lleva una tableta en la mano y el rostro tan inexpresivo como siempre. Pero hace suficiente tiempo que lo conozco. El dedo que desliza sobre la pantalla lo delata.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Deberías verlo tú mismo. —Gira la tableta y la deja delante de mí.

Leo el titular y la ciudad, muy abajo, se cuela en mi despacho con una realidad aterradoramente cercana.

El sueño de Baltimore de un helado de lujo se levanta sobre una ruina.

Debajo hay una foto. La fachada de Clarissa. El yeso desconchado, las grietas en la pared y el letrero torcido sobre la puerta. Han escogido el ángulo para que todo parezca aún peor de lo que es. Al lado, en

marcado contraste, una imagen de la heladería de lujo. Cristal, cromo, latón pulido.

Sigo bajando. No mejora.

El equipamiento es de otra década. Está muy endeudada y un contrato con Baltimore le viene bien. Ni siquiera hay aseos; entonces, ¿qué se puede esperar de la limpieza del helado? Uno se pregunta qué buscaba un hombre como Jonathan Baltimore en un local así. Y qué encontró allí que ahora nos vende a precios elevados.

El artículo insinúa muchas cosas que no dice, pero que aun así todo el mundo entiende.

—¿El autor? —pregunto.

—No aparece ninguno. —Ralph asiente apenas perceptiblemente—. Pero el estilo. Él lo ha colocado.

—Viktor.

—Si me preguntas a mí, sí. Investigaré a ver si encuentro algo más.

Dejo la taza. Mi mano está quieta. Por dentro, nada lo está.

Han fotografiado a Clarissa. Su local, su legado. La imagen y el legado de su abuela están ahí, y los están destruyendo con mentiras. Que el local haya envejecido no significa que la calidad de su helado no sea buena. Ella lo pone todo ahí y no puede permitirse nada más. Han convertido en una broma lo que más quiere. Y mi nombre está pegado a ello como una etiqueta de precio.

—Joder. ¿Lo ha visto?

—No sabría decirlo.

—Averígualo.

Ralph no dice nada. Teclea en su tableta, despacio.

—¿Quién ha hablado con la prensa sobre mi empresa? —pregunto—. El artículo contiene cifras. No las han sacado de la calle. Alguien con acceso a ellas ha tenido que filtrarlas.

—Sus préstamos podrían averiguarse por otras vías. Pero los detalles sobre lo que obtiene del contrato solo se conocen internamente.

—Entonces quiero saber quién tenía acceso. —Me levanto—. Y quiero saber dónde está Viktor hoy. Ahora.

Ralph teclea.

—En el Chastain. Almorzando.

Claro que lo está. Conozco el Chastain. Es pequeño, ruidoso y está lleno de la gente equivocada. Justo el ambiente de Viktor.

Cojo la chaqueta.

—No canceles la reunión del consejo de administración de las cuatro. Aplázala unos días. Necesito algo más de tiempo.

Mi chófer me espera abajo y me lleva al restaurante.

No entro como un hombre que quiere algo. Entro como un hombre al que le pertenece el lugar. El camarero me reconoce. Quiere llevarme a una mesa, pero hago un gesto para rechazarlo y me dirijo directamente al rincón donde está sentado Viktor. Sostiene una copa de vino en la mano, lleva la chaqueta abierta y tiene esa sonrisa. Una sonrisa miserable que luce como otros llevan una corbata.

—Baltimore. —Deja la copa—. Qué sorpresa.

—¿Lo es?

No me siento. Permanezco de pie sobre él y hago que tenga que mirar hacia arriba. Pequeñas cosas. Ángulos, altura, quién mira a quién. Deciden más que las palabras.

—El artículo ha estado bien, ¿verdad? —Vuelve a coger la copa—. Honesto. Informativo. La gente tiene derecho a saber de dónde sale el helado que lame.

—El artículo ha sido una campaña. La tuya.

—Demuéstralo. —Bebe—. Pero ese no es el asunto, ¿verdad? El asunto es que tengo razón. Tu pequeña heladera no está a tu altura.

Nunca lo estará. Es un bonito detalle para los fotógrafos. Un poco de sencillez para la imagen.

No digo nada. Tengo las mandíbulas apretadas. Lo noto.

—Muy ingenioso, eso te lo concedo. —Se recuesta—. La has utilizado para parecer humano. El duro Baltimore y su chica del Bronx. A la prensa le encantan esas cosas.

—¿Has terminado?

—¿O fue al revés? —Me ignora porque cree que me tiene en sus manos—. ¿Te utilizó ella a ti? Da igual. No funciona. De un modo u otro. Sois de mundos distintos, y los mundos no se mezclan. Uno arrastra al otro hacia abajo. —Se encoge de hombros—. En este caso está bastante claro cuál de los dos.

Me inclino un poco hacia él. No mucho. Lo suficiente.

—Has cometido un error —digo en voz baja—. Has pegado mi nombre a una afirmación que no puedes demostrar porque es falsa. Mis abogados están leyendo el artículo palabra por palabra. Y cuando terminen, desearás no haberlo escrito nunca.

—Abogados. —Suelta una breve risa—. Vosotros siempre tenéis abogados. Tenéis abogados en lugar de una respuesta. ¿Sabes lo que tengo yo?

—Nada que me interese.

—Pruebas de que el artículo tiene razón. Mercancía barata a precio de oro. Por cierto, le he hecho llegar un pequeño mensaje a tu reina del helado.

La frase impacta, pero no dejo que se me note. Por fuera sigo siendo duro como una piedra. Por dentro, el suelo se inclina durante un latido.

—Anónimo, por supuesto. —Saborea cada palabra—. Unos cuantos detalles interesantes sobre vuestras reducciones de costes. Leche barata. Aromas artificiales. Lo que planea tu consejo de administración.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Importa? —Su sonrisa se ensancha—. He pensado que debía enterarse por una fuente neutral. No por ti. De todos modos, se lo habrías ocultado. ¿Tengo razón? Dime que no la tengo.

No digo absolutamente nada, y esa es la respuesta, y los dos lo sabemos.

Sabe lo de las reducciones de costes. Del consejo de administración. Alguien ha hablado. Esa persona ha hablado con Viktor, y Viktor se lo ha dado a Clarissa. Envuelto como aquello que más teme. Una traición. Otra vez. Y yo simplemente no se lo había contado. Porque quería protegerla. Mantener el control. Mantener las distancias. Podría haberlo solucionado solo, sin que ella llegara a enterarse.

Y con eso le he dado a Viktor el flanco abierto en el que podía clavar el cuchillo.

—Pareces pálido —dice él, satisfecho.

Me enderezo despacio.

—Anónimo no significa imposible de rastrear, Viktor. Los mensajes pasan por servidores. Los servidores se alquilan. Y los alquila alguien. Una persona con nombre y dirección de facturación. —Me abrocho la chaqueta—. Acabas de admitir que los enviaste. Delante de mí. En un restaurante lleno de testigos que conocen tu cara.

La sonrisa le vacila por primera vez.

—Ese ha sido el segundo error —digo—. El primero fue el artículo.

—¿Y el tercero? —Intenta mantener el tono, pero ha perdido la ligereza.

—No hay tercero. Dos bastan. —Me doy la vuelta y me voy.

Detrás de mí oigo la copa chocar contra la mesa, con un poco más de fuerza de la necesaria.

Antes incluso de subir al coche, le envío un mensaje breve a David: ¿Club, ahora?

Llamo a Ralph.

—¿Hay algo nuevo?

—Aún no tengo confirmación de que haya sido Viktor.

—Entonces sigue buscando. Tenemos que averiguar de dónde salió el mensaje. Después de la reunión sé con certeza que ha sido él. Estaré de vuelta en el despacho dentro de dos horas.

Cuelgo. Me ha llegado la confirmación de David y mi chófer ya conduce hacia el club. Perfecto. Todo bajo control.

La pelota golpea la pared y vuelve como un disparo. Ya estoy ahí. Un paso, un golpe, y se estrella en la esquina a la que David nunca llega. Punto. Otra vez.

La camisa se me pega a la espalda y el sudor me baja por la nuca. Me da igual. La pista huele a goma y madera pulida, la luz tenue se filtra por el cristal y, por primera vez en días, tengo la mente vacía.

Ningún artículo. Ningún consejo de administración. Solo la pelota.

—Tranquilo, Baltimore —jadea David. Se apoya las manos en las rodillas—. Es un partido amistoso.

—Nunca es un partido amistoso.

—Contigo no, desde luego.

Saco antes de que se coloque bien. No es muy elegante. Pero no quiero esperar ni pensar. Solo quiero golpear. La pelota sale disparada, David corre tras ella y llega por los pelos. Su devolución es débil. La cojo pronto y la envío baja contra la pared frontal.

Ya no llega.

Hace dos semanas era al revés. Yo estaba aquí contando pelotas falladas porque en mi cabeza había un aroma a caramelo y una risa que no pertenecía a este lugar. David me dio una paliza y lo comentó con esa media sonrisa suya que dice más que cualquier frase.

Hoy no.

Hoy juego como si quisiera derribar la pared.

—Vale. —David se endereza y levanta la mano—. Me rindo. Vas a matarme.

—Te estás ablandando.

—Me estoy haciendo viejo. No es lo mismo. —Coge la toalla del suelo y se seca la cara—. Y tú juegas como alguien que quiere cortarle la cabeza a alguien.

Dejo caer la raqueta. El pulso me martillea. Sienta bien. Se siente como control, y el control es lo único que me queda ahora mismo.

—Vamos —dice David—. Necesito beber algo. Y tú vas a hablar.

Vamos al bar. Madera oscura, luz tenue, jazz suave y nuestro sitio de siempre.

—Bueno, deberías estar relajado. ¿Qué tal va con tu princesa del helado?

—No la llames así.

—Tú y ella en la preinauguración. —Sonríe—. Ella con vestido, tú con cara de haber comprado el universo. Parecíais sospechosamente felices. Para lo que es habitual en ti.

No digo nada. David deja el vaso. La sonrisa desaparece.

—¿Qué pasa en el paraíso?

Y se lo cuento. No todo. No le doy cifras ni nombres que no necesite conocer. Pero sí lo suficiente. El consejo de administración quería reducir costes. Leche barata, aromas artificiales, producción centralizada. Todo lo que hace que el helado de Clarissa sea lo que es quedaría destruido con eso. Y no tengo mucho tiempo. Estoy calculando cómo conseguir que su receta permanezca intacta y que el margen se mantenga aun así.

—¿Dónde está el problema?

Giro el vaso. Me molesta el cerco de condensación sobre la madera oscura. Lo limpio.

—El problema es que no es tan fácil de resolver y que hay un artículo.

—El de su local. —David asiente—. Lo he visto. Horrible.

—Viktor.

—¿El tipo de prensa?

—Él lo ha colocado. Anónimamente. Y ha hecho algo más. —Hago una breve pausa—. Le ha enviado un mensaje a Clarissa. Sobre las reducciones de costes.

David me mira.

—¿Ella no lo sabe?

—¿El qué?

—Que tu consejo de administración exige los recortes.

No respondo enseguida. Es respuesta suficiente y los dos lo sabemos.

—Joder, Jonathan.

—Quería protegerla. —Me sale demasiado rápido y con demasiada rotundidad, y yo mismo me doy cuenta—. Era mi problema. Mi consejo de administración. Lo habría solucionado sin que ella llegara a enterarse. ¿Por qué iba a cargarla con algo que nunca va a suceder?

—Porque le afecta.

—No le habría afectado si lo hubiera solucionado. Sé cómo suena.

—No solo suena así. Es así. Habla con ella. Sobre lo que ocurre.

Resoplo.

—¿Ese es tu consejo? ¿Hablar?

—Es el único consejo que importa. —David da un sorbo—. Estás tratando esto como un acuerdo. Como si hubiera una parte con un problema y otra con una solución. Pero no funciona así. Una relación

no consiste en que tú lo soluciones y ella se beneficie. Una relación consiste en estar juntos.

La palabra cala. Juntos. La dejo ahí porque no sé qué hacer con ella.

—No se me da bien estar juntos —digo.

—No. No se te da bien. —Esboza una media sonrisa—. Se te da bien estar solo. Lo haces todo solo y luego presentas el resultado como un contrato para firmar. Eso ha funcionado en todos los acuerdos. Con ella no funciona.

—Con ella no funciona nada de lo que funciona con los demás.

—Quizá ese sea el asunto. Tienes que decirle la verdad.

—¿Y si no me cree?

—Entonces no te cree. —Se encoge de hombros—. Pero si no hablas, ya has perdido. Entonces solo queda lo que Viktor le ha contado. ¿Quieres eso? ¿Que la última versión de la historia que tenga en la cabeza proceda de un hombre que te odia?

No. No quiero eso.

No lo digo en voz alta. Pero David lo ve.

—¿Sabes cuál es tu problema? —pregunta. No espera respuesta—. Crees que el control es lo mismo que la seguridad. Lo sujetas todo porque piensas que, mientras lo mantengas agarrado, nadie podrá quitártelo. Pero las personas no son empresas, Jonathan. No puedes retenerlas. Cuanto más fuerte aprietas, más deprisa se te escurren entre los dedos.

No digo nada. El cerco sobre la madera ha vuelto a aparecer, esta vez por su vaso. No lo limpio.

—No se me ha escurrido entre los dedos —digo al fin.

—Todavía no. —Termina su bebida—. Pero está cerca. Y tú estás aquí jugando al squash como si pudieras clavar el problema contra la pared a golpes.

—He ganado.

—Sí. —David sonríe a medias—. Contra mí. Enhorabuena. Ese nunca ha sido el partido que debería preocuparte.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

—Llámala —dice, poniéndose en pie—. No mañana. No cuando tengas un plan. Ahora. Antes de que vuelvas a ponerte a calcular y te convenzas de que hay un momento mejor. No lo hay.

—¿Y si no sé qué decir?

—Entonces dile exactamente eso. —Deja un billete sobre la barra—. Clarissa, no sé qué decir. Pero quiero hablar. Basta con eso. Es más de lo que normalmente te permites.

Coge la chaqueta.

—David.

Se vuelve.

—Gracias.

Se detiene un instante. Luego aparece esa media sonrisa.

—Te das órdenes y las obedeces. Eso no es lo mismo que vivir, Jonathan. Algún día tendrás que entenderlo. —Me da una palmada en el hombro—. Llámala.

Y entonces se va.

Hablar. Estar juntos. La verdad, sin embellecerla. Concéntrate.

Saco el móvil. Su número está guardado como Clarissa Weston. Tan profesional como el primer día, aunque hace mucho que nada es profesional. Mi pulgar se posa sobre su nombre.

¿Y si cree que el artículo es cosa mía? ¿Y si piensa que las reducciones de costes eran mi plan? ¿Y si no coge el teléfono?

Pienso demasiado. Siempre pienso demasiado y aun así actúo primero. Solo que esta vez actuar consiste en una llamada, y se siente

más difícil que cualquier acuerdo que haya firmado jamás.

Presiono su nombre y me llevo el móvil al oído.

Suena.

Me levanto y me alejo unos pasos de la barra, porque no puedo estar sentado con ese sonido. El camarero pule un vaso y finge no escuchar.

Sigue sonando.

Cógelo. Por favor, cógelo. Pienso la palabra por favor, y no recuerdo la última vez que la pensé.

Suena.

La veo ante mí, de pie en su local. Lleva el delantal manchado, el pelo medio suelto, el móvil sobre el mostrador junto a la caja registradora. La veo mirar la pantalla. Leer mi nombre. Y no sé qué hace.

Suena.

Entonces se oye un clic y, durante un latido, mi pulso se detiene.

Pero no está al teléfono. La llamada se corta. Y me quedo allí, con el móvil pegado al oído.

Concéntrate. Vuelve al despacho.

27. Clarissa



Aquel mismo mediodía, en el Bronx...

Gina no entra por la puerta. Explota a través de ella.

Gina abre la puerta de un tirón tan violento que temo que se lleve consigo el timbre. Está ahí plantada con su chaqueta vaquera, las mejillas rojas y un trozo de periódico arrugado en el puño, como si fuera un arma.

—¿Has visto esto? —Estampa el papel sobre el mostrador, entre la caja registradora y el dispensador de servilletas—. Dime que no te han tomado el pelo.

—Buenos días a ti también.

—Clarissa. —Alisa el papel con las palmas, una y otra vez, como si así pudiera borrar las palabras impresas—. Léelo. No, no lo leas. Estoy tan furiosa que veo mal.

Dejo el trapo. Llevo media hora limpiando el mismo punto del mostrador, porque mis manos necesitaban hacer algo. Mi teléfono está muerto desde que Jonathan no cogió ayer la llamada. Y ahora también hay un trozo de periódico arrugado delante de mí, y la cara de Gina me dice que el día aún va a empeorar.

Atraigo el papel hacia mí.

El sueño de Baltimore de un helado de lujo se levanta sobre una pocilga.

Debajo hay una foto de mi local. Pero no de mi local tal como yo lo conozco. Han elegido un ángulo en el que el enlucido parece aún más desconchado, el letrero cuelga todavía más torcido y la grieta junto a la ventana se abre como una herida. A su lado, nítida como una cuchilla, está la heladería de lujo. Cristal, cromo, latón pulido. Dos mundos en una misma página, y el mensaje deja claro cuál de ellos no debería estar allí.

Sigo leyendo, y con cada frase siento más frío.

Equipamiento de otra década. Muy endeudada, un contrato con Baltimore como salvación. Sin aseos, lo que hace preguntarse qué dirá eso de la limpieza del helado. Y después llega la frase que se me clava dentro y ya no sale. Uno se pregunta qué buscaba un hombre como Jonathan Baltimore en un local como este. Y qué encontró allí que ahora nos vende a precios elevados.

Me tiemblan las manos. No mucho. Lo suficiente para que tenga que agarrar el papel con más fuerza.

—No pone mi nombre —digo, y mi voz me suena extraña—. Bueno, no mi nombre completo. Pero todo el mundo sabe de quién hablan. Están mis créditos. Las cifras exactas. ¿De dónde han sacado las cifras de mis créditos, Gina?

—Me da igual de dónde las hayan sacado. —Gina se inclina sobre el mostrador—. Lo que no me da igual es que estén dejando por los suelos tu helado. Tu helado. El mejor de esta ciudad. Escriben sobre la limpieza como si removieras la mezcla dentro de un cubo de basura. —Señala la vitrina, donde reposan las bolas, coloridas y perfectas, en absoluta contradicción con todo lo que las rodea—. Cuidas hasta el último ingrediente. Friegas este local cada noche hasta que te duelen las manos. Y ellos lo convierten en una broma.

—Puede que tengan razón.

—No digas eso. —La voz de Gina se vuelve cortante—. Ni siquiera lo digas en broma.

—No lo digo en broma. —Dejo el periódico—. Mira a tu alrededor, Gina. No se han inventado nada. El enlucido de verdad se cae a trozos. El letrero de verdad está torcido. De verdad tengo tres créditos y uno de ellos está en mora. Solo han fotografiado lo que hay y han retorcido la verdad hasta hacer que parezca una mentira. —Me río, y duele—. Esa es la crueldad. Ni siquiera puedo decir que sea falso.

Y en ese instante mi móvil vibra sobre el mostrador.

Miro por reflejo. Espero, por reflejo, que sea Jonathan. Que por fin me devuelva la llamada, que por fin me explique por qué ha guardado silencio durante cuatro días y ayer no cogió el teléfono. Pero no es un número que conozca. No es ningún número. Solo un mensaje de un remitente que aparece como una cadena de números y letras.

—¿Qué pasa? —pregunta Gina.

—No tengo ni idea. —Pulso sobre él.

El mensaje se carga. Al principio no hay texto, solo imágenes. Documentos fotografiados. Amplío la primera.

Es un membrete que conozco. Baltimore, con la tipografía sencilla que también aparece en la tarjeta de visita negra que sigue junto a mi caja registradora. Debajo hay tablas. Columnas de cifras. Y palabras que me devoran el estómago.

Costes de materias primas. Reducción. Leche industrial en lugar de granja contratada. Aroma idéntico al natural. Estabilizante para una consistencia uniforme en todos los establecimientos. Menos cuarenta por ciento.

Después, el texto bajo las imágenes, con la misma frialdad anónima.

Solo para que sepa lo que planean hacer con su receta. Pregúntele. Lo negará.

Me quedo mirando la pantalla hasta que las letras se difuminan.

Leche industrial. Aroma idéntico al natural. Estabilizante. Quieren convertir el helado de mi abuela en un producto industrial. La vainilla con grano de café que removía el día que nació mi madre. La obra de toda la vida de mi abuela, cuya tradición continúo y amplío. Quieren añadirle un estabilizante para que en Manhattan sepa igual que en Chicago, igual en todas partes, muerto en todas partes.

Y Jonathan lo sabía. Por eso el silencio. Por eso los mensajes cortos y que estuviera tan ocupado. ¿Será por eso el artículo del periódico, para desprestigiar mi producto?

De repente, el móvil pesa demasiado en mi mano.

—Clarissa. —Gina ha rodeado el mostrador. No me he dado cuenta—. Háblame. ¿Qué pone ahí?

Le giro la pantalla. Lee, y su rostro cambia: pasa de la rabia a algo más cauteloso, y eso es casi peor.

—Es suyo —digo—. De su empresa. Su membrete. Sus cifras. —Mi voz está completamente serena, y esa serenidad me asusta más que cualquier temblor—. Ha sabido todo el tiempo que querían destrozar mi receta. Y no ha dicho una sola palabra. Me puso una manta sobre los hombros, me acarició el pelo y me dijo que en su cabeza había silencio cuando yo estaba allí. Y todo este tiempo esto estaba sobre su escritorio.

—Espera. —Gina levanta una mano—. Espera un momento. ¿Quién manda algo así de forma anónima? Eso no es amabilidad. Es alguien que quiere que reacciones exactamente como estás reaccionando ahora.

—¿Importa eso?

—Sí. Importa. —Me agarra del brazo—. Piensa, Clarissa. ¿Quién se beneficia de que leas esto ahora y pierdas los papeles? El artículo, el mensaje, todo el mismo día. Esto está montado. Hay alguien que quiere separaros.

—No cambia las cifras. —Retiro el brazo, con más suavidad de la que siento—. Da igual quién lo haya enviado. Los documentos son

auténticos, Gina. Es su membrete. Es su letra en las anotaciones al margen, la reconozco; he tenido su nota junto a la caja durante días como una idiota enamorada. —Vuelvo a reír, esa risa horrible—. Quizá quien lo ha enviado tenga mil motivos miserables. Pero me ha enviado la verdad. Esa es la diferencia.

Gina calla. Sabe que, cuando adopto este tono, ya no hay forma de llegar hasta mí.

—Es como la primera vez —digo más bajo—. Exactamente como entonces. Me despierto feliz en su cama y luego encuentro los documentos. Solo que esta vez creía que era más lista. Creía que esta vez era de verdad. —Dejo el móvil boca abajo, porque ya no puedo ver las cifras—. Hombres como él no entran en locales como el mío para quedarse. Lo sabía. Lo he sabido todo el tiempo, y aun así me he dejado caer.

Me desato el delantal y lo arrojo sobre el gancho.

—¿Qué haces? —pregunta Gina.

—Voy allí.

—¿Ahora? ¿Así? Estás fuera de ti. Es justo el peor momento. —Se interpone entre la puerta y yo—. Llámalo. Pregúntale. Dale la oportunidad de explicarlo antes de irrumpir allí y decir cosas que no podrás retirar.

—Lo llamé ayer. No cogió. —Agarro mi chaqueta—. Ha tenido cuatro días para explicármelo. Cuatro días durante los que sabía lo que había sobre su escritorio. En vez de eso, me escribió: Buenas noches, caramelo. No va a tener otra oportunidad por teléfono. Quiero verle la cara cuando lo niegue.

—Clarissa. —Gina me coge por los hombros—. Voy contigo.

—No. —Pongo mi mano sobre la suya un instante—. Esto tengo que hacerlo sola. Si estás tú, no puedo. Yo me metí en esto y también voy a terminarlo.

Me mira largo rato y después me suelta, porque me conoce. Sabe que solo uso ese tono cuando ya no hay nada que hacer.

—Entonces llámame —dice—. Después. Da igual cómo termine. Estoy aquí.

Giro el cartel de la puerta hasta que marca Cerrado, en mitad del día, por primera vez en años, y salgo a una ciudad demasiado luminosa para lo que siento.

Mi teléfono suena. Jonathan. ¿Ahora, ahora me llama? No, así no. Ahora puedes ver lo que se siente cuando no hay nadie para ti. Voy a ir a tu oficina y entonces ya veremos.

Ya conozco el camino a Manhattan como la palma de mi mano. Pero esta vez va decididamente en la dirección equivocada, lejos de mi mundo, hacia el suyo, y con cada calle las fachadas se elevan más, hay más cristal y menos ladrillo. Cuando el taxi me deja, el edificio se alza ante mí como la primera vez. La fachada de cristal que refleja el cielo. El vestíbulo, donde mis pasos suenan demasiado fuertes. El ascensor, que sube más deprisa que mi corazón.

Solo que la primera vez quería firmar un contrato.

Esta vez quiero romperlo.

Ralph se levanta cuando salgo del ascensor y abre la boca, pero paso a su lado antes de que pueda decir una palabra. Grita mi nombre y luego lo deja. Él también lo sabe. Todos lo saben. Empujo la puerta de cristal de su despacho.

Jonathan está junto a la ventana, con el móvil pegado al oído y la ciudad extendiéndose muy por debajo de él. Se gira y, durante un instante, uno solo, algo se ilumina en su rostro al verme. Alivio. Como si hubiera estado esperando que llegara.

Después ve mi cara, y el alivio se congela.

—Te llamo luego —dice al teléfono, y cuelga sin esperar respuesta—. Clarissa.

—Dilo. —Me quedo a dos metros de su escritorio de cristal y saco el móvil—. Dime que esto es mentira.

Lo arrojo sobre el escritorio. Se desliza sobre el cristal, con la pantalla hacia arriba, los documentos visibles. Su membrete. Las cifras.

Lo mira. Se le tensa la mandíbula, apenas perceptiblemente, pero ya sé leerle bien el rostro y veo que lo conoce. Que no está sorprendido. Solo descubierto.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta.

Y algo dentro de mí se rompe.

—¿Eso es lo que tienes que decir? —Mi voz se eleva, más de lo que jamás quise elevarla en este palacio de cristal—. No si estoy bien. No qué pone ahí. De dónde lo he sacado. Como si el problema fuera que lo sé y no que sea verdad.

—No es tan sencillo.

—Es un incumplimiento de contrato, Jonathan. Se trata de leche industrial, estabilizante y aroma idéntico al natural en vez de vainilla. No hay nada idéntico a la calidad que debe formar parte del helado de mi abuela. —Lo enumero con los dedos, cada palabra un golpe—. ¿Qué tiene de complicado? Explícamelo. Tengo tiempo. He cerrado mi local, en mitad del día, para escuchar esto.

—Siéntate.

—No voy a sentarme.

—Clarissa. —Rodea el escritorio, y su voz es tranquila, demasiado tranquila, la voz con la que destrozó a Viktor en la gala, y ahora la dirige contra mí—. Déjame explicártelo. Pero no así. No mientras gritas.

—Grito porque tú no has hablado durante cuatro días. —Retrocedo un paso porque no soporto su cercanía, porque todavía huele a madera y calidez y mi cuerpo traidor todavía la ansía—. Cuatro días durante los que eso ha estado sobre tu escritorio. Lo sabías, quizá incluso lo

planeaste. Me dijiste que en tu cabeza había silencio cuando yo estaba allí. En mi cabeza solo hay ruido contigo.

—Sí. —Lo dice sin evasivas, y por un instante espero que ahora llegue algo, algo real, algo cálido—. Sí, lo sabía. El consejo de administración exige los recortes desde el día después de la preinauguración. He pasado dos noches haciendo cálculos para encontrar una solución que deje intacta tu receta. Estoy cerca. Esto —señala mi móvil— es una propuesta que quería el consejo de administración. No es mía. No se ha aprobado.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Vacila. Y esa vacilación es toda la respuesta.

—Nunca —digo por él, porque no es capaz de pronunciarlo—. No pensabas decírmelo nunca. Afecta al contrato entre nosotros, Jonathan. Al helado de mi abuela, a mi calidad, y no has considerado necesario hablarme de este aspecto. No, no hablas conmigo de nada. Ni como socia contractual ni en lo personal. Y me lo tomo como algo personal. Sea lo que sea que hay entre nosotros. No es así como se trata a alguien.

—Quería protegerte. —Le sale demasiado rápido, con demasiada firmeza, y veo que él mismo lo oye, que le incomoda—. Acababas de tener el mejor día de tu vida. No quería que te preocuparas por algo que puedo impedir. No es una traición, Clarissa. Es todo lo contrario.

—Eso es exactamente lo que hiciste la última vez. —Mi voz se quiebra, se vuelve más baja, y me deja sin nada—. Tú decides qué puedo saber. Tú decides de qué tengo que estar protegida. Me excluyes de mi propia vida y lo llamas cuidado. —Niego con la cabeza —. ¿Sabes qué se siente al ser excluida por el hombre al que acabas de entregárselo todo? Se siente como entonces, en el ático. Se siente como si volviera a ser solo una partida en tus cálculos.

—No lo eres. —Se acerca, y por fin está ahí, una grieta en su control; levanta la mano como si quisiera alcanzarme—. Joder, Clarissa, lo sabes. Después de todo lo que ha pasado, lo sabes.

—No. —Retrocedo—. Ya no sé nada. Ese es el problema. Creía que te conocía. Creía que sabía leerte. Y entonces descubro que todo este tiempo solo he leído la página que querías dejarme ver.

Deja caer la mano. Y entonces hace lo peor que puede hacer. Se retrae. Lo veo suceder, veo cómo se cierra la fachada, cómo el calor abandona su rostro y vuelve el cristal, frío, liso e impenetrable. El hombre del traje. El del primer día.

—Bien. —Su voz vuelve a ser uniforme. Profesional—. Entonces dime qué quieres. ¿Quieres salir del contrato? Se puede arreglar. ¿Quieres una garantía por escrito sobre la formulación? La tendrás. Dime tus condiciones.

Y ese es el momento en que dejo de escuchar.

Porque vuelve a hacerlo. En el instante en que lo necesito. Me transforma de nuevo en un acuerdo. Condiciones. Garantías. Una vez me dijo que no tenía vocabulario para esto, y yo lo tomé por sinceridad. Ahora sé que era una advertencia.

—No lo entiendes —digo, y ya no estoy furiosa, solo cansada, infinitamente cansada—. Todo lo relativo al contrato ya está en el contrato. No quiero una garantía, Jonathan. Te quería a ti. No tus cifras, no tus contratos, no tu protección. A ti. Y tú me das condiciones.

—Clarissa.

—El acuerdo se ha acabado. —Cojo mi móvil del escritorio. Mi mano está completamente quieta—. Quédate con tu receta. Quédate con tu leche y tu estabilizante y haz lo que te dé la gana. Yo me bajo. —Lo miro una última vez, y la frase me cuesta más que todo lo que he pagado jamás—. Y lo nuestro también se ha acabado.

No espero respuesta.

Me giro y me voy, y a cada paso hacia la puerta espero que diga algo. Espero que grite mi nombre, que me detenga, que por una vez en su vida no mantenga el control, sino que arriesgue algo. Una palabra.

Una sola palabra, y no sé si me detendría, pero le doy la oportunidad de intentarlo.

No dice nada.

Solo oigo mis propios pasos sobre el suelo pulido y la puerta de cristal cerrándose tras de mí, silenciosa, cara, definitiva. Ralph se levanta cuando paso a su lado, pero tampoco dice nada. En su rostro hay algo que casi parece compasión, y eso es lo que menos soporto. Miro al frente. El ascensor. El vestíbulo. La puerta giratoria, y estoy fuera. Manhattan, una parte de la ciudad que nunca fue mía.

Vuelvo en metro, apretada entre personas que pertenecen a algún lugar, y me agarro a la barra. Este es el punto más bajo de mi vida. La heladería va a cerrar. A Jonathan solo le interesan las cifras. Y estoy en el metro intentando pensar también en algo que no tenga emociones. Porque soy fuerte, porque siempre lo he sido.

Es de noche cuando regreso. El sol está bajo y proyecta largas franjas a través del cristal de mi heladería. El helado sigue en la vitrina porque nadie lo ha comprado. El cartel de la puerta todavía marca Cerrado. Pronto será así para siempre. Después del artículo del periódico y con las deudas, esto no tiene ninguna salida. Tan imposible como que Jonathan y yo estemos juntos.

Me siento en el taburete detrás del mostrador. Está su tarjeta de visita negra, gruesa, pesada y con letras doradas, como una advertencia. Desde el principio fue una advertencia y yo la ignoré. A su lado está su nota, con su letra demasiado ordenada: Ayer no fue negocio. La cojo y la sostengo, y no sé cuánto tiempo permanezco así, mientras la luz de fuera se apaga despacio, el local se oscurece, la vitrina frigorífica zumba y el retrato de mi abuela en la pared me observa.

No he llorado. Ni en su despacho ni en el metro. Soy fuerte. Cuento las facturas y llevo años manteniendo el local a flote, completamente sola. No lloro.

Pero ahora ya no hay nadie que pueda verlo. Solo yo, el retrato de mi abuela y una nota que era una mentira, escrita con una letra demasiado ordenada para ser verdad.

Y, aun así, llegan las lágrimas.

28. Jonathan



Estoy donde estaba cuando ella se ha ido y no me muevo.

La puerta de cristal se ha cerrado hace un minuto, o hace diez, no lo sé. La ciudad se extiende bajo mí, un mar de tejados y calles, y normalmente eso me tranquiliza, esa vista desde arriba, esa distancia. Hoy no. Hoy la distancia es precisamente el problema, y está en todas partes.

Sobre el escritorio de cristal ya no queda nada. Se ha llevado el móvil. Lo único que queda de aquella conversación es la huella de sus palabras en el aire, y no se desvanece.

Y nosotros también hemos terminado.

Debería haber dicho algo. He sentido cómo se formaban las frases, en algún lugar bajo el control. Quédate. Lo siento. Tienes razón. Lo he hecho todo mal. Estaban ahí. Y entonces mi boca ha dicho: —Dime tus condiciones—. He visto cómo se apagaba el último resquicio de esperanza en su rostro. Esperaba que yo pudiera darle algo y no he podido.

Concéntrate.

La palabra surge por costumbre, y no ayuda.

La puerta se abre. Ralph entra. Seguramente ha visto mi cara cuando

ella se ha ido. Me mira con preocupación.

—Jonathan. —Se detiene, con la tableta en la mano, pero no teclea—. ¿Puedo traerte algo? Agua. Café.

—No.

Asiente. No se va.

—El proyecto se ha detenido —digo—. La heladería de lujo. El segundo local, la planificación, todo. Desde este momento. Desmóntalo.

El dedo de Ralph permanece suspendido sobre la pantalla un segundo de más.

—¿Por completo? ¿O queda en pausa?

—Detenido.

—Eso tiene consecuencias. —Lo dice con objetividad, sin reproche, porque esa es su manera de dejarme una puerta abierta por la que no voy a pasar—. La granja ecológica suministraba los productos en exclusiva, con un contrato de dos años. Si paramos, nos quedamos con los volúmenes mínimos de compra. El departamento de construcción ya ha pedido material para el segundo local. Y el consejo de administración... —Hace una pausa—. El consejo de administración preguntará por qué se detiene un proyecto que el día de la inauguración ha alcanzado el doscientos treinta por ciento de las previsiones.

—Pues que pregunten.

—Harán más que preguntar.

—Lo sé. —Por fin me vuelvo de la ventana—. Ocúpate de la granja. Los volúmenes de compra se mantienen, cueste lo que cueste. Que nadie toque esos contratos. ¿Está claro?

—Clarísimo. —Ahora teclea, despacio.

—Y el cálculo alternativo. —Me oigo a mí mismo y no puedo parar—. En el que he estado trabajando. El que mantiene su receta y aun así

conserva el margen. ¿Hasta dónde había llegado?

Ralph levanta la vista.

—No lo sé. ¿De qué sirve eso ahora?

—Si lo termino. Si le demuestro al consejo de administración que se puede hacer sin recortes. Entonces desaparece el motivo por el que se ha ido. Entonces podré enseñarle que su receta está a salvo, negro sobre blanco, y...

Me detengo porque veo la expresión de Ralph.

—Crees que el problema son los cálculos —dice. No es una pregunta —. Crees que si encuentras la cifra correcta, volverá.

—Es un comienzo.

—¿Y la prensa? ¿El artículo? —Desplaza la pantalla—. Sigue ahí. Están llegando consultas. Quieren un comunicado sobre qué pasa con la famosa maestra heladera. Por qué su heladería no es como la nuestra.

La famosa maestra heladera. Hace una semana estaba junto al mostrador de mármol, con un delantal prestado, hablándole a una columnista de su abuela, y toda la sala había dejado de respirar. Ahora es una consulta, un asunto pendiente en la lista de Ralph, un problema que requiere un comunicado.

—No habrá comunicado —digo.

—Interpretarán el silencio.

—No habrá comunicado, Ralph.

Me mira. Y entonces hace algo que quizá solo ha hecho tres veces en todos los años que lleva trabajando para mí. Deja la tableta sobre el escritorio, con la pantalla hacia abajo, y deja de ser mi asistente.

—Te dije que lo descubriría —dice en voz baja—. Hace una semana, en este despacho. Esperaba equivocarme.

—Sé lo que dijiste.

—No se trataba de tener razón. —Vuelve a coger la tableta, porque lo humano le incomoda, igual que a mí—. Te lo digo solo porque te conozco desde hace mucho. Ahora vas a empezar a tratar esto como un error de cálculo. Lo descompondrás, buscarás las causas y aislarás el problema. Y descubrirás que no hay ninguna causa que puedas arreglar con una cifra. —Se dirige hacia la puerta—. Hay cosas que no se pueden solucionar. Solo lamentar. Me temo que esta es una de ellas.

Cierra la puerta tras de sí, sin hacer ruido, y me deja solo con una ciudad de cristal, un proyecto detenido y el eco de una frase que ha acertado demasiado de lleno.

Hay cosas que no se pueden solucionar. Solo lamentar.

Aun así, intento solucionarlo. Porque es lo único que sé hacer. Me siento ante el escritorio y acerco los cálculos. La alternativa en la que he trabajado durante dos noches. La que deja intacta su receta y aun así mantiene el margen. Estoy cerca. Estaba cerca. Miro fijamente las cifras y espero a que mi cabeza las ordene, como siempre hace, a que las columnas encajen en una respuesta.

No encajan en nada.

Solo veo su cara. Me he alegrado de que viniera, y entonces he visto su rostro y todo se ha derrumbado. Pero incluso en aquel instante aún había esperanza en su expresión, la esperanza de que yo no fuera quien soy. Y vuelvo a ver esa película, cómo aquella esperanza se apagaba, paso a paso. Mientras decía lo equivocado de la manera equivocada, porque tengo un vocabulario para todo salvo para el único momento en que importa.

He trabajado dos noches en los cálculos para salvar su receta. Solo he olvidado decírselo. No. No lo he olvidado. Me lo he guardado. Guardarme las cosas es lo único que domino. He pensado que ni siquiera tenía por qué saberlo. O que le presentaría la solución terminada, y ella se emocionaría, me lo agradecería y todo estaría bien. Como si fuera un acuerdo.

David lo ha dicho. Estás tratando esto como un acuerdo. Con ella no funciona.

Dejo las cifras donde están. Por primera vez en mi vida dejo unos cálculos abiertos sobre la mesa, me levanto y me voy.

El ático me recibe como siempre. Frío, perfecto, silencioso. Las ventanas van del suelo al techo, la ciudad se extiende a mis pies y todo está exactamente donde debe estar. Lo he dispuesto así para que nada moleste. Para que nada introduzca el desorden en una mente que necesita orden como otros necesitan aire.

Lo odio. Por primera vez desde que lo compré, odio cada metro cuadrado impecable.

El sofá ante la ventana, donde ella se ha tumbado con la cabeza sobre mi pecho. Aquel momento en que le acariciaba el pelo y algo se expandía en mi pecho, algo que no sabía nombrar. El lugar donde el vestido verde se ha deslizado hasta el suelo. La manta que he echado sobre ella para protegerla. Sigue doblada sobre el respaldo, porque le he dicho al servicio de limpieza que no la tocara. Ni siquiera sé por qué lo he dicho.

Me sirvo algo de beber, pero no lo pruebo. Me quedo junto a la ventana, donde he estado cada noche durante doce años, trabajando. Este lugar con vistas que me daba calma. Que me motivaba. Ver la ciudad con sus luces era poderoso. Y ahora no la veo. Solo es la ciudad, y la ciudad nunca me ha devuelto la mirada.

El móvil vibra. David. No quiero contestar. No quiero hablar con nadie, pero el silencio a solas también es insoportable.

Miro el nombre y dejo que suene una vez, dos, y luego contesto de todos modos, porque ya no sé lo que quiero.

—¿Y? —pregunta. Ni un hola. Va directo al punto en que lo hemos dejado antes—. ¿Has hablado con ella?

—Ha estado conmigo. En mi despacho.

—Bien. ¿Y?

—Se ha acabado. —Oigo lo extrañas que suenan esas palabras—. Tenía en el teléfono los documentos sobre los recortes presupuestarios. Viktor se los ha enviado de forma anónima. Ha venido aquí, y yo... —Me detengo—. Lo he estropeado, David. Le he ofrecido condiciones. Garantías. Estaba allí, quería que simplemente fuera sincero, y yo le he ofrecido un contrato.

Hay una pausa al otro lado. Le oigo soltar el aire.

—¿Quieres que vaya?

—No.

—Jonathan.

—Tengo que pensar. —Dejo el vaso, intacto—. Gracias por preguntar. Pero tengo que pasar por esto solo.

—Eso —dice David— es precisamente el problema. —Y luego, porque me conoce, lo deja ahí—. Llámame si quieres hablar. Da igual cuándo.

Cuelga, y el piso vuelve a quedar en silencio, más silencioso que antes, porque ahora su voz también ha desaparecido.

Me siento en el sofá. En el extremo donde ella no se ha tumbado. Pienso y no llego a ninguna parte, porque lo hago solo. David tiene razón: ese es precisamente mi problema.

He construido un imperio. Centros comerciales en doce países. Puedo comprar empresas antes de que se den cuenta de que están en venta. Puedo pedir un helicóptero como si fuera un taxi. He dedicado toda mi vida a alcanzar una posición en la que nadie pueda quitarme nada. En la que nunca más tenga que quedarme al teléfono oyendo a mi propia madre preguntar si la mentira sobre mí es cierta.

Y esta tarde Clarissa ha entrado en mi despacho y me ha quitado lo único que importa, y no he podido hacer nada para impedirlo. Ni con dinero. Ni con control. Ni con unos cálculos en los que he trabajado dos noches.

Porque nunca se trató de dinero para ella. Porque no se dejaba controlar.

Lo comprendo ahora, aquí, en este piso frío, demasiado grande para una sola persona. No quería una receta salvada. No quería dinero. Solo necesitaba que hablara con ella. Que me pusiera a su lado y dijera que hay un problema y que lo resolveremos juntos. Juntos. La palabra que David ha soltado y que yo he dejado pasar porque no sabía qué hacer con ella.

Aún no lo sé. Eso es lo terrible.

Recorro el piso porque no puedo quedarme quieto. En el congelador encuentro los restos que guardé después de la prueba. Un recipiente de vainilla y grano de café. Cojo una cuchara y lo pruebo. Aunque está frío y duro y el helado no debería comerse así. Ella me ha enseñado que hay que dejarlo reposar un poco. Tiene que respirar, ha dicho. Sabe a ella. A caramelo, aunque no lleva caramelo, a algo que mi mente se inventa porque lo recuerda todo sobre ella. Y aunque el helado ya es viejo, sigue sabiendo mejor que todo cuanto conozco. Solo sus labios saben mejor.

Dejo la cuchara. Durante un instante estoy enfadado, realmente enfadado, pero no con Viktor ni con el consejo de administración. Conmigo mismo. Con el hombre que ha necesitado años para aprender que los cercos de café se limpian enseguida. Pero que no ha aprendido en un solo día a decirle a una persona que la necesita. Que la ama.

He querido protegerla excluyéndola. Me he convencido de que era por su bien. En realidad, solo era lo que siempre es. Control. Me aferro porque creo que, mientras me aferre a algo, nadie podrá quitármelo. Pero ella nunca me ha pertenecido. No es algo a lo que uno pueda aferrarse.

Las personas no son empresas. Cuanto más fuerte aprietas, más deprisa se te escurren entre los dedos. David también lo ha dicho, en el bar, con aquella media sonrisa. He asentido como si lo entendiera. No lo he entendido hasta que la he visto cruzar mi puerta de cristal y no me ha salido ni un sonido.

Me ha esperado. Lo sé. Ha caminado despacio. Cada uno de sus pasos era una pregunta, y esperaba que yo le respondiera. Una palabra mía y quizá se habría dado la vuelta. Pero no sabía cuál era la palabra correcta.

Y he guardado silencio porque mi orgullo era más grande que mi miedo a perderla. Porque hablar habría significado ceder el control, admitir que la necesito. Que sin ella estoy sentado en un ático que parece una tumba con vistas.

Hace rato que ha anochecido. Las luces de la ciudad están encendidas, el mismo dibujo que la noche en que ella estaba tumbada aquí y dijo que no quería estar en ningún otro lugar. No enciendo la luz. Estoy sentado a oscuras en el lado equivocado del sofá y el vaso permanece intacto a mi lado. Por primera vez en años, no tengo la cabeza llena de cifras, planes y próximos pasos.

No tengo nada en la cabeza. Me duele el pecho.

No sé qué hacer. Yo, que siempre sé qué hacer y actúo antes de pensar. He reservado la mejor mesa, he pedido el helicóptero y he arreglado la caja sin preguntar. Todo eso estaba bien y, sin embargo, no era lo correcto. Ahora estoy aquí sentado a oscuras y, por primera vez en mi vida, no tengo un siguiente paso.

Solo el silencio, y su rostro dentro de él, apagándose.

29. Clarissa



No he dormido, y mi cara en el espejo sobre el lavabo parece algo que debería tirarse a la basura.

Ojos hinchados. Nariz roja. El pelo se ha soltado de cualquier intento de orden y no hace más que colgar. He pasado toda la noche sentada en el cuartito de atrás, en esa única estancia que es a la vez salón, despacho y archivo de facturas, y he llorado hasta que no ha salido nada más, y luego he seguido llorando sin lágrimas, que es peor, porque se siente como tener arcadas en seco.

La tarjeta de visita negra sigue delante, junto a la caja. No la he tocado. Ni siquiera he podido levantarme para tirarla a la basura, porque eso habría sido un paso, una decisión, y ya no me quedaban fuerzas para ninguna.

En algún momento, hacia las tres, mi cabeza ha empezado a hacer cuentas, porque eso es lo que siempre hace cuando estoy hundida. Las facturas atrasadas. El préstamo que este mes no puedo pagar. El artículo del periódico, después del cual ningún banco del mundo volverá a prestarme ni un céntimo. Los aseos para clientes que sigo sin tener. El plazo del ayuntamiento. Sin el contrato con Baltimore, la tienda está acabada, y el contrato ahora está tan muerto como todo lo demás. Me he quedado sentada sumando mi existencia en una

columna, y al final salía un cero, y he vuelto a llorar porque ya ni siquiera sabía si lloraba por el hombre, por la tienda o por ambos.

Llaman a la puerta de entrada. No quiero moverme. El cartel dice cerrado, y así seguirá hoy.

—Soy yo —grita Gina, y enseguida asoma la cabeza. No había cerrado la puerta con llave. Pero cualquiera que vea el cartel sabe que aquí dentro no hay nada. Gina, por supuesto, entra siempre. Lleva una bolsa de papel en la mano que huele a mantequilla—. He traído cruasanes. Y café. Y no he dormido ni media noche porque no me has llamado, aunque prometiste que lo harías.

—No he podido.

Me mira. Su rostro hace eso que hace cuando se traga la broma que ya tenía a medio salir.

—Ay, cariño —dice en voz baja.

Y eso es lo que vuelve a derrumbarme. No está enfadada ni me reprocha nada. Solo sale un suave: ay, cariño.

Deja la bolsa, acerca la segunda silla, la de la pata coja, y se sienta frente a mí, tan cerca que nuestras rodillas se rozan. Me pone un vaso de café entre las manos. Lo sostengo sin beber, solo por el calor.

—Entonces, ¿vuestra reunión de ayer no ha ido bien?

—Podría decirse así. —Tengo la voz ronca de tanto llorar—. Fui allí. Le tiré los documentos. Admitió que lo sabía. Que lo había sabido todo el tiempo. Y entonces me ofreció garantías. Como si yo fuera una socia comercial cualquiera que quisiera renegociar. —Me río, y suena bastante horrible—. Yo estaba allí, con el corazón completamente roto, y él me ofreció una garantía de la receta por escrito.

—Qué idiota.

—No lo es. Eso es lo peor. —Dejo el vaso en el suelo porque me tiemblan las manos—. No es un idiota, Gina. Es solo que... es así. Así es como funciona. Resuelve los problemas con dinero, papeles y control, porque no conoce otra cosa. Y yo fui tan estúpida como para

creer que había visto algo diferente. A ese hombre que me pone una manta encima y me cuida. Que me acaricia el pelo y dice que su cabeza se queda en silencio cuando estoy cerca.

—Puede que ambas cosas fueran reales.

—Puede que nada lo fuera. —Subo las piernas a la silla, me hago pequeña—. Puede que desde el principio solo fuera eso. Un bonito detalle. Sencillez para su imagen. La chica del Bronx que hace que su fría fachada parezca humana. Me utilizó para ampliar su imperio con helado. Y cuando se volvió incómodo, me apartó como una factura que se paga más tarde.

Gina no dice nada enseguida. Parte un cruasán en dos y me da una mitad. Aunque sabe que no voy a comer nada, de todos modos me deja una mitad en la mano. Me cuida.

—¿De verdad crees eso? —pregunta entonces—. ¿Que nada fue real?

—Ya no lo sé.

—Sí que lo sabes. —Se inclina hacia delante—. Voy a hacerte una pregunta, y quiero que pienses con sinceridad antes de responder. No con la rabia. Con la cabeza. —Espera hasta que la miro—. ¿Te ha mentido alguna vez? Directamente. A la cara. Una mentira de verdad.

Quiero decir que sí de inmediato. Ya lo tengo en la punta de la lengua, caliente y desafiante. Claro que lo ha hecho. Me ha utilizado. Me ha engañado. Ha dicho lo que le interesaba y, aparte de eso, estaba aquel silencio. Eso es como mentir.

Pero Gina me mira de tal manera que me contengo y de verdad lo pienso.

Lo repaso todo. El primer día, cuando entró en la tienda y dijo que quería hablar de la calidad de mi helado. Era cierto. La noche en el ático. Después de que por la mañana encontrara los documentos sobre el escritorio y le pidiera explicaciones, dijo que la noche no había estado planeada. No le creí. Pero no mintió, eso lo sé hoy. En la gala, cuando le pregunté por qué hacía todo aquello, dijo que era bueno para el negocio, y vi lo vacío que sonaba. En cierto modo,

aquello sí fue una mentira, para mí y para sí mismo, porque quería creerlo. Pero fue una evasiva, no una mentira deliberada. Y ayer, en su despacho, cuando le pregunté si lo sabía. Podría haberlo negado. Habría sido lo más fácil del mundo: no, no sabía nada, alguien te ha enviado documentos falsos.

Dijo que sí.

—No —digo, y la palabra se siente como una traición a mi propia rabia —. Nunca me ha mentido. Me ha ocultado cosas. Ha omitido información. Me ha dejado fuera. Pero cuando le he preguntado directamente, nunca... —Trago saliva—. Ayer podría haberlo negado. Habría sido tan fácil. Y simplemente dijo que sí.

—Eso marca una diferencia —dice Gina en voz baja.

—¿La marca? Que te dejen fuera se siente igual que si te mintieran. Se lo dije ayer. Duele igual.

—Se siente igual. Pero no es lo mismo. —Me pone la mano sobre la rodilla—. Un hombre que miente quiere engañarte. Un hombre que oculta algo suele tener miedo. Eso no lo mejora, Clarissa. Pero lo convierte en algo distinto.

—¿Por qué le defiendes?

—No le defiendo. —Me aprieta la rodilla—. Te defiendo a ti. Porque te conozco desde hace treinta años. Si ahora te convences de que todo fue mentira, te estarás construyendo una historia con la que podrás dormir tranquila. Pero no es tu historia. La tuya es más complicada. La tuya duele más. Porque en tu historia hubo algo real y, aun así, tienes que dejarlo ir.

—¿Crees que hay una explicación? —pregunto—. ¿Para los documentos? ¿Para el silencio?

—Creo que siempre hay una explicación. La pregunta es si basta.

Miro el retrato de la abuela en la pared. Me devuelve la mirada. Pero no dice nada, y a veces desearía que pudiera decir algo. Que aún estuviera aquí y pudiera ayudarme.

—Da igual —digo—. Aunque haya una explicación. Aunque de verdad tuviera buenas intenciones. No puedo estar con un hombre que me excluye cuando las cosas se ponen difíciles. Que decide qué puedo saber y qué no. Que me protege, quiera yo o no. Llevo años decidiéndolo todo sola, Gina. Cada factura, cada sabor de helado, cada maldito día. No quiero estar en una relación en la que vuelva a ser una niña a la que no se le permite decidir nada.

—Es comprensible.

—Lo sé. Y me lo he repetido toda la noche. Es lo correcto y lo sensato.

Y entonces, más bajo, tan bajo que apenas me oigo a mí misma:

—Y aun así lo quiero.

Se me escapa antes de que pueda contenerlo. Mi boca dice lo que tengo en el corazón. Mi cabeza aún no ha llegado hasta ahí y, de pronto, la verdad está en mitad de la mesa. Aquí, en el cuartito de atrás, entre los cruasanes y las facturas. Y esa verdad es demasiado grande para esta habitación tan pequeña.

—Lo sé —dice Gina.

—No quiero quererlo. Tengo todos los motivos para no hacerlo. Y, aun así, lo hago, y eso es lo peor de todo. —Me paso el talón de la mano por los ojos, aunque hace rato que ya no sale nada—. ¿Cómo puedo querer a alguien que me hace esto? ¿Qué me pasa?

—No te pasa nada. —Gina se acerca más y me rodea con un brazo. Me dejo caer contra ella porque estoy demasiado cansada para ser fuerte.

Mientras descanso sobre su hombro, vuelven las imágenes, sin que las llame. Como han hecho toda la noche. La cocina de pruebas, cuando le estampé helado en su camisa cara y se quedó inmóvil durante un segundo. Luego me lo devolvió, hasta que ambos acabamos sin aliento, riendo entre los restos. El helicóptero, con su rodilla junto a la mía. Cómo prueba la leche fresca y hace una mueca como un niño. El momento de la preinauguración, cuando le coloqué bien la corbata.

Era como si hiciera aquello cada mañana. Su ático, cómo su respiración se detuvo un instante. El sofá, los latidos de su corazón contra mi mejilla, demasiado rápidos para un hombre al que todo le da igual.

Eso fue real. Sé que fue real. No se puede fingir un latido así ante alguien.

Y precisamente eso lo hace imposible. Si fuera un mentiroso, un farsante, podría odiarlo y seguir adelante. Pero es un hombre que fue real y, aun así, guardó silencio. No sé qué hacer con una verdad que duele y es hermosa al mismo tiempo.

—Te has enamorado —dice Gina en mi pelo—. Esto no es una factura que tenga que cuadrar. Hay cosas en la vida que no se pueden calcular.

La frase me golpea en pleno pecho. Ya la había dicho una vez, la noche en que todo empezó. Jonathan, con su traje a medida, acababa de salir de mi tienda. Yo sostenía su tarjeta de visita en la mano. Hay cosas en la vida que no se pueden calcular, simplemente hay que confiar. Entonces me resistí. Dije que yo lo calculaba todo. Que tenía que hacerlo, porque nadie más lleva las cuentas.

Y entonces confié una vez en mi vida. Y mira adónde me ha llevado.

—Confiar me ha metido en esto —digo.

Gina no responde enseguida. Me acaricia la espalda, despacio, como se tranquiliza a un niño.

—Puede ser —dice al fin—. O quizá la historia aún no ha terminado y estás decidiendo el final mientras estás sentada en medio de ella, sin haber podido dormir.

Se queda todo el tiempo que puede. Recoge los vasos de café y deja los cruasanes sobre la mesa. Guarda silencio y finge no darse cuenta de que todavía sostengo en la mano la mitad del cruasán, intacta. Entonces mira el reloj y su rostro adquiere una expresión de disculpa.

—Tengo que ir a trabajar. Otra vez llego tarde. —Se pone la chaqueta vaquera—. ¿Quieres que vuelva esta noche? Traeré vino. O sopa. O las dos cosas.

—Vete. —Intento sonreír, y me sale fatal—. Gracias. Por los cruasanes. Por todo.

Me abraza fuerte, como me abrazó cuando murió mi abuela. Luego se convierte en un torbellino a la inversa y desaparece. La puerta se cierra, y la tienda vuelve a quedar en silencio.

Me quedo sentada en el cuartito de atrás. Fuera es media mañana, la gente pasa, la vida sigue como si no hubiera ocurrido nada, y eso es lo absurdo de un día así. Que el mundo no se detiene solo porque el mío acaba de desmoronarse.

En algún momento cojo el móvil. Lo apagué ayer por la noche porque ya no soportaba el zumbido. Ahora pulso el botón, la pantalla se ilumina y lo veo.

Catorce llamadas perdidas.

Todas de él. Jonathan Baltimore. Entre ellas hay mensajes cuyo comienzo puedo leer en la pantalla bloqueada. Por favor, coge el teléfono. Tengo que decirte algo. No se trata del negocio. Clarissa, por favor.

Mi pulgar flota sobre su nombre. Solo tendría que pulsarlo y oiría su voz. Pulsar un botón, y sabría si Gina tiene razón. Si la historia aún no ha terminado. Si hay una explicación que basta.

Estoy tan cansada. He llorado toda la noche y ya no me quedan fuerzas para ser fuerte, y precisamente por eso no puedo ceder ahora. No así. No siendo el naufragio que soy en este momento. Me desharía al oír su voz, como el papel pintado que se despega de la pared.

Dejo el móvil sobre la mesa. Con la pantalla hacia abajo. Para no volver a ver su nombre ni sentir el zumbido si llama una vez más.

Luego apoyo la cabeza sobre los brazos, entre las facturas, y cierro los ojos. Por primera vez desde ayer por la tarde, ya no hay rabia. No hay lágrimas, solo un gran silencio vacío en el que pende una única pregunta.

¿Y si dice la verdad?

30. Jonathan



He llamado catorce veces, y catorce veces ha sonado, pero no ha contestado. Hasta que, en algún momento, ha dejado de estar localizable.

Son poco más de las ocho de la mañana. No he dormido. Sigo sentado en el sofá, con la misma ropa de ayer. Mi vaso continúa allí, intacto. Fuera amanece como si no hubiera pasado nada. He pasado la noche desmenuzándolo todo, tal y como predijo Ralph. Buscando causas, aislando el problema, construyendo una solución. Y he acabado justo ante el muro contra el que él me puso. No hay cifra que pueda arreglarlo.

Miro el móvil. Su nombre. Clarissa Weston. Está ahí, como una cita oficial en mi calendario. Solo que esta cita no va a celebrarse. Todo profesional, todo negocios. Pero no es un negocio, por muchas veces que lo haya dicho. Clavo la mirada en el nombre y en el botón que hay al lado, con el que podría volver a intentarlo. Sé que no sirve de nada. Otra llamada no cambiará nada. ¿Qué haría si consiguiera hablar con ella? Ni siquiera sabría qué decirle.

Entonces hago algo que casi nunca hago.

Pido ayuda.

Marco el número de David. Esta vez soy yo quien llama, y esta vez no

espero a que me cale. Se lo digo directamente.

—Necesito tu consejo.

Al otro lado se hace el silencio. Solo un segundo. Pero conozco ese silencio. Es el mismo con el que espera durante el squash a que yo cometa el primer error. Solo que esta vez no espera para ganar.

—Repite eso —dice—. Creo que la conexión iba mal. Ha sonado como si Jonathan Baltimore acabara de pedir consejo.

—David.

—Te escucho. De verdad. Es solo que me he caído redondo un momento.

La burla desaparece tan rápido como ha llegado.

—Catorce llamadas. Ahora tiene el móvil apagado. No consigo llegar hasta ella, David. Se ha ido y no sé qué hacer. Y, aunque lograra hablar con ella, no sabría qué decirle.

—¿Qué quieres decirle?

Y ahí está la pregunta que no me he hecho en toda la noche, porque en lugar de eso he estado haciendo cálculos. ¿Qué quiero decirle? No ofrecerle. No garantizarle. Decirle.

—Que no era un negocio.

La voz me sale áspera. Me pongo de pie porque sentado no consigo decirlo.

—Que nunca fue un negocio. Se lo dije en la gala: que era bueno para los negocios. Me oí mientras lo decía, y sonó vacío. Me mentí a mí mismo y le mentí a ella porque no lo entendía. Convertí en una mentira lo único que era real.

—Di la palabra, Jonathan.

Sé a cuál se refiere. Nunca la he dicho en voz alta. Ni a ella, ni a él, ni a mí mismo. La digo junto a una ventana en el piso ochenta y tres, a

un amigo por teléfono, porque he sido demasiado cobarde para decírsela a la mujer que necesitaba oírla.

—La quiero.

Sale de mí, y el mundo no se derrumba. La ciudad sigue extendiéndose y viviendo bajo mis pies. El vaso continúa allí, intacto. Pero algo en mi pecho, que llevaba días demasiado constreñido, se afloja un poco.

—La quiero, David. Nunca se lo he dicho porque pensaba que era mejor demostrárselo. Ayudándola y haciéndole regalos en su heladería. O cumpliendo sus deseos en la nueva heladería de lujo. Y ella solo ha estado esperando tres palabras que yo era demasiado orgulloso para pronunciar.

—Eso es —dice David en voz baja—. No ha sido tan difícil.

—Ha sido horrible.

—Lo sé. Por eso cuenta.

Miro la ciudad; en algún lugar ahí abajo está Clarissa.

—Pero no basta, ¿verdad? Esas palabras. Ayer estaba en mi despacho y me miró como si me viera de verdad por primera vez. Y lo que vio fue al hombre que le ofrece contratos. No puedo limitarme a llamar y decirle que la quiero, y que todo está bien.

—No —dice David—. No puedes. Porque no se trata de la palabra. Se trata de lo que hay detrás de ella.

Oigo ese tono que adopta cuando se pone serio.

—Escúchame, Jonathan, porque solo voy a decirte esto una vez. Tu problema nunca ha sido que no la quieras. Tu problema es cómo quieres. Quieres resolviendo cosas. Solo. Desde las sombras. Construyes la solución y se la pones delante como si fuera un contrato, y luego te sorprende que se sienta como una socia en vez de querida.

—Quería protegerla.

—Sé lo que querías. Pero, desde fuera, proteger y excluir parecen lo mismo. Y ella solo ha visto lo de fuera. No sabe qué haces tú ni qué hacen los demás. El problema de los recortes. Lo que quiere hacer el consejo de administración con la leche y todo ese asunto. ¿Lo has resuelto?

—Casi. Tengo un cálculo alternativo. Aún necesito uno o dos días. Entonces estará listo y podré demostrarle al consejo de administración...

—Para.

Lo dice con brusquedad.

—¿Te estás escuchando? Ya lo estás haciendo otra vez. Quieres resolverlo todo y luego presentarle el resultado. Limpio, listo para firmar. El gran Baltimore, que ha eliminado el problema con sus cálculos él solo.

No digo nada porque tiene razón, y los dos lo sabemos.

—No lo resuelvas por ella —dice David—. Resuélvelo con ella. Ve a verla sin una solución terminada, sin contrato, sin garantías. Ve a verla y dile que hay un problema y que aún no sabes exactamente cómo resolverlo, pero que quieres resolverlo con ella. Esa es la diferencia entre un trato y una relación, Jonathan. En un trato llevas la oferta terminada. En una relación te llevas a ti mismo y aún no lo sabes todo.

—¿Y si no quiere?

—Al menos lo habrás hecho bien.

Su voz se suaviza.

—Pero creo que sí quiere. Os vi en la preinauguración. Así no mira una mujer a un hombre al que va a olvidar después de una semana. No se ha ido porque no te quiera. Se ha ido porque te quiere y tiene miedo de que no sea real. Eso puedes arreglarlo. Pero no con dinero. Contigo.

—Entonces tengo que ir a su heladería.

—Sí, ese es el camino correcto —confirma David—. Estás sentado en tu torre de cristal llamándola, en vez de ir una vez hasta allí. ¿Te das cuenta?

No con dinero. Contigo.

Miro hacia la ciudad y algo se ordena en mi cabeza. No es un cálculo. Es otra cosa. Un camino que no tiene nada que ver con números y sí todo que ver con ella.

—David.

—¿Sí?

—Gracias. Tengo que colgar.

—Jonathan.

Dice mi nombre antes de que lo haga yo.

—Sea lo que sea que estés planeando ahora, prométeme que no volverás a hacerlo todo por tu cuenta para acabar entregándole un sobre cerrado.

—No.

Y lo digo en serio.

—Esta vez no.

Cuelgo y marco enseguida el siguiente número. Ralph contesta al segundo tono.

—Jonathan.

—Ralph. La granja ecológica. La granja contratada que nos suministra.

Hablo deprisa porque por fin lo veo claro, porque la niebla se ha disipado.

—Quiero comprarla. Entera. No como proveedor. En propiedad. Averigua cuánto cuesta.

Una pausa. Casi puedo oír su dedo deslizándose sobre la tableta.

—La granja es de propiedad familiar. No sé si querrán vender, pero sería posible hacerles una oferta.

Habla más despacio, con cautela.

—¿Puedo preguntar cuál es el propósito? Has detenido el proyecto. La adquisición de la granja supone una inversión considerable en un proyecto que ya no existe. ¿Cómo piensas presentar una compra de ese volumen al consejo de administración?

—El consejo de administración no decide esto.

—Una inversión de ese volumen no será posible sin una decisión del consejo de administración. Habrá un enfrentamiento.

—Entonces habrá un enfrentamiento.

Noto lo tranquilo que estoy. Más tranquilo que en los últimos días.

—Escúchame, Ralph. La granja garantiza la calidad. Es independiente de la empresa e independiente del consejo de administración. Independiente de cualquiera que quiera mezclar leche barata y estabilizante. Si la granja me pertenece, me pertenece la base, y nadie podrá volver a tocar la receta de Clarissa. Ni el consejo de administración. Ni los inversores. Nadie.

—Quieres comprar la granja a título privado.

—La compraré a título privado. Con mi dinero, no con el de la empresa. El consejo de administración puede irse a la mierda.

Nunca había dicho esa frase. No en todos los años durante los que el consejo de administración ha decidido. Se siente como una ventana que se abre en una habitación cerrada durante demasiado tiempo.

Ralph guarda silencio un momento. Y entonces oigo algo que casi nunca le oigo. Algo parecido a una sonrisa en la voz.

—Me pondré inmediatamente en contacto con los propietarios. Es la primera decisión en una semana en la que no suenas como si aún tuvieras que calcular durante mucho tiempo.

—Ya no calculo, Ralph. Actúo.

Cuelgo y permanezco un momento junto a la ventana. Entonces entiendo a qué se refería David. Ahora lo entiendo de verdad. La granja no es la solución. No es la oferta terminada que le pongo en las manos para que se emocione y me lo agradezca. Si hiciera eso, volvería a ser solo un trato.

La granja es otra cosa. Es el suelo sobre el que podríamos apoyarnos. Un lugar donde su receta estará a salvo, para siempre. La granja nos da independencia de todos los trajes grises. Pero qué saldrá de ello, qué haremos con ello, no lo sé. No puedo decidirlo yo solo. Esa es precisamente la cuestión. No compro una solución. Compro una posibilidad, y no pondré esa posibilidad sobre una mesa como si fuera un contrato. Se la mostraré. Y después nos preguntaremos juntos qué hacer con ella.

Juntos. Por fin sé qué hacer con esa palabra.

Me ducho en pocos minutos y me visto. No cojo el traje azul marino con el que parezco un hombre que quiere tratar negocios. Elijo algo sencillo. Algo con lo que parezco un hombre que tiene algo que decir.

El chófer espera abajo. Le digo la dirección, aunque hace tiempo que la conoce.

El trayecto al Bronx dura demasiado y demasiado poco al mismo tiempo. No sé si estará allí. No sé si me dejará entrar. No sé si me cerrará la puerta en las narices, y me lo tendría merecido. No tengo ningún cálculo para esto, ni cifras ni plan de emergencia. Solo tres palabras que he retenido demasiado tiempo y una granja que no llevo como un contrato, sino como una pregunta.

Las calles se vuelven más pobres, las fachadas más bajas, el cristal deja paso al ladrillo. Su mundo se acerca, manzana a manzana. Y entonces llegamos.

Su heladería está allí, como abandonada. La fachada desconchada que el periódico describió como una ruina. En la puerta cuelga un cartel. Cerrado. Pero al fondo hay una luz encendida. Allí donde está la trastienda. Y mi corazón hace algo que el corazón de un hombre controlado no debería hacer.

Está allí.

Bajo del coche. Mi mano está tranquila cuando llamo. Todo lo demás en mí no lo está. Golpeo el cristal y el tiempo se detiene. No estoy seguro de que vaya a venir.

Tarda. Entonces algo se mueve al fondo y ella avanza despacio. Se detiene al verme a través del cristal. Tiene el rostro hinchado y los ojos rojos. Incluso en este momento, aun así, es la mujer más hermosa que he visto jamás. No se mueve. No abre. Solo me mira a través del cristal, con un rostro que no sabe si abrir la puerta o esconderse.

Levanto las manos. No hay papeles en ellas. Ni sobre, ni contrato, nada. Solo mis manos vacías.

—Sé que he metido la pata —digo, lo bastante alto para que mi voz atraviese el cristal—. He hecho mal todo lo que podía hacer mal. No tienes que perdonarme. No tienes que hacer nada.

Trago saliva.

—Pero ¿puedo enseñarte algo?

31. Clarissa



Estoy sentada a su lado en un coche que me aleja de mi mundo, y aún no sé por qué he dicho que sí.

Quizá por sus manos vacías. Sin papeles, sin sobre, sin contrato. Solo un hombre al otro lado de mi ventanilla que ha admitido haber metido la pata y no ha pedido más que poder enseñarme algo. Quizá porque estaba demasiado cansada para decir que no. Quizá porque no he dormido en toda la noche y no he dejado de hacerme una pregunta. ¿Y si dice la verdad?

Apenas hemos hablado durante el trayecto. Ha dicho que era una sorpresa. La ciudad ha quedado atrás, luego los barrios residenciales, después las carreteras se han ido estrechando cada vez más, hasta que a ambos lados no ha habido más que campos y un cielo demasiado grande para alguien que ha pasado su vida entre paredes de ladrillo.

Lo miro y veo que él me está mirando. Tiene el aspecto de no saber qué decir. Como si no tuviera nada a lo que aferrarse. Lo miro y quiero estar enfadada con él, pero mi cuerpo no quiere saber nada de eso. Mi corazón late y mi cuerpo ansía su contacto.

Pero mi cabeza no deja de discutir durante todo el viaje. Una voz, la vieja, la que hace cuentas y no confía en nadie, dice: bájate, esto vuelve a ser una puesta en escena. Un hombre como él te construye

un decorado para ablandarte, igual que el vestido, la gala y el champán. Y la otra voz, más baja, solo me tranquiliza con una cosa. Tenía las manos vacías. No llevaba ningún contrato. Un hombre que quiere vender algo viene con papeles. Jonathan ha venido con las manos vacías.

Ahora el coche se detiene, bajo, y durante un instante me olvido de estar enfadada.

Es la granja. La granja ecológica en la que estuvimos una vez, en helicóptero, una tarde que parece pertenecer a otra vida. Los árboles frutales, los pastos, el establo a lo lejos. El aire huele a hierba, a tierra y a algo dulce que no sé nombrar, y sobre todo se extiende un silencio que no tiene nada que ver con el silencio de mi heladería vacía. Este está lleno. Lleno de vida, de viento, de pájaros.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunto. Es lo primero que digo en horas.

Jonathan está a mi lado, con las manos en los bolsillos. No me mira a mí, sino a los campos. Y entonces hace algo que nunca había visto hacer a nadie. Busca las palabras y me deja observar cómo las busca.

—He pasado media noche pensando cómo decirte esto —empieza—. Incluso había empezado a escribirlo. Frases que sonaran bien. Y luego lo he roto, porque ese era precisamente el problema. Volvía a preparar algo, en vez de limitarme a hablar. —Exhala—. Pero no sé si puedo hablar así, sin más. No es fácil, pero quiero hacerlo. Y no será perfecto.

—Habla.

—Nunca he revelado tu receta, Clarissa. Ni una sola vez. Los documentos que recibiste son las exigencias que el consejo de administración me ha planteado. Recortes, leche barata, aromas. He pasado dos noches haciendo cálculos para encontrar una manera de que tu receta permaneciera intacta. He luchado. Pensaba que era un problema mío y de la empresa. No quería cargarte con ello, y ese fue el error. —Por fin se vuelve hacia mí—. No te he traicionado. Te he protegido mal. Te he dejado al margen y lo he llamado cuidado. Ahora

entiendo que eso se siente igual que una traición. Pero no lo ha sido. Tienes que creerme, o no. Pero es la verdad.

Me quedo ahí de pie, y dentro de mí suceden dos cosas a la vez que no encajan.

Está el alivio. Llega tan de repente y con tanta fuerza que por un momento se me aflojan las rodillas. No me ha vendido. No ha revelado mi receta. La imagen que me he pintado durante toda la noche. Jonathan, Jonathan, el hombre calculador que me utiliza y luego me abandona. No es verdad. Nunca lo ha sido.

Y está la rabia. Porque el alivio no deshace lo ocurrido.

—Me has dejado a oscuras y no has hablado conmigo —digo, y me tiembla la voz—. Te has tumbado a mi lado, me has acariciado el pelo y sabías que tenía un hacha suspendida sobre la cabeza. Y no has dicho nada. He tenido que enterarme por un remitente anónimo que lo ha presentado de tal forma que me ha destrozado. ¿Sabes lo que se siente? ¿Que un desconocido sepa más de mi vida que yo?

—Sí —dice en voz baja—. Lo sé. Y lo siento. No es una frase hecha. Lo siento de verdad.

Es la primera vez que le oigo decirlo: lo siento. No lo dice evasivamente, ni envuelto en un acuerdo. Lo dice sin más, desnudo, con los brazos caídos.

—¿Y la granja? —pregunto, porque sigo sin entender por qué estamos aquí, entre árboles frutales, en vez de aclarar esto en un despacho—. ¿Qué tiene que ver todo esto con ella?

Mira a su alrededor, los pastos, el establo, el cielo. Luego me mira a mí, y en sus ojos grises ya no hay nada frío, nada de aquel lago invernal. Solo algo desnudo y desprotegido que me asusta porque es real.

—La voy a comprar —dice—. La granja. Con mi propio dinero, no con el de la empresa. Si la granja es mía, nadie podrá volver a tocar tu receta. Ni leche barata, ni estabilizante, ni un consejo de

administración que reduzca la calidad a cifras. La base estará a salvo. Para siempre.

Algo dentro de mí se contrae, desconfiado. —Así que otro regalo. Otra cosa que resuelves tú y por la que yo debo estar agradecida.

—No. —Lo dice deprisa, casi asustado—. No, eso es precisamente lo que no quiero que sea. Escúchame, porque esta es la parte que no he sabido cómo decir durante todo el trayecto. —Da un paso hacia mí y yo no retrocedo—. No quiero comprar la granja para mí. No quiero comprarla para ti, entregártela y quedarme tan tranquilo. No tengo un plan cerrado, Clarissa. Por primera vez en mi vida estoy ante algo importante y no tengo un plan cerrado. Solo tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Que sea nuestra. De los dos. No mía, dándote algo. Nuestra. —Su voz se vuelve áspera—. No sé qué aspecto tendría eso. Si quieres producir aquí, si quieres conservar tu tienda, si lo hacemos de una manera totalmente distinta. No he hecho cálculos, porque sería un error. No quiero decidirlo yo solo y luego enseñártelo. Quiero decidirlo contigo. Juntos. Paso a paso. Aunque eso signifique no tener el control, y Dios, eso me asusta más que cualquier otra cosa.

Apenas puedo respirar. El viento acaricia los pastos y, en algún lugar, un animal bala. Estoy ahí de pie, escuchando a un hombre que posee un imperio y me dice que quiere renunciar al control. Por mí.

—¿Por qué? —susurro—. ¿Por qué haces todo esto?

Y entonces lo dice. Sin rodeos, sin palabras de protección, sin nada empresarial antes ni después.

—Porque te quiero.

Palabras sencillas. Solo esas. Y no me golpean como un puñetazo, sino como algo que llevo semanas esperando. Aun así, no creía que fuera capaz de decírmelas. Los ojos me escuecen al instante. Lo odio, porque ayer lloré toda la noche y pensaba que no me quedaba nada. Y, sin embargo, vuelven a brotar las lágrimas.

—No puedes decirlo así, sin más —consigo articular—. Ahora no. No después de no haberme dicho ni una palabra.

—Lo sé. Pero aun así lo digo. Porque he tardado demasiado en decirlo y porque mereces saberlo. —Levanta una mano despacio y la deja suspendida en el aire, como si pidiera permiso—. Creía que era mejor demostrártelo. Con una caja registradora que se abre. Con un frigorífico que no hace ruido. Con una heladería diseñada a tu gusto. Ese es mi lenguaje, y no conocía las palabras para expresarlo. Pero tú necesitabas las palabras, y yo no podía dártelas. Pero aún más difícil que decirlo era el miedo a perderte. Te quiero, Clarissa.

Y eso es lo que me derrumba. No la confesión. Que haya comprendido su propio lenguaje. Que sepa lo que ha hecho y por qué no ha bastado.

—Yo también te quiero —digo, y la voz se me quiebra a mitad de la frase—. Lo pensé aquella noche en el sofá. Lo tuve clarísimo: esto es real. Esto es amor. Y no lo dije porque tenía miedo de que se rompiera al pronunciarlo. Así que los dos hemos sido cobardes. Los dos hemos callado demasiado tiempo lo más importante.

Lo miro, a este hombre de ojos grises y labios demasiado carnosos para tanta frialdad. Una frialdad que no es tal, sino solo un muro, como el mío. Y me oigo decir lo más sincero que he dicho en días.

—No sé cómo dejar de quererte —susurro—. Lo he intentado toda la noche. No puedo.

Da el último paso hacia mí y yo no retrocedo. Su mano se posa sobre mi mejilla. Está cálida, y me inclino hacia ella antes de que mi cabeza pueda opinar. Me besa, y sabe a sal porque estoy llorando. Por primera vez desde ayer hay silencio en mi cabeza. Sienta bien. Se siente bien.

Cuando nos separamos, me sujeta la mano y echamos a andar. Así, sin más, sin rumbo. Caminamos por un sendero entre los árboles frutales.

—Cuéntame tu idea —digo—. Esa que no tienes.

Se ríe con su risa auténtica y breve. —No tengo ninguna. Ese es el quid de la cuestión.

—Entonces invéntate una. Conmigo. Ahora. —Le aprieto la mano—. Así es como funciona. Si vamos a hacerlo juntos, empieza a pensar en voz alta. Aunque no esté acabado.

Me mira y veo lo difícil que le resulta. Es un reto pensar en voz alta sin conocer la respuesta final. Y aun así lo hace.

—La granja seguirá produciendo —dice despacio, tanteando las palabras—. Tal como está. La familia que la lleva conoce esta tierra mejor que ninguno de nosotros. No quiero echarlos, quiero que se queden. Quizá montemos aquí un pequeño obrador. Tu receta, tu calidad, con ingredientes de verdad directamente de los pastos. Pero luego está, claro, tu tienda del Bronx, a la que tienes tanto cariño. El lugar donde empezó todo.

—¿Y la heladería de lujo? ¿Tu consejo de administración?

—El consejo de administración tendrá su helado, a mejor precio. Solo si acepta la calidad. Ahora que la base nos pertenece, no tiene elección. Y si no quiere, pues no. —Se encoge de hombros, y es el movimiento más ligero que le he visto hacer jamás—. He pasado muchos años construyendo un imperio, Clarissa. También puedo vivir con una granja y una heladería. Quizá incluso mejor. Ya habrá alguien más interesado.

Me detengo en mitad del sendero y pienso. Entonces se me ocurre una idea y me sale disparada antes de que haya terminado de pensarla, como siempre me pasa.

—La prensa.

Frunce el ceño. —¿Qué pasa con la prensa?

—Han escrito un artículo que ha dejado mi heladería como un cuchitril. Han afirmado que mi helado es basura barata en una tienda sucia. Y tú quieres escabullirte en silencio de tu consejo de administración y comprar discretamente una granja. —Niego con la cabeza y, por primera vez en días, vuelvo a sentir algo que no es

dolor. Rebeldía—. No seamos discretos. Invitemos a la prensa aquí. A la granja. Y enseñémosles de dónde sale realmente el helado. Las vacas, los árboles, la leche de verdad. Que lo prueben. Que vean que el helado tiene calidad y que todo el brillo no es más que envoltorio.

Jonathan me mira y algo empieza a extenderse lentamente por su rostro. No una sonrisa calculada. La otra. La que se le escapa antes de que pueda contenerla.

—Quieres desmontar la historia de Viktor —dice—. Quitarle la cámara de las manos.

—Quiero mostrar la verdad. Si de paso la verdad hace que Viktor quede como un idiota, es un agradable efecto secundario. —Sonrío, y se siente extraño en mi cara hinchada—. Pero lo decidimos juntos. Tú y yo. Te pregunto si quieres hacerlo conmigo. No te lo presento como un plan cerrado.

Se ríe, de verdad esta vez, y me atrae hacia él. Huelo su aroma amaderado bajo el olor de la hierba y la tierra.

—Esa —dice contra mi pelo— es la mejor idea que se le ha ocurrido hoy a nadie. Y es tuya.

—Nuestra —lo corrijo—. Lo hacemos juntos.

—Juntos. —Dice la palabra como si la saboreara por primera vez, como saboreó entonces mi helado, sorprendido de que algo tan sencillo pudiera estar tan bueno.

Estamos entre los árboles frutales, el sol pende bajo sobre los pastos, y no sé cómo seguirá todo. No me asusta, porque estamos juntos. Porque no necesito saberlo yo sola. Porque hay alguien que tampoco lo sabe y que, aun así, quiere descubrirlo conmigo.

Hay cosas en la vida que no se pueden calcular.

Me apoyo contra él y escucho los latidos de su corazón, demasiado rápidos para un hombre al que todo le da igual, y sonrío radiante aunque aún tengo la cara mojada, y pienso que Gina tenía razón. La historia no había terminado. No ha hecho más que empezar.

32. Jonathan



He dado ruedas de prensa en doce países, en torres de cristal y salones de baile e, incluso una vez, en un barco, pero nunca entre un establo y un manzano.

Hace una semana que compré la granja. De forma privada, con mi dinero, contra la feroz resistencia del consejo de administración, que ha necesitado tres reuniones para comprender que no había nada que negociar. La granja ahora es nuestra. La familia que la lleva desde hace treinta años se queda y seguirá gestionándola. Todo sigue como siempre, salvo que ya no hay nadie por encima de ellos exigiendo leche barata. Las heladerías de lujo obtendrán sus ingredientes de aquí, con la calidad que Clarissa exige, sin una sola concesión. Eso fue lo que le comuniqué al consejo de administración. La base es mía, así que la última palabra sobre lo que entra en ella también es mía.

Ahora hay veinte periodistas en un prado, y Clarissa habla.

Me mantengo en segundo plano, pero estoy a su lado. Quiero que todo el mundo vea que estamos juntos. Hoy no me toca a mí. Ha sido decisión suya y mía al mismo tiempo; lo hemos planeado juntos, sentados a una mesa de la granja, con papel, café malo y sin un solo abogado. Ella está ante las cámaras, con vaqueros y una blusa de mangas remangadas. No se ha disfrazado, ni para la prensa ni para

nadie. Es sencillamente ella. Estoy con ella y demuestro que cuenta con todo mi apoyo.

—Han escrito sobre mi heladería —dice sin manuscrito ni notas—. Sobre la fachada desconchada, el letrero torcido y la vieja vitrina frigorífica. Todo es cierto. No tengo dinero para pintar, es verdad. Pero no han hecho una pregunta. De dónde sale el helado. —Señala los pastos que tiene detrás, las vacas y los árboles frutales—. De aquí. Leche de verdad de estos animales. Fruta de estos árboles. Eso es lo que hace que mi helado sea lo que es; ahí reside su calidad. Pero no tienen por qué creerme. Pruébenlo ustedes mismos.

Se acercan. Periodistas curtidos que ya lo han probado todo dos veces hacen cola como niños. Veo lo mismo que en la preinauguración, que en la reunión. Clarissa es sencillamente ella misma, y la gente lo percibe. Yo también lo percibo desde el primer día en que entró en mi vida. Nunca se ha escondido. Desde el principio dijo que su helado era el mejor. Y disfruto del momento en que alguien prueba su helado por primera vez y deja de estar aburrido.

Una columnista, la misma que ya repitió tres veces durante la preinauguración, levanta la mano.

—¿Y el artículo que calificaba su heladería de tugurio? ¿La acusación anónima sobre las reducciones de costes en Baltimore?

—El artículo tenía razón en una cosa —dice Clarissa—. La heladería ha envejecido. No podía reunir el dinero necesario para cumplir requisitos adicionales. Pero la calidad de mi helado es lo más importante para mí. Jonathan Baltimore lo vio. Venimos de mundos distintos, como pueden comprobar. —Algunos se ríen—. Pero a veces se complementan. Él tiene el mejor canal de distribución. Yo tengo la receta. Y quienquiera que haya escrito ese artículo se equivocaba en una cosa. El tugurio produce el buen helado. Todo el brillo restante no es más que el envoltorio.

Podría decir el nombre de Viktor. Podría mencionar la demanda por difamación que mis abogados presentaron hace tiempo. Pero no digo nada, porque hoy no me toca a mí y porque ella lo hace mejor que

cualquier abogado. No lo derriba. Sencillamente, lo vuelve innecesario.

Se hace de noche antes de que se vaya el último. Los equipos de cámaras recogen sus cables, los periodistas estrechan manos y, uno tras otro, los coches bajan por el camino de tierra hasta que solo queda el polvo suspendido en el aire y el sol, bajo y rojo, sobre los pastos. La familia que lleva la granja hace rato que se ha retirado a la casa. Hay silencio, ese silencio pleno que no tiene nada que ver con el vacío de mi ático.

Clarissa está de pie en el prado donde hace apenas un momento se encontraba la prensa y exhala el aire como si hubiera estado conteniendo la respiración todo el día.

—¿He estado bien? —pregunta.

—Has estado... —Busco la palabra que nunca necesito y, aun así, la encuentro—. Has estado fantástica.

Se ríe y luego viene hacia mí. Le cojo la mano y, sin que ninguno de los dos lo decida, echamos a andar. Lejos de la casa, lejos del camino, prado adentro, donde la hierba crece alta y dorada bajo la última luz. Sus dedos se entrelazan con los míos, cálidos, naturales. Pienso en la primera vez que puso su mano sobre la mía en el coche, insegura, dispuesta a retirarla de inmediato. Esta no la retira.

Caminamos hasta que la casa de la granja desaparece tras la cresta de una colina y nos quedamos solos con el cielo, que pasa lentamente del rojo al violeta. Ella se detiene, se vuelve hacia mí y su rostro se suaviza por completo bajo la luz del atardecer. No queda ni rastro de la jefa que acaba de dominar a una jauría de periodistas.

—Gracias —dice en voz baja—. Por la granja. Por todo lo que me ofreces.

—Gracias por esperar hasta que lo entendiera. No he hecho nada que no quisiera hacer.

—Sí que has hecho algo. Has aprendido a hablar conmigo. Era lo más difícil para ti, y lo has hecho.

Levanto la mano y le aparto del rostro un mechón que, como siempre, se ha escapado de cualquier orden. Cierra los ojos un instante y se inclina hacia mi mano, y todo mi cuerpo reacciona a ese pequeño movimiento como lo ha hecho desde el primer día.

Entonces la beso. Ya no queda nadie que pueda interrumpirnos.

Sabe a la tarde, a un poco de sal y a un poco del helado que ha comido antes. Sus manos encuentran mi camisa y se aferran a ella, como si quisiera asegurarse de que no voy a desaparecer. Le pongo una mano en la nuca, la otra en la cadera, y la atraigo hacia mí hasta que no cabe ni un rayo de luz entre nosotros. El beso empieza despacio y deja de ser despacio.

—¿Aquí? —susurra contra mis labios. Es una pregunta, mitad incrédula, mitad risueña.

—Aquí. —Miro a mi alrededor: la hierba alta, el cielo, ni una persona a la vista—. A menos que quieras volver a la ciudad.

—No. —Me atrae de nuevo hacia ella por la camisa—. No, no quiero volver.

Me quito la chaqueta y la extiendo sobre la hierba, y ella se ríe con esa risa clara y sorprendida.

—Una chaqueta a medida como manta de pícnic. ¿Sabes cuánto ha costado?

—No me importa. —Y es verdad. No hay precio alguno que importe. Nada vale más que ella, porque está ante mí. Clarissa está allí, bajo la última luz del sol, desabrochándose lentamente la blusa. Me mira mientras lo hace como si nunca hubiera hecho otra cosa que ser valiente.

Le detengo las manos antes de que termine.

—Déjame a mí.

Me deja. Baja las manos y yo abro el último botón y deslizo la tela por sus hombros. Veo su piel bajo la luz del atardecer, cálida y dorada, y me olvido de respirar. Le tomo los pechos entre las manos. Encajan

como si estuvieran hechos para ello. Le rozo los pezones, que se endurecen bajo mis pulgares. Ella emite ese sonido que conozco, bajo e indefenso, y se me mete directamente bajo la piel.

La tiendo sobre la hierba, encima de mi chaqueta, y me arrodillo sobre ella. Durante un momento me limito a mirarla. El pelo rojizo extendido sobre la hierba. Los ojos castaño oscuro, casi negros en el crepúsculo. La manera en que su pecho sube y baja, deprisa, expectante.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Quiero recordarlo —digo—. A ti. Exactamente así. Quiero recordar cada cosa de ti.

Y entonces dejo de hablar.

La beso cuello abajo, sobre la clavícula, los pechos, y tomo un pezón en mi boca; ella se arquea hacia mí. Sus dedos se enredan en mi pelo, y el sonido que emite se vuelve más alto, más desinhibido, porque aquí no hay nadie ante quien tenga que guardar silencio. Le bajo lentamente los vaqueros por las caderas y ella se estira hacia mí con impaciencia para ponérmelo más fácil. Aun así, me tomo mi tiempo, porque quiero cada centímetro de ella.

Mi mano encuentra su centro. Ya está preparada para mí, caliente y húmeda, y cuando la toco en su punto más sensible, todo su cuerpo se estremece. Dice mi nombre, mitad maldición, mitad súplica. La observo. Es lo que más me gusta, su rostro en ese instante, cuando pierde el control, cuando deja de pensar y se limita a sentir. Pongo dos dedos en su entrada y luego los introduzco lentamente en ella. Mi pulgar permanece sobre su clítoris, y ella gime y sus manos intentan agarrarse a la hierba.

—Jonathan —jadea—. No quiero esperar. Esta vez no.

Y la suavidad se quiebra.

Me arranco la camisa por la cabeza. Me desabrocho los pantalones y ella me atrae hacia sí, con las uñas en mi espalda y las piernas alrededor de mis caderas. Cuando la embisto de una vez,

profundamente, echa la cabeza hacia atrás y gime hacia el cielo abierto. Ya no queda nada cuidadoso en ello. Son semanas de deseo, rabia y miedo que se liberan. Embisto fuerte y rápido. Mi polla está hundida en ella. Sus caderas salen a mi encuentro con cada embestida. La hierba susurra bajo nosotros, su respiración llega entrecortada a mi oído y ella dice cosas que normalmente no diría, y yo se las devuelvo.

—Mírame —le ordeno, y ella lo hace; sus ojos encuentran los míos, negros y abiertos de par en par. Me la follo con más fuerza, porque así es como lo quiere, porque me lo dice con cada sonido, con cada arañazo de sus uñas sobre mi espalda.

Siento cómo se contrae a mi alrededor, cómo la ola se apodera de ella. Aguanto con todo lo que tengo porque quiero que llegue ella primero. Porque quiero verla explotar. Y entonces lo hace, con mi nombre, alto, sin vergüenza; todo su cuerpo se tensa y tiembla, y eso me arrastra con ella, y me corro profundamente dentro de ella, con ella. Juntos. Con un sonido que no controlo ni quiero controlar.

Después nos quedamos tumbados sobre la hierba y la atraigo hacia mí. Su espalda contra mi pecho, mi chaqueta todavía medio debajo de nosotros, medio olvidada. Nuestras respiraciones se vuelven más lentas. La noche ha llegado mientras no mirábamos y el cielo se ha abierto sobre nosotros.

—Oh —dice Clarissa en voz baja.

Sigo su mirada. Estrellas. No los pocos puntos apagados que se ven desde la ciudad, si es que se ve alguno. Aquí son incontables. Un cielo entero lleno de ellas, denso, inmenso y silencioso. Mi ático debería tener buenas vistas. Tan alto, por encima de la ciudad. Pero en la ciudad la luz se come las estrellas. Aquí fuera, las estrellas son increíbles.

—Nunca había visto las estrellas así —dice—. Ni en el Bronx ni en tu ático; allí había demasiada ciudad.

—Yo tampoco. —Apoyo la barbilla en su hombro—. Tengo las mejores vistas de la ciudad y no he visto una sola estrella.

Permanece callada un rato. Sus dedos juegan con los míos sobre su vientre. Entonces lo dice en voz baja, casi con cautela, como si escuchara el pensamiento por primera vez.

—Me encantaría vivir aquí fuera.

No digo nada, porque he aprendido que sus mejores frases llegan cuando no la interrumpo.

—Lo digo en serio —continúa—. No como un sueño. Como una idea de verdad. Podría ocuparme aquí de la calidad. Directamente en el origen. La leche, la fruta, cada lote antes de que vaya a ninguna parte. Nadie conoce mi receta mejor que yo, y nadie la protegería mejor. Ya no tendría que esperar que alguien en una fábrica lo hiciera bien. Estaría aquí y lo haría bien. —Gira la cabeza y me mira bajo la luz de las estrellas—. Y es precioso aquí. Es el lugar más bonito en el que he estado nunca. Un buen sitio para una familia. Algún día. Si acaso.

La palabra familia queda suspendida entre nosotros en la oscuridad y, en lugar de que algo se contraiga dentro de mí, como habría sucedido antes con una palabra así, algo se ensancha.

—¿Y tu tienda? —pregunto con cautela—. La heladería del Bronx. El lugar donde empezó todo. ¿Quieres renunciar a ella?

Exhala, y noto cuánto le duele antes incluso de que diga nada.

—Esa es la parte difícil —dice en voz baja—. La tienda era la herencia de mi abuela. Su retrato cuelga en la pared, sus recetas están colgadas en el tablón, con su letra garabateada. Durante muchos años he vivido solo para esta heladería. Todas las mañanas salía a las cinco y me ocupaba de todo. Forma parte de mí. —Guarda silencio un momento—. Pero todo este tiempo he creído que tenía que mantenerla con vida, costara lo que costase, porque de lo contrario la traicionaría. Y creo que eso no es verdad.

—¿No?

—No. —Suena más segura a medida que lo dice, como si el pensamiento se afianzara cuanto más tiempo lo sostiene—. Mi abuela

no me dejó una tienda en herencia. Me dejó una receta. Una forma de hacer las cosas. De verdad, sin atajos, con amor. La tienda solo era el lugar donde ella hacía eso. Pero la receta no vive en las paredes desconchadas. Vive en lo que hago. Y puedo hacerlo aquí. Mejor que allí. —Se gira entre mis brazos hasta quedar frente a mí—. Mantener la heladería con vida no es lo más importante. Lo que cuenta es la receta. Y que ya no tengo que hacerlo sola. Que lo hagamos juntos.

La miro, el rostro iluminado por las estrellas. Sus ojos oscuros brillan como una de ellas. La miro y veo que lo dice en serio, y que aun así le cuesta algo.

—Podríamos conservar la tienda —digo—. Como una pequeña sucursal en la ciudad. No tienes que renunciar a nada solo porque yo haya comprado una granja.

—Lo sé. —Sonríe—. Pero creo que quiero dejarla ir. En eso la prensa tenía razón. La tienda es realmente un tugurio. Y se podría quitar mi piso, poner baños en su lugar y devolverle la vida. Pero entonces ya no sería mi vida. —Apoya una mano sobre mi pecho, sobre mi corazón, que todavía late demasiado deprisa—. Creo que ha llegado el momento de algo nuevo. Solo que hasta ahora me daba miedo decirlo en voz alta.

—No tienes que tener miedo de mí. De nada.

—Lo sé. Eso es lo nuevo.

La atraigo hacia mí. Estamos tumbados sobre la hierba bajo un cielo lleno de estrellas, desnudos, agotados y felices. Pienso en cómo, hace semanas, reservé la mejor mesa de un restaurante para una cena de negocios que no lo era. En cómo me convencí de que se trataba de helado. Nunca se trató de helado.

—Juntos —digo contra su pelo.

—Juntos —me responde, y esta vez ya no hace falta ninguna corrección. No es una pregunta. Es la respuesta.

Sobre nosotros, el cielo gira lentamente, y no quiero estar en ningún otro lugar.

33. Clarissa

♥ ♥ ♥

Me levanto a las cinco, como tengo por costumbre. Pero todo lo que una vez fue mi vida es distinto ahora.

No hay despertador que suene. Ni una habitación minúscula junto a las facturas apiladas, ni una ducha que solo se temple si se lo suplicas. Me despierto porque la luz entra por una ventana grande, luz de verdad de la mañana, que llega desde los prados y vuelve doradas las paredes. Jonathan duerme a mi lado, con un brazo tendido sobre el sitio que yo ocupaba hace un instante, como si quisiera retenerme incluso dormido. Mientras duerme, su cara se vuelve muy suave, sin las aristas que muestra durante el día.

La casa está terminada desde hace dos semanas. No es lo que uno se imagina al pensar en la casa de un multimillonario. Nada de cristal, nada de cromo, ninguna vista concebida como un trofeo. Madera, paredes claras y una cocina demasiado grande, porque insistí en que también se pudiera cocinar de verdad en ella. Desde el porche se ven los árboles frutales y el establo, y detrás no hay más que campo.

Me pongo un jersey. Su jersey, que me queda enorme y huele a madera y a calidez. Bajo descalza. El suelo está frío. Fuera empieza a clarear.

Voy al obrador que hemos instalado en el viejo granero. Esta es ahora mi mañana. No la caja registradora que se atasca, ni los siete clientes

de un mal día. Compruebo la leche que Thomas ha traído hace una hora. Aún está caliente. Preparo la primera tanda y el caramelo se vuelve dorado, como siempre, pase lo que pase. Hay cosas que no cambian. El helado nunca me abandona.

Así es como funciona ahora. Dirijo la producción. Cada tanda, cada ingrediente, absolutamente todo pasa por mis manos antes de salir de la granja. Las heladerías de lujo de la ciudad reciben de aquí su helado, exactamente con la calidad que yo exijo. Las heladerías ya no necesitan producción propia, lo que las abarata. Me aseguro de que el helado se entregue fresco cada día. Ya nadie añade estabilizante ni sustituye la leche por otra más barata. Jonathan se ha ocupado de ello, a su manera. Con sus contratos y un consejo de administración que, a estas alturas, le teme más de lo que él les teme a ellos. Pasa unos días a la semana en la ciudad, en su torre de cristal. Cada vez que su coche vuelve a subir por el camino de tierra, lo dejo todo, esté haciendo lo que esté haciendo. Nunca se lo he dicho. Pero seguramente lo sabe de todos modos. Se fija en todo.

Hoy tenemos visita. Llevo días deseándolo. Tanto, que esta noche he estado demasiado nerviosa para dormir. Puede que haya dormido un poco, después de todo. Porque aquí fuera se duerme tan bien.

Gina llega la primera.

Su coche entra en el patio poco antes del mediodía, demasiado deprisa para un camino de tierra. Sale como un torbellino, con una cazadora vaquera y las gafas de sol en el pelo, y abre los brazos antes incluso de que la puerta del coche se haya cerrado.

—¡Mírate! —Me estrecha con fuerza. Huele a su perfume barato de vainilla de cuando estábamos en décimo, y durante un instante vuelvo a estar en el Bronx, detrás del mostrador. La veo irrumpir con un café con leche en la mano y mil preguntas—. Estás morena. Tienes pecas. ¿Quién eres y qué has hecho con mi pálida amiga, mi cochinilla de sótano?

—He estado fuera. Aquí hay mucho exterior.

—Eso ya lo veo. —Me sostiene a la distancia de un brazo y me examina de arriba abajo, como hace siempre. Su diagnóstico ya está medio listo. Entonces su mirada se detiene en mi mano.

Se queda petrificada. Me coge la izquierda y la alza hacia la luz. Allí brilla el anillo con una sola piedra. Es bastante sencillo, porque quiero llevarlo todos los días y aquí, en el campo, no puedo andar con una joya ostentosa. Por supuesto, Jonathan lo sabía. Lo ve y lo sabe todo sobre mí. Me habría regalado el mundo entero. Pero yo soy feliz con la granja y con el anillo.

—Clarissa. —De pronto, su voz es muy baja—. ¿Eso es...?

—Sí.

—Vosotros estáis...

—Sí. —Tengo que reírme, porque por su cara pasan unas seis emociones a la vez—. Prometidos. Desde hace tres semanas.

—¿Y me entero AHORA? —Me da un golpe en el brazo y vuelve a abrazarme, aún con más fuerza. Noto que está a punto de llorar, algo que jamás admitiría—. Debería haberlo sabido. Debería haber estado allí. Cuéntamelo. Todo. ¿Cómo lo hizo? Te juro que, si lo hizo en una de sus torres de cristal, con un cuarteto de cuerda y trescientas rosas, le doy una patada en las pelotas.

—Nada de torres de cristal. Si no, no le habría dicho que sí. —Las dos nos reímos. La llevo al porche y nos sentamos en los escalones, como antes nos sentábamos detrás del mostrador—. Sin rosas. Sin público. Solo estábamos nosotros dos.

—Cuéntame.

—Fue hace tres semanas. Una noche completamente normal; habíamos trabajado todo el día, yo en el obrador y él con unos contratos en su despacho. Después de cenar, me dijo que saliera con él, que quería enseñarme algo. Y yo pensé que se trataba de un nuevo pedido o de los árboles, de algo práctico. —Sonrío, porque aún tengo la imagen con total nitidez—. Me llevó al prado. Al mismo prado en el que estuvimos aquella noche después de la rueda de prensa. Ya

había anochecido y el cielo entero estaba lleno de estrellas, como entonces. Miles de millones de estrellas. Tienes que verlo tú misma esta noche. Entonces le pregunté qué quería enseñarme, porque allí no había nada. Ningún objeto, ningún regalo. Solo señaló hacia arriba y dijo: eso. Quiero enseñarte eso. Porque nunca lo habría visto sin ti.

Gina ha dejado de respirar. Yo casi también mientras se lo cuento.

—Y ni siquiera se arrodilló como es debido. Tropezó a medias porque el suelo era irregular y soltó una palabrota, bajito, y yo empecé a reírme, y él también. Y entonces, en mitad de las risas, sacó el anillo del bolsillo y dijo: no tengo vocabulario para algo así. No lo he necesitado en toda mi vida. Pero sé que quiero pasar contigo cada día que me quede. No porque tenga sentido. Sino porque es lo único que se siente bien. Tampoco traigo un contrato, solo una pregunta. —Se me afina la voz—. Y entonces me lo preguntó. Una pregunta de verdad. Él, que siempre se limita a hacer afirmaciones. Me lo preguntó de verdad.

—¿Y tú?

—Le dije que sí antes de que terminara la frase. —Me seco los ojos—. Y luego nos quedamos tumbados en la hierba, mirando las estrellas hasta que tuvimos frío. No hubo fotos, ni invitados, ni llamadas. No había nadie a quien contárselo. Solo nosotros dos bajo el cielo. Fue perfecto. Precisamente fue perfecto porque no había nadie ante quien tuviera que parecerlo.

Gina guarda silencio durante un largo instante, algo que casi nunca ocurre con ella. Luego se seca los ojos con el dorso de la mano y finge que solo tenía una mota de polvo.

—El hombre del traje —dice—. El tipo arrogante, frío y demasiado perfecto que me describiste entonces. Y ahora tropieza en un prado y te pregunta si quieres casarte con él. —Se ríe con los ojos húmedos—. Jamás te habría creído.

—Yo tampoco me habría creído.

Estamos sentadas en los escalones del porche mientras el sol sigue su curso. Gina me habla de la ciudad. Es como si me trajera noticias de una vida que ya no conozco. El tráfico, el alquiler, el nuevo chico con el que sale desde hace un mes y al que ya tiene medio gastado.

—La semana pasada estuve en una de vuestras heladerías de lujo —dice—. En el centro. La cola doblaba dos esquinas, Clarissa. Dos esquinas. Por un helado. La gente espera cuarenta minutos, hace fotos y luego las publica como si hubiera ganado un premio. —Niega con la cabeza—. Le dije a la mujer que tenía al lado que conocía a la persona que hacía la receta. Me miró como si hubiera afirmado que conozco al papa.

—Sigue siendo el helado de mi abuela.

—Es un helado especial, y lo sabes. —Me da un golpecito con el hombro. Luego se queda callada un momento y su mirada se pierde a lo lejos, sobre los prados—. Paso a menudo por delante de tu antigua heladería, en el Bronx. Ahora hay una cafetería. Han arreglado la fachada y reformado el interior. Ha quedado acogedora. Pero sigo echando de menos tu heladería. Echo de menos el tintineo de la puerta y la caja registradora, que solo reaccionaba ante la violencia. Te echo de menos a ti y a tu helado. —Me mira—. ¿No lo echas de menos?

Lo pienso, de verdad, porque se merece una respuesta sincera.

—A veces —digo—. Pero ¿sabes de qué me he dado cuenta? El local nunca fue lo importante. No tenía miedo por el local. Tenía miedo de perder lo único que tenía. No es lo mismo. El local era un lugar. Lo que amaba era lo que hacía dentro de él. Y aquí sigo haciéndolo. Ahora es mejor. —Me encojo de hombros—. Por cierto, la señora Bertram viene de visita. Una vez al mes. Jonathan le manda un coche. Se sienta justo aquí y se queja de que en el campo hay demasiado verde.

Gina se ríe a carcajadas.

—Claro que lo hace.

Dice que ha leído en el periódico que Viktor ha perdido su columna por difamar a mi helado. Apenas me importa. Nunca fue lo bastante importante como para hablar de él durante mucho tiempo. Solo era un hombre que creía que dos mundos no podían mezclarse. Se equivocaba. A Jonathan le va bien en los negocios y nuestra vida juntos no podría ser mejor.

A última hora de la tarde llega un segundo coche. Jonathan trae a David consigo. Deben de haberse encontrado ya en la ciudad. Bajan enfrascados en una discusión sobre algún partido de squash que debieron de empezar en el coche. David abre los brazos al verme.

—Ahí está. La mujer que ha conseguido lo imposible. Le ha puesto corazón a este témpano de hielo.

—Ya tenía uno —digo—. Solo que era difícil de encontrar.

—Muy difícil —dice David—. Yo no lo había visto nunca antes.

Jonathan se acerca a mí y, antes de que llegue, ya lo veo en su cara: esa expresión que solo tiene cuando vuelve y yo estoy aquí. Me rodea con un brazo. Su mano descansa en mi cadera, natural, posesiva. Pero ya no de aquella antigua manera que me daba miedo. Entonces, dirigiéndose a David, que nos conoce a los dos desde hace tiempo, que estuvo ahí desde el principio, lo dice.

—Permíteme que te presente a mi mujer.

Mi mujer.

Me golpea en pleno pecho y tengo que tragar saliva. Aún no estamos casados, la boda no será hasta otoño, pero lo dice de todos modos. No lo dice para presumir, no como antes decía las cosas para provocar un efecto. Lo dice como si estuviera probando cómo sabe la palabra en su boca, y le gustara su sabor. Mi mujer. Dos palabras, y yo estoy contenida en ellas. Yo, la chica del delantal manchado y la caja registradora atascada, a la que encontró una tarde tardía en una heladería que se caía a pedazos.

Lo miro y él ve que me ha afectado; alrededor de su boca asoma esa sonrisa auténtica que se le escapa antes de que pueda contenerla.

—Aún no del todo —digo en voz baja, solo para él.

—Es cuestión de práctica —responde, igual de bajo—. Quiero acostumbrarme. Me gusta.

Y a mí me gusta cómo suena, más de lo que quiero admitir. Me gusta más que cualquier palabra que pudiera incluir en un contrato.

Por la noche nos sentamos todos a la larga mesa detrás de la casa.

Está bajo los árboles frutales y es de madera sin tratar. Es demasiado larga para nosotros solos, pero hoy está llena. Thomas la construyó. El granjero que lleva treinta años al frente de la granja y que al principio no sabía qué pensar de nosotros. El multimillonario y la chica de los helados de la ciudad. Ahora está sentado en la cabecera, con su mujer y sus dos hijos. Le sirve vino a Jonathan como si llevara años haciéndolo. Gina está sentada a mi lado y me roba pan del plato. David cuenta una historia en la que Jonathan queda como un idiota. Jonathan se lo permite, y eso es lo más sorprendente de toda la noche.

En la mesa hay de todo, todo de aquí. Pan recién hecho, que ha horneado la mujer de Thomas. Queso de la leche con la que hago mi helado. Tomates que aún saben a sol. Las hierbas son del huerto, hay verduras asadas y un pollo. Y, de postre, mi helado. Vainilla y grano de café, la receta de mi abuela, y mi nueva creación para la temporada de otoño: Pera Caramelo. Aún estoy experimentando con la receta y las peras todavía no están lo bastante maduras, pero dentro de un mes estará en las heladerías de lujo.

Podemos prescindir de la heladería. Aquí hay vasos que no combinan, porque no hay dos que combinen, y así está bien. Miro a mi alrededor mientras hablan, ríen y comen, y algo dentro de mí se queda muy quieto y muy lleno a la vez.

Durante años me he levantado a las cinco cada mañana y he estado sola detrás de un mostrador. Luego había días con más o menos clientes y, bien entrada la noche, me quedaba estudiando balances, completamente sola. Creía que estar sola y ser fuerte eran lo mismo. Que no necesitaba a nadie porque no podía permitirme tener a nadie.

Y ahora estoy sentada a una mesa bajo árboles frutales, rodeada de gente, y no se me ocurre nada más hermoso. El hombre al que una vez consideré el más frío de todos pone su mano sobre la mía bajo la mesa. Allí donde nadie la ve, simplemente para sostenerla.

Anochece y Thomas enciende los farolillos. El cielo vuelve a abrirse sobre nosotros. El mismo cielo lleno de estrellas bajo el que Jonathan tropezó y me hizo la pregunta. Gina apoya la cabeza en mi hombro. David alza su copa por algo que nadie acaba de entender. El pulgar de Jonathan traza un círculo lento sobre el dorso de mi mano. Es justo el lugar que tocó por primera vez en un restaurante, hace media vida.

Jonathan levanta su copa hacia todos y dice:

—Por nosotros, juntos.

—Juntos —responden todos al unísono.

Nuestro nuevo mantra. Siento que sigue sujetándome la mano y recuerdo cómo le dije entonces a Gina: lo calculo todo. Tengo que hacerlo. Porque nadie más cuenta las facturas, repara la caja registradora y mantiene el local en marcha.

Ya no calculo.

Miro la mesa, los farolillos, a la gente que ha venido porque nos quiere. Me recuesto sobre el hombro de Jonathan y siento latir su corazón, más tranquilo ahora. Ya no late demasiado deprisa, porque ha llegado a casa, igual que yo. Pienso en la frase que Gina me dijo una noche, cuando sostenía una tarjeta de visita negra en la mano y aún no sabía que iba a poner mi vida entera patas arriba.

Hay cosas en la vida que no se pueden calcular. Solo hay que confiar.

Lo hice. Confié. Y me ha traído hasta aquí, a una larga mesa bajo un cielo lleno de estrellas, a casa.